EMMA SOUTHON

AGRIPINA

La primera emperatriz de Roma

LA BIOGRAFÍA DE LA MUJER
MÁS EXTRAORDINARIA DE ROMA

PASADO & PRESENTE

EMMA SOUTHON

AGRIPINA

La primera emperatriz de Roma

LA BIOGRAFÍA DE LA MUJER
MÁS EXTRAORDINARIA DE ROMA

PASADO & PRESENTE

AGRIPINA

EMMA SOUTHON

AGRIPINA

La primera emperatriz de Roma

Traducción de

Marc Figueras

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

A mis cascarrabias del alma

La única cuestión es

quién consigue hablar y por qué.

Chris Kraus

INTRODUCCIÓN

HISTORIA Y FICCIÓN

Esta es la historia de una mujer extraordinaria. Extraordinaria porque vio los límites que el mundo le imponía a causa de su sexo y decidió, sin más, que esos límites no iban con ella. Vio con claridad aquellos ámbitos en que las mujeres no podían entrar, los tomó al asalto de todos modos y, como resultado, fue asesinada. Esta es la historia de una emperatriz que fue hermana, sobrina, esposa y madre de emperadores; es una historia con incestos y asesinatos, con guerras y conquistas, con conspiraciones y súplicas. Tiene un poco de todo lo que una buena historia debería tener, porque, por encima de todo, es una historia.

Agripina la Menor nació con el nombre de Julia Agripina y vivió entre noviembre del año 15 y marzo del año 59. Su vida abarcó el reinado de cuatro de los cinco primeros emperadores romanos, con los cuales estuvo íntimamente ligada: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón; es decir, la dinastía julio-claudia. Esto es una buena noticia para nosotros si queremos obtener información sobre Agripina a partir de las fuentes originales, pues los julio-claudios están bastante bien documentados; sus nombres resultan familiares para cualquiera. El problema es que bien documentado, en términos de historia de Roma, suele significar simplemente que disponemos de más de una única fuente fragmentaria; además, Agripina es una mujer que vivió en un mundo en que se consideraba que las mujeres eran muy poco interesantes, cuando no irrelevantes del todo. En consecuencia, solo tenemos tres fuentes literarias importantes que mencionan a Agripina con un cierto detalle y un total de siete fuentes literarias, de entre todo el corpus de la literatura latina, que consideran que fue lo bastante interesante o importante como para dedicarle una sola línea, y una de ellas es una obra de teatro.

Las tres fuentes más importantes, con las que te familiarizarás a lo largo de este libro, son las siguientes: los Anales de Tácito, una obra escrita hacia el año 116 y que está condenada a ser vandalizada año tras año por aturdidos estudiantes de latín; las biografías de los emperadores desde Julio César hasta Domiciano, escritas por Suetonio y conocidas como Vidas de los Césares, redactadas un poco después, en torno al 121; finalmente, la Historia romana de Casio Dion, escrita en griego pero culturalmente romana y redactada hacia el año 230. Cada una de estas obras se enmarca en un género diferente de la literatura romana, pero todas tienen sus graves y patentes problemas cuando se trata de reconstruir la vida de Agripina. Para empezar, tal como habrás notado, estas obras se publican entre 50 y 180 años después de la muerte de nuestra protagonista. Así, para nosotros, leer a Tácito es como estar leyendo una historia acabada de publicar sobre la Segunda Guerra Mundial, mientras que leer a Dion es como leer una obra actual acerca de las guerras napoleónicas; pueden ser obras excelentes, pero nos están describiendo otras épocas. En segundo lugar, dos de las fuentes están incompletas. Tácito es una lectura fascinante, pero en su época no fue muy popular, de modo que solo ha sobrevivido en dos manuscritos fragmentarios que, además, no se solapan entre ellos; en consecuencia, nos faltan muchos episodios importantes, entre los cuales todo el reinado de Calígula (una pérdida que nunca superaré). Por su parte, los libros relevantes de Casio Dion se han perdido en su totalidad, y lo único que nos queda son epítomes compilados por los escritores Zonaras y Xifilino, muy posteriores, que cortaron, parafrasearon y completaron las palabras de Dion para sus propios objetivos; en el fondo, no son más que fragmentos de la obra de Dion, más incompletos y confusos de lo que parece cuando se presentan en una elegante traducción. Todo ello nos deja con las biografías de Suetonio, que estarían muy bien si fueran biografías de Agripina, pero no lo son; son biografías de hombres con los que Agripina se relacionó. Suetonio solo se interesa por los motivos y las acciones de los protagonistas de sus biografías, de modo que las mujeres de sus vidas, como Agripina, se deslizan discretamente por el fondo de la escena y solo aparecen cuando su presencia puede comunicar al lector algo relevante sobre el protagonista masculino.

Intentar husmear en la vida de una persona de Roma a partir de

estos fragmentos dispersos ya es bastante difícil (y aún más si se trata de una mujer) pero, además, estos pedazos que tenemos son extremadamente moralizantes. Casi lo primero que nos dice Tácito en sus Anales es que escribirá «sin rencor ni favoritismo», una agradable promesa de que su historia será un relato desapasionado de hechos objetivos; sin embargo, más adelante nos dice que selecciona aquello que nos va a explicar de cada año porque cree que un historiador tiene la obligación de referir la historia de un modo moralizante e instructivo, que debe alabar con vigor los comportamientos virtuosos y condenar los crueles. En el mismo párrafo, nos asegura que la época julio-claudia sobre la que escribe fue un tiempo «emponzoñado y manchado de adulación», lo que no deja de ser una opinión, aunque estoy casi convencida de que él creía que era un hecho desapasionado y objetivo. Por supuesto, el lector de Tácito pronto detecta que no es tan objetivo como quiere hacernos creer cuando empieza a explicarnos qué pensaban sus personajes. Esto sucede por primera vez ya en el capítulo inicial del primer libro de los Anales, cuando Tácito insiste en que Augusto concedió a sus nietos el título inventado de «príncipes de la juventud» pero «aparentó no quererlo».[1] Para el lector general todo esto resulta estupendo, pues Tácito es malicioso y nos cuenta brillantes anécdotas, tal como veremos; en cambio, para el historiador o el biógrafo, es una auténtica pesadilla, porque implica que cada hecho que nos narra está desfigurado y manipulado y luego presentado con toda la intención para adaptarse a su relato global de degradación y declive moral de Roma. Muchas veces, el relato de Tácito se dedica a «leer la mente» de los protagonistas para hacer que la historia funcione como él quiere. En esta narración, Agripina ocupa un lugar destacado como símbolo de todo lo malo del sistema imperial.

Suetonio también es moralizante, pero de un modo menos elaborado. Es, al mismo tiempo, más y menos útil que Tácito para el biógrafo porque, siendo uno de los libertos[2] del emperador Adriano, tenía acceso a una enorme cantidad de cartas y documentos, cosa que gusta de demostrar. Esto significa que todos podemos leer la carta de Augusto a Livia en la que intenta decidir si su nieto Claudio está incapacitado mentalmente o solo tiene un aspecto repugnante, algo que me parece estupendo. Por otro lado, también le gusta dejar caer en el texto cada pequeño detalle que ha oído,

leído o meditado acerca de los protagonistas de sus biografías y presentar rumores, cartas, experiencias personales, fragmentos obtenidos de otras historias y pintadas leídas sobre las paredes como si fueran el mismo tipo de hechos factuales, a menudo sin especificar qué es cada uno. Además, vuelca todos estos datos en el texto de un modo temático y no cronológico; así, las buenas obras de Calígula están apretujadas en los primeros 20 capítulos de su biografía, mientras que sus malas acciones ocupan los siguientes 36, dando la impresión de que Calígula fue inicialmente una buena persona y luego se volvió malvado. Mientras tanto, los miembros de la familia del protagonista imperial flotan en un desdibujado fondo tras estas anécdotas unidas temáticamente pero sin contexto alguno, apareciendo y desapareciendo del relato según exija la narrativa de cada capítulo. En resumen, las biografías de Suetonio tienen una cierta tendencia a ser como una página pobremente referenciada sobre Barack Obama de alguna wiki de mala calidad, con montones de indicaciones de «se necesita citación» y una lista de referencias que trata con el mismo peso las publicaciones de la Casa Blanca y los mensajes aparecidos en foros de conspiranoicos.

Aquí llegamos a un punto importante: ninguna de nuestras fuentes literarias antiguas superaría las pruebas más básicas de fiabilidad de la Wikipedia. Cada una tendría, como mínimo, un claro aviso en la cabecera advirtiendo al lector de que mucho de lo que se explica procede de una única fuente. Casi ninguna frase superaría la exigencia más laxa posible de citaciones y respaldo en que se basa la actual idea occidental de lo que son los estudios historiográficos y biográficos. No se pueden considerar, en absoluto, textos verídicos según lo que tú o yo misma consideramos verdadero cuando tratan algo que realmente ocurrió. Una forma mucho más útil de ver cómo Tácito, Dion y Suetonio construyeron su relato es pensar acerca de la historia que afirma que David Cameron se folló a un cerdo.

Por si no estás al caso de la política británica de los últimos años, esta historia surgió en 2015, cuando David Cameron era el primer ministro del Reino Unido, antes de tirar por la borda su reputación con el referéndum del Brexit. Un exministro conservador, Lord Ashcroft, que estaba enredado en una disputa personal con Cameron, publicó una biografía no autorizada del primer ministro (Call Me Dave) en la que explicaba un incidente que supuestamente

había ocurrido cuando un «diputado anónimo» y Cameron estaban en la universidad, en un club privado masculino para estudiantes extremadamente ricos y extremadamente despreocupados.[3] En una de las reuniones de este club, dice el libro, se habían zampado un cerdo entero, servido con cabeza y todo, tal como podría haber hecho Enrique VIII, y un adolescente David Cameron, algo borracho y presionado por sus amigotes, se sacó el miembro y lo puso en la boca del cerdo. Uno puede imaginar que, si esto sucedió de verdad (y seguramente no es el caso), lo que pasó, como máximo, es que un pene flácido se paseó durante un par de segundos por la boca del cerdo guisado. Cuando el agraviado Ashcroft decidió que necesitaba un reclamo para que la gente comprara su libro, la anécdota le resultó irresistible.

Así, una noche de septiembre de 2015 saltó a la prensa la historia de que David Cameron se había follado a un cerdo. Todos sabemos que, por lo que respecta a «La Verdad» con mayúsculas, a la verdad objetiva, la historia no es cierta; David Cameron no tuvo relaciones sexuales con un cerdo. Pero como historia, como relato, es demasiado divertida, demasiado perfecta. Condensa todo lo que la oposición política y social odiaba de Cameron y su gobierno: el club exclusivo para ricos en la universidad; una cena en la que servían cerdos guisados con cabeza y todo, cual aristócratas medievales; la imagen de un grupo de niños pijos borrachos y bravucones; la presión de los compañeros y la idea de que Cameron haría lo que fuera para obtener reconocimiento, y hasta un pene que se mete en la boca de un cerdo cocinado. Para hacer la situación aún más perfecta, hay un cierto placer intertextual en el hecho de que el escritor Charlie Brooker se había pasado años acusando a Cameron de parecerse a un jamón y había escrito un guion para un programa de televisión en el que un primer ministro británico se veía forzado a follarse a un cerdo.* La imagen de David Cameron tirándose a un gorrino tenía tantos aspectos que sintetizaban todo lo que era impopular del líder conservador que el público tampoco se pudo resistir a la historia. Se escribieron artículos de opinión y se hicieron bromas en Twitter, se inventaron hashtags y se hablaba del tema en la prensa seria y en los noticiarios de televisión. Pero todo ello sabiendo que, con toda probabilidad, el hecho no había ocurrido. La gente es inteligente; sabe que la historia es, como máximo, una exageración sobre las excentricidades de un

adolescente borracho. Como máximo. Lo más probable es que fuera una media verdad construida por un hombre que sabemos que había dejado de dar apoyo público a Cameron después de que este le negara un puesto de trabajo. Toda esta historia, el Piggate, se vendió y se explicó en ese momento como un claro acto de venganza de Ashcroft para perjudicar a Cameron. Esto es lo que sabemos; no creemos realmente que David Cameron tuviera relaciones sexuales con un cerdo. Pero, aun así, hay una página «Piggate» en la Wikipedia, el tema salió en los periódicos y apareció en la revista Time; el primer ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte se vio obligado a negar públicamente en televisión que hubiera tenido nunca relación sexual alguna con un animal. La historia forma parte de la reputación de Cameron, forma parte de su legado, incluso aunque sea una historia estúpida que nadie se cree. Dentro de mil años puede que lo que la gente sepa de él sea esto: Brexit, escuchas telefónicas y tirarse a un cerdo. Y esto me hace regresar a las fuentes de que disponemos para Agripina y su vida. Buena parte de lo que tenemos sobre los emperadores julio-claudios y sus familias son historias como esta, historias sobre sexo, sobre hábitos privados, sobre cosas que pasaron en islas que nadie visitó, cosas que pasaron tras puertas cerradas e incluso cosas que pasaron en la mente de los emperadores. Fíjate, por ejemplo, en este fragmento clásico sobre Calígula, quizá uno de los «hechos» más conocidos sobre él:

A su caballo Incitato […] se dice que había decidido otorgarle también el consulado.[4]

Esto es lo que escribió Suetonio unos 80 años después de la muerte de Calígula, y con Suetonio es bastante evidente que estamos hablando del mismo nivel de chismorreo que el del relato de David Cameron tirándose a un cerdo. Es un rumor, una historia, algo que nadie cree de verdad pero que todo el mundo considera divertido, porque encaja con lo que creen de Calígula: un lunático demente y descontrolado que quiere demasiado a su caballo y que no tiene el más mínimo respeto por la institución del Senado. Pero unos cincuenta años más tarde, 130 después de que Calígula tuviera su

caballo favorito, Casio Dion nos cuenta:

Juraba por la fortuna y salud del animal y llegó a prometerle que lo nombraría cónsul. Y con toda seguridad habría cumplido su promesa si hubiese vivido más tiempo.[5]

El rumor, el «se dice que», se ha convertido en hecho, y hoy en día aparece en los libros de Horrible Histories, con la palabra FACT! escrita a su lado.**

Sin duda, este es un ejemplo algo extremo, pero es indicativo de lo que podemos hallar en las fuentes y de la dificultad de extraer la vida de una persona a partir de ellas. En esencia, todo lo que sabemos de Agripina procede de estas tres fuentes y, en conjunto, es un amasijo de misoginia, lugares comunes literarios, relatos moralizantes y rumores sin fundamento. En este libro, mi trabajo es separar el grano de la paja, barrer toda la capa de rumores, relatos y mentiras y descubrir si queda algo debajo de todo esto. Pero ¿qué criterios debo usar para decidir qué historias son ciertas y cuáles son meros rumores? Algunas parecen evidentes, como la del caballo de Calígula; otras, en su contexto, también parecen simples milongas. Podemos descartar casi cualquier acusación de incesto, porque era una acusación curiosamente habitual en el primer siglo de nuestra era; hay numerosos ejemplos de personas que acusan abiertamente de incesto a otras para quitarse de en medio a los enemigos. Por lo tanto, o bien los romanos estaban continuamente practicando el sexo con sus hermanos, o bien era una curiosa particularidad cultural de la época acusar a los enemigos de tener relaciones sexuales con sus consanguíneos. Para el resto de los hechos, sin embargo, tomar una decisión puede ser un verdadero problema.

Todo esto también nos sirve para explicar por qué los capítulos de este libro tienen los títulos que tienen. Si te has fijado en el índice, habrás visto que aquí Agripina se presenta solo a través de las relaciones con otras personas, todas las cuales son hombres, con la excepción de su madre, también llamada Agripina. Las dos mujeres

reciben su nombre de un hombre, pues Agripina es la versión femenina de Agripa, igual que Julia es una versión feminizada de Julio. Como mujer, Agripina solo existe cuando sus acciones tienen algún impacto sobre las vidas o acciones de hombres situados en las esferas política y militar, porque en el mundo antiguo una mujer solo existe por su relación con los hombres que la rodean; solo se puede observar a través de la lente distorsionadora de sus relaciones con otras personas y en función de lo bien o mal que estas relaciones se ajustan con su ideal. En el caso de Agripina, el ajuste con el comportamiento ideal suele ser malo y es por eso por lo que se nos informa tanto de ella; si su comportamiento se hubiera ajustado a lo ideal, hubiera resultado tan invisible como sus hermanas. Aun así, tal como veremos, hay grandes porciones de su vida (años enteros, incluso cuando era emperatriz) de las cuales no tenemos la más mínima idea; no sabemos nada acerca de lo que hizo, simplemente porque no tuvo ningún impacto en la política ni en las vidas públicas de los hombres que la rodeaban. Podría haber pasado meses y meses asesinando niñas y bañándose en su sangre sin que quedara constancia en las fuentes, por la sencilla razón de que serían «cosas de mujeres» y, en consecuencia, aburridas e irrelevantes. A los ojos de Roma, como individuo y en calidad de emperatriz y de miembro de la familia julio-claudia, Agripina no es importante, así de simple.

Cuando Agripina no aparece junto a algún hombre, queda oculta en la oscuridad de la historia. Y la historia es básicamente oscura; todo lo que conseguimos observar en nuestras fuentes son los pocos hombres y mujeres que lograron (por pura suerte, por su esfuerzo o por privilegios adquiridos) situarse en el diminuto cono de luz proyectado por el foco de los historiadores y, así, ser observados haciendo algo tremendamente bueno o algo tremendamente malo o, simplemente, siendo emperadores. Por cada personaje que pasa fugazmente bajo el foco de los historiadores, hay otros 100.000 cuyas vidas, importantes y significativas, han quedado a oscuras. Puedes ir a pasear por el cementerio de Highgate, en Londres, y podrás ver las tumbas de Douglas Adams y de Karl Marx, pero pasarás de largo otros 169.998 cuerpos de mujeres, hombres y niños cuyos nombres e historias desaparecerán con sus lápidas y cuyas vidas han permanecido en la oscuridad. Para llegar a las tumbas famosas pasarás por encima de todas las demás. Sin embargo, los

personajes que quedan bajo el foco de la historia siempre reflejan un poco de luz, con la cual podemos atisbar a las personas que están a su lado: sus esposas, hijos y amigos cercanos. Podemos ver a Agripina en la historia solo porque fue hija, sobrina, esposa y madre de hombres poderosos; además, la multitud de relaciones que tuvo con personajes famosos implica que podemos verla un poco mejor que a la mayoría de las otras mujeres, aunque lo que tengamos continúe siendo poco más que fragmentos dispersos.

Con todo esto, además de expresar mi queja por lo duro que es ser una historiadora de Roma, quiero remarcar que no hay ninguna verdad absoluta sobre Agripina, ninguna Verdad con mayúscula; lo único que hay es una serie de historias, extraídas de las historias que otras personas escribieron sobre varios hombres. Y la única forma de abordar esta situación es con honestidad. Esta historia es tanto mía como de Agripina, puesto que soy yo quien ha decidido cómo presentar la información de la que dispongo. En cualquier caso, es un gran relato sobre una mujer que merece su puesto en la historia. Es un relato sobre una mujer tan importante que muchos hombres hicieron todo lo que pudieron para atacarla, acusándola de incesto, adulterio, asesinato y maltrato infantil. Es un relato sobre una mujer que gobernó el Imperio romano durante más tiempo que muchos emperadores, y sobre cómo reaccionaron ante ello los hombres que controlaban el mundo. Es, sobre todo, una historia acerca del poder.

---

* Se refiere al primer capítulo, «The National Anthem», de la aclamada serie Black Mirror, emitida originalmente por el canal británico Channel 4 en 2011 y ahora disponible en la plataforma Netflix. (N. del t.)

** Horrible Histories es una colección de libros ilustrados dirigida al público infantil y juvenil, muy famosa en el Reino Unido, en la cual se presentan episodios de la historia de forma divertida e irreverente. Algunos han sido traducidos al español, bajo el nombre de Esa horrible historia. (N. del t.)

UNA BREVÍSIMA HISTORIA DE ROMA

Antes de zambullirnos en la vida de Julia Agripina necesitaremos algo de contexto. Agripina vivió inmersa en una cultura que nos resulta bastante ajena y que valoraba mucho su propia historia y religión. Los romanos, en todos los momentos de su historia, desde que Eneas puso los pies en las costas italianas hasta que Rómulo Augústulo fue depuesto en el año 476, se consideraban el punto más avanzado de una historia que se remontaba a miles de años. Los zarcillos de esta historia eran bien reales, seres vivos que se entrelazaban con su vida cotidiana, sobre todo a través de las historias familiares. Los romanos formaban un colectivo; cada individuo existía, en primer lugar, como parte de una familia y luego como parte del Estado romano, identidades que eran bastante más importantes que cualquier individualidad. Es por eso por lo que alrededor de un tercio de los hombres y mujeres que aparecen en este libro tienen nombres repetidos y por lo que las hijas suelen tomar una versión feminizada del nombre de sus padres (Claudio/ Claudia, Druso/Drusila, Agripa/Agripina, Octaviano/Octavia, etc.); su identidad familiar es el rasgo más importante en un sentido cultural. Sin un cierto conocimiento de la historia de Roma y de la historia de las familias julia y claudia, casi nada de la cultura romana del primer siglo de nuestra era tiene sentido alguno. Además, un poco de trasfondo sobre la historia romana nos revela con bastante claridad cómo veían los romanos a las mujeres y cuál pensaban que debía ser su propósito y su función. Así pues, emprendamos una visita relámpago a casi un milenio de historia de Roma, justo hasta el nacimiento de los padres de Agripina.

Roma tiene dos fundadores: Eneas y Rómulo. Eneas era un joven troyano que escapó del saqueo de los griegos tras el episodio del caballo de Troya, llevando a hombros a su padre y a los dioses domésticos, pero abandonando a su esposa. Tras unos cuantos viajes arriba y abajo, llegó a las costas de Italia y, resumiendo bastante, se convirtió en rey de Alba Longa. Unas cuantas generaciones reales

más tarde, el dios Marte violó a una de las princesas de la ciudad, que, como resultado, tuvo gemelos. Esta princesa también era una virgen vestal y, por tanto, había tomado voto de castidad. La violación se consideraba una transgresión de este voto (un tema sobre el que volveremos más adelante), de modo que sus hijos, Rómulo y Remo, fueron condenados a muerte. La princesa intentó amamantar a los niños con una loba, que acabó por criarlos (sí, la cosa se está yendo de las manos, pero no te despistes). Cuando crecieron, y dado que eran semidioses, los gemelos decidieron fundar una ciudad, pero discutieron acerca de qué colina era la mejor y Rómulo acabó matando a Remo. Así, Roma recibió su nombre y Rómulo pareció quedar bastante satisfecho con el Capitolio como mejor colina para su ciudad.

Pero claro, ahora Rómulo necesitaba poblar la ciudad, de modo que reunió a unos cuantos hombres de la zona. Las cosas iban bien hasta que se dieron cuenta de que una ciudad habitada solamente por hombres era horrible y, además, no iba a durar mucho; necesitaban mujeres. Para conseguir unas cuantas, los nuevos romanos, liderados por Rómulo, fingieron celebrar una gran fiesta en honor de sus vecinos más cercanos, los sabinos; mientras estos estaban distraídos con los festejos, los romanos se escabulleron y se llevaron a todas las mujeres e hijas sabinas. Este es el famoso episodio del rapto de las sabinas. Como podemos suponer, los hombres sabinos no quedaron muy contentos del rapto de sus mujeres e hijas y declararon la guerra a los romanos. Sin embargo, las mujeres sabinas eran compasivas y pronto se sintieron unidas a los romanos, pues estos no las habían forzado sexualmente, solo las habían raptado (está claro que en la mitología las mujeres no tenían grandes expectativas con los hombres). Las mujeres no querían que murieran ni sus padres ni sus nuevos esposos, de modo que se interpusieron entre los dos ejércitos y detuvieron la guerra. Como resultado, los romanos y los sabinos quedaron unidos como un solo pueblo bajo el reinado dual de Rómulo y del rey sabino, Tito Tacio.

En este mito de la fundación podemos ver claramente cómo cristalizan algunos de los elementos más relevantes de la cultura romana: respeto por el padre, respeto por los dioses y el papel de la mujer como unión entre familias. La mujer aquí actúa como un vínculo que une a las personas, que aporta paz y continuidad en

oposición a la guerra y la muerte; el hombre, en cambio, es violento en general. Fácil, ¿verdad? Perfecto, porque la cosa no acaba aquí y, para ser sincera, continúa siendo igual de tremebunda.

Durante los siguientes siglos se sucedieron varios reyes. Unos cuantos fueron buenos, como Numa Pompilio, y todo era magnífico… hasta que los reyes empezaron a ser malvados, como suele suceder con los reyes. Esta situación llegó al límite en el año 509 a. C. con el reinado de Tarquinio el Soberbio (si vas a ser un rey malvado, qué mejor que tener un nombre malvado). El hijo de Tarquinio, el príncipe Sexto, estaba obsesionado con Lucrecia, una mujer de alta alcurnia y moral intachable que pasaba discretamente las tardes tejiendo capas de lana para su esposo. A Sexto, como príncipe depravado, le excitaba sobremanera la gran modestia y habilidad textil de Lucrecia, de modo que acabó violándola, creyendo que ella ocultaría tal mancha en su honor, pues la violación era indistinguible del adulterio. Sin embargo, Lucrecia era una mujer de gran fortaleza moral e inmediatamente explicó el hecho a su padre y a su esposo, tras lo cual se quitó la vida para ahorrarles el dolor de tener que hacerlo ellos. Su padre y un amigo de la familia, que casualmente pasaba por ahí sin razón aparente, cogieron el cuerpo de Lucrecia y lo mostraron en el foro como muestra del despotismo del rey, lo que incitó a una revolución que acabó con la monarquía, revolución liderada por ese amigo de la familia: Lucio Junio Bruto.

Esta historia, aunque es truculenta en extremo, nos permite entender muchas cosas del lugar que ocupaba el cuerpo femenino en la cultura romana. El cuerpo de una mujer era un espacio privado, que fue invadido por el rey. También descubrimos que, aunque Lucrecia fue violada y que ella misma explicó a todo el mundo que así fue, y que todo el mundo creyó que, en efecto, fue forzada a hacerlo, la mancha del adulterio continuaba sobre sus hombros y por ello tenía que morir; el consentimiento para el acto sexual era irrelevante. Su suicidio fue un acto de fortaleza moral masculina, porque sabía que su honor como mujer nunca podría ser restaurado; este es un aspecto muy importante y vale la pena tenerlo presente para lo que nos encontraremos más adelante. Para acabar, descubrimos que lo que le sucediera a una mujer, fuera de lo normal, podía provocar una enorme agitación política y social.

Las mujeres rigen relatos históricos... muriendo.

Volvamos a la historia. La monarquía fue derrocada en el 509 a. C. y un grupo de antiguas familias aristocráticas, conocidas como patricias, instituyó la República. Esta fue organizada específicamente para controlar tanto la religión como la política, dos aspectos inseparables. En el máximo cargo político, el puesto del rey fue asumido por dos cónsules, que se repartían las tareas del antiguo monarca. El resto del sistema institucional estaba dividido en magistraturas, diseñadas con todo el cuidado para que el poder quedara repartido y evitar así que ninguna persona pudiera lograr demasiado control individual sobre cualquier cosa. Por ejemplo, el hecho de que hubiera dos cónsules implicaba que uno siempre podía vetar al otro, lo que impedía que ninguno de los dos hiciese nunca nada demasiado terrible. Todos los cargos estaban limitados a un año y, en principio, nadie podía ser cónsul más de una vez. Los cónsules eran la cabeza del Senado, formado inicialmente por los patricios, que gobernaban por consenso. Los hombres obtenían los cargos políticos mediante una especie de democracia bastante directa, que incluía elecciones, aunque ahora este tema no nos concierne; nos basta saber que existía. La estructura institucional de la República era la joya de la corona de los romanos y aquello de lo que estaban más orgullosos.

Las ideas de república, de poder compartido y de consenso y acuerdo son clave para entender a los primeros emperadores. Sin conocer el profundo rechazo que sentían los romanos por la idea de monarquía hereditaria y sin saber lo básico que les resultaba el concepto de gobierno compartido para su propia imagen como pueblo, las acciones de los primeros emperadores de Roma nos parecerían extrañas e inexplicables. Asimismo hay que tener bien presente el concepto de familias patricias: antiguas familias romanas que se otorgaban autoridad a ellas mismas basándose solamente en su antigüedad; casi todo el mundo estaba de acuerdo en que eran las mejores y eran las mejores porque eran las más antiguas. Esta idea también es muy significativa.

La República funcionó más o menos bien durante unos siglos. Hubo unas cuantas luchas entre patricios y plebeyos que ya eran

irrelevantes en tiempos de Agripina, pero que provocaron problemas considerables que siguieron fermentando. Luego, los romanos empezaron a expandir su territorio y sus ejércitos fueron creciendo. En este punto dejamos el terreno del mito para pasar a la historia política y militar razonablemente bien documentada. A los hombres que conseguían grandes victorias militares se les concedía un triunfo, es decir, un gran desfile, además de recibir una enorme autoridad y prestigio personales. Esto no representaba un gran problema cuando las guerras eran más bien pequeñas y las grandes victorias militares constituían una rareza; pero con las guerras púnicas contra Cartago, en el actual Túnez, y la destrucción de la ciudad en el 146 a. C., las victorias espectaculares se volvieron más comunes. Las guerras púnicas hicieron que los romanos entraran en contacto con muchos otros pueblos, y pensaron que no estaría mal conquistarlos, lo que otorgó a algunos hombres mucho más poder y gloria personal de lo que había sido posible hasta entonces. Los dos primeros que surgieron de este ambiente fueron Mario y Sila. Mario logró tanto poder personal que acabó siendo cónsul la friolera de siete veces, de modo que el Senado decidió enviar a Sila para que le bajara un poco los humos y lo sustituyera como general en oriente. Y así fue como estalló la primera guerra civil en el 88 a. C. Los detalles son enrevesados y no vale la pena entrar en ellos; en resumen, Mario murió, hubo una segunda guerra civil con Sila, este último venció, se proclamó dictador durante unos cuantos años, reformó el Estado y se retiró. En ese momento se recuperó la política normal; todo el mundo esperaba que la República se asentara nuevamente y que empezara la recuperación tras las guerras civiles.

Sin embargo, parece que nadie previó que unos cuantos jóvenes verían en Mario y Sila unos ídolos a imitar, jóvenes como Pompeyo, que ascendió en los ejércitos de Sila, y Julio César, un seguidor de Mario. La conquista del mundo conocido seguía su curso, tarea en la cual Pompeyo destacó sobremanera con sus campañas en oriente, derrotando a Mitrídates, en la actual Turquía. Mientras tanto, César conquistaba las Galias y escribía libros en tercera persona sobre sus campañas. En medio de ellos, surge Craso, que derrotó a Espartaco y se convirtió en un hombre inmensamente rico, el más rico del momento. Todos se dedicaban a matar a montones de gente y a recibir grandes halagos por ello, con el resultado de que no había

suficiente espacio en todo el Imperio para sus egos. Y en estas situaciones todos sabemos lo que acaba pasando. Hubo otra guerra civil, César derrotó a todos los demás y siguió los pasos de Sila proclamándose dictador. Pero a diferencia de Sila, que entendió que la dictadura era un cargo de emergencia y de corta duración, César decidió que sería dictador a perpetuidad, si bien hizo un poco demasiado evidente su decisión de hacerse cargo de todo para siempre, como por ejemplo proclamando una y otra vez que iba a ser dictador perpetuo o dejando que Marco Antonio le ofreciera una corona frente al pueblo. A nadie le gustaban estos gestos, de modo que Bruto y unos colegas asestaron veintisiete puñaladas a César y declararon que la monarquía había sido nuevamente derrocada y que se había restaurado la República.

Pero, una vez más, nadie había previsto la ambición de los más jóvenes. Así, cuando apareció de la nada un joven de 19 años llamado Octaviano, hijo adoptivo póstumo de Julio César, y empezó a llamarse a él mismo César, pidiendo venganza y amenazando a la gente, la sorpresa fue considerable. Y la sorpresa, y el enojo, aumentó aún más cuando resultó que Octaviano tenía un amigo, llamado Agripa, que era un verdadero genio militar y fue derrotando a los más veteranos en una nueva guerra civil. Octaviano derrotó a Bruto y sus colegas y luego se alió con el mejor amigo de Julio César, Antonio, para gobernar el Imperio oficiosamente. Esta situación no podía durar mucho, pues el Imperio aún no era lo bastante grande para dos egos gigantescos; así, Octaviano inició otra guerra, ahora contra Marco Antonio, lo derrotó en Accio y, por fin, quedó como el vencedor final y rey del mundo… aunque no con ese título. Octaviano era un joven muy inteligente y de su padre adoptivo aprendió que cuando un hombre hace explícito su poder, los otros romanos tienen una cierta tendencia a asestar puñaladas. Así, lo que hizo fue insistir una y otra vez, hasta el día de su muerte, en que la República funcionaba a la perfección, que él no estaba a cargo de nada y que todo el mundo podía hacer lo que quisiera. Simplemente, él tenía las mejores ideas y todos los demás estaban de acuerdo y obviaban la espada que pendía sobre sus cabezas.

Octaviano derrotó a Marco Antonio en el año 31 a. C., tras casi 200 años de guerras continuas y casi 100 de guerras civiles. Roma

estaba exhausta y había adquirido un territorio extensísimo que ahora tenía que gobernar, un esfuerzo que necesitaba una considerable burocracia. Así pues, el Senado aceptó que Octaviano mantuviera la ilusión de que no era un emperador, porque ya estaban satisfechos con que no quedaran más jóvenes ambiciosos dispuestos a amenazarle y a continuar el terrible ciclo de guerras civiles. Le concedieron los laureles, le nombraron Augusto e hicieron ver que era como ellos, si bien el mejor de ellos; era el princeps, el Primer Ciudadano.

Y esto nos lleva al punto en que podemos empezar nuestra historia. Los padres de Agripina nacieron hacia el 14 y el 16 a. C., mientras que Octaviano había sido nombrado Augusto en el 27 a. C. Espero que te hayas dado cuenta de que en el momento en que hemos pasado del mito a la historia, las mujeres han desaparecido. En las últimas 1000 palabras solo he hablado de hombres haciendo guerras y haciendo política. Tremendo. Y esto es así porque la historia de Roma, contada por los romanos, se basa en hombres haciendo guerras y haciendo política mientras las mujeres se quedan quietas en un rincón; estas últimas solo aparecen si sirven para algún propósito dramático. Cornelia Africana, madre de los hermanos Graco, fue un personaje poderoso de la época de las primeras guerras civiles, una viuda que crió a sus hijos virtuosamente. Cleopatra es un personaje que ha alcanzado fama como una reina hermosa, decadente y poderosa, presentada por Octaviano como todo aquello que una mujer romana no debería ser, para que, de este modo, la relación que Marco Antonio tenía con ella fuera razón suficiente para destruirlo. Fulvia fue la segunda esposa de Marco Antonio, que reclutó un ejército para él y, como premio, acabó abandonada por su esposo. La hermana de Octaviano, Octavia, se presentaba como una moderna sabina que se interponía entre su hermano y su esposo Marco Antonio, hasta que este la abandonó por Cleopatra. Una retahíla de mujeres, casi olvidadas por completo, se casaron para tejer alianzas y luego tuvieron que divorciarse cuando esas alianzas se rompían. Las mujeres eran discretas, su actividad se limitaba a lo privado y en general hacían lo que les decían sus hermanos, padres y esposos, de modo que no valía la pena mencionarlas en los textos a no ser que fueran excepcionalmente malas (como Cleopatra o Fulvia) o excepcionalmente buenas (como Octavia o Cornelia).

Con esto llegamos a la lección final de nuestro viaje relámpago por la historia romana: se puede relatar una historia de Roma después de Lucrecia sin mencionar a una sola mujer. A nivel oficial, la guerra y la política solo implican a hombres y solo los hombres escriben la historia, de modo que si aparece alguna mujer en la narración de las fuentes originales es porque su autor ha tomado una decisión clara y explícita de incluirla, y por alguna buena razón. Las mujeres del mundo romano nunca son neutrales; a ojos del público no pueden existir así, sin más. Cuando son el centro de atención es por algo, porque se quiere expresar alguna cosa. Esta es la conclusión más importante que debemos tener en cuenta al repasar la vida de Agripina, invisible en casi todos los primeros años de su vida.

HIJA

JULIA AGRIPINA LA MENOR

Esta historia empieza con una niña, una niña romana nacida en la familia imperial, la primera tras cuatro varones. Su madre, para entonces ya acostumbrada, dio a luz el 6 de noviembre del año 15. Siguiendo la costumbre romana, a la madre se le quita el recién nacido y este se coloca a los pies del padre, en el suelo; si el padre acepta al hijo como propio, lo coge en sus brazos. El padre era Germánico, recordado como uno de los mejores generales de su tiempo; la madre era Vipsania Agripina, cuyo nombre hace referencia a su padre, Agripa, y era nieta del emperador Augusto, que en ese momento ya hacía un año que había muerto. La niña, fajada por una criada, recibió el nombre de su madre y se convirtió así en Julia Agripina Menor (los romanos nunca fueron un dechado de inventiva con los nombres). En los años que vendrán, esta niña tendrá una vida extraordinaria: será hermana, sobrina, esposa y madre de emperadores; será aclamada por las multitudes, ataviada con una capa de oro; pasará años en el destierro temiendo por su vida y tendrá una muerte violenta. Agripina observará el mundo que la rodea e intentará conformarlo a su medida, hará cosas que ninguna mujer romana había hecho antes ni ninguna otra hará después. Pero todo esto aún está por llegar. La historia empieza un 6 de noviembre del año 15, con una recién nacida envuelta en ropajes de bebé en un campamento militar a orillas del Rin, donde su padre estaba haciéndose un nombre como uno de los hombres más importantes y amados del Imperio.

Julia Agripina, que en este capítulo será «la Menor»,[1] nació en una ciudad llamada Ara Ubiorum, y no en Roma, porque el emperador Tiberio había enviado a Germánico a la zona con el objetivo de supervisar las legiones estacionadas permanentemente en los límites germánicos del Imperio. Tiberio era el segundo emperador romano propiamente dicho; heredó el trono de su padrastro Augusto, quien había creado el concepto de emperador romano y había conformado su papel, lo que conocemos como principado. Tiberio tenía dos

hijos: uno biológico, llamado Druso, y otro que Augusto le obligó a adoptar. Este segundo hijo era Germánico, que también era sobrino biológico de Tiberio. El árbol genealógico de la familia julio-claudia es una auténtica pesadilla de incestos, semiincestos y adopciones, por lo que tenemos que prepararnos para unas cuantas relaciones confusas. La madre de Agripina es un buen ejemplo de estos embrollos; en el año 15, Agripina la Mayor era, simultáneamente, ex hija adoptiva, sobrina y nuera de Tiberio. Cuando nació Agripina la Menor, hacía poco más de un año que Tiberio era emperador y su popularidad estaba ya por los suelos; Germánico, en cambio, era tan popular como el vino con miel. Por todo el Imperio, Germánico y Agripina la Mayor eran algo así como el príncipe Guillermo de Inglaterra y la Kate Middleton de la época; eran jóvenes, atractivos y encantadores, a la vez que desprendían una cierta «realeza» sin proponérselo. Encarnaban todas las posibles virtudes que uno esperaría de ellos. Agripina la Mayor había tenido seis hijos adorables y acabaría teniendo nueve, seis de los cuales llegarían a la edad adulta. Estos seis eran tres hombres (Nerón, Druso III y Cayo)*** y tres mujeres (Agripina la Menor, Drusila y Livila II), con lo que, además, la familia quedaba perfectamente equilibrada entre hombres y mujeres.[2] La capacidad de tener muchos hijos y de ser leal a un solo marido eran las virtudes principales que se exigían de una mujer romana; en este sentido, Agripina la Mayor tenía unas calificaciones brillantísimas.

Germánico era aún más brillante. Era el nieto de Marco Antonio, a través de su madre, Antonia la Menor (denominada así porque su hermana mayor también se llamaba Antonia, y se conoce como Antonia la Mayor; como ya he avisado, nos vamos a topar continuamente con estos problemas onomásticos). Es probable que el nombre de Germánico al nacer fuera Nerón Claudio Druso, a partir de su padre, Nerón Claudio Druso, pero tras sus exitosas campañas en Germania se le conoció como Germánico. Y los romanos adoraban a Germánico, especialmente los romanos que nunca lo conocieron, como los historiadores y los biógrafos que escribieron 80 años después de su muerte, así como la población general de Roma; si hemos de ser honestos, aquellos que lo conocieron en persona tenían opiniones mucho más contrastadas. Pero los historiadores le idolatraban y en los textos se le presenta casi como un semidiós. Sus contados éxitos no fueron óbice para los

autores romanos, que no se limitaban a los meros hechos. Tácito nos dice que la gente creía que Germánico «superaba [a Alejandro el Grande] en clemencia, templanza y todas las demás virtudes», aunque él solo presenta pruebas de lo contrario.[3]

Suetonio, por su parte, casi hiperventila en su adoración a Germánico; seis de los sesenta capítulos de la biografía del emperador Cayo Calígula están dedicados a un orgásmico elogio de su padre, un buen 10% del texto. Germánico era apuesto, inteligente y divertido, había matado a hombres en combates singulares como Aquiles, pero era tan modesto que nunca lo habrías sabido, allí donde iba todo el mundo quedaba prendado de él, excepto los que, como el viejo Tiberio, estaban celosos de su éxito, con los cuales, sin embargo, Germánico era amable y tolerante. Dado que era algo patizambo, se esforzaba cada día para reforzar sus piernas montando a caballo. Nunca tuvo relaciones sexuales con sus esclavos y tuvo una única mujer, con la que dio muchos hijos al Imperio. Para nuestras fuentes, era un hombre perfecto. Según Tácito y Suetonio, cuando Germánico llegaba a la ciudad, la gente lo seguía y muchos andaban hasta 20 millas fuera de Roma para ir a recibirle; de hecho, «le acompañaba una multitud tan grande de personas que algunas veces puso en riesgo su vida».[4] Germánico era como los Beatles; y como ellos, insistía en ser una persona normal y corriente, más que el personaje misterioso y secreto que las adolescentes y los historiadores querrían que fuese.

Germánico y Agripina la Mayor se casaron por orden de Augusto. Ella era la hija menor de la única hija biológica de Augusto, Julia. Tanto Julia como su hija mayor (también llamada Julia, para nuestra desesperación) habían sido desterradas por comportamientos impropios de una mujer, como emborracharse en compañía de unos cuantos muchachos o mear en los rostra del foro.**** Agripina la Mayor tenía tres hermanos, dos de los cuales murieron hacia los veinte años; el tercero, Agripa Póstumo, había sido también desterrado, por su comportamiento un tanto extraño, que aterraba a todo el mundo. No resultaba difícil que Augusto desterrara a alguien; no era una persona que tolerara las diferencias. Julia la Mayor, Julia la Menor y Agripa Póstumo murieron todos en extrañas y violentas circunstancias a los pocos días de que Tiberio heredara el trono en el año 14. Así, en el año

15, Agripina la Mayor era el único miembro de la familia aún con vida, lo que significa que era la única persona de su generación que llevaba sangre de Augusto en las venas.

Este hecho no era ninguna menudencia. Los romanos estaban obsesionados con los linajes y las relaciones genealógicas. Dejando aparte la propia ciudad de Roma, la familia era lo más significativo en la vida de los romanos; tu nombre de familia (tu apellido, o nomen) era lo más importante que podías tener. Los logros de tus tatarabuelos eran tan importantes como los tuyos. Si eras un julio, eras una mitad de la familia imperial y podías remontar tus ancestros a Augusto y a Julio César y luego hasta Eneas y la diosa Venus. La otra mitad de la familia eran los claudios, una antigua y venerable familia, aunque no divina y, por tanto, los parientes pobres, sin duda. Los julios y los claudios se unieron inicialmente en un único embrollo julio-claudio (que llevaría a un follón familiar del copón) cuando Augusto se casó con Livia (una claudia) y luego adoptó a Tiberio, su hijo biológico de un matrimonio anterior. El matrimonio de Germánico (un claudio) con Agripina la Mayor (una julia) estaba pensado para mantener unidas a ambas familias durante otra generación más. La cosa funcionó; contra todo pronóstico, Germánico y Agripina la Mayor encajaron en muchos aspectos y parece que estuvieron realmente enamorados. Los nueve embarazos de Agripina, algunos de ellos pocos meses después de haber dado a luz, nos sugieren que no dudaban en darse unos buenos revolcones en cuanto podían. Durante todo su matrimonio, Agripina la Mayor siguió a Germánico hasta todos los lugares cochambrosos a los que este era destinado, y solía dar a luz mientras estaba ahí.

Germánico cimentó su fama y reputación en una serie de campañas contra tribus germánicas entre el Rin y el Elba justo después de la muerte de Augusto en el año 14. Germánico llegó a Germania momentos antes de que llegara la noticia de que Tiberio había decidido no licenciar a los soldados que hubieran estado en servicio menos de 20 años. El periodo de servicio se suponía que era de 16 años y Tácito nos indica que algunos soldados ya llevaban 30 o 40 años. Inmediatamente se produjo un motín, y con razón. Muchos legionarios habían servido durante décadas, de campaña en Germania, un lugar que los romanos odiaban y temían, con frío y

lluvias constantes y una paga muy baja y bien pocos derechos. Las condiciones en que se hallaban eran también terribles; según Tácito, los amotinados mostraban «en tono de reproche las cicatrices de las heridas y las marcas de los azotes; […] sus encías desdentadas, […] sus miembros encorvados por la vejez».[5] No resulta difícil empatizar con ellos. Germánico no tuvo mucho éxito en sofocar el motín, en parte porque su capacidad de aceptar sus demandas y pagar y licenciar a los legionarios era inexistente y en parte porque no era muy bueno en situaciones de crisis. Su primer intento de sofocar el motín empezó con un largo y soporífero discurso sobre la lealtad, seguido de un poco de lagrimeo y acabó simulando un intento de suicidio frente a todos, esperando que los soldados se lanzaran a impedírselo; la realidad es que un legionario le ofreció una espada más afilada, de modo que Germánico se retiró, indignado, a su tienda. En esos momentos, Germánico tenía tres hijos, estaba llegando a la treintena, dirigía un ejército enorme, era el primero en la línea sucesoria si algo le pasaba a Tiberio y estaba actuando como el protagonista de un mal libro de literatura juvenil.

A pesar de este fracaso inicial, Germánico no se marchó de la zona, sino que permaneció con su mujer, ya en las últimas semanas de embarazo de Agripina la Menor, y con su hijo de tres años, Cayo. Con su mejor actuación, si bien algo lastimosa, dejó ir unos cuantos llantos más en su casa e hizo algunos discursos grandilocuentes, hasta que Agripina la Mayor tomó las riendas del asunto. Organizó de un modo muy evidente una comitiva para partir, anunciando con claridad que ella y sus hijos dejaban el campamento romano y se iban al poblado de unos aliados germanos, puesto que ella, la nieta de Augusto, no podía confiar en las tropas y tenía que buscar la protección de unos extranjeros. El discurso activó un mecanismo de vergüenza en las leales tropas, que adoraban a Agripina y a su hijo y no podían permitir que la nieta de Augusto se sintiera más segura entre germanos que entre ellos. Con esto finalizó el motín, Germánico se llevó todo el crédito, dio algunos discursos más y luego hizo que los propios soldados mataran a los instigadores de la rebelión, para que todos aprendieran la lección. Y luego lloró por ello. Para ser sinceros, Germánico lloraba mucho; los historiadores tienen varias opiniones al respecto, pero ahora no nos importa.

Y en este entorno es donde nació Agripina la Menor, en lo más

profundo de Germania, cuando sus padres acababan de sofocar, por los pelos, un motín. Es probable que decidieran enviar a su hija recién nacida a Roma, fuera de peligro y donde la podrían cuidar adecuadamente. Agripina la Mayor y Germánico pasaron el año siguiente en campaña en el bosque de Teutoburgo, enmendando antiguos agravios en nombre de Roma, sin olvidar los habituales revolcones, pues Agripina quedó encinta de inmediato. Diez meses después del nacimiento de Agripina la Menor, tuvo otra hija, Julia Drusila, en septiembre del año 16; para entonces, el suelo pélvico de Agripina la Mayor debía estar ya destrozado. Pero Germánico estaba enfrascado en otras cosas, vengándose de algunos germanos. El bosque de Teutoburgo se halla en la región de Osnabrück, cerca del río Weser, y era un lugar relevante para el ejército y para la familia de Augusto, pues en el año 9 había sido el escenario de una brutal masacre de soldados romanos a manos de una alianza de tribus germánicas lideradas por Arminio, un germano con ciudadanía romana. El general romano Publio Quintilio Varo había conducido descuidadamente a tres legiones hacia su aniquilación en el interior de ese bosque, lo que representaba unos 15.000 hombres. Augusto nunca llegó a recuperarse del trauma que le produjo esta pérdida; tanto es así que el aniversario de la masacre era un día de luto para Augusto y los números de dos de las tres legiones aniquiladas no se volvieron a usar nunca más. Entre los romanos, el impacto psicológico de esta derrota fue enorme.

Para Germánico, llegar al lugar de la masacre tenía un simbolismo muy potente, y cuando lo hizo erigió ahí un túmulo funerario como homenaje a los legionarios muertos, otro gesto de fuerte significación. También intentó vengarse de Arminio, y Tácito afirma que obtuvo dos pequeñas victorias y consiguió que el caudillo germano se viera obligado a huir, pero fue reclamado en Roma antes de que pudiera atraparlo. Tácito deja muy claro que la única razón por la que Germánico no pudo completar la venganza de Roma contra Arminio fue que un envidioso Tiberio no quería que lograra más gloria de la que ya tenía. Es posible que tal afirmación sea cierta. A Tiberio no le gustaba nada nuestro amado héroe y no le interesaba que obtuviera demasiados triunfos y desviara la atención que se merecía el emperador. Además, Tiberio era un hombre conservador en extremo, que no quería para nada los dolores de cabeza administrativos que traería la incorporación de

nuevos territorios al Imperio.

Tiberio suele tener una reputación bastante mala, parte de la cual es bien merecida (hizo asesinar a Julia y a Agripa Póstumo y asestó el golpe de gracia oficial a la República romana), pero otra parte seguramente no (como las acusaciones de pederastia). Una de las principales denuncias que le hace Tácito es que mentía acerca de todo. Lo cierto es que Tácito detestaba a Tiberio con una rabia que nos hace sospechar que no debía de ser el mejor compañero para irse de fiesta, como si tuviera que estar explicando siempre algún asunto oscuro sobre Tiberio, con ojos desorbitados, mientras lo único que quieren todos es comer un poco más de marisco e impresionar a los demás con epigramas ingeniosos e hilarantes. Tácito tiene un cierto aire de pariente conspiranoico, porque, como todos los conspiranoicos, fuerza todos los supuestos «hechos» a encajar en su teoría, sin tener en cuenta la lógica ni el sentido común. Así, al igual que algunos seguidores del Movimiento por la Verdad del 11-S creen que los aviones que chocaron con las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 eran en realidad misiles disfrazados como aviones mediante hologramas (ya me gustaría a mí haber inventado una historia así), Tácito insiste en que todo lo bueno y honorable que hizo Tiberio era, en realidad, una gran mentira. Una gran mentira por poderosas razones. Las reacciones de Tiberio a los éxitos de Germánico en Germania, bien documentadas, fueron darle el apelativo Germánico, concederle un triunfo y hacerle un panegírico en el Senado, seguramente bastante aburrido. Sin embargo, según el relato de Tácito, las celebraciones de Tiberio fueron «tan ostentosamente elaboradas que no parecían sinceras», lo que se me antoja un poco injusto. La afirmación de Tácito de que a Germánico se le impidió aplastar a Arminio solo por la maliciosa envidia de Tiberio también es, en este contexto, una falsedad. Tiberio era cauto en extremo con sus tropas y durante todo su reinado dejó siempre bien claro que consideraba que las fronteras del Imperio debían mantenerse y protegerse, no ampliarse (de hecho, esta orden formaba parte de la voluntad de Augusto). Además, Germania no ofrecía nada tangible a Roma como territorio y, sin duda, no valía la pena emprender una guerra muy arriesgada contra un enemigo conocido por su belicosidad. La idea de tener a

Germánico paseándose por Germania en una campaña más o menos personal de venganza y gloria, para obtener unos territorios inútiles que serían difíciles y costosos de mantener, no resultaba especialmente atractiva. Y aún menos atractiva le resultaba al propio Tiberio, cuyo interés principal parece haber sido estar tranquilo, alejado de los demás y sin tener a gente importunándole. Este hecho también era motivo de sospecha para Tácito, una prueba más de la naturaleza mendaz del emperador; ¿a qué romano no le gustaría pasar el rato con otros romanos? Está claro: a un mal romano.

El simbolismo de las victorias de Germánico era importante, y Tiberio nunca pretendió que no lo fuera. Así, cuando Germánico regresó a Roma, recibió el mayor de todos los honores romanos: fue aclamado como imperator y se le concedió un triunfo. Imperator es la palabra latina de la que procede emperador; en origen solo significaba 'general', pero después de que Augusto empezara a usarla como parte de su nombre (denominándose Imperator Caesar), se convirtió en un epíteto imperial y luego en el propio título imperial… y sí, luego, mucho más tarde, Charlize Theron se convirtió en una furiosa imperator en el desierto. Para Germánico, ser aclamado imperator era un grandísimo honor; muchos años después de su muerte sería recordado con enorme respeto, sobre todo, como imperator. Y, por si esto fuera poco, se le concedió un triunfo.

Un triunfo romano no era poca cosa. Consistía en un desfile por las calles de Roma hasta llegar al templo de Júpiter, encabezado por el homenajeado ataviado con ropajes púrpura y la clásica corona de laurel, avanzando sobre una cuadriga. Las calles de Roma estarían repletas de miles y miles de ciudadanos y visitantes vitoreando y cantando. Detrás del general iban sus tropas, que compartían la gloria a la que su general las había llevado, y solían entonar canciones obscenas sobre él. Luego marchaban los cautivos y el botín capturado. Fue para evitar un espectáculo así que Marco Antonio y Cleopatra se suicidaron después de que Augusto los hubiera derrotado. El desfile iba precedido y seguido de varios días de celebraciones, juegos públicos, sacrificios religiosos y fiesta en general. Parece todo bastante espectacular, y seguramente lo era cuando las tropas conquistaban enormes extensiones de tierras en el

este y traían a Roma a 50.000 prisioneros y varias toneladas de oro saqueado de alguna ciudad. Pero Germánico había atravesado un trozo de un bosque en Germania y nadie dejó constancia de qué era lo que trajo a Roma, de modo que quizá solo fueran ocho cautivos y unos cuantos hierbajos. Pero no pasa nada; no es el espectáculo lo que importa, sino su simbolismo. Germánico recibió uno de los primeros triunfos desde hacía muchísimos años, con espléndidas celebraciones; y, lo que es más importante, Agripina la Menor fue testigo, por primera vez, de que había multitudes enardecidas en las calles de Roma que adoraban a sus padres, al igual que sus soldados. Este hecho es crucial.

En cualquier caso, la estancia de sus padres en Roma fue breve. Antes de transcurrir un año, partieron otra vez; esta vez a Siria, donde Germánico tenía que resolver algunos asuntos diplomáticos. Los dos niños mayores y las dos niñas menores se quedaron en Roma, pero sí se llevaron, curiosamente, a su hijo favorito, Cayo. Agripina la Mayor tuvo a su último hijo durante el viaje, dando a luz a Julia Livila en Lesbos en el año 17. Podría decir que a partir de ese momento puso un límite a los revolcones, pero la verdad es que este fue su último hijo a causa de lo que sucedió después. Tras unas bonitas vacaciones en Dalmacia (en la actual Croacia), un poco de turismo por Grecia, el nacimiento de Julia Livila en Lesbos y un poco más de paseo por Asia Menor, Germánico finalmente llegó a Siria para hacer su trabajo. En lo que fue el mayor logro de su vida, negoció la coronación de un rey cliente favorable a Roma (Artaxias III de Armenia) que reinó durante los 16 años siguientes, algo nada desdeñable. Germánico estaba tan satisfecho del éxito conseguido que se fue otra vez de vacaciones, esta vez a Egipto. Unas vacaciones en Egipto parecen un buen plan… ¿quién no querría visitar las pirámides y hacer un crucero por el Nilo? El problema era que Egipto era territorio prohibido para los senadores romanos y, sobre todo, para los más poderosos. La razón de la prohibición es que Egipto era el principal proveedor de cereales de Roma, de modo que aquel que controlara Egipto tenía el poder de matar de hambre a la capital imperial. Así pues, las noticias de que el amado y exitoso cónsul del Senado romano y heredero al trono, Germánico, rondaba por esas tierras tan sensibles no fueron muy bien recibidas

en la urbe y Tiberio le hizo regresar. A partir de aquí es cuando las cosas se tuercen de verdad. Al acabar sus vacaciones, Germánico regresó a Siria, donde había dejado a sus tropas, y se encontró con que el gobernador, Cneo Calpurnio Pisón, había empezado a inmiscuirse en los asuntos de sus ejércitos y había tomado decisiones que Germánico consideraba que no tenía ningún derecho a tomar. Germánico y Pisón ya se odiaban y parece que habían tenido conflictos sobre sus esferas de influencia en Siria; ahora, este incidente complicó aún más las cosas. Ambos se amenazaban mutuamente con lanzar a Tiberio contra el otro y la tensión aumentó. A todo esto, Germánico enfermó. Y murió.

Durante su enfermedad, Germánico estaba convencido de que le habían envenenado o maldecido, o ambas cosas. En el relato de estos hechos, la diferencia entre envenenamiento y maldición parece irrelevante, pues los romanos creían ciegamente en la eficacia de la magia y la brujería. Tanto Tácito como Suetonio nos dicen que Germánico encontró varios conjuros y objetos relacionados con maleficios en su hogar durante la enfermedad, objetos que uno no esperaría encontrar en su casa. Tácito nos da algunos detalles deliciosos y nos describe restos humanos, cenizas ensangrentadas, conjuros, maldiciones y tablillas de plomo con el nombre de Germánico inscrito y ocultas en las paredes de su dormitorio. Para Germánico, el responsable de estos fragmentos de cadáveres no era otro que Pisón, sin duda. Las últimas palabras a su esposa, especialmente dramáticas, se hicieron famosas: «Llorarán a Germánico hasta los desconocidos, lo vengaréis vosotros si por mi persona más que por mi noble condición habéis sentido afecto. Mostrad al pueblo romano a la nieta del divino Augusto y que también es mi esposa».[6] Luego, murió.

La creencia de que Tiberio hizo que Pisón asesinara a Germánico estaba muy extendida y quedó incorporada a la reputación de Tiberio. El emperador no dudaba en asesinar a personas que no eran de su agrado, sobre todo cuando estaban lejos de él. Germánico estaba causando algunos problemas, con tantos éxitos, con tanta popularidad y con visitas a lugares a los que no debía ir. Pero me parece poco probable que Tiberio hiciera asesinar a Germánico, teniendo en cuenta que era la mejor baza que tenía en la familia y que Tiberio nunca dio ninguna prueba real y tangible

de tener animadversión hacia Germánico, dejando de lado las suposiciones de Tácito basadas en su «lectura de mentes». Si nos preguntamos si fue Pisón quien mató a Germánico ya entramos en terrenos más resbaladizos; sin duda, tenía razones sólidas para hacerlo. Pero también tenemos que recordar que Germánico acababa de pasar un tiempo viajando por el Nilo, donde las enfermedades tropicales campaban a sus anchas y las técnicas de purificación del agua no eran gran cosa; malaria, difteria, hepatitis A, fiebre tifoidea, fiebre amarilla y muchos otros parásitos tropicales eran un riesgo considerable para la salud. No es por nada por lo que los soldados europeos siempre temían ser destinados ahí antes del descubrimiento de la penicilina. La idea de que Germánico pudiera haber contraído (por ejemplo) fiebre tifoidea en Egipto no parece descabellada. El hecho de que su esposa también estuviera gravemente enferma y de que la presunta bruja Martina también muriera de una enfermedad antes de regresar a Roma subrayan los peligros de salud que había en el este. Pero como sucede en tantas ocasiones en la historia, la verdad literal no es necesariamente importante; lo que sí es importante es la facilidad con que la familia de Germánico y el pueblo de Roma aceptaron que Pisón había asesinado a Germánico a instancias de Tiberio, y no había manera de convencerles de lo contrario.[7]

Germánico murió con unos 33 años y Agripina la Menor apenas lo conoció. Debía de tener unos tres años en el momento de la muerte de su padre y solo lo había visto durante los pocos meses que estuvo en Roma. Sin embargo, la obsesión romana con la familia hace que, en realidad, nadie nunca muera; se esculpen máscaras funerarias y los ancestros famosos imponen su presencia siglos después de su muerte. Las historias se explican una y otra vez y la reputación difícilmente queda mancillada por algo tan prosaico como la muerte. Germánico será una de las figuras más importantes en la vida de Agripina la Menor, hasta el día de su muerte. En parte, esto se debe a la forma en que su madre mantuvo viva la reputación de su esposo tras su regreso a Roma y, como veremos, Agripina la Menor aprendió mucho de su madre.

REGRESO A ROMA

¿Recuerdas la muerte de la princesa Diana de Gales en 1997? Medio Reino Unido quedó paralizado durante horas. Yo tenía 14 años y recuerdo que mi padre me llevó hasta el palacio de Kensington a ver las flores que dejaba la gente, porque pensaba que nunca veríamos algo igual. El mar de flores me llegaba hasta la cintura, sin exagerar, y me parecía infinito. Cientos de miles de personas se desplazaron hasta ese lugar para dejar un ramo. Aunque no lo presenciaras, es posible que hayas visto fotografías del funeral, con los príncipes avanzando tras la carroza fúnebre, casi oculta bajo las flores que lanzaba la multitud. Ese momento de la historia británica en que la gente simplemente no podía asumir lo que había pasado quizá es la analogía más cercana que podemos encontrar con lo que pasó con la muerte de Germánico en el año 19. El Imperio se vistió de luto y Roma fue el centro neurálgico de ese luto. Suetonio nos explica que la gente se lanzó a las calles, que derribó estatuas de los dioses y que lanzó piedras a los templos, en su ira por la muerte de Germánico; otros lanzaban a los dioses del hogar por las puertas de sus casas y los destrozaban;[8] otros rechazaban a sus recién nacidos, se afeitaban la cabeza y lloraban la muerte de Germánico.[9] Es interesante fijarse en que Tácito contradice a Suetonio y afirma que no hubo grandes manifestaciones públicas de duelo, sino que la gente estaba tan conmocionada y afligida que se encerró en sus casas y dejó la ciudad desierta, «por doquier silencio y llanto», solo ocupada por una triste pesadumbre invernal.[10]

Agripina la Mayor insistió en llevar las cenizas de Germánico a Roma de inmediato, a pesar de que era octubre y un viaje por mar resultaba peligroso en esta época. Las noticias de su llegada la precedieron y el día de su arribo a Italia preparó una de las escenificaciones más espectaculares desde el tiempo de Augusto; sin duda, era la nieta de su abuelo. En la política norteamericana se usa el término optics (‘óptica’) para describir el impacto visual y la percepción pública de un acontecimiento; que algo tenga good

optics, ‘una buena óptica’, significa que el público lo considerará agradable, espectacular o impactante; en este sentido, Agripina la Mayor consiguió una óptica extraordinaria. Cuando Agripina y sus acompañantes llegaron a Brundisium (actual Bríndisi), en el sur de Italia, ya se había corrido la voz de que la nieta de Augusto estaba a punto de llegar, de modo que ella esperó deliberadamente cerca de la costa para asegurarse de que la gente estaba expectante. En consecuencia, miles de personas se agolpaban en el muelle para recibirla y llenaban todo el puerto y las calles aledañas, e incluso treparon a las murallas para tener una buena visión del momento. Cuando el barco arribó al puerto, el gentío guardó un silencio respetuoso y reverencial; luego, apareció ella, descendiendo del barco lentamente. Era joven, pero su aspecto era de agotamiento por la pena y por el viaje; llevaba el pelo suelto en señal de duelo. Bajó a tierra con los ojos clavados en el suelo y aferrando con fuerza la urna funeraria contra su pecho, la imagen perfecta de una princesa afligida y herida. Tras ella, se agitaba el pequeño Cayo, de seis años, con la cabeza cubierta, y Livila II, aún bebé. Al verlos, la multitud rompió el silencio y sollozó como una sola persona, llorando por la muerte del marido perdido, por la princesa viuda y por los príncipes huérfanos. Los lamentos continuaron mientras la comitiva atravesaba el gentío hasta llegar a un carruaje, rodeada por los casi 1.000 soldados que la habían acompañado en su retorno a Roma. El acontecimiento fue breve pero intenso. Las noticias se propagaron como el fuego por todo el Imperio y la imagen de Agripina la Mayor llevando la urna de su esposo, encorvada y humilde, resonaría en toda la historia de la dinastía julio-claudia; el pequeño Cayo, en particular, nunca la olvidaría.

Brundisium está a unos 600 km de Roma y durante el viaje, Agripina la Mayor y su comitiva pasaron por muchos pueblos y ciudades siempre del mismo modo, congregando a multitudes afligidas que los acompañaban durante varios kilómetros. Finalmente, a 95 km de Roma, se encontraron con el resto de la familia. Agripina la Menor, sus hermanos Nerón y Druso III y su hermana Drusila se reunieron con su madre y hermanos, conociendo así a Livila II por primera vez. Los niños estaban acompañados por Druso II, hijo de Tiberio, su esposa Livila I, que también era hermana biológica de Germánico y estaba embarazada de gemelos, y el hermano de Germánico, Claudio. El lugar de

encuentro fue Terracina, y la reunión debió de ser impactante. Agripina la Menor solo tenía cuatro años y es probable que este momento, reunirse con su afligida y enferma madre, fuera aún más crucial para ella que el triunfo celebrado por su padre.

La «buena óptica» no acabó aquí. La familia regresó junta a Roma, donde una vez más fueron recibidos por miles de personas que se les unían en la vía que llevaba hacia la capital, la vía Apia. Así llegó a Roma este grupo de hombres, mujeres y niños de luto, aún con los 1.000 soldados que los acompañaban; en resumen, toda la familia imperial excepto Tiberio y su esposa, notoriamente ausentes. Al entrar en la ciudad, Agripina la Mayor seguía aferrando la urna contra su pecho. Unos pocos días después, se dirigieron al Mausoleo de Augusto, en el centro de la ciudad, donde Agripina colocó las cenizas en el lugar al que pertenecían. No hubo ningún funeral romano como tal de Germánico, porque su cuerpo se había incinerado en Siria, de modo que, en su lugar, la gente iluminó el Campo de Marte con antorchas durante toda la noche y lloró, rogó y pronunció discursos. Aclamaron a Agripina la Mayor como su única esperanza, calificándola de «honra de la patria, la verdadera sangre de Augusto, el único modelo de las prístinas virtudes»;[11] la muchedumbre alzaba los brazos al cielo, aunque en esencia, estaban congregados en el exterior de la casa de Tiberio, y pedían a los dioses que protegieran a Agripina y a sus hijos de la persecución del emperador. Agripina la Mayor estaba plenamente convencida de que su esposo había sido asesinado por orden de Tiberio, y el hecho de que este no asistiera al enorme pseudofuneral de su hijo adoptivo, ni tan solo de modo simbólico, era una prueba más de su culpabilidad. Tácito está de acuerdo, y cita a varios de sus «ancianos» como testigos. Incluso llega a acusar a Tiberio de impedir por la fuerza que la madre de Germánico asistiera a su sepelio, una prueba adicional de su culpabilidad. Las opiniones de Tácito son académicas, pero las de Agripina la Mayor, no; ella creía que su marido había sido asesinado y de que a ella y a sus hijos se les habían arrebatado sus derechos como herederos julios de Augusto.

Desde el punto de vista de Agripina la Mayor, Germánico había sido liquidado como parte de una disputa dinástica, disputa que solo en parte era imaginaria. Los julios y los claudios eran dos familias que

se habían unido en una sola a través del matrimonio, pero las dos mitades nunca dejaron de sospechar una de la otra. Livia fue acusada de envenenar a los hermanos de Agripina la Mayor, para que el trono de Augusto pasara a un claudio (Tiberio) en lugar de a un julio (uno de ellos). Técnicamente, Germánico era un claudio, pero sus hijos eran julios porque su relación con Augusto era tan potente que se anteponía a cualquier otra. Que Germánico se convirtiera en emperador significaría que el trono volvería a manos de la familia julia durante dos generaciones, por lo menos, condenando así a los claudios a una relativa oscuridad. No obstante, sin Germánico, el heredero del trono sería un claudio, Druso II, el hijo de Tiberio, asegurando así la gloria de la familia. Todo esto no deja de ser un ejercicio práctico por nuestra parte, puesto que no tenemos forma de saber si Tiberio o Livia pensaban lo mismo, aunque sin duda sí que es lo que pensaba Agripina la Mayor. Consideraba la muerte de su esposo como una traición, un robo de la justa herencia de sus hijos por parte de unos usurpadores del trono julio; es posible que incluso pensara que ella misma tenía más derechos al trono que el propio Tiberio. Cuando Germánico murió, en sus últimas palabras le pidió que buscara venganza, pero también le dijo que «depusiera su fiereza, que doblegase su orgullo a la cruel fortuna y que, tras regresar a la Ciudad, no irritase, en su afán de rivalizar con el poder, a los que gozaban de situación más ventajosa».[12] Siendo consciente de las contradicciones de estas exigencias, no les hizo caso.

Si bien Germánico estaba un poco sobrevalorado como general, Agripina la Mayor estaba infravalorada en general. Había sobrevivido a toda clase de problemas; aunque de acuerdo con los patrones julios su infancia y juventud fueron bastante normales, la pérdida de toda una familia antes de los 30 años debió de ser horrible. Luego dio a luz a nueve niños en campamentos legionarios y casas ajenas por todo el Imperio, y enterró a tres de ellos. Con un embarazo ya muy avanzado había sofocado un motín en Germania. Estando también encinta (esta vez de un hijo que murió), había salvado la vida de su esposo y las de toda una legión cuando intervino para impedir que, en medio de una batalla, un grupo de soldados en pánico demoliera un puente, cabalgando a través de la confusión y dando ánimos a las tropas. Era una mujer tremendamente proactiva y competente, con un fuerte sentido de la

excelencia, y cuando regresó a Roma con las cenizas de su marido, estaba llena de ardor. Cuando murió su esposo, apenas había superado la treintena y se había acostumbrado a que todo el mundo la adorara; es más, se había acostumbrado a que todos la obedecieran, la respetaran y la trataran como la princesa que era. Estaba convencida de la posición y la importancia de su familia y nada podría arrebatársela. Tampoco es que el pueblo, el ejército ni el Senado de Roma quisieran, pues la aclamaban como hija de Roma y la adoraban como última descendiente de Augusto. Este hecho le causaría, a ella y a sus hijos, incontables problemas en los siguientes años, un tema del que debemos ocuparnos un poco, porque Agripina la Mayor fue quizá la influencia más significativa en la vida de nuestra Agripina la Menor; lo que le sucedió a ella y a sus dos hermanos mayores es de importancia crucial. Y muy complicado.

AGRIPINA LA MAYOR

Agripina la Mayor retornó a Roma en el año 19, haciendo dos simbólicos cortes de mangas a Tiberio, uno con cada brazo, mientras este se encerraba taciturno en su palacio. A partir de este momento, la atmósfera se fue enrareciendo cada vez más. Sin embargo, no dejaban de ser familia y los julio-claudios ponían la familia siempre en primer lugar. No podían ignorarse y seguir con sus vidas como si nada y, de hecho, Agripina la Mayor tampoco quería que fuese así. Agripina quería venganza, quería expulsar a Tiberio del trono, quería recuperar el poder, el poder que consideraba que le pertenecía, y sin duda no iba a echarse atrás ni iba a sentarse a esperar. Agripina la Mayor no tenía tiempo para bobadas de género, como el hecho de no poder participar legalmente en política por ser mujer. Toda su vida había sido una princesa romana, había crecido sin conocer la República y había apartado de un manotazo todas las presiones conservadoras y tradicionales que le sugerían cómo debía comportarse. Así, Agripina la Menor creció junto a una madre que despreciaba las tradiciones, que estaba profundamente orgullosa de su estirpe y que era un obstinado personaje público en batalla constante con un emperador tercamente tradicional, malhumoradamente engreído y profundamente recluido. Ambos se hubieran detestado incluso sin la convicción de que Tiberio había asesinado a Germánico.

El drama entre Tiberio y Agripina la Mayor tardaría 15 años en llegar a su fin; toda la infancia de Agripina la Menor estuvo enmarcada por esta lucha, con un punto álgido en el año 29, tras una década de desgracias. Para complicar la situación, entró en escena un tercer actor, cuyo mayor placer en la vida era esparcir mierda allí por donde pasaba. Se trata de Sejano, el prefecto del pretorio de Tiberio.[13] Quizá lo puedas recordar en la piel del actor Patrick Stewart, aún con pelo, en la versión de la novela Yo, Claudio que hizo la BBC en la década de 1970. Sejano añade una complicación adicional a los sucesos de esta década, porque lo que

él quiere, en realidad, es ser emperador; está claro que si hubiera vivido en la época de las guerras civiles, hubiera sido muy peligroso. Es significativo que quisiera ser emperador, pues no pertenecía a la clase senatorial, sino que era de rango ecuestre, es decir, formaba parte de la clase empresarial de Roma. Los senadores son la aristocracia, mientras que los ecuestres son los Philip Green del mundo romano.***** Parece que Sejano creía que, si Tiberio podía ser emperador, cualquiera podría serlo; así, maniobró con agilidad para ganarse el afecto de Tiberio, separarlo de su familia, obtener su confianza y, finalmente, convertirse en su heredero. En cierto modo, se comportaba como el novio hiperceloso de Tiberio, posesivo y controlador. Como consecuencia, veía a Agripina la Mayor y a sus hijos como rivales, e hizo todo lo que pudo para destruirlos.

La familia de Agripina la Mayor fue el tercero de los objetivos de Sejano. El primero fue el único hijo biológico de Tiberio, y el único hijo que le quedaba tras la muerte de Germánico, Druso II. Druso II y Sejano se odiaban personalmente. En cierto momento, Druso II asestó un puñetazo a Sejano (una afrenta grave para un romano) porque Sejano se había convertido en el hombre de confianza de Tiberio y Druso se sentía ninguneado por su padre. Como respuesta, Sejano se tiró a la esposa de Druso II y maquinó con ella para asesinarlo… supuestamente. Sea como fuere, Druso II murió de repente no mucho después del asunto del puñetazo y un poco más tarde Sejano pidió permiso a Tiberio para casarse con la viuda de Druso II, a lo que Tiberio se negó. Este fue el segundo plan fracasado de Sejano para convertirse en miembro de la familia imperial. Antes, había prometido a su hija de cuatro años al sobrino de Germánico, el hijo mayor de Claudio, pero este plan se desbarató cuando el chaval se atragantó con una pera y murió. Sejano estaba colérico y se fijó en Agripina la Mayor para urdir un nuevo plan: si no podía entrar en la familia imperial de un modo legítimo, se limitaría a destruir a todos y cada uno de sus miembros hasta que no quedara vivo nadie más que él cuando llegara el momento en que Tiberio se decidiera a escoger un sucesor.

Sejano apuntó inmediatamente a Agripina la Mayor, tanto por ser un miembro destacadísimo de la familia imperial como porque parecía que Tiberio empezaba a tener en cuenta a los hijos mayores

de Agripina como posibles sucesores, en lugar de considerar al único hijo vivo de Druso II, Tiberio Gemelo. Los hijos mayores de Agripina eran Nerón y Druso III y, al poco de la muerte de Druso II, Tiberio comenzó a acercárselos y a darles más visibilidad pública. En el año 23 tenían 16 y 17 años, respectivamente, una edad ideal en la familia imperial para empezar a asumir responsabilidades si se suponía que en el futuro ibas a tener tareas de gobierno. Pero ahí donde iban Nerón y Druso III, también iba su madre. Su influencia quedó bien patente por primera vez el día de año nuevo del 24, cuando los sacerdotes ofrecían la plegaria anual por la salud y seguridad del emperador. Se trataba de una ocasión solemne e importante, de modo que todo el mundo quedó sorprendido cuando los sacerdotes no solo rogaron por Tiberio sino también por Druso III y Nerón. Tiberio también quedó sorprendido, y su reacción inmediata fue de indignación con Agripina la Mayor por haberlo planeado. Yo creo que fue una acción impactante; sin duda, le importaba un pimiento provocar revuelo y, de algún modo, se las apañó para que los sacerdotes sorprendieran al emperador (¡al emperador, ni más ni menos!) situando a sus hijos al mismo nivel que aquel ante todo el mundo. Diría que hizo esto, en parte, porque creía de verdad que sus hijos se merecían tal honor, pero también en parte porque así manipulaba a Tiberio y le obligaba a tener que escoger: o bien detener la plegaria por esos chicos tan populares o bien a asumir la situación. Era imposible perder, excepto por el hecho de que Sejano se aprovechó tanto de las iras de Tiberio como del atrevimiento de Agripina.

Sejano siempre había odiado a Agripina la Mayor, tanto por ser una engreída como por ser una persona con más poder que él. Y aún la odiaba más porque se enfrentó a él en todo lo que pudo, utilizando a representantes suyos en el Senado (masculinos, por supuesto). Agripina la Mayor organizó una facción a su alrededor, un grupo con intereses coincidentes que se ocupaba de proteger y promover a la familia de Agripina por encima de cualquier otra. Era un partido político poco definido inmerso en la siempre cambiante política romana. Sejano planteó un ataque en dos frentes contra Agripina la Mayor: en primer lugar, arremeter contra sus amigos y miembros de su facción con pleitos, acusaciones y procesos penales que les resultaran caros, agotadores y perjudiciales para su reputación; en segundo lugar, pasaba todo el tiempo parloteando con Tiberio sobre

las terribles acciones que se suponía que Agripina estaba llevando a cabo y cuán mezquina era con la figura del emperador. Sejano mantuvo a Tiberio en un estado de sospecha permanente y siempre en vilo, atizando sin parar sus inseguridades y preocupaciones. Como un novio hipercontrolador.

Esta provocación llegó a su punto crítico en un par de ocasiones dramáticas relatadas por Tácito. Todas suceden entre el año 25 y el 27, aproximadamente, cuando Agripina la Mayor tiene unos 40 años y Agripina la Menor, entre 10 y 12, justo cuando empieza a ser consciente del mundo en que vive. Y sabemos que, en efecto, era algo consciente de su mundo porque es la fuente original de la primera de estas escenas dramáticas. Escribió sobre ello en sus memorias, para mostrar la crueldad de Tiberio con su madre. Agripina la Menor relata que, en algún momento durante esos años, su madre cayó enferma; nada grave, quizá un resfriado, una gripe o algún bicho, pero lo suficiente como para que estuviera recluida en casa durante un tiempo. Tiberio vino a visitarla; quizá se sentaron en el atrio de la casa de Agripina, un lugar que siempre era adecuado para recibir a visitantes ilustres, o quizá estuvieron en algún otro lugar de la casa. Pero a diferencia de otros momentos en que se encontraron, en que podían discutir o, si el día era bueno, mostrar cordialidad, esta vez se sentaron con incomodidad mientras Agripina lloraba en silencio. Finalmente, respiró profundamente, miró al emperador con los ojos lagrimosos y le pidió permiso para volverse a casar. Quizá tenía a alguien en la cabeza o quizá solo se sentía sola; llevaba viuda una década, estaba criando una familia de seis hijos y quería un hombre para compartir la carga de su lucha. Pero era una mujer y no podía contraer matrimonio sin permiso, de modo que tenía que pedirlo al único hombre que nunca se lo daría, el mismo hombre contra el que estaba luchando. Tiberio suspiró, dejó su taza y se marchó sin responder.[14] Nunca se le permitiría volver a contraer matrimonio y permanecería sola. Agripina la Menor fue testigo de todo esto, vio a su madre tan desgraciada, triste y desesperada como para tener que mostrar su aspecto más femenino y vulnerable a su peor enemigo. Décadas más tarde, cuando Agripina la Menor rondaba a su vez los cuarenta años, lo dejó por escrito para que el mundo recordara cómo había sufrido su madre, cómo sufrían las mujeres. Esta imagen de Agripina la Mayor es la de una mujer envejecida, cansada de la lucha constante que

era la política romana, agotada de ser una mujer romana en público, sola y patética. No es su imagen habitual; se la suele presentar como una leona arrogante, que ruge a la menor provocación. Este relato fue el intento de Agripina la Menor de humanizar a su madre, y quizá también de humanizarse a ella misma.

La segunda escena es de la misma época y nos muestra una imagen completamente diferente de Agripina la Mayor. Tras meses y meses de soportar los embates de los aliados de Sejano contra sus amigos y conocidos, perdió la paciencia. No era estúpida y sabía que sus amigos estaban teniendo problemas a causa de su relación con ella. La inculpación que colmó el vaso fue la que acusaba a su prima Claudia Pulcra de brujería, de intento de envenenamiento del emperador y de adulterio (¡una mujer muy ocupada, sin duda!). Cuando Agripina lo supo, fue a hablar con Tiberio para dejar claras unas cuantas cosas; entró en el palacio como un torbellino, abriendo puertas hasta que encontró al emperador en una pequeña estancia, haciendo un sacrificio personal a una estatua de Augusto. Agripina le exigió que detuviera el proceso contra su prima, que dejara de hacer caso a las ridículas insinuaciones de Sejano y que empezara a proteger a su propia familia. Le hervía la sangre y solo se calmó un poco al ver el sacrificio de Tiberio a Augusto; descargando su enojo con frialdad, le dijo que la sangre de Augusto no corría por estatuas mudas y que era ella «su verdadera imagen, nacida de su sangre celestial»; le dijo que era inconcebible que alguien hiciera sacrificios a Augusto mientras permitía que se persiguiera a sus nietos, dejando claro su poder y prestigio y su convicción en su derecho a gobernar, y acusando al emperador de hipocresía. Tiberio, para su honra, encajó bien el ataque y el insulto implícito a su linaje y respondió con un epigrama griego «diciendo que "no debía sentirse agraviada porque no reinara"».[15] Por desgracia, no sabemos cómo respondió Agripina, pero dudo que fuera con cortesía, especialmente sabiendo que su discurso no sirvió para nada: Claudia Pulcra fue condenada a muerte.

La escena final llega un poco más tarde. Tras casi una década de luchas y fracasos, bajo los ataques constantes de Sejano, convencida

de que Tiberio quería matarla y cansada de estar sola, Agripina la Mayor empezaba a sentirse algo insegura. Pero la familia era lo primero, de modo que seguía asistiendo puntualmente a las cenas con el emperador como si fuera un reloj. Ahora bien, asistía a las cenas pero no comía; se sentaba pero, por temor, rechazaba comer. Y esto era porque Sejano había tomado una nueva estrategia y había empezado a cuchichearle que Tiberio la mataría tal como había matado a su esposo, que el emperador pensaba envenenarla durante la comida, que ella no podía sentirse segura. Tiberio, ignorante de las maquinaciones de Sejano y creyendo con sinceridad que este era un amigo fiel y estimado, solo veía que Agripina la Mayor se sentaba a su mesa, fría, distante y desconfiada. Un día, la puso a prueba: le lanzó una manzana para que se la comiera; Agripina cogió la manzana pero, sin mutar su expresión ni decir una sola palabra, la dejó sobre la mesa y la ignoró. Esto era, a todos los efectos, una acusación directa a Tiberio de intento de asesinato. Este suceso marcó la ruptura definitiva de la poca relación que todavía tuvieran.

El plan de Sejano iba viento en popa. Y aún mejoró en el año 28, cuando Tiberio acabó hasta el gorro de Roma, del Senado, de los politiqueos de la corte, de Agripina la Mayor, de su madre Livia, de la aristocracia y de todo en general y abandonó la ciudad. Se retiró a la isla de Capri y no regresó nunca. Puso a Sejano a cargo de Roma en su ausencia y confió plenamente en los informes de este para seguir al corriente de lo que sucedía; ahora Sejano era el único vínculo no familiar entre el emperador y el Senado. A Sejano solo le quedaba destruir por completo a Agripina y sus hijos.

Para nuestra desesperación, en este punto hay una gran laguna en los manuscritos conservados de los Anales de Tácito y las cosas se vuelven algo confusas. Justo antes del corte, Sejano estaba intentando enfrentar a Nerón y Druso III entre ellos, convenciendo a cada uno de que su madre prefería al otro. Nerón, el mayor, se nos presenta como un niño consentido e inofensivo que a veces se dejaba llevar por sus palabras y era fácilmente influenciable por sus compañeros, que, incitados por Sejano, le persuadían para que dijera cosas irreflexivas. Druso III, el menor, se nos aparece como

un joven resentido y celoso de su hermano mayor. Sejano los enfrentaba, prosiguiendo con su velado plan para desacreditarlos. En ese momento, al prefecto del pretorio se le presentó una nueva y magnífica oportunidad: la muerte de la madre del emperador, Livia. Tenía 75 años pero era un actor muy importante entre bastidores durante el reinado de Tiberio y le hubiera cortado los huevos a su hijo si este hubiera emprendido alguna acción oficial contra su propia familia; incluso odiando a Agripina la Mayor. Es por ello por lo que Sejano se había visto obligado a actuar con cautela y disimulo. Con Livia fuera de escena, ya no se interponía nada en el camino del prefecto del pretorio; en cuanto finalizó el funeral, escribió a Tiberio acusando a Agripina la Mayor y a Nerón de amores impúdicos y depravación moral (en resumen, de incesto).[16] Cuando se leyó esta carta en el Senado, todos los asistentes escucharon atónitos y silenciosos. El pueblo, al saberlo, consiguió (de algún sitio) unas efigies de Agripina y Nerón y las llevaron a la curia, la sede del Senado, donde improvisaron una protesta para exigir la protección de ambos. Tácito nos cuenta que Agripina la Mayor y Nerón sobrevivieron a este ataque, aunque por poco.

Aquí nos topamos con la primera laguna en los manuscritos de los Anales y no tenemos ni idea de lo que sucedió a continuación. Todo lo que sabemos es que, cuando recuperamos el hilo de los Anales, dos años más tarde, Agripina la Mayor y Nerón están en el exilio y Druso III está prisionero en una mazmorra del palacio. Nadie sabe por qué. Parece ser que el exilio de Agripina y Nerón enfureció a la madre de Germánico, Antonia la Menor, con quien habían ido a vivir nuevamente los hijos más pequeños. Antonia era una mujer de talante muy conservador por lo que respecta al papel de la mujer, pero decidió romper su tradicional costumbre de no inmiscuirse en política. Escribió a Tiberio y le explicó con todo detalle cómo Sejano se estaba aprovechando de él y de su familia y que tenía planes para llegar al trono, con lo que no era improbable que le matara también a él. Esta era la intervención familiar que necesitaba Tiberio: ordenó ejecutar a Sejano y a toda su familia. Sin embargo, para Agripina la Mayor, Nerón y Druso III ya era demasiado tarde. Tiberio los aborrecía tanto y había soportado tantas veces los gritos y reproches de Agripina en su propia casa, que sacó su vena más mezquina y cruel contra ellos. Hizo apalear regularmente a Agripina la Mayor; de hecho, uno de estos castigos

fue tan terrible que le provocó la pérdida de un ojo. Finalmente, Agripina no pudo soportarlo más y se dejó morir de inanición, que es una forma admirable de irse; Druso III murió del mismo modo, aunque más a su pesar; tan desesperado estaba por vivir que intentó comerse el relleno de su colchón. A Nerón, por su parte, se le dio la opción de dejarse caer sobre su propia espada o de ser asesinado con otra; escogió el suicidio. En el año 31 todos ellos estaban muertos.

Tras todos estos sucesos, nuestra Agripina tenía 16 años y, por edad, era la segunda de los hermanos que quedaban vivos. Era huérfana y una buena parte de su familia había sido eliminada: su tío, su tía, su abuela, su padre, su madre, dos hermanos y un par de primos habían sido asesinados. En todo este tiempo, sin embargo, no se había quedado jugando con muñecas; en el año 31 ya hacía tres años que estaba casada.

EL PRIMER ESPOSO

La boda de Agripina la Menor es la única ocasión por la que aparece mencionada en las fuentes durante sus dos primeras décadas de vida. Fue un matrimonio planeado por Tiberio, lo que era un gran honor, y el esposo era un miembro de la familia, lo que era un grandísimo honor. El elegido fue Cneo Domicio Enobarbo, casi 20 años mayor que su nueva esposa. La abuela de Domicio era la hermana de Augusto, Octavia, y su padre era Lucio Domicio Enobarbo. La familia domicia era tan antigua como la claudia e igual de distinguida. En términos de prestigio, era una pareja perfecta para Agripina la Menor. Domicio había sido cónsul, el cargo más elevado posible, y era riquísimo. Su reputación póstuma, por el contrario, es pésima; no se explica ninguna historia agradable sobre él y Suetonio lo describe como «abominable en todos los aspectos de su vida» y refiere diversas anécdotas terribles.[17] En una de ellas, Domicio se enfurece con un antiguo esclavo y lo mata porque estaba más sobrio que él; en otra, le saca un ojo a un ecuestre en medio del foro de Roma porque al parecer el ecuestre había sido grosero con él. También se le acusó de avasallar a un niño que jugaba en la calle, solo por el placer de hacerlo. Y a estas anécdotas se añaden las acusaciones de timar a banqueros, extorsionar, robar y tirarse a toda mujer sobre la que pusiera los ojos, con consentimiento o sin él. Aunque solo un cuarto de las historias que se cuentan sobre él fueran ciertas, ya sería suficiente para considerarlo un cretino. Suetonio, como es habitual en él, no tiene ningún sentido crítico al registrar todas y cada una de las anécdotas que le llegan, de modo que podríamos rebajarlas un poco, pero incluso así, por lo que respecta a su reputación general, la cosa deja bastante que desear. En definitiva, esta persona es con quien se casó Agripina la Menor.

Parece ser que el día de la boda fue hacia finales del año 28, justo después del decimotercer aniversario de Agripina y al mismo tiempo que Tiberio se decidía a abandonar Roma. En la mayoría de

las culturas, la celebración del matrimonio es un día apasionante y el inicio de algo nuevo para las mujeres, y en este aspecto Roma no era una excepción. De forma parecida a la actual idea angloamericana de las bodas, en el día del matrimonio romano la novia era la protagonista absoluta; de hecho, según la ley romana ni tan solo era necesario que el novio estuviera presente en la celebración, porque su relación con todo esto era solo tangencial. Él iba a obtener una esposa, lo que seguramente era interesante, pero no tenía por qué afectarle demasiado; para la mujer, por el contrario, era un cambio total de vida, sobre todo para las que, como Agripina, se casaban por primera vez. El momento en que el novio estaba más implicado era en la ceremonia previa de compromiso, donde el novio y el padre de la novia acordaban los detalles del contrato legal y la dote de la novia. En la ley romana, las mujeres eran siempre consideradas menores de edad y no podían negociar ni signar contratos por ellas mismas, de modo que eran sus padres o tutores legales quienes tenían que hacerlo por ellas. La implicación de la novia en el compromiso matrimonial es tema de inacabables variaciones, pero dado que Agripina la Menor tenía 13 años y es probable que el compromiso se celebrara un par de años antes, podemos suponer que no se la invitó a participar demasiado. Seguramente sí que se le preguntó si consentía y se le entregó un anillo para indicar su nuevo estatus de futura esposa hasta el día de la boda. La ceremonia matrimonial romana tradicional constaba de tres etapas: abandonar la casa de la novia, una procesión hasta la casa del novio y la recepción en su nuevo hogar. La boda de Agripina la Menor debió de ser una auténtica boda real; Tiberio era un tiquismiquis con las viejas tradiciones y Agripina la Mayor era brillante ofreciendo buenos espectáculos y necesitaba desesperadamente una buena publicidad, de modo que podemos suponer que la boda de su hija mayor tuvo que ser un acontecimiento bastante sonado en la ciudad, con todo lujo de detalles. Imaginemos cómo pudo ser.

El día empezó en la casa de la novia, que para Agripina la Menor era la casa de su madre en el Palatino, donde había pasado los últimos años. La novia llevaba un vestido nuevo, idealmente uno tejido por ella misma el día anterior. Si el hecho de que una princesa se tejiera su propio vestido se podía considerar un signo de brillante feminidad o bien un trabajo que estaba por debajo de su

nivel nos es imposible de saber. En cualquier caso, Agripina tuvo un vestido nuevo. Una vez puesto, se pondría también unos nuevos zapatos amarillos (el amarillo es relevante) y se ceñiría el vestido con un cinto atado con un nudo particular. Luego se la peinaría de un modo muy concreto, un poco como esos tocados que solo ves en las novias, con trenzas y flores entretejidas en el pelo, solo que este tocado se denominaba sex crines ('seis trenzas') e incluía una punta de lanza.****** Después, se la maquillaría y se pondría las joyas. Agripina era una mujer de la familia imperial, de modo que todo esto lo haría un ejército de esclavos dedicados a asegurarse de que luciera lo más esplendorosa posible. Iría repleta de oro y joyas. Para la joven Agripina todo esto debía de ser fascinante y aterrador a la vez. Eran las últimas horas que pasaría en el hogar de su infancia, con su madre y hermanos, las últimas horas de ser una niña. Ahora ya iba vestida como una adulta, como una novia. Cualquier niña que alguna vez se ha puesto un paño de cocina en la cabeza y los zapatos de tacón de su madre, haciendo ver que es una novia, sabe de qué estoy hablando. Todos estos zapatos, vestidos y peinados son específicos del hecho de ser una novia y te convierten en la persona más hermosa y especial durante un rato, una sensación maravillosa.

Cuando estuvo todo listo, se añadiría el toque final y más importante, imagino que de un modo reverencial y cuidadoso: colocar el velo sobre sus ojos. El velo nupcial romano no era el ligero tul blanco de hoy en día; era una prenda grande y de colores brillantes, quizá amarillo o rojo, como un chal, que se colocaba sobre la cabeza y los hombros y caía sobre la frente, cubriendo los ojos justo hasta la nariz, y quedaba sujeta mediante una diadema o una corona. La novia solo podría atisbar por debajo del velo y ver sus propios pies. El velo daría a todo el conjunto una vistosidad extraordinaria, destacando del mismo modo en que lo hacen los enormes vestidos blancos actuales; convertía a la novia en el centro de atención y, a la vez, la distanciaba un poco, pues tenía que observar toda la ceremonia a través de la tela teñida.

Una vez vestida, Agripina la Menor salió de su casa por última vez. Las puertas se abrieron de par en par y Agripina se presentó ante la comitiva nupcial, que esperaba en la calle. Y aquí el término comitiva es bien literal; no se trataba de las damas de honor y los padrinos, sino de todo aquel que quisiera sumarse a la fiesta. Así, la

joven Agripina, en su vestido de boda y quizá sintiéndose a la vez muy adulta y muy niña, se añadió a la multitud que se había congregado para celebrar su boda. Era un momento importante; era la primera vez que Agripina la Menor aparecía en público, donde todo el mundo podía observarla y homenajearla, donde era el centro de atención por ser quien era y por ir vestida como iba. Ya debía de haber compartido muchos de estos momentos con sus hermanos, en general como objeto del cariño de todo el mundo, pero esta era su primera aparición en solitario y su primera impresión de los halagos del pueblo. A juzgar por la dirección que tomó su vida a partir de entonces, creo que podemos afirmar que la experiencia le gustó. Mientras la comitiva avanzaba por las calles de Roma, Agripina seguía siendo el centro de atención, con el gentío que la acompañaba, un gentío alborotador, procaz y grosero. Agripina iba acompañada por niños, que la guiaban de la mano, pues con el velo no podía ver mucho, mientras la gente y la familia cantaban canciones nupciales, quizá escritas expresamente para tal ocasión, en que se celebraba el gozo de su matrimonio y otros aún debían de hacer bromas sobre el novio. Teniendo en cuenta la propensión de Domicio a arrancar ojos de las personas que le importunaban, sospecho que el tema de los chistes no debió de ser muy destacado en el matrimonio de Agripina. Sea como fuere, el desfile era un momento público lleno de júbilo y entusiasmo por la novia adolescente, que se dirigía a su nuevo hogar.

La casa principal de Domicio se hallaba en la Vía Sacra, no muy lejos, y así la mayor parte del recorrido de la comitiva nupcial de Agripina fue por el centro monumental de Roma, pasando ante los gloriosos templos y estatuas de sus antepasados. Cuando llegaron al portal de la casa de Domicio empezarían los principales elementos rituales de la celebración (equivalentes a nuestros votos e intercambio de anillos). Antes de entrar en el nuevo hogar, era tradición realizar cuatro actos rituales, aunque en el fondo eran opcionales; podías ignorarlos y entrar en casa sin más, tal como hoy en día puedes casarte en el registro civil en sandalias, si quieres. Pero la mayoría de las personas no lo hace, la gente quiere una gran celebración y que el día de su boda sea especial y diferente, y por eso aceptan participar en todos esos curiosos ritos, como que tu padre te entregue al novio aunque seas feminista o casarte por la iglesia aunque sigas a Richard Dawkins en Twitter. En este caso se

trataba de una boda imperial organizada por Agripina la Mayor, una mujer que nunca dejaría pasar una buena oportunidad de hacer algo teatral. En primer lugar, la joven Agripina consagraría el portal con sebo y lana; en esencia, untaría algún tipo de grasa animal sobre el marco de la puerta y luego colgaría hebras de lana de lado a lado del marco, fijándolas con el sebo. Esto puede parecer un poco extraño y repugnante, y lo es, pero se trata de un gesto muy simbólico e importante. Es probable que, al empezar esta parte, el ambiente festivo bajase un poco de tono y todo el mundo observara con reverencia a la joven untando la puerta con ese pringue. En algunas fuentes se afirma que luego se expresaba un voto en que la novia diría algo como «donde tú eres Cayo, yo soy Gaya» o «como tú eres Cayo, yo soy Gaya». Se supone que era una afirmación explícita de buenaventura, virtud y loanzas. Como ya he comentado, el novio no tenía que decir nada, porque ni tan solo era obligatorio que estuviera presente. Está claro que si el novio no se molestaba en aparecer, esta parte del rito no se celebraba, pero estoy bastante convencida de que incluso Domicio tenía miedo de Agripina la Mayor, por lo que supongo que sí que estaba presente durante la celebración.

Una vez pronunciadas esas palabras, el novio y algunos presentes alzaban a la novia para cruzar el umbral. Este es el momento más importante, aquel en que todo el mundo contiene la respiración y observa con atención; el momento que provoca más ansiedad a las novias nerviosas. Si buscas en Google este rito, cosa que yo he hecho, encontrarás todo tipo de páginas web descabelladas exponiendo diversas explicaciones para el hecho de alzar a la novia al atravesar el umbral, incluyendo la afirmación de que era para evitar que los demonios entraran a través de los pies, una afirmación absurda a la par que divertida. Solo se trata de la superstición romana sobre la buena o mala suerte y su obsesión con ver señales en cualquier cosa. Nada estaba a salvo de tener un significado si sucedía en un momento concreto; si cinco abejas se posaban en la estatua de un hombre y al día siguiente la tataranieta de ese hombre se caía, el hecho era una señal clara. Los cometas, los eclipses, las noches especialmente oscuras, pájaros haciendo casi cualquier cosa, nacimientos inusuales de personas o animales… todo eran señales de algo; solo era cuestión de determinar el qué. Tropezar en la puerta de tu nueva casa al entrar en ella por primera

vez es una señal poco propicia muy evidente. Imagínate, querido lector, que estás en una boda y durante el «sí, quiero» la novia vomita o se desmaya de repente, o por error dice «no quiero»; supongo que en la iglesia todos se mirarían pensando «bueno… este matrimonio no es que empiece con muy buen pie…». Esto es exactamente a lo que remite el rito del umbral; fastidiarla al entrar en casa, tropezando, es mala suerte, y nadie quiere mala suerte. Así pues, la multitud se quedó en silencio mientras se alzaba con suavidad a Agripina la Menor por encima del umbral y entraba en su nuevo hogar. Una vez dentro, y otra vez sobre sus pies, en el pequeño y apretado corredor, Domicio le entregaría fuego y agua, seguramente una vela o una antorcha, pero quién sabe. El fuego y el agua eran símbolos de vida y de ciudadanía y mostraban que ella, ahora, vivía aquí. Con la aceptación del fuego y del agua finalizaba la ceremonia y significaba que todo había salido bien; podía empezar la fiesta.

Podemos suponer que, en el caso de Agripina, toda la celebración salió bien y que ella disfrutó del momento. A continuación, empezó su primera fiesta como adulta: una gran fiesta con ella como distinguida protagonista, estirada en un diván especial con su nuevo esposo, ataviada con sus zapatos amarillos, comiendo los mejores manjares y bebiendo el mejor vino. A su lado estarían su madre, sus tres hermanos, sus hermanas, sus tíos y tías y su nueva familia. Ahora tenía dos cuñadas, ambas con el mismo nombre (qué sorpresa…) y que serían sus «amienemigas» durante el resto de su vida. Una suele nombrarse en las fuentes como Domicia. Era mayor que Domicio, de modo que debía de rondar los 35 años cuando Agripina se convirtió en su joven cuñada. Estaba casada con un tal Cayo Salustio Crispo Pasieno, con quien nos volveremos a topar más adelante. Se dedicaba, más que nada, a vivir la tranquila vida de los inmensamente ricos, y no podemos criticarla por ello. A la hermana menor se la conoce como Domicia Lépida o simplemente como Lépida, y tenía una edad más cercana a la de Agripina, quizá unos veinte años. En esas fechas, Lépida ya había tenido una hija con su primer marido, una niña llamada Mesalina, había enviudado, había contraído matrimonio por segunda vez y había tenido un segundo hijo, llamado Fausto Cornelio Sila. Lépida también tenía una mala reputación, por lo que podemos suponer que estaba menos interesada que su hermana en los lujos tranquilos. Esta era la nueva

familia de Agripina la Menor, con la cual pasaría muchísimo tiempo en los años a venir.

Cuando la fiesta ya empezaba a decaer, suponemos que la pareja se retiraría a su dormitorio. No había ninguna idea de que, para consumar el matrimonio, fuera necesario tener relaciones sexuales, a diferencia de nuestra concepción mucho más sexual de la noche de bodas; en el mundo romano, el matrimonio no estaba tan ligado al sexo. En teoría, el matrimonio era la única manera en que una mujer podía practicar sexo de forma legal, pero eso no implicaba que la pareja estuviera obligada a tener relaciones sexuales para cualquier otro propósito que el de tener hijos en algún momento. Las parejas podían tener matrimonios bastante largos sin apenas tocarse. Sin embargo, sí que había una cierta expectación de que en la noche de bodas se perdiera la virginidad, por las buenas o por las malas, lo que era tema de chistes verdes, especialmente en el caso de novias primerizas como Agripina. No tenemos modo de saber qué sucedió en la noche de bodas de Agripina y Domicio; ni tan solo podemos especular acerca de lo que pudo sentir Agripina ante la perspectiva de su noche de bodas. Lo cierto es que no puedo hacer ninguna suposición sin observar la situación a través de mi propia perspectiva cultural, en la que el hecho de que un hombre de treinta años tenga relaciones sexuales con una chica de trece resulta espantoso y en la que puedo considerar que la chica debía de estar aterrorizada. Pero esto es una consecuencia de mi trasfondo cultural, y del tuyo. Apenas sabemos lo que significaba la virginidad para una joven aristócrata romana; no podemos llegar a entender lo que podría implicar la primera relación sexual. Todo lo que podemos saber es que, en algún momento, Domicio y Agripina tuvieron relaciones sexuales, porque tuvieron un hijo, pero eso fue varios años después de la boda, cuando Agripina ya tenía más de veinte años. Todo lo demás son simples especulaciones… y también una cierta curiosidad sórdida, todo sea dicho.

A partir de este momento, técnicamente Agripina la Menor era ya una mujer. Una mujer casada que, de golpe, tenía acceso al mundo adulto de la política, de los rumores, de las traiciones y de las obligaciones. Por lo que respecta a las fuentes, los siguientes años de la vida de la joven Agripina son tan tranquilos como los de su infancia. Sin embargo, es probable que Agripina no estuviera tan

tranquila. Agripina la Menor se asemejaba a su madre Agripina la Mayor en muchos más aspectos que solo el nombre. A Agripina la Mayor se la describe «ávida de poder, [que] se había despojado, con pasiones viriles, de los vicios propios de las mujeres».[18] No obstante, su fallo fue ser demasiado beligerante, demasiado áspera, demasiado transparente en sus objetivos. Su hija aprendió la lección; aprendió que enfrentarse a hombres poderosos siempre acababa mal. Los hombres con poder pueden herirte, y lo harán; solo puedes protegerte teniendo tú misma el poder. Empero, como mujer resultaba estúpido enfrentarse en una lucha directa de poderes. Agripina la Menor tenía que forjarse un nuevo camino para recuperar sus derechos de nacimiento; y esta es otra cosa que aprendió, que era la descendiente de una divinidad y que merecía gobernar. Su derecho era incontestable. Todas estas lecciones ayudaron a hacer de Agripina la Menor la mujer en la que se convertiría.

Por el momento, Agripina aún vivía bajo el dominio de Tiberio, y lo más importante que aprendió acerca del emperador era que le convenía desviar la atención que este podría prestarle. La explicación más plausible para la ausencia de Agripina en las fuentes durante estos años es que no hizo nada que Tácito considerara relevante, como tampoco lo hizo su esposo. En lo que respecta a los historiadores, era invisible. Por descontado, en el mundo real no era invisible; al contrario, era una figura muy visible en Roma, como miembro de la familia imperial. No tengas ninguna duda de que si a Agripina se le caía una cucharilla, tenía un ataque de tos, llevaba un vestido diferente o era grosera con un esclavo, toda Roma lo sabría. Pero los historiadores romanos no tienen ningún interés en las mujeres, solo se interesan por la política y la guerra. Y en este sentido, los sucesos principales se estaban produciendo fuera de Roma, en Capri, donde Tiberio había recluido al único hermano de Agripina aún vivo, Calígula, y al hijo de Druso II, Tiberio Gemelo, y los estaba preparando para la sucesión de la peor manera posible.

Lo único que podemos entrever de Agripina durante estos años nos llega a través de su marido, por supuesto. En el año 37, tras seis

años de no suceder nada, Domicio se vio envuelto en un proceso judicial, en que se acusó de impiedad y adulterio a una mujer llamada Albucila; Domicio fue uno de los muchísimos nombres que aparecieron como cómplices en el crimen. El caso acabó implicando a la mitad de toda la aristocracia romana y el nuevo prefecto del pretorio, Macrón, se encargó personalmente de los interrogatorios. Las acusaciones eran cada vez más graves y Domicio fue acusado de incesto con su hermana pequeña Lépida. En Roma, el ambiente se caldeó de nuevo y se empezó a sospechar que el proceso contra Albucila era en realidad un ataque por el flanco contra Domicio, y que Macrón era su instigador. Esto es relevante para Agripina la Menor, pues Macrón era un fiel aliado de Calígula y fue fundamental para negociar su acceso al trono. La cosa se puso aún más interesante porque, antes de que pudiera iniciarse el juicio, Tiberio murió tras una larga enfermedad, a la edad de 77 años. En este momento, Agripina y Domicio tenían un derecho al trono tan sólido como cualquier otro. Lo típico de las acusaciones de incesto y adulterio, el momento en que se iniciaron estas durante la enfermedad de Tiberio y la íntima implicación de Macrón con Calígula y con las acusaciones son elementos que se conjuran para dar una imagen de Macrón intentando (quizá con la aquiescencia de Calígula) sacar a Domicio de escena como posible rival al trono antes de la muerte de Tiberio. Este, muriendo, dio al traste con los planes de sus intrigantes secuaces. Por fortuna, Domicio no tenía interés en ser emperador y, así, la ascensión de Calígula al trono fue más o menos tranquila. De este modo, el 16 de marzo del 37, Agripina la Menor se convertía en la hermana del emperador y pasó de la invisibilidad a ser una de las mujeres más importantes del mundo romano.

*** Para ir aclarando las confusiones onomásticas, vale la pena señalar que de estos hijos de Germánico y Agripina la Mayor, Nerón no tiene nada que ver con el futuro emperador, pero que Cayo es precisamente quien luego será conocido como Calígula. En el texto, la autora suele denominarlo por su nombre, Cayo, y solo muy ocasionalmente por su apodo, Calígula. (N. del t.)

**** Los rostra eran un gran púlpito para oradores en el foro de Roma, decorado con los espolones (rostra) de naves enemigas

capturadas. (N. del t.)

***** Philip Green es un empresario británico, multimillonario, que también ha participado en política y en temas del mundo futbolístico. Para hacernos una idea, alguien como nuestros más familiares Florentino Pérez o Amancio Ortega. (N. del t.)

****** En el original, la autora aprovecha la similitud entre el latín sex crines y el inglés sex crimes (‘crímenes sexuales’) para hacer un juego de palabras, intraducible en español. (N. del t.)

HERMANA

CAYO CALÍGULA

Que sea bueno y venturoso

para Cayo César y sus hermanas.[1]

Cayo es más conocido como Calígula, pero voy a seguir llamándole Cayo, porque Calígula me parece un poco demasiado cruel. Calígula significa 'pequeña sandalia', 'pequeña bota' o 'botita'; es un diminutivo simpático de caliga, que es el tipo de sandalias que calzaban los legionarios, y el apodo cariñoso que recibió Cayo a la edad de tres años. Llamarle ahora Calígula es como si llamáramos Lilibet a la reina Isabel II de Inglaterra, su apodo de niña; resulta un poco despectivo. Mucha gente cree que Cayo fue un verdadero monstruo que merece todos los insultos que se le puedan lanzar; yo no. En consecuencia, aquí será Cayo. Ahora, para enlazar con el final del capítulo anterior, repasaremos rápidamente la vida de Cayo hasta ser proclamado emperador.

En los apartados anteriores nos hemos encontrado unas cuantas veces con Cayo. Recibió su apodo cuando estaba en los campamentos de Germania, con su padre y su madre, donde era casi como una mascota para las tropas; su madre incluso le hizo hacer un diminuto uniforme. Parece que era el favorito de sus padres, pues fue el único hijo que se llevaron a Siria cuando Germánico se ocupó de las cuestiones diplomáticas con el rey armenio, y estaba al lado de su padre cuando este murió. Luego acompañó a su madre y a su hermanita acabada de nacer, Livila II, en su regreso a Roma para llevar las cenizas de su padre, y formó parte de la comitiva fúnebre que viajó de Brundisium a Roma. Vivió con su madre hasta su confinamiento, pero era demasiado joven para que fuera sospechoso de nada cuando sus hermanos mayores fueron a parar a la cárcel. Luego se trasladó a vivir con su abuela, Antonia la Menor, junto con sus hermanas Drusila y Livila II.

Cayo permaneció ahí hasta los 19 años, cuando se le pidió reunirse

con su tío-abuelo y se le concedió, sin gran ceremonia, la toga virilis, la toga viril. Este momento era el más significativo en la vida de un chico y solía celebrarse hacia los 14 años. Era el punto en que se convertía en adulto y pasaba a ser un ciudadano romano de pleno derecho. La ceremonia tenía una parte privada y una parte pública y era la presentación del adolescente en sociedad; en ella, el chico se vestía con la toga adulta y abandonaba los signos visibles de la infancia, sobre todo la bulla que llevaba desde su nacimiento. La bulla era un collar protector que llevaban los niños para indicar su condición de tales y para que les protegiera de los perjuicios y enfermedades que amenazaban a los pequeños en una época en que la medicina estaba totalmente centrada en la idea de los humores. No se trataba de pequeños colgantes, sino que eran del tamaño del puño de un niño y durante la ceremonia de la toga viril, se consagraban a los lares. Tras la ceremonia, el niño se convertía en hombre, era elegible para el Senado y podía dirigirse al foro y ser un ciudadano de verdad que contribuyera a la vida pública. Pero Cayo había sido deliberadamente marginado y mantenido como menor legal durante muchos más años de lo que debería, quizá por lo que había sucedido con su madre y hermanos y por el recelo que despertaban él y su legítima aspiración al trono. Tiberio lo mantuvo en la seguridad de una infancia legal, una jugada política astuta pero cruel. Una analogía razonable sería mantener a Cayo con el pequeño uniforme de la escuela primaria estando ya en secundaria; mientras sus compañeros crecen, dejan la escuela, encuentran trabajo, llevan traje y echan sus polvos, él sigue llevando su apretado suéter y los pantalones cortos del uniforme y se sienta en sillitas en las que no puede colocar bien las piernas, ya con barba y necesidades masculinas. Como comparación, Augusto tomó su toga viril a los 15 y fue sacerdote y prefecto de la ciudad a los 16; Tiberio dio su primer discurso público a los nueve años y a los 17 ya se sentaba en el Senado. 19 años es mucho. La humillación debió de ser bien evidente para Cayo, que estaba siendo castigado y ocultado a causa de su familia cercana. No era estúpido, y había sido criado por una madre inteligente; sin duda sabía lo que estaba sucediendo y le debía de doler.

Pero un día, el excéntrico tío Tiberio, que, a sus ojos, había asesinado a su padre, a su madre y a sus hermanos, lo llamó. Fue arrojado a la edad adulta legalmente y se le arrancó de Roma para

llevarlo a una hermosa pero aburrida isla con un hombre que seguramente lo aterrorizaba. Y allí permaneció año tras año, solo en compañía de Tiberio, algunos parásitos y su pequeño primo Tiberio Gemelo. Hasta que Tiberio murió en el año 37, cuando Cayo ya tenía 24 años. Los años de formación más intensa de la vida adulta de Cayo como ciudadano romano, en los que debería haber aprendido a tratar con el Senado y el pueblo de Roma, trabando amistades, dirigiendo ejércitos y lanzándose a aventuras, los pasó atrapado en una diminuta isla en compañía de un viejo amargado. Esto explica muchas cosas de él y de su reinado.

Los relatos sobre la muerte de Tiberio son contradictorios, lo que no nos debería sorprender, pues sucedió en una islita donde no había muchos chismorreos. Corrieron muchos rumores detallados acerca de que Cayo lo había matado para conseguir el trono, pero no vale la pena que me detenga en ellos. Tiberio tenía más de setenta años, lo que es una larga vida para un hombre que vivió en una época sin antibióticos. Además, Cayo no sabía cómo ser emperador ni lo que ello implicaba; su reinado fue corto y horrible y debe haber sido consciente de que no tendría ni idea de lo que iba a hacer. Si alguien mató a Tiberio, no fue Cayo; lo más probable es que muriera de viejo.

Así pues, en el año 37, Cayo por fin salió de Capri. Había dejado Roma a los 19 años, siendo a penas un hombre, y regresaba con 24, en cierto modo aún más resguardado e inexperto que antes. Pero ahora era emperador.

CAYO CÉSAR AUGUSTO Y SUS HERMANAS

Cuando llegaron a Roma las noticias de la muerte de Tiberio y de que Cayo era el nuevo emperador, a todo el mundo le pareció maravilloso; por dos razones. En primer lugar, Cayo no era Tiberio (aunque, si hemos de ser sinceros, el nuevo emperador podría ser un gatito y todo el mundo estaría igualmente emocionado por el hecho de que no fuera ya Tiberio). En segundo lugar, el pueblo de Roma solo sabía una cosa sobre Cayo en el momento de su acceso al trono: era el hijo de Germánico. Los primeros seis capítulos de la biografía de Cayo en la obra de Suetonio están dedicados a explicar cuán brillante y apreciado era su padre, lo que parece ser representativo de lo que la gente pensaba acerca de Cayo en el año 37. Era el último hijo vivo del gran príncipe de Roma. Había esperanza de un futuro nuevo y prometedor. Era descendiente del divino Augusto. Y no era Tiberio. Hay un fragmento delicioso de un ensayo escrito por un filósofo judío llamado Filón (que despreciaba a Cayo, de modo que es posible que no mintiera mucho) en el que relata que en todo el Imperio se respiraba un ambiente festivo y se celebraban fiestas por el ascenso de Cayo.

Esto es también lo que nos transmite Suetonio, hasta el punto de maquillar una lucha de poder muy clara que se produjo en el momento de acceder Cayo al trono, proceso que él nos presenta como tranquilo y alegre. De hecho, Tiberio quería que su nieto biológico Tiberio Gemelo fuera, como mínimo, coemperador junto a Cayo. Tiberio Gemelo era el único hijo vivo de Druso II y su esposa Livila I, y tenía tanto derecho al trono como Cayo. Sin embargo, Gemelo acarreaba dos inconvenientes que facilitaban sacárselo de en medio de un modo más o menos sencillo: tenía 18 años y no era hijo de Germánico. Al ser el hijo del hijo favorito del ejército, Cayo había trabado amistad con el prefecto del pretorio, Macrón (quien puede que hubiera intentado atacar preventivamente a Domicio para allanar el camino a Cayo… o no). Por todo ello, cuando Cayo regresó a Roma, iba acompañado del fantasma de su padre, por un

lado, y de la lealtad de un ejército personal, por el otro. Razones de peso, sin duda.

En cualquier caso, esto no significa que la gente aceptara estas razones sin más, pues los romanos eran amigos de las discusiones y, además, había muchos hombres al acecho, de pura sangre julia o claudia, que no hubieran hecho ascos a ser regentes de un emperador de 18 años. Como por ejemplo el esposo de Agripina, Domicio, sin ir más lejos. Cuando Cayo entró en Roma en olor de multitudes, su hermana Agripina tenía 21 años y estaba a punto de quedarse embarazada.[2] Me gusta pensar que Nerón fue concebido en estas fechas como resultado de un buen revolcón marital aprovechando las celebraciones, pues nació nueve meses más tarde y la idea resulta atractiva. También puede ser que Agripina, por fin, se sintiera lo bastante segura como para tener un hijo y cumplir con su obligación para con el Estado. Bajo el caprichoso gobierno de Tiberio, nadie de la familia imperial podía sentirse seguro, y menos aún Agripina, cuya familia había quedado diezmada por su tío abuelo. Sin duda, la Roma de Tiberio no debía de ser un lugar en que uno se pudiera sentir cómodo en compañía de la familia imperial. Con el cambio de emperador, que ahora era ni más ni menos que su propio hermano, desaparecían la mayoría de las amenazas que pendían sobre Agripina; ahora se hallaba en el equipo ganador. Y aún mejor, la precariedad de la posición inicial de Cayo en el Senado significaba que el emperador se veía obligado a demostrar a todo el mundo que era la mejor persona posible para el cargo, remarcando cuán noble, brillante y julia era su familia, con una atención especial para sus amadas hermanas.

Cayo dedicó buena parte de sus primeros meses como emperador a rehabilitar a su familia cercana, con espectaculares demostraciones de su grandeza y de la dedicación que él mismo tenía por todos ellos. De hecho, remarca muy explícitamente cuán diferente de Tiberio era su familia al homenajear a la rama julia de la familia, que le unía a Augusto y a Agripa por lazos de sangre. Uno de sus primeros actos fue navegar hasta las islas donde murieron su madre y su hermano, recuperar sus cenizas y llevarlas a Roma, para ser depositadas en el Mausoleo de Augusto con gran pompa y circunstancia. Hacer esto en abril, cuando el mar aún no era seguro y no se recomendaba navegar, recordaba el peligroso viaje de su

madre para llevar a Roma las cenizas de Germánico y subrayaba sus cualidades como hijo entregado y afectuoso. Tal como pasó con el regreso de su madre a Roma, el retorno de Cayo culminó con una enorme y solemne procesión hasta Roma y, una vez ahí, hasta el mausoleo (a mediodía, de modo que nadie se lo pudiera perder). Por suerte, la inscripción dedicada a Agripina la Mayor en el mausoleo se ha conservado, de modo que podemos ver cómo quería su hijo que se recordase a su madre:

Agripina, hija de Marco Agripa, nieta del divino Augusto, esposa de Germánico César y madre de Cayo César Augusto Germánico, príncipe.[3]

Sutil como un ladrillazo. Al mismo tiempo, borró la mancha que Tiberio había colocado sobre el día del nacimiento de su madre, haciéndolo de nuevo día laborable,******* e instauró unos juegos en su nombre, para los cuales se transportó una estatua de Agripina la Mayor en un carro ceremonial llamado carpentum (básicamente, un carro muy muy especial). Y por si alguien se había perdido todo esto, hizo acuñar una serie de enormes monedas de oro y plata con las efigies de sus padres; una de estas monedas mostraba a Agripina la Mayor en el reverso y una imagen de su estatua en el carpentum en el anverso. La verdadera legitimidad de Cayo recaía en Agripina la Mayor, puesto que era su vínculo de sangre con Augusto. Su padre no necesitaba ninguna rehabilitación, de modo que Cayo se limitó a rebautizar el mes de septiembre como germánico (a diferencia de los meses de julio y de agosto, este nombre no triunfó, lo que es una lástima… celebrar el cumpleaños de mi padre en el mes de germánico hubiera sido fantástico).

Cayo llevó a sus hermanas a todas estas celebraciones. Sus figuras se encumbraron gracias al enorme honor que recibieron sus padres y al hecho de que su hermano era el emperador, lo que fue suficiente para que casi todos los emperadores posteriores a Cayo vieran cómo se equivocó en este punto. Y es que Cayo, para legitimar su reinado decidió hacer todo lo posible para llevar a sus hermanas al ámbito público como si fueran ramificaciones de él

mismo. En primer lugar, se les concedieron los privilegios de las vírgenes vestales, lo que no era moco de pavo. Las vírgenes vestales eran las únicas mujeres con presencia pública en Roma, las únicas con un cargo estatal formal; su trabajo oficial era cuidar del fuego sagrado que representaba el poder y la continuidad de Roma. Su cargo duraba 40 años, tomaban un voto de castidad durante todo este periodo (aunque después podían casarse) y tenían una enorme serie de tareas religiosas al ser su cargo el equivalente femenino del rex sacrorum, el sacerdote de Júpiter que asumió las responsabilidades religiosas tras el derrocamiento de la monarquía. El significado y papel ideológico de las vestales es borroso y confuso, pero ahora tampoco nos es importante; lo que es relevante es que se les concedía un montón de cosas buenas para una mujer romana como reconocimiento de su importancia, y Cayo concedió todas estas cosas buenas a sus hermanas. En primer lugar, quedaron libres de tener un tutor masculino, lo que significaba que podían tomar sus propias decisiones legales, hacer negocios y expresar su propia voluntad; esto las colocaba aparte de todas las demás mujeres en asuntos comerciales y legales. También recibían honores públicos cotidianamente, lo que las situaba siempre bajo los ojos del pueblo. Lo más sorprendente es que se les concedió ir acompañadas de un lictor cuando salían de casa. Los lictores eran empleados del estado que portaban los fasces, un conjunto de 30 varas unidas que sujetan un hacha y que representaban el poder militar y el derecho de ejercer la violencia del Estado (y es de donde procede la voz fascismo). Podemos considerar que eran la escolta presidencial de la época y su misión principal era andar por delante del funcionario al que estaban asignados y despejar su camino, de modo que pudiera hacer su trabajo. Que una mujer que no era virgen vestal tuviera un lictor asignado era sorprendente. Las hermanas de Cayo también recibieron asientos reservados en todos los juegos, festivales y celebraciones; de este modo quedaban siempre separadas del pueblo y bien visibles para todo el mundo. Finalmente, sus cuerpos eran sacrosantos; tocar o dañar a una virgen vestal se castigaba con la muerte. En el año 37, todos estos privilegios recayeron sobre Agripina, con 21 años, y sobre sus hermanas pequeñas.

Podríamos pensar que esto ya era bastante. Agripina quedaba ahora por encima de cualquier otra mujer romana, excepto algunas sacerdotisas y sus hermanas; se había convertido en un objeto

sagrado y en una persona pública. Pero Cayo no había terminado, ni mucho menos. Su siguiente paso fue incluirlas en las plegarias que se daban para el bienestar del Imperio y el emperador. Esto no era algo sin precedentes; Livia, Sejano y sus hermanos Nerón y Druso II ya habían sido incluidos antes en las plegarias; era un honor bien respetable y recalcaba que Cayo quería que sus hermanas fueran consideradas parte del Estado romano. Pero Cayo aún quería más. Añadió a sus hermanas a la fórmula ritual que se usaba cuando los cónsules presentaban mociones en el Senado. Parece algo muy arcaico, pero es solo la expresión que formaliza una moción del mismo modo que en el parlamento británico las mociones se presentan formalmente con la fórmula «I move that…» (algo así como 'solicito que…') y no se tiene en cuenta nada que no se exprese del modo adecuado. Durante el principado, un cónsul presentaba una propuesta ante el Senado expresando que era para la buena fortuna del emperador, pues con adulación se podía conseguir todo. La pequeña innovación de Cayo fue añadir a sus hermanas en esta pequeña fórmula, de modo que todas las propuestas consulares acabaran con las palabras «Que sea bueno y venturoso para Cayo César y sus hermanas».[4] Así pues, de repente, las hermanas de Cayo se vieron arrastradas al centro de la política y, simbólicamente, estaban presentes cada día en la curia. Luego fueron añadidas al juramento de lealtad al emperador que hacían los ciudadanos al inicio de un nuevo reinado y en tiempos de crisis; antes, se juraba solo a Augusto o Tiberio, pero ahora el juramento rezaba «No me querré a mí ni a mis hijos más que quiero a Cayo y a sus hermanas». Esto es estrafalario e insólito; no sé qué pensarás, pero a mí, el hecho de que todo un imperio prometiera que me consideraban, a mí y a mis hermanos, más valiosos que sus hijos y que sus propias vidas, se me subiría a la cabeza, sobre todo si ni tan siquiera tenía que ser emperador y lidiar con todos los problemas que eso representaba. Se estaba presentando a Agripina, Livila y Drusila como parte intrínseca del principado, tan importantes para el Estado como el mismo emperador. En este sentido, se acuñaron asimismo monedas con sus efigies (las monedas son un elemento de propaganda muy importante) y en esto Cayo fue también revolucionario; fue el primero en hacer aparecer a mujeres jóvenes y aún vivas en una moneda. Su último y teatral acto de amor filial fue hacerlas aparecer, con sus nombres, en las monedas. Puede no parecer gran cosa, pero ¿has visto alguna vez el nombre de la

princesa Margarita de Inglaterra (la hermana de Isabel II)******** en una moneda? Las efigies de las monedas son para los soberanos, no para sus familias. Este acto convirtió a las tres hermanas en las primeras mujeres vivas identificadas por su nombre en una moneda romana. La moneda más relevante que conservamos de este tipo es un sestercio con el rostro de Cayo en el anverso y tres mujeres en el reverso: en el medio tenemos a Drusila ataviada como la diosa Concordia, Livila está a la derecha, como Fortuna, y a la izquierda vemos a Agripina, ataviada como Securitas; su mano reposa sobre el hombro de Drusila y la mira, mientras que en su mano derecha sostiene una cornucopia y se apoya despreocupadamente en una columna a la altura del codo. Igual que sus hermanas, sus ropajes dejan al descubierto el ombligo. En el lado izquierdo de la moneda, aparece su nombre: agrippina. Esta es la primera imagen de nuestra protagonista en público y como parte de la familia imperial y, de hecho, la primera imagen de Agripina, de cualquier tipo, de que disponemos: una pequeña representación de una diosa en un diminuto grupo de mujeres.

Cabe remarcar que todas estas acciones fueron tremendamente populares y funcionaron tal como estaba previsto. El Senado y el pueblo de Roma quedaron plenamente convencidos de que Cayo era el más legitimado para el cargo imperial y todo ello les recordó cuánto amaban al padre y a la madre de Cayo y cuán malvado había sido Tiberio al asesinar a tan virtuosa mujer. Al mismo tiempo, Cayo utiliza a sus hermanas para transmitir una sensación de continuidad. Este es el propósito primordial de usar a sus hermanas, puesto que, en el momento de su acceso al trono, Cayo no tenía hijos y la única persona válida de la siguiente generación era aquel adolescente de 18 años del cual había intentado desviar la atención de la gente durante meses; Tiberio Gemelo era un rival, no un heredero.[5] Sus hermanas, en cambio, eran jóvenes, hermosas y fértiles; cada una estaba casada con un primo aprovechable y nunca estaba de más recordar que su madre había sido uno de los úteros más productivos de Roma. Con sus monedas, quizá también dejaba ir pistas acerca de que sus hermanas podrían dar a luz a muchos pequeños romanos.

Esta es, pues, nuestra primera imagen de Agripina. Antes solo la habíamos atisbado entre sombras; teníamos que adivinar su

presencia. Antes era una mujer limitada al ámbito privado, tal como tenían que ser las mujeres, pero ahora su hermano la había puesto bajo la mirada de todo el mundo y le había concedido un poder simbólico sobre el resto del Imperio. Ahora es cuando empieza a recibir los primeros destellos de la luz reflejada por Cayo.

La segunda oportunidad que tenemos para ver a Agripina y sus hermanas en público es también en el año 37, en la dedicación del templo del Divino Augusto. El templo había sido iniciado durante el gobierno de Tiberio, pero nadie se había preocupado de acabarlo en las dos décadas de su reinado y, al final, quedó completado durante los dos primeros meses de Cayo como emperador, justo cuando estaba esforzándose por recordar a todo el mundo sus vínculos de sangre con su divino antepasado. Una oportuna casualidad, podríamos decir. También podríamos decir que el hecho de que la dedicación se celebrara el día del vigesimoctavo cumpleaños de Cayo era una oportuna casualidad, pues de este modo la celebración acabó siendo un festejo doble en honor del dios Augusto y en honor de su biznieto Cayo. La dedicación significaba la apertura oficial del templo como lugar de culto y era un acontecimiento público de primera magnitud, con juegos, carreras y festejos que duraban varios días. Dion afirma que hubo 60 carreras de caballos y que murieron 400 osos en la arena.[6] El mismo Cayo llegó a los festejos en un carro triunfal de seis caballos y se sentó en primera fila para presenciar toda la celebración, acompañado por sus hermanas. Resulta agradable imaginar esta escena del joven Cayo, feliz y risueño, con Agripina y sus hermanas sentadas a su lado mientras presencian las carreras de carros en el Circo Máximo y animan a su equipo favorito.[7] Estamos a finales de agosto del 37 y, hasta el momento, representaba la cumbre de la carrera política de Cayo y del perfil público de Agripina. Esta, además, estaba embarazada de pocos meses, quizá empezaba a mostrar una cierta barriga y notaba cómo su hijo daba alguna que otra patada; el presente y el futuro no podían aparecer más esplendorosos. El cálido sol de agosto iluminaba a los jóvenes hermanos, todos alrededor de los veinte años, atractivos y habiendo conseguido lo que sus padres deseaban para ellos. Por sus venas corría sangre julia y sangre claudia, habían sobrevivido al régimen que había destruido a sus padres y hermanos y Agripina llevaba en su vientre a la siguiente generación de la dinastía julia; los retoños de Augusto estaban sentados en el trono

imperial honorando a su divino antepasado junto a su pueblo. Era un momento perfecto.

La cosa no podía durar. En septiembre del 37, Cayo se puso misteriosamente enfermo. Desapareció de la vida pública, llevándose también a sus hermanas. En el aparente vacío, algunos intentaron forzar al pobre Tiberio Gemelo, pero Cayo no estaba lo bastante enfermo como para no darse cuenta del problema y, así, Gemelo fue asesinado con discreción. Nadie con un derecho al trono tan fuerte como el de Gemelo llegó a durar, al iniciarse un nuevo reinado, los seis meses que había durado Gemelo; tales pretendientes eran demasiado peligrosos. Cayo decidió que necesitaba un hijo propio, de modo que contrajo matrimonio con Livia Orestila, una mujer que cumplía tan bien su papel de mujer a ojos del público que ni tan solo podemos estar totalmente seguros de que ese fuera su nombre (en otra fuente se llama Claudia Orestina, que no se parece mucho). Durante meses se paseó por Roma una sensación de incerteza; el Senado y el pueblo se ponían nerviosos si no podían ver al emperador. Para ser una cultura que apreciaba sobremanera su historia y su antigüedad, los romanos eran muy cortoplacistas cuando se trataba del momento presente. Pero la verdad es que no les faltaba razón, porque si Cayo moría, la sucesión no sería plácida, sobre todo ahora que Gemelo ya no estaba. La amenaza de otra guerra civil se cernía de nuevo sobre Roma.

AGRIPINA «MATER»

En esta atmósfera de incertidumbre y enfermedad, Agripina dio a luz a su hijo, que recibió el nombre tradicional de su familia paterna, no su nombre maternal julio-claudio. Nació el 15 de diciembre del año 37 y recibió el nombre de Lucio Domicio Enobarbo. Tener un Domicio adulto y un Domicio niño era confuso para todo el mundo, pero en cualquier caso, a los 14 años se le cambió el nombre y recibió el que conocemos: Nerón. Nerón vino al mundo en la villa de Augusto en Antium, con su propio teatro y unas hermosas vistas al mar; un buen lugar para vivir. Curiosamente, sabemos más sobre este nacimiento que sobre la mayoría, porque Plinio el Viejo lo presentó como ejemplo de parto de nalgas en su Historia natural, y Plinio lo sabía porque Agripina lo explicó en sus memorias. Ambas cosas resultan interesantes.[8] Plinio consideró que un parto de nalgas era algo bastante antinatural y una señal de que el niño se convertiría en un ser horrible, espantoso y seguramente en toda una maldición para el mundo. Plinio también remarca que Agripa nació asimismo de nalgas, pero que Agripa era, a la vez, una excepción y había muerto joven tras una vida en verdad espantosa. Ahora bien, Plinio también pensaba que la muerte de la madre durante el parto era un buen augurio para el bebé, pero solo si era varón, por lo que no estoy muy segura de que podamos confiar en su opinión sobre el tema. En cualquier caso, que Nerón naciera de nalgas era una magnífica prueba de su teoría, pues Nerón resultó ser horrible, espantoso y una especie de maldición para el mundo. Resulta más interesante que Agripina decidiera explicar su experiencia del parto en sus memorias. Un parto es un acto intensamente femenino y, en su mayor parte, limitado a la esfera privada. Muchos hombres actuales han especulado que quizá Agripina dejó por escrito sus recuerdos del parto de nalgas en sus memorias porque fue una experiencia traumática para ella, y por eso no tuvo más hijos. Si bien estoy convencida de que un parto difícil en la Antigüedad debía de ser algo tremebundo, me resisto a dar por sentado que Agripina fuera

una mujer traumatizada por este hecho, así como también me resisto a plantear opiniones anacrónicas acerca de su decisión de escribir sobre ello. Me parece igual de probable que explicara el parto de nalgas para establecer un vínculo entre su hijo y su bisabuelo Agripa, sobre todo cuando Plinio nos dice que a las personas que nacían de nalgas se las conocía coloquialmente como «tener un Agripa». También es posible que lo dejara por escrito del mismo modo que los hombres explicaban historias bélicas, para remarcar su fortaleza física y su resistencia. Sea cual fuera el contexto en que registró este episodio, resulta revelador que, al escribir sobre ella misma en esferas intensamente masculinas, centrara la atención en el hecho de haber dado a luz y que remarcara su feminidad y su maternidad. En cuanto Agripina fue madre, quedó definida casi por completo por este hecho.

En el mundo romano, los primeros días de la vida de un recién nacido estaban plagados de angustia en muchos aspectos. Por supuesto, el peligro más grande era que la madre o el niño no sobrevivieran. En la Antigüedad es probable que alrededor de un tercio de las mujeres murieran durante el parto, y una proporción similar de recién nacidos. La prevalencia de niños nacidos muertos o que morían durante el primer año resulta evidente solo con recordar a la madre de Agripa: nueve alumbramientos y solo seis supervivientes. Podemos detectar el miedo a perder los niños por mil causas diferentes en la inacabable lista de dioses y diosas asociadas con el parto y los primeros momentos de vida. Hay un dios del primer llanto; hay una diosa de la lactancia. Dado que el parto de Agripina fue de nalgas y seguramente lo bastante espantoso como para merecer un documental en La 2 con un título extravagante, y teniendo en cuenta también su enorme repercusión e importancia para el Estado y que el emperador estaba enfermo, podemos asumir que se invocó y se rezó a un buen número de estas divinidades. La segunda y tercera angustias eran que el bebé no fuera el hijo biológico del marido o que estuviera incapacitado físicamente de algún modo.

También podemos apreciar estas angustias en un rito que mencionamos al principio, el tollere liberos (literalmente, ‘alzar al niño’; los romanos no eran muy dados a las metáforas), que se describe en un texto médico magníficamente solemne e incorrecto

de Sorano, titulado Ginecología. En él descubrimos que la comadrona primero comprobaba que el recién nacido no tuviera deformidades ni discapacidades y luego dejaba al bebé en el suelo, delante de su padre; luego, este escogía si alzarlo o no. Si el padre cogía al bebé y lo alzaba, quedaba aceptado legal y formalmente en la familia del padre. Este era el momento en que un hombre se convertía en padre. No puedo ni imaginar la carga emotiva que debía de tener este momento en cada habitación en que nacían niños desde hacía cientos de años. Mientras la madre está todavía ocupada con la placenta, la sangre y las fístulas, se está decidiendo si su hijo va a ser aceptado o abandonado. Suetonio nos dice que Nerón nació justo a la salida del sol y que, mientras estaba en el suelo esperando que Domicio lo cogiera y Agripina estaba estirada en su propia sangre, los primeros rayos de sol surgieron por la ventana y lo tocaron. Cuando Domicio miró a su hijo, el primer biznieto de Augusto, ese rayo de luz debe de haber parecido un poderoso presagio. Sin duda, alzó al niño y lo aceptó.

La maternidad romana era bastante diferente de la actual, empezando por el hecho de que la probabilidad de que Agripina amamantara a su hijo era nula. Para eso había las nodrizas. Igual que su madre antes que ella, e igual que toda mujer aristócrata y de clase media que podía permitirse una nodriza, Agripina tenía mejores cosas a hacer que despertarse a las tres de la mañana para enchufarse un bebé a sus pechos. Me gusta pensar que igual había una especie de círculo de mamás pijas y alternativas que amamantaban a sus hijos ellas mismas, solo para sentirse superiores a las demás. Y no tengo ninguna duda de que, a lo largo de los siglos, las mujeres romanas se escribieron incontables cartas quejándose de pezones irritados, en un tono crítico y, a la vez, presumido. Pero como se trata de Roma, solo tenemos las opiniones de los hombres sobre el tema, que son todas bastante inquietantes a los ojos de una mujer actual. Nuestro fiel amigo Tácito, justo en medio de un diálogo filosófico que escribió acerca de la importancia de la oratoria, decide explicar a sus lectores que la razón por la cual Roma se halla en un estado tan lamentable en su época (es decir, hacia el año 100) es que las mujeres ya no amamantan a sus hijos. Sus palabras son «que se dan a sus hijos», lo que nos revela todo lo que necesitamos saber sobre la idea de Tácito acerca de las mujeres, de los hijos y de la lactancia. Se lamenta de que, en lugar de «darse

a sus hijos», las mujeres entregan los niños «a alguna criaduela griega» y por eso los niños de su época ya no apreciaban «las buenas artes», sino que se distraen con juegos de gladiadores y obras de teatro.[9] No exagero en absoluto. Algunas cosas no cambian nunca, y parece que sermonear a las mujeres sobre su lactancia y quejarse de que la juventud ya no es como era son dos de ellas. En cualquier caso, lo importante a recordar aquí es que, sin duda, Agripina entregaría su hijo a un grupo de esclavos y a una nodriza con buenas referencias mientras ella se recuperaba del parto y volvía a la importante tarea de ser miembro de la familia gobernante de Roma. Es fácil y cómodo poner los ojos en blanco ante esta actitud, tal como hoy en día hacen algunas personas al saber que una mujer no da el pecho a sus hijos, y considerar a Agripina distante e irresponsable por dejar que sus esclavas amamantaran a su hijo. Hay una cierta tendencia a pensar que quizá no estaba muy interesada en la maternidad porque era una mujer dedicada a su carrera.

Este punto de vista ya fue expresado por los comentaristas antiguos, tal como vemos en Tácito, pero también se expresa en nuestra cultura del siglo xxi, que sigue dividiendo a las mujeres en dos grupos: las que se quedan en casa y son buenas madres y las que van a trabajar y son malas madres. Excepto por el hecho de que Agripina, como su madre antes que ella, se pasó el resto de su vida dedicada a promocionar a su hijo y parece que se definía a ella misma a través de su maternidad, pero de un modo muy a la romana. En nuestro mundo occidental actual, la maternidad tiende a centrarse en la madre y el hijo como los elementos principales del vínculo entre ambos, porque para nosotros crecer y madurar significa alejarse de los padres y asumir la responsabilidad de nuestras propias vidas fuera de la vida de los progenitores. Aceptar la ayuda de los padres en nuestras carreras se considera una especie de nepotismo poco ético y la prueba de una cierta falta de capacidades personales. En el mundo romano, la maternidad era justo lo opuesto de esta concepción; lo opuesto de crecer, madurar e irse. Por más lejos que se fuera un hijo, quedaba inextricablemente interrelacionado con su nomen, con su nombre de familia, y con los logros de sus antepasados. Sus padres, abuelos y bisabuelos eran perfectamente conocidos y señalaban el camino de su vida. En Roma, la mejor manera que tenía una madre de demostrar su amor

por un hijo era esforzándose para garantizar que accedía a un mundo en el que su familia era rica, respetada y bien situada. Para todo esto resultaba bastante irrelevante si un pezón se metía en una boquita o no.

Es innegable que Agripina se puso a trabajar para este objetivo casi de inmediato. En ese momento ya era una de las tres mujeres mejor situadas del mundo (y aún más cuando el matrimonio de Cayo con Livia duró menos de un año), no tenía ningún tutor masculino, podía ir allí donde quisiera y, a diferencia de sus hermanas menores, había demostrado su fertilidad y traído al mundo al primer retoño de la siguiente generación de julio-claudios. Tenía 22 años y, a inicios del 38, parecía tener todo el mundo a su alcance.

EL INCESTO

Según las fuentes históricas, el año 38 empezó muy mal, con un acto de suicidio público. Un esclavo llamado Macaón subió al templo de Júpiter en el Capitolio (uno de los espacios más amplios y sagrados de la ciudad) con un cachorro de perro y un puñal. Si eres un poco aprensivo quizá prefieras saltarte la siguiente escena. Se subió al altar del templo, profirió terribles predicciones para el año que empezaba y, ante todos los que le observaban, mató al cachorro y luego se suicidó. Puedo suponer que hizo todo esto como intento de entrar en los libros de historia, y lo cierto es que tuvo un éxito rotundo, pues aquí estoy yo en 2017, en mi despacho, dando vueltas al tema precisamente porque mató a un cachorro hace 1979 años. Sea como fuere, no era una buena manera de empezar el primer día del año y fue algo que incomodó a todo el mundo en ese momento, porque el emperador aún estaba enfermo (aunque estaba lo bastante bien como para aparecer en el «bautizo» de Nerón, hacer broma de su tío, casarse y divorciarse dos meses después, de modo que puedes pensar lo que quieras). Además, había empezado a ser un poco demasiado habitual que algunas personas tuvieran accidentes con espadas, sobre todo con espadas de la guardia pretoriana, y esto era otra cosa que incomodaba a todo el mundo. En rápida sucesión, Cayo se había desecho de su hijo adoptivo Tiberio Gemelo, de su antiguo suegro Marco Junio Silano y del prefecto del pretorio Macrón. Todo daba a entender una eliminación de todos aquellos que habían estado cerca de Cayo antes de su acceso al trono y que tenían algún tipo de poder (real o simbólico) o no estaban muy lejos de él.

Si yo fuera Agripina, es probable que estuviera algo nerviosa con todos estos acontecimientos. Por desgracia, no sabemos absolutamente nada de lo que hizo durante este año. Todo lo que nos ha llegado es una serie de extrañas acusaciones contra las tres hermanas y el esposo de Drusila, Lépido, en las que todos estaban implicados simultáneamente en un conjunto de aventuras adúlteras,

incestuosas, homosexuales y, con mucha probabilidad, no consentidas. Lépido era el mejor amigo de Cayo; era el esposo de Drusila, por lo que estaba casado con la hermana favorita de Cayo (aunque también es posible que ella fuera su hermana favorita porque estaba casada con su mejor amigo). Cayo apreciaba tanto a Lépido que incluso empezó a incluirlo en las estatuas familiares que se tallaban por todo el Imperio. Aún puedes contemplar estas estatuas hoy en día; ahí está Cayo y sus hermanas, sus padres Agripina la Mayor y Germánico y, en un extremo, Lépido.[10] Ningún otro de los cuñados de Cayo aparece en los grupos escultóricos familiares, lo que quizá resultaba algo incómodo durante las cenas familiares con Domicio. Igualmente incómodo fue el hecho de que, cuando Cayo estaba enfermo y todos pensaban que iba a morir, posiblemente nombró a Lépido heredero al trono. Suetonio, que aquí no es muy avispado, afirma que Cayo nombró heredera a Drusila, lo que resulta muy improbable, dado que las mujeres no podían hablar en un entorno público; sin embargo, Lépido era casi como un miembro de la familia y tenía toda la confianza de Cayo. En consecuencia, lo que la gente veía era que su emperador, joven y atractivo, pasaba el rato casi siempre con sus hermanas, jóvenes y atractivas, y con su cuñado, joven y atractivo; no costó nada que alguien ya empezara a ver algo erótico en todo aquello.

El fragmento completo de Suetonio sobre todo este tema es muy divertido. Si en algún momento tienes pensado leer a Suetonio, esta parte es un buen punto de partida. En resumen, nos explica que Cayo tenía relaciones sexuales regulares con sus hermanas, a veces una tras otra. Además, dejaría que sus amigotes también se tiraran a Agripina y Livila, como simple diversión; a Drusila, en cambio, se la guardaba para él mismo y «la trataba como a una esposa», supuestamente habiendo empezado a tener relaciones sexuales con ella cuando vivían con su abuela.[11] También se follaba a Lépido con regularidad, así como a las mujeres de varios senadores. Parecería que todo el mundo estaba ocupadísimo yendo desnudo y provocativo por todas partes. Sin embargo, es relevante que ningún contemporáneo de los hermanos tuviera nada que decir acerca de todas estas historias de incesto, a pesar de que tenemos varios relatos en primera persona de los defectos de la personalidad de Cayo y, además, tal como he comentado antes, las acusaciones de incesto son inquietantemente habituales.[12] Me parece mucho más

probable que todo esto sea una proyección de los comentaristas romanos que no eran capaces de concebir (o no querían concebir) una relación cercana sin que hubiera sexo de por medio; son un poco como un novio celoso que piensa que no puedes ir a cenar tú sola con un amigo porque es casi lo mismo que tener sexo. ¿No?

La razón por la que Drusila estaba considerada la hermana favorita del emperador (que es una extraña forma de conceptualizar lo de que «la trataba como a una esposa») fue que, el 10 de junio del 38, murió de golpe a causa de unas fiebres y Cayo no lo llevó muy bien. Como diríamos hoy, Cayo se quedó bloqueado. Dejó de cortarse el pelo y de afeitarse, se marchó fuera de Roma e instituyó un período de luto público por Drusila. El luto público implicaba que nadie podía trabajar ni celebrar festivales públicos ni privados. Ofreció a Drusila un gran funeral público y estaba tan descompuesto que se desmoronó mientras leía el panegírico, y fue Lépido quien tuvo que acabarlo. Luego hizo que el Senado le concediera varios honores, incluida la divinización. Técnicamente, pues, Drusila es una diosa llamada Drusila Pantea, aunque nunca nadie la adoró mucho. Fue la primera mujer de la familia imperial en recibir tal honor, y la primera persona después de Augusto, pues Tiberio no había querido divinizar a su madre Livia y nadie quería divinizar a Tiberio. A Drusila se le concedió un santuario público con veinte sacerdotes, se instituyó un festival de dos días para su natalicio y en Egipto se renombró el mes de payní (mayo-junio) como drusileios. Cayo realmente apreciaba a su hermana. Para Agripina, todo esto tuvo que ser bastante relevante, aunque no aparece para nada en las fuentes; no obstante, seguro que lloró la muerte de su hermana, asistió a su funeral y vio cómo se concedían todos esos honores a su hermana pequeña. Con la ventaja de la perspectiva histórica, sabiendo que Cayo solo duraría dos años más como emperador y que todos los aspectos del nuevo culto a Drusila fueron abandonados de inmediato, podríamos considerar que todo este galimatías era falso y vacío; parece pusilánime por parte del Senado y grandilocuente por parte de Cayo. Sin embargo, en ese momento, no tenemos ninguna razón para pensar que la consternación no fuera real y dolorosa para todos, incluidos los senadores. Justo cuando las calamidades familiares parecían haber llegado a su fin, la muerte de Drusila a los 21 años fue una tragedia. No tenemos por qué dudar de que los romanos reaccionaron exactamente del mismo

modo en que reaccionarían los británicos si muriese alguno de los hijos del príncipe Guillermo y Kate Middleton. Y tampoco tenemos por qué dudar de que Agripina estuviera tan afectada por esta pérdida como su hermano.

LA CONSPIRACIÓN

Al año siguiente, Agripina reaparece en las narraciones históricas del modo más confuso posible. En este caso, más que en ningún otro, no me importaría matar a un gatito para tener entre las manos los libros de los Anales de Tácito que describen los acontecimientos del año 39, porque lo que nos ha llegado está tan mal explicado que casi todo el mundo se ha limitado a encogerse de hombros y a no dar más vueltas al asunto, pues nadie consigue ponerse de acuerdo acerca de lo que es cierto y lo que no. Pero todas estas personas que se han encogido de hombros escribían sobre Calígula, mientras que yo estoy aquí para hablar de Agripina, de modo que no voy a encogerme de hombros. En resumen, lo que tenemos es que a principios de año Agripina era la hermana estimada del emperador, situada siempre en primera línea en las carreras y con derecho preferente de paso por las calles, mientras que a finales de año estaba desterrada en una isla diminuta. Algo había ido mal.

Igual que el año anterior, todo empezó con grandes nubarrones por la restauración de la acusación de maiestas, que el propio Cayo había abolido dos años antes. La maiestas era algo serio y complicado; en general, se refería a un ataque contra la grandeza del emperador y a menudo se la equipara a una traición. Pero la idea de traición implica que alguien conspira para dañar físicamente al emperador o el Imperio de un modo u otro; en cambio, la maiestas engloba muchas más cosas. Como casi todo en el mundo romano, la maiestas tenía una connotación religiosa, pues en su origen se aplicaba solo a los dioses; luego pasó a aplicarse también a los emperadores semidivinos a través de los sacerdotes y los cónsules e incorporó también ideas de ofensa, sacrilegio y cualquier subversión de la dignidad del emperador. Y el problema es que todas estas ideas son mucho más insidiosas y fáciles de lanzar contra alguien que no la simple traición. Por ejemplo, Tiberio hizo ejecutar a Cremucio Cordo por ser demasiado amable con Bruto y Casio (los asesinos de Julio César) en un libro de

historia y Vocieno tuvo el mismo final por haber insultado a Tiberio en privado. Otros eran procesados por hacer unas vagas alusiones al hecho de que Tiberio no había divinizado a su madre, por cambiarse de ropa delante de la estatua del Divino Augusto o por ir a cagar con una moneda con la efigie de Tiberio. En resumen, la maiestas era lo que quisiera el emperador que fuese para deshacerse de algún senador problemático. Y para hacer las cosas aún más entretenidas, había buenos incentivos para acusar a los demás de maiestas. Si tú eras un senador o un ecuestre cualquiera, acusabas a alguien de maiestas y era ejecutado, te quedabas con todo su dinero y sus propiedades. ¡Un chollo, vaya!

La abolición de los juicios por maiestas fue uno de los actos más populares de Cayo al principio de su reinado, porque Tiberio la usaba con una gran alegría cuando estaba de malas, es decir, siempre; y la flexibilidad de la ley aterraba a todo el mundo, con razón. Cayo revocó su decisión porque, en el fondo, tener una ley que servía para prohibir cualquier cosa que el emperador considerara molesta o amenazadora resultaba muy conveniente, tanto para que la gente estuviera de acuerdo contigo como para que te odiaran mucho. Sin embargo, hacía aún muy poco del reinado de Tiberio y todo el mundo recordaba cuán terribles eran los juicios por maiestas, de modo que cuando Cayo anunció que ahora todos estarían permanentemente bajo una atenta mirada que observaría con lupa la más mínima señal de falta de respeto y que cuanto más rica fuera tu casa más grande era la diana pintada sobre ti, el terror empezó a adueñarse de toda la población. Incluidos Agripina y Domicio.

La reintroducción de la maiestas llegó como resultado de un teatral enfrentamiento entre Cayo y el Senado, en el que el emperador acusó a los senadores de ser unos clientes llorones de Sejano y responsables de las muertes de su madre y hermanos. Luego, expresó su empatía con el odiado Tiberio, afirmando que entendía por qué el viejo emperador se había vuelto tan dado al asesinato, porque los senadores pasaban todo el tiempo acercándose sigilosamente a él y luego se pasaban información para ganarse su favor y hacer dinero. Además, estaba bastante seguro de que todos conspiraban contra él y, en consecuencia, no tenía ninguna buena razón para intentar trabajar con ellos con paz y tranquilidad, pues

eran horribles y fastidiosos. Concluyó que sería mejor si el Senado se limitara a hacer caso y dejara de intentar hablar con él o de tratarle como si fuera su colega. Como respuesta, los senadores demostraron lo que Cayo acababa de decir asintiendo vehementemente mientras los humillaba, votando con alegría la reinstauración de las leyes de maiestas que tanto odiaban y temían y luego pasando todo un día de celebración y homenaje al emperador, que culminó en una votación para ofrecer nuevos sacrificios a su clemencia y bondad, sacrificios que se celebrarían después de que se esculpiera una estatua dorada de Cayo y se paseara por toda la ciudad hasta el Capitolio, con un cortejo de niños que cantarían un himno en su honor. Para ser sincera, me sorprende que Cayo no vomitara encima de todo este tropel; yo lo hubiera hecho. Sin duda, la relación entre Cayo y el Senado se había deteriorado bastante, y la cosa fue a peor después de que Cayo decidiera ofrecer un enorme espectáculo solo por placer, para el cual construyó un puente de barcos, de tres millas de longitud, que atravesaba la bahía de Bayas, cerca de Nápoles, y pasó un par de días celebrando fiestas espectaculares. Podemos suponer que Agripina estaría presente en estas fiestas, porque ¿quién se perdería la oportunidad de un poco de jolgorio en un puente de barcos? Además, Bayas era una deliciosa ciudad balneario para los megarricos, una especie de Montecarlo romano, con lo que sin duda el acontecimiento fue brillante. No resulta ninguna sorpresa que al Senado no le gustara todo este espectáculo, probablemente porque Cayo parecía estar haciendo adrede cosas estúpidas e inútiles con el único propósito de molestar a los senadores.

Por la misma época, Cayo dio a Agripina una nueva cuñada. En el 38 se había casado con Lolia Paulina (que volverá a aparecer más adelante en nuestra historia) para divorciarse treinta segundos después. La esposa de este año, Cesonia, duró un poco más. Cesonia era mayor que Cayo, ya había enviudado y era madre de tres hijas. Parece que cuando contrajo matrimonio con Cayo, ya estaba embarazada; este embarazo daría a Cayo su único hijo y un primo para el pequeño Nerón, una niña llamada Julia Drusila. Cesonia también tiene el honor de haber sido interpretada por Helen Mirren en la película de porno refinado Calígula, de 1979, lo que no está nada mal. La familia de Cesonia era de aquellas que uno tiende a evitar en las fiestas. Su madre era Vistilia, que se había casado seis

veces y tenía unas gestaciones tan inusuales que Plinio el Viejo consideró que valía la pena comentarlo en su Historia natural.[13] Otra mujer de la familia, también llamada Vistilia (aunque desconocemos su parentesco) provocó un escándalo público al hallar un modo novedoso de evitar una acusación de adulterio: como el adulterio romano no era más que el sexo entre una mujer de alto rango y un hombre con el que no estuviera casada, las mujeres de baja clase social y determinadas profesiones quedaban exentas de la ley; estas eran actrices, propietarias de tabernas y, claro está, prostitutas. Así, Vistilia se inscribió como prostituta pública. La idea era brillante, pero para su desgracia, no funcionó y fue desterrada por ser repugnante a los ojos de los romanos. Los seis matrimonios de la madre de Cesonia eran vistos como algo solo un poco menos repugnante por los hombres de la clase senatorial, a quienes les gustaba glorificar la imagen de una mujer que se dedicaba en exclusiva a un único hombre, incluso tras la muerte de este, y siempre loaban a las mujeres que mantenían una casta viudedad; sin embargo, al mismo tiempo mantenían leyes que obligaban a las viudas a casarse tras dos años de la muerte de su esposo. Así pues, Cesonia ya llevaba la mancha de sus parientes femeninos y en la mayoría de las referencias los hombres (antiguos y modernos) la describen como una zorra horrible y ordinaria que solo merece nuestra crítica. La valoración más agradable que he encontrado de Cesonia en obras actuales es que parecía «seria […] autoritaria […] y más madura que Calígula», donde madura es un eufemismo para vieja.[14] Suetonio, y es curioso que también el historiador judío preferido de Vespasiano, Flavio Josefo, nos dicen que era tan vieja y grotesca que todo el mundo suponía que había usado alguna poción amorosa para ganarse el corazón de Cayo. Y eran estas pociones de amor las que se pensaba que habían hecho enloquecer al emperador y lo habían convertido en una persona tan malvada. La parte más interesante de todas estas historias no es su descarada misoginia, sino la suposición implícita de que las pociones de amor funcionaban.

En realidad, Cesonia estaba bastante bien conectada. Cinco de sus seis hermanos habían sido cónsules, así como varios de los exesposos de su madre. Su tío era muy buen amigo de Druso I, hijo de Livia y hermano de Tiberio. No deja de ser curioso que este tío se suicidara en el año 32, cuando Tiberio se enfadó con él por,

supuestamente, dar a entender que el joven Cayo era un inmoral. Años más tarde, la sobrina de Cesonia se casaría con el emperador Domiciano. Cesonia era de buena estirpe, y ofrecía bastante más que una virgen de 16 años. Cayo la adoraba y la adoró todavía más cuando tuvo su cuarta hija y ofreció una heredera a Cayo. Suetonio nos cuenta que tras contraer matrimonio con Cesonia, Cayo se volvió monógamo de golpe (sea lo que sea lo que ello signifique en un contexto romano y esclavista) y que pensaba que era tan hermosa que la hacía desfilar desnuda frente a las tropas para alardear. Está claro que esta escena está descrita con una clara intención de demostrar que Cesonia era una puta desvergonzada y que Cayo era un repugnante afeminado, indigno de ser romano si le gustaba tal mujer, y no para transmitir ninguna realidad tangible, pero nos sirve para saber que a Cayo realmente le gustaba Cesonia, y le gustaba mucho. Le gustaba tanto que hizo algo que solo había hecho con sus hermanas: ponerla en una moneda. Esto se produjo al mismo tiempo que mostraba una clara devoción pública por su hijita, nombrada a partir de la difunta Drusila.

Con todos estos acontecimientos, el año 39 avanzaba con el sonido de un montón de alarmas para Agripina. Durante unos momentos, tuvo un acceso ilimitado al emperador y una influencia e inviolabilidad incomparables, la excelencia de ser la primera y única de los hermanos en haber traído al mundo a una nueva generación, que sería la elección ideal de un heredero para Cayo. Ahora, Cayo tenía una esposa sobre quien volcar su afecto, con una cercanía e influencia que ni tan solo una hermana podía igualar. Cesonia tenía la influencia que otorgan las conversaciones de alcoba y las charlas poscoitales; tenía la influencia que otorga el hecho de ser la madre de un ansiado heredero y quizá de muchos más en el futuro. Sin duda, Cesonia era toda una amenaza para la posición de Agripina y para Nerón. En cuanto Cayo tuvo un hijo propio, Nerón dejó de ser el futuro de la dinastía julio-claudia y se convirtió, en cambio, en un posible rival. Además, esta amenaza apareció en el preciso momento en que se reinstauraban las leyes que, probablemente, provocaron la caída de su madre y hermanos y que, sin lugar a dudas, habían causado la muerte y caída de muchos otros.

Si Agripina era la mujer inteligente y consciente que creo que era,

debía de estar preocupada. De hecho, cualquier persona con poder e influencia debería de estarlo. Pero, además, Agripina tenía otra preocupación: probablemente, su marido estaba muy enfermo. Domicio murió en el año 40, de hidropesía, según las fuentes. La hidropesía como tal ya no existe; actualmente equivale a varios tipos de edema y es el síntoma final de diversas enfermedades crónicas y terribles. Es una indicación de que la muerte es inminente: el cuerpo retiene líquidos a gran velocidad y se hincha; en concreto, el estómago se hincha de un modo espantoso y desagradable, y seguramente también fue espantoso y desagradable para Domicio.[15] No sabemos si en el año 39 Domicio había desarrollado ya su hidropesía, pero sin duda, no estaba muy bien de salud si iba a desarrollar hidropesía en poco tiempo. La pérdida de un esposo llevaría a la joven Agripina a un mundo de incertidumbre; Cayo sería el encargado de buscar un nuevo marido para ella y padre para su hijo, y en esa época Cayo no estaba tomando sus más brillantes decisiones.

En septiembre del 39 las cosas se aceleraron de golpe, de ese modo en que unas tensiones acumuladas durante mucho tiempo, invisibles para el historiador, pueden explotar súbitamente y generar una avalancha de acciones confusas y mareantes. El drama se inició cuando Cayo quitó de en medio a los dos cónsules y destrozó sus fasces, por razones que desconocemos por completo. Al mismo tiempo, y también por razones poco claras, Cayo retiró y sustituyó al gobernador de Siria y al gobernador de Panonia.[16] El gobernador de Siria era Lucio Vitelio, que más adelante será uno de los mayores aliados políticos de Agripina, pero en el 39 tenía cuatro legiones bajo su mando, con las cuales había cosechado algunos éxitos militares, y nadie sabía mejor que Cayo lo importante que era la lealtad personal de las legiones para cualquiera que tuviese ansias de poder. Vitelio fue retirado del cargo y aquí acabó la cosa, pero el gobernador de Panonia Calvisio Sabino fue llevado a juicio por permitir que su mujer supervisara las tropas; luego se suicidó. Justo antes de estos hechos, Cayo había llamado a Roma, juzgado y desterrado al prefecto ecuestre de Egipto, Flaco, también por oscuras razones (qué sorpresa). Sin embargo, durante septiembre decidió que el destierro no era suficiente y envió a alguien a matar a Flaco en la minúscula isla en la que se hallaba. Así se inició una persecución digna de una película de los hermanos Cohen, con unos

cuantos soldados persiguiendo a Flaco por la pequeña isla, acorralándolo poco a poco y luego matándolo a golpes. Un mal presagio para todo el mundo.

Todo esto pasó en el espacio de pocas semanas, con unas cuantas decisiones críticas que llevaron a situaciones límite. A finales de septiembre, Cayo partió de improviso en dirección a Germania con una escolta dispar y poco preparada. Las tropas acantonadas en la frontera germánica eran las más numerosas, con ocho legiones bajo el control de dos hombres: Gaetúlico en la Germania Superior y Lucio Apronio en la Germania Inferior. Con una conexión familiar algo sospechosa, Gaetúlico era el yerno de Apronio; además, es probable que Gaetúlico hubiera tomado de su hermano el control de las tropas de la Germania Superior, lo que significaba que las tropas habían aceptado la lealtad familiar heredada. En conjunto, se trataba de unas conexiones familiares a las que Cayo habría tenido que poner freno mucho antes, de modo que todo el mundo asumió que el emperador se dirigía al norte a demostrar su poder. Sin embargo, camino de Germania, Cayo se detuvo en Mevania (ahora Bevagna, en la Umbría), en una residencia familiar en la que Agripina, Livila y Lépido (y suponemos que el resto de sus familias) estaban pasando unos días. Justo entonces, de la nada, llegó al Senado un mensaje en que se acusaba a Agripina, Livila y Lépido de conducta inmoral y en el que se afirmaba que los tres habían sido detenidos. Luego, Cayo, en lugar de regresar a Roma con sus hermanas, ahora detenidas, se apresuró hacia Germania, donde arrestó y ejecutó a Gaetúlico. El 27 de octubre del 39 se ofrecieron sacrificios para celebrar la supresión de las «infames conspiraciones de Cneo Léntulo Gaetúlico contra Cayo Germánico», tal como quedó inscrito en el registro de los hermanos arvales.[17] El Senado, sin duda confuso, envió a Claudio a Germania para felicitar a su sobrino. Es gracias a este acto que Suetonio relata que Claudio felicitó a Cayo por sofocar la conspiración de Lépido y Gaetúlico en una biografía que no tiene nada que ver con todo esto. Cuando Cayo regresó a Roma, se celebró una vista en la que parece ser que se leyeron cartas incriminatorias entre Agripina, Livila y Lépido. Lépido fue ejecutado de inmediato, mientras que las hermanas fueron condenadas al destierro. En una extravagante parodia de su madre y de sus más honorables procesiones, Agripina fue obligada a transportar las cenizas de Lépido a la isla donde ambas hermanas

serían desterradas. Para conmemorar la ocasión, Cayo dedicó tres dagas en el templo de Marte Vengador.

Lo que en realidad sucedió durante esas semanas, y si Agripina estaba realmente implicada en alguna conspiración, nos resulta oscuro por completo. La única acusación que mantiene una cierta coherencia en todas las fuentes, y que consigue evitar por completo el tema de la conspiración o evitar ser tan embrollada como para ser absurda, es la de que Agripina mantenía relaciones con Lépido. Incluso Tácito cuela esta acusación, cuando presenta la aventura con Lépido como el primero de sus «crímenes» sexuales. También afirma que esta aventura era, específicamente, «por sed de poder»,[18] lo que implica que él pensaba que Agripina estaba involucrada en algún asunto político. Si se estaba tirando a Lépido y Lépido estaba implicado en algún tipo de enrevesada conspiración para asaltar el trono con la complicidad de las tropas de Gaetúlico, sin duda Agripina tenía que estar al corriente. Ahora bien, todas las fuentes (excepto Tácito) afirman que Lépido mantenía una especie de relación a tres con Livila y Agripina, lo que se me antoja el mismo tipo de fantasía masturbatoria que la de Cayo follándose a sus hermanas. En cualquier caso, no tiene el más mínimo sentido como táctica política. O los tres mantenían un asunto poliamoroso muy moderno (que no voy a juzgar, pero tampoco me voy a creer) o bien las acusaciones sexuales eran el tipo de rumor ridículo y obsceno que los romanos gustaban de propagar siempre que veían a un hombre y una mujer demasiado cerca uno del otro. Suetonio afirma que las cartas que Cayo leyó en el Senado demostraban que las dos hermanas eran unas adúlteras que habían combinado sexo y violencia para conspirar contra el emperador, y Suetonio tenía acceso a los archivos imperiales; pero, a decir verdad, solo tres personas saben quién retozó con quién, y están todas muertas desde hace dos milenios.[19] En mi opinión, no obstante, hay pruebas de que Agripina, como mínimo, tenía relaciones sexuales con su antiguo cuñado y, en tal caso, es probable que estuviera involucrada en algún tipo de conspiración; mi mejor prueba es el hecho de que Cayo hiciera transportar a Agripina las cenizas de Lépido. Por parte de Cayo, se trata de una imagen aguda, al poner en contraste a su hermana caída en desgracia con su gloriosa madre devolviendo al hogar las cenizas de Germánico y con el viaje del propio Cayo para repatriar a su madre y hermanos. El gesto

tiene una clara intención de rencor, lo que parece justo; no puedo decir que yo hubiese sido muy amable con mis hermanas si hubiera descubierto que estaban planeando mi asesinato. Pero este acto de resentimiento no tendría sentido sin suponer que Agripina tenía una relación de algún tipo con Lépido, sobre todo si tenemos en cuenta que a Livila no se la castiga igual.

Supongamos, pues, que Agripina tenía una historia con su cuñado mientras su esposo se estaba muriendo en alguna parte. Supongamos que Livila era consciente de ello. Y supongamos que los tres estaban conspirando, junto con Gaetúlico en la Germania Superior y Apronio en la Inferior, para alzarse contra Cayo, su hermano y amigo, y colocar a otra persona en el trono. No importa quién fuese esta otra persona; puedes buscar otro libro si quieres especulaciones acerca de las interioridades de una conspiración sobre la que no sabemos nada de nada. Lo que nos importa aquí es que Agripina pensaba que tenía buenas opciones a una vida mejor si su hermano resultaba muerto, y este hecho es interesante. Puede ser que viera en Cesonia una terrible amenaza a la posición que tenían ella y su hermana Livila. Aún más probable es que Cesonia y sus fértiles entrañas representaran una amenaza para el futuro de su hijo Nerón; si Cesonia continuaba teniendo hijos, había muchas más posibilidades de que Nerón acabara como Tiberio Gemelo que como Tiberio. En esta situación, el ambiente cada vez más enrarecido de confidentes, desconfianza e incertidumbre que se estaba adueñando de Roma no facilitaba las cosas. Para ser sincera, en tales circunstancias, si Agripina no hubiera conspirado y, en cambio, hubiera acabado cayendo accidentalmente sobre la espada de alguien por haber estornudado sobre una moneda con el rostro de Cayo, la historia la hubiera criticado y considerado estúpida por no haberlo previsto. Encuentro muy curioso que las fuentes modernas sobre Agripina siempre la hayan presentado conspirando para su futuro personal más que intentando proteger a su hijo y a ella misma en un ambiente hostil; supongo que a las mujeres solo se les permite acciones proactivas cuando son responsables de una agresión, pero no cuando se defienden. Pero la forma de actuar de Agripina para protegerse fue su primer acto de valentía y de falta de preocupación por las convenciones de la feminidad romana.

Hasta este momento, nuestra Agripina había sido un modelo de

hija, esposa, hermana y madre casta, obediente y discreta. Nunca había dicho ni una palabra. Se había casado con un primo sin levantar gran revuelo, había tenido un hijo, había sido glorificada por su hermano y, según lo que nos transmiten las fuentes, había permanecido pasiva durante los 24 primeros años de su vida. Un lienzo femenino en blanco, a punto para que su hermano trazara en él ideas e imágenes… hasta este preciso momento, en que durante un segundo se nos revela como una persona real que actúa por su propia cuenta y riesgo. Y actuó del modo más teatral posible: tirándose al mejor amigo de su hermano e intentando reunir un ejército ante las primeras señales de que a su hermano se le había subido el poder a la cabeza. Después de enviar a Agripina a la isla, Cayo continuó sacándose de encima a más personas que eran amigos de la familia, lo que sugiere que Agripina había estado tanteando a diversos grupos políticos. Séneca era el más destacado de ellos, cuya cercanía con Agripina era bien conocida desde hacía años; si Agripina llegó a tener algún «mejor amigo», Séneca debía de ser uno de ellos. En cualquier caso, no hubo muchos juicios ni ejecuciones, por lo que la conspiración debía de estar aún en sus albores cuando fue descubierta.

Me puedo imaginar una escena impactante en la villa de Mevania cuando Cayo reveló el complot a sus hermanas y a Lépido. Un momento decisivo al mejor estilo de las novelas de Poirot en esa magnífica mansión que a todos nos gustaría tener. El emperador, rodeado por su escolta, frente a sus hermanas y su mejor amigo blandiendo unas cuantas cartas; las gotas de sudor frío cayendo por la espalda cuando Agripina descubre que su apuesta ha fracasado. Imagino lloros, recriminaciones, una escena desagradable y embrollada, sobre todo por parte de Cayo. No podía ser de otra manera. Cayo adoraba a sus hermanas por encima de cualquier otra persona. Había hecho que todo un imperio, la mitad del mundo conocido, les jurara fidelidad; y ahora ellas pensaban que podrían matarlo.

Inmediatamente, se privó de todo a las hermanas y se las envió a Roma, para ser juzgadas. Como Cayo estuvo presente en el juicio, debemos suponer que se celebró a su vuelta de Germania, de modo que Agripina debe de haber estado en prisión o en arresto domiciliario durante meses, esperando saber cuál sería su castigo. El

juicio fue otra humillación. Al igual que el hecho de obligarla a llevar las cenizas de Lépido, la lectura en voz alta de las cartas personales (¿de amor?) de Agripina por parte de Cayo fue una acción premeditada para presentarla como una furcia. Y la estrategia funcionó; el veredicto de destierro era solo un poco mejor que la muerte. Agripina quedaría desterrada en una diminuta isla con una pequeña guardia y algunos esclavos, aislada de Roma a todos los efectos y, por tanto, aislada de la vida. Con 24 años, Agripina se enfrentaba a una larguísima vida vacía, separada de su hijo y esperando cada día que el emperador no hubiera cambiado de opinión sobre el hecho de mantenerla con vida.

EL DESTIERRO

El destierro de Agripina fue en la isla de Pontia (actualmente Ponza), en el mar Tirreno. Pontia se encuentra entre Roma y Nápoles, a unos 30 km frente a la costa de Terracina, y era el mismo sitio en que Nerón, el hermano de Agripina, también estuvo desterrado. Se trata de una isla pequeña y volcánica, pero no se esperaba que Agripina pasara ahí una vida de privación absoluta. El castigo era que estuviera confinada y alejada de la sociedad, no que viviera en una cueva. Los arqueólogos han encontrado dos villas en Pontia, ambas encantadoras. La más grande tiene casi diez acres de extensión, dispone de un teatro propio, un solario, unas vistas magníficas y unas grutas artificiales talladas en la roca, llenas de peces. También disponía de un importante grupo de esclavos y libertos encargados del cuidado de Agripina (nadie consideraba que tuviera que peinarse ella misma). En resumen, disfrutaba de una vida que ya desearían muchas almas solitarias o incluso escritores; una isla privada en la costa italiana, una casa lujosa, estanques con peces, playas donde bañarse, un equipo de personas para atenderla y luego desaparecer cuando estuviera harta de ellos; y un teatro privado. Puesto que sabemos que Agripina era muy buena nadadora (ya volveremos sobre ello), me gusta imaginármela tomando un baño cada mañana, metiéndose en el agua verde azulada y nadando hasta que los brazos le doliesen, apenas divisando ya la orilla de su prisión.

Porque era una prisión, sin duda. Por muy fantasía de ricachón que pueda ser, una isla privada solo es divertida si eres tú quien decide estar ahí. Si no puedes abandonarla nunca, cuando tu hermano te escribe de vez en cuando recordándote que él no solo posee islas sino también espadas, cuando sabes que quizá no podrás ver nunca más a tu hijo y cuando eres una mujer romana, estar en una isla privada, por más hermosa que sea, es una tortura. Sabemos poquísimo sobre lo que representaba un destierro de Roma, excepto que era doloroso. Disponemos de tres destierros bastante bien

documentados, porque los desterrados escribieron durante su destierro y estos escritos han sobrevivido hasta la actualidad. Los tres son, qué duda cabe, hombres: Cicerón, Ovidio y Séneca. Cicerón sufrió una forma de destierro más antigua y menos restrictiva, que le permitía ir por todas partes menos a Italia; básicamente se movió por Albania y Grecia hasta que se le permitió regresar, y mientras estaba en el exilio escribió cartas a sus familiares y amigos de Roma. Estas cartas rezuman dolor, especialmente las dirigidas a su esposa, que muestran tal aflicción que nunca imaginarías que pocos años después la abandonaría por una joven que estaba bajo su tutela, cuando él ya tenía casi 60 años. Pero, además, una y otra vez se lamenta de su humillación: de ser derribado de una posición de poder y fortaleza, de ser mostrado como alguien débil y de ser despojado de su propia vida. Era una humillación profunda y terrible; seguramente más de lo que podemos imaginar, porque era una humillación en un mundo en que la reputación lo era todo para una persona. Agripina era un respetado miembro de una respetada familia. Tal como hemos visto, fue criada por una madre que era consciente de que por sus venas corría sangre semidivina y que esta sangre les confería ciertos poderes, unos poderes de los que Agripina disfrutó durante unos brevísimos momentos. Y estos poderes le habían sido arrancados públicamente, mientras se la mostraba ante toda la ciudad como una traidora a la familia y al Imperio. Su separación del hijo debió de ser insoportable, pero la humillación debió de resultarle igual de espantosa.

Ovidio y Séneca sufrieron el tipo de destierro más severo, el mismo que Agripina, confinados en lugares concretos. Como Cicerón, Ovidio escribió cartas desde su destierro, pero a diferencia de aquel, da la impresión de ser un quejica incansable. Séneca, en cambio, siendo un convencido estoico, rechazó entristecerse por nada en sus escritos, ni tan solo tener sentimiento alguno. En su lugar, escribió cartas a su madre diciéndole que dejara de entristecerse porque le avergonzaba (lo que es una actitud condescendiente o admirable en extremo, según el punto de vista). Es cierto que Séneca fue desterrado a Córcega, que es un lugar encantador, pero es una respuesta curiosa exigir a los demás que no estén tristes.

Así pues, ¿cómo reaccionó Agripina a su destierro? ¿Cómo

reaccionó a su humillación y a su aislamiento? ¿Cómo reaccionó a su separación del esposo y el hijo? No lo sabemos. Sin duda, escribió cartas. Es probable que escribiera a Séneca, teniendo en cuenta su amistad. Su esposo Domicio aún viviría durante un tiempo, de modo que es posible que también le escribiera. Domicio murió en el 40 a causa de su hidropesía y su hijo Nerón fue enviado a vivir con la hermana de Domicio, Domicia, de modo que es posible que Agripina también le escribiera. La muerte de Domicio impediría que algunas cartas llegaran a su destinatario, por lo que es razonable pensar que alguien respondería a Agripina avisándola de que ahora era viuda. Tiendo a suponer que fue el propio Cayo quien le dio la noticia, me da la impresión de que le debía de gustar dar malas noticias. Ahora bien, ¿cómo escribiría Agripina? ¿Como Cicerón el abatido hombre de familia, como Ovidio el urbanita servil o como Séneca el estoico? Sin duda, no escribiría como ninguno de ellos, sino como una mujer imperial de sangre real. Y no tenemos ni idea de cómo sería tal estilo.

Estoy convencida de corazón de que nunca se arrastraría ante su hermano, sobre todo si de verdad había estado conspirando contra él. Puede haber estado desolada por su separación del esposo y el hijo, sobre todo de este último, y puede que hubiera escrito cartas como las de Cicerón, llenas de lágrimas y lamentos, a su marido y a su amado hijo. Sin embargo, creo que en sus cartas se parecería más a Séneca, independientemente de cuáles fueran sus sentimientos. Externamente se mostraría poco afectada, pero por dentro Agripina estaría profundamente humillada, una humillación que le provocaría una rabia ardiente. Cuando Agripina regresó del destierro, mostró cómo le había afectado esta experiencia y veremos cómo se preocupó de no volver a sufrir nunca más una humillación así y cómo controló cuidadosamente su entorno. No cabe duda de que las cartas de Agripina debían de estar llenas de dolor, pero a diferencia de los hombres cuyas cartas nos han llegado, el sufrimiento de Agripina sería tan doloroso para otras personas como lo era para ella. Esta es una de las razones por las que creo que no escribió sus memorias durante el destierro, tal como algunos han sugerido. Las memorias de Agripina eran una glosa sobre su vida, su esplendorosa vida y el ascenso de su gloriosa familia; Tácito lo deja bien claro en su única frase al respecto. Eran una declaración pública de una figura pública, no la queja de una mujer desterrada.

Es posible que si el destierro de Agripina hubiese sido más largo, las cosas hubieran ido de otra forma. Estoy segura de que, tras un par de años, incluso las mentes más fuertes caen en la desesperación. Si Cayo se hubiese mantenido más tiempo en el trono, las fortunas de Agripina hubieran sido otras muy diferentes. Quizá apenas sabríamos su nombre. Por suerte para ella, y para nosotros, el 24 de enero del año 41 (poco más de un año después del destierro de Agripina), una conspiración liderada por los prefectos del pretorio Casio Querea y Cornelio Sabino logró acabar con la vida de Cayo mientras salía del teatro; luego los conspiradores asesinaron a su esposa y a su hija. Tras un par de días de discusiones entre el Senado y la guardia pretoriana (con la mediación de Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, es decir, el Herodes de la Biblia que mató a todos los niños… ¿no es curioso?), estos últimos ganaron la partida y nombraron emperador a Claudio, con el pleno apoyo de todos y sin que nadie lo aceptara a regañadientes. Como sucede con tantos otros emperadores, lo primero que hizo Claudio fue derogar las resoluciones menos populares de su antecesor. Y así fue como el tío de Agripina la liberó de su destierro. Agripina volvía a Roma.

******* Podría parecer que ser día laborable es rebajar su categoría, pero hay que tener en cuenta que en el calendario romano los días se dividen en dies fasti y dies nefasti. Los dies fasti son aquellos en que se pueden llevar a cabo negocios y celebrar juicios (diríamos que son los «días laborables»), mientras que los dies nefasti se consideran poco propicios u ofensivos en términos religiosos y, por tanto, no se pueden celebrar transacciones ni juicios. Así, que este día pase a ser «laborable» es bueno; deja de ser un día «nefasto». (N. del t.)

******** O, acercando el ejemplo de la autora, ¿acaso hay monedas de euro con la efigie de las infantas Cristina o Elena de Borbón? (N. del t.)

SOBRINA

EL REGRESO A ROMA

El hecho de poder regresar a Roma debió de ser un gran alivio para Agripina, puesto que tras la muerte de Cayo, el caos se adueñó de la ciudad durante unos cuantos días y la situación pudo haber acabado, por muchos caminos diferentes, con Agripina siendo discretamente asesinada en su isla, en lugar de ser perdonada. Al fin y al cabo, esto es lo que le había pasado a su abuela Julia la Mayor y a su tío Agripa Póstumo cuando Tiberio subió al trono, por lo que no faltaban precedentes. Por suerte para ella, el mundo se asentó del lado correcto, fue llamada a Roma, se le restauraron sus propiedades y todo el mundo lamentó muchísimo que hubiera sido desterrada por toda esa historia de la conspiración, pues ahora resultaba que todos consideraban que su hermano había sido un auténtico miserable.

Cuando Agripina volvió a la ciudad, tenía unos 25 años y Nerón solo cuatro. Su hijo había estado viviendo con su tía paterna durante un año, desde la muerte de su padre y con toda probabilidad no había visto a su madre en dos años. Obviamente, ninguna fuente nos dice nada sobre el reencuentro, pero tengo la esperanza de que fuera entrañable. Agripina debería haber regresado a Roma vulnerable y con la cabeza gacha, dispuesta a seguir una vida tranquila y quizá escarmentada de su experiencia, pero en cambio llegó con paso decidido y arrogante, como Liam Gallagher. Bajó del barco que la trajo desde Pontia a punto para apartar del camino a cualquiera que se le acercara. Su primer acto, junto con su hermana Livila, fue hacer un enorme corte de mangas al Senado y al palacio de Claudio. Exhumó los restos semiincinerados y semienterrados de Cayo de los jardines en que habían sido dejados y celebró una cremación correcta y un funeral para él, que culminó con su sepelio en el Mausoleo de Augusto. Para muchos historiadores estas acciones son desconcertantes, en parte porque Cayo había sido brutalmente asesinado y sustituido porque era una pesadilla, lo que sugiere que la gente no tenía

muchas ganas de recordarlo, y en parte porque fue precisamente él quien había exiliado a Agripina y a Livila. Así pues, ¿por qué demonios se dedicaron a mostrar su lealtad a un tirano que había sido asesinado? ¿Por qué se estaban poniendo de malas con Claudio de esta manera? Podían haber celebrado un pequeño funeral privado, o incluso no celebrar ninguno; podían haber enterrado a Cayo en cualquier otro mausoleo o necrópolis que no fuera un destacadísimo monumento del centro de Roma. Pero en lugar de eso hicieron un acto tan espectacular, jactancioso y público como les fue posible. Hay varias posibles razones por las que las dos hermanas decidieron tomar este camino en su primera aparición en Roma. Mi favorita es la idea de que lo hicieron para evitar que el fantasma de Cayo maldijera los jardines en que estaba enterrado y el palacio en que fue asesinado.

Esta idea proviene de una línea sin importancia de Suetonio, justo al final de su biografía de Cayo y en el mismo trozo en que describe el asesinato de la mujer y la hija del emperador. Suetonio dice que el fantasma de Cayo vagaba por los jardines en que estaba semienterrado hasta que sus hermanas completaron su entierro y que «no había pasado ninguna noche sin que ocurriera algún suceso espantoso» en el palacio en que fue asesinado, hasta que se incendió.[1] Aquí entrevemos cuán supersticiosos eran los romanos; los fantasmas y espíritus de los muertos se pasean por muchísimas de sus prácticas religiosas. Cayo no era ni mucho menos el único emperador fantasma. Suetonio también tiene una buena historia acerca del fantasma de Augusto atemorizando y maltratando a todo aquel que no entrara debidamente purificado en el cuarto de bebé de su infancia[2] (en mi opinión, esta historia nos dice bastante sobre el ego del difunto Augusto). También entre la sociedad romana media había un temor general hacia espíritus malignos que tenían que ser apaciguados y también hacia espíritus benignos que debían ser homenajeados en diversos festivales religiosos a lo largo del año. La idea de fantasmas y espíritus malévolos no era necesariamente una idea descabellada para los romanos y quizá las hermanas estaban haciendo un favor a todo el pueblo de Roma al apaciguar al enojado espíritu de Calígula.

También había buenas razones familiares para que Agripina y Livila enterraran como era debido a su hermano asesinado: se trataba de

un acto de buena pietas. La pietas es un concepto puramente romano, de difícil traducción. En su acepción más básica se refiere al deber para con la propia familia y el propio país. Pero esta sencilla definición despoja a la pietas de su profundidad y la hace parecer más opcional de lo que era. La pietas también se relacionaba con varios tipos de amor, devoción religiosa, obligación, justicia, gratitud, respeto, compasión y amistad. La pietas también incorporaba un fuerte sentido de ley natural y de justicia natural, como en los conceptos que se consideraban fundamentales para la conducta humana. Actuar de un modo que socavara la pietas implicaba, pues, actuar de forma antinatural. En este contexto, y como únicos familiares vivos, Agripina y Livila tenían una clara obligación religiosa, cívica y familiar (en tanto en cuanto estos tres ámbitos pudieran separarse) de otorgar un adecuado reposo a su hermano, a través de los ritos correctos y pertinentes. No hacerlo demostraría no solo una falta de deber y compasión familiar por su hermano, sino también un desprecio por las obligaciones para con el Estado. Es muy posible que la idea de dejar a su hermano sin enterrar fuera sinceramente perturbadora para Agripina y Livila, dejando de lado cómo pudieran sentirse con respecto a él.

La otra posibilidad, y la más probable desde una perspectiva más racional y aburrida, es que enterrar a Cayo fuera un caso de «buena óptica», porque queda muy claro, a partir de diversas fuentes, que si bien la guardia pretoriana y el Senado odiaban a Cayo con todas sus fuerzas, el pueblo y las legiones de Roma pensaban que era un gran emperador. Esta idea está presente en casi todas las fuentes que se ocupan del reinado de Cayo. Incluso Suetonio dedica 20 párrafos de su biografía a explicar las cosas buenas que hizo Cayo y lo popular que era entre la plebe. Una fuente un poco más temprana se ocupa del asesinato de Cayo con muchísimo detalle; se trata de las Antigüedades judías de Flavio Josefo.[3] Josefo nos muestra a Cayo regando al pueblo de Roma con monedas de oro y de plata y paseando con comodidad entre la gente. Cuando describe el asesinato, nos deja esta pequeña joya: «Estaban asustados de su acto, pues se veían amenazados por haber dado muerte a un emperador reverenciado y querido por un populacho insensato. Muy pronto los soldados irían a buscarlos, para derramar su sangre».[4] Su relato prosigue describiendo a una guardia personal y a

una ciudadanía conmocionada e indignada por el comportamiento de un pequeño grupo de senadores; Josefo los describe literalmente como un grupo de mujeres, niños, esclavos y germanos (los peores bárbaros) demasiado estúpidos como para saber lo que era mejor para ellos. Así, el pueblo y los soldados formaron una muchedumbre que se dedicó a perseguir y asesinar a las personas que creían que estaban implicadas en el asesinato. Murió mucha gente y se necesitaron dos días para que las cosas se calmaran un poco. Todo esto sucedió pocos meses antes del retorno de Agripina y Livila, y seguro que ellas eran bien conscientes de la popularidad de su hermano entre el ejército y el pueblo de Roma. Su decisión de ofrecer un funeral adecuado a Cayo y de enterrarlo en el Mausoleo de Augusto junto a sus gloriosos familiares, sus hermanos asesinados y su trágica hermana solo se puede ver como un recordatorio para los admiradores de Cayo de que su familia seguía viva. Era un recordatorio para el pueblo de Roma de que ellas aún eran las hijas de Agripina y de Germánico, de que aún eran las biznietas de Augusto y de que aún eran las hermanas del emperador. Era una clara reafirmación de su poder como julias.

LA SITUACIÓN EN ROMA

El ambiente político y cultural al que regresó Agripina no era muy apacible, lo que también explica en parte su notoria entrada en la ciudad. Roma acababa de presenciar el primer derrocamiento violento de un gobernante en 80 años, desde aquel día del año 44 a. C. en que Julio César había sido apuñalado a los pies de la estatua de Pompeyo. Sin embargo, en esa ocasión el Senado aún era oficialmente la institución de gobierno del Imperio; en el año 41, en cambio, esto ya no era así. Hubo un largo periodo de tensión en que nadie gobernó oficialmente el Estado durante dos días mientras el Senado intentaba proponer a sus propios candidatos al principado. Claudio ofreció a cada miembro de la guardia pretoriana 15.000 sestercios para que le apoyaran.[5] Claudio y sus seguidores, bien armados y bien pagados, habían ganado, sin duda, pero nadie estaba muy contento con el resultado. El relato llega a decir que los pretorianos sacaron a Claudio de detrás de una cortina, donde estaba escondido, y le obligaron a ser emperador (y si te crees esta historia, ya puedes comulgar con ruedas de molino), pero al asumir el trono había sancionado, a todos los efectos, un golpe violento contra un gobernante legítimo y había acabado teniendo el apoyo de casi ninguna de las familias más poderosas de Roma. Claudio ni tan solo estaba conectado con la rama julia de la familia julio-claudia, excepto por un tenue vínculo marital. Luego complicó aún más las cosas ejecutando de inmediato a la mayoría de los hombres que le habían aupado al trono y declarando, en una extravagante decisión, que los dos días previos no habían existido oficialmente y que debían eliminarse de todos los registros. Me pregunto si los senadores romanos hubieran tenido más respeto por él si hubiera aceptado sin más que el origen de su reinado se produjo gracias a un golpe militar. Además del hecho de que había entrado en el Senado avasallando con su ejército privado, casi no tenía experiencia en el entorno político y disponía de poquísimos aliados. Hasta que Cayo hubo asumido el trono y lo nombró cónsul a los 50 años, Claudio nunca había tenido ningún cargo político; ni tan solo

había sido senador durante la mayor parte de su vida. Era la vergüenza de la familia. Suetonio nos conserva unas cuantas cartas extraordinarias escritas por Augusto a Livia preguntándose si Claudio era «completamente normal» o si «se halla disminuido e impedido en sus facultades físicas y psíquicas» y si tenían que mantenerlo oculto al público para que no se rieran de él.[6]

Los principales problemas de Claudio parecen haber sido el tartamudeo, un tambaleo de la cabeza, cojera y una incapacidad de controlar sus respuestas emocionales, de modo que babeaba al reír y cuando estaba enojado.[7] Esta descripción me recuerda a esos perros especialmente babosos y es por ello por lo que siempre me lo imagino como el encantador pero desagradable perro de la comedia de policías Socios y sabuesos, de 1989, con Tom Hanks como protagonista. Una de las anécdotas que nos han llegado sobre su falta de control emocional se refiere a uno de los primeros actos en que hacía una lectura pública de su primer libro. Al empezar a leer, un hombre muy gordo entró en la sala, se sentó y rompió el banco. Todo el mundo se echó a reír, se cambió el banco y cesó el bullicio, excepto por el hecho de que Claudio no pudo parar; durante el resto de la lectura no dejó de recordar el incidente y reírse histéricamente. De todas las anécdotas sobre Claudio, la de tener una risa incontrolable durante su primera aparición pública es tal vez la más simpática, pero se cuenta como si fuera todo un escándalo. Si somos sinceros, si algún miembro menor de la familia real británica (el príncipe Andrés, por ejemplo) empezara a carcajearse sin control, burlándose de alguna persona gorda del público, tampoco nos lo tomaríamos muy bien; ya podemos imaginar los titulares en The Guardian. En otro momento, cuando ya era emperador, estaba presenciando un debate en el Senado sobre los carniceros y los vinateros y, de repente, se sobreexcitó pensando en comida y empezó a explicar anécdotas irrelevantes sobre sus lugares favoritos para comer y beber cuando era joven. Nuevamente, simpático pero poco profesional. El fondo de todo esto es que, al igual que Cayo antes que él, Claudio había estado alejado del Senado, y en su caso no porque fuera muy joven, sino porque resultaba embarazoso. En consecuencia, no había pasado tiempo en la curia haciendo tratos, trabando amistades, llegando a acuerdos, preparando una base de apoyos y adquiriendo experiencia en el complejo y traicionero entramado de mentiras, rumores,

obligaciones, tratos y embrollos familiares sobre el que funcionaba el Senado.

Casi sin colegas, Claudio se retiró al abrigo de su entorno doméstico y rápidamente creó lo que podemos considerar la primera corte romana digna de tal nombre, donde los empleados domésticos personales gozaban de un poder político inaudito. El poder y el acceso al emperador ya no venía de la mano de posiciones políticas importantes, como ser prefecto del pretorio o cónsul, sino de vivir en la casa del emperador, ser antiguo esclavo del emperador o ser miembro de la familia imperial. Para Agripina, eran buenas noticias, porque era la sobrina del emperador y por tanto solía pasar por la casa de Claudio. Pero al mismo tiempo, y esto lo recordarás de todas las historias que hayas oído sobre cortes y monarcas, las cortes «no oficiales» como esta eran inestables y sus cambiantes equilibrios de poder siempre oscuros. Diversos personajes ascendían súbitamente solo para caer con la misma rapidez. Las cortes eran lugares peligrosos. Y la situación en la que se encontró Agripina era especialmente peligrosa para ella, porque era el único miembro de la casa julio-claudia que tenía un hijo, y Claudio acababa de tener uno. En el año 41, Claudio se casó con su tercera y perturbadoramente joven esposa, la famosa Mesalina (sobre la que hablaremos largo y tendido más adelante), esposa que acababa de dar a luz a su hijo, Británico. Claudio ya había tenido un hijo con su primera esposa, Urgulanila, pero había muerto al inicio de la pubertad tras lanzar un trozo de pera al aire, atraparlo con la boca y luego ahogarse con él. También había tenido una hija con Urgulanila, pero tras haberla aceptado decidió que era producto de alguna infidelidad y, con cinco meses, la dejó en el umbral de la casa de su madre y la repudió. Luego tuvo dos hijas más: Antonia, de su segunda esposa Elia Patina, y Octavia, de Mesalina. Pero ya sabemos que las hijas no eran muy valiosas, de modo que el nacimiento de un hijo solo 22 días después de haber accedido al trono imperial era una espléndida noticia para Claudio y una noticia no tan espléndida para Agripina. Una vez más, Nerón era una amenaza por el mero hecho de existir.

La situación de Agripina se volvió aún más inestable cuando, poco después de volver a pisar suelo romano, aún con el hollín de la pira funeraria de Cayo en su pelo, Livila fue desterrada por segunda vez.

En este caso fue acusada de adulterio con Séneca. Nadie logra ponerse de acuerdo sobre quién tuvo la culpa, si Livila realmente tenía un asunto con Séneca o si resultaba una amenaza seria para la seguridad de la familia imperial. Siempre se acusa a Mesalina de despachar a Livila y a Séneca como si fueran un incordio, porque a Séneca no se le permitió regresar hasta que Mesalina desaparece de la escena, pero las cosas eran un poco más complicadas. Livila estaba casada con Marco Vinicio, que fue el escogido por el Senado en enero del 41 para ser proclamado nuevo princeps, pero perdió ante Claudio y sus soldados. La situación de Vinicio era delicada, pues era sabido que disponía de una considerable base de poder y una esposa de familia imperial. Y Séneca sin duda debía de ser un incordio. Pero Livila no es nuestra protagonista y no importa quién se acostara con quién; nuestra atención se centra en Agripina, que observó desde el banquillo cómo ella y su hermana regresaban a la seguridad de la tierra italiana solo para que Livila fuera desposeída de esta seguridad casi de inmediato. Livila fue enviada de vuelta a su isla, donde imagino a sus sirvientes todavía empaquetando todas sus pertenencias; luego, sin más dilación, Claudio envió a un soldado para asesinarla.

Esto nos deja a Agripina a finales del año 41 como única superviviente de su entorno familiar más cercano, con 26 años. Creció rodeada de cinco hermanos y ahora estaban todos muertos; cuatro de ellos tuvieron muertes violentas por orden de otros miembros de la familia. Agripina y su hijo eran los únicos supervivientes de estas décadas sangrientas. Pero no estarán solos durante mucho tiempo.

EL SEGUNDO MATRIMONIO

Tras volver a Roma, se nos presenta a Agripina dedicada de inmediato a la tarea de buscar un nuevo esposo, y lo cierto es que al acabar el año 41 ya estaba casada. En todas las fuentes Agripina aparece buscando con ahínco hombres para casarse, una imagen que me gusta, porque soy producto de mi propio tiempo y me atrae la idea de una mujer asumiendo el control de su vida y de su cuerpo. Los romanos, en cambio, denostaban una actitud sexualmente desacomplejada en las mujeres casi tanto como los asesinatos; o quizá más. Puedes recoger una pila enorme de poemas que escribieron hombres romanos acerca de mujeres que osaron tomar la iniciativa en una relación y de lo desagradable que era tal actitud. Desde el consejo de Ovidio de «disimuladlo al menos y no deis la primera impresión de ser aves de rapiña» en sus libros con indicaciones sobre las artes amatorias,[8] hasta la sexta sátira de Juvenal, del siglo ii, unas apasionantes 661 líneas en que lamenta lo golfas y mezquinas que son las mujeres de hoy (es decir, de finales del primer siglo), o hasta los epigramas de Marcial, del siglo i, que se burlan de la idea de mujeres con un apetito sexual insaciable. Las mujeres que abordaban a un hombre, que tenían voz y voto en su elección de marido o pareja sexual, eran un estereotipo cómico tradicional de los romanos, un estereotipo que era a la vez hilarante, grotesco y aterrador. Un poco como la extravagante vieja de las comedias británicas (a menudo interpretada por un hombre) o como los personajes al estilo de Bridget Jones, mujeres solas, desesperadas y agresivas, se trataba de una caricatura del tipo de mujeres que asustan a los hombres, porque no se sienten atraídos por ellas.

Es posible que quizá yo estuviera menos inclinada a considerar la imagen de Agripina persiguiendo a hombres como parte de esta caricatura si no fuera por una escena, casi con toda seguridad inventada, que aparece en su biografía dentro del relato de la vida de Galba de Suetonio. Más adelante, Galba se convirtió en un

terrible traidor, pero gracias a sus traicioneros esfuerzos consiguió ser emperador durante unos 20 minutos, antes de ser decapitado por Otón (quien también reaparecerá más adelante). Galba era famosísimo, riquísimo y procedía de una familia muy distinguida. Una interesante historia nos dice que siempre llevaba consigo una copia de su árbol genealógico para mostrar sus credenciales por todas partes; en mi opinión, esto demuestra una gran inseguridad, y parece que era lo bastante extravagante como para que quedara constancia de ello. Además de sus conexiones familiares, Galba había sido un favorito de Livia, tan favorito que esta le había dejado 50 millones de sestercios en su testamento (¿a quién no le gustaría tener amigos como Livia?). Además, también estaba felizmente casado. Según el relato de Suetonio, cuando Agripina regresó a Roma, se abalanzó directamente sobre Galba como posible futuro marido popular, poderoso y rico, y considerando a su esposa actual como poco más que un obstáculo secundario. Suetonio afirma que sus seductoras insinuaciones a Galba eran tan públicas y notorias (a pesar de que Galba no mostraba interés en ella) que al final tuvo que intervenir la suegra de Galba, que se enfrentó a Agripina ante un grupo de otras mujeres y le puso las cosas claras con un buen bofetón. La idea de que esto ocurriera en realidad es a la vez genial y absurda. En primer lugar, porque se supone que esto estaba sucediendo justo en el mismo momento en que Livila era desterrada y asesinada por conducta sexual inapropiada, de modo que si Agripina estuviese intentando casarse con el único otro hombre que el Senado había propuesto para competir con Claudio, no estoy segura de que hubiera sobrevivido. En segundo lugar, la historia es demasiado ilógica. Se supone que tenemos que creer que Agripina regresó a Roma y de inmediato empezó a perseguir a Galba, el más honesto y franco de los hombres, menospreciando la propia institución del matrimonio para arrancarlo de los brazos de su encantadora esposa; y luego, la aparición de la suegra, que es demasiado perfecta. Si alguien quisiera construir una historia sobre una mujer que todos piensan que es una zorra desalmada y una mala madre que hace cosas malvadas y ofensivas, sería exactamente así. Por tanto, por muy divertida que sea la imagen de Agripina masajeando la entrepierna de Galba durante las fiestas y recibiendo un bofetón de la suegra, me temo que no me la puedo creer en lo más mínimo. Es mucho más probable que Claudio y sus secuaces identificaran a Agripina como una amenaza y cualquier conexión

con ella como un valioso recurso, de modo que la casaron con alguien de confianza, inocuo y sin relación con la familia imperial.

El hombre que finalmente se convertiría en el segundo esposo de Agripina tenía un nombre particularmente largo: Cayo Salustio Crispo Pasieno. Su parentesco con ella era parcial, solo por matrimonio y no por sangre, lo que era una caída de nivel respecto a su primer matrimonio. Era su antiguo cuñado, pues había estado casado con la hermana mayor de Domicio, Domicia. Pasieno era todo un personaje, de esas personas que podía ser divertidísimo en las fiestas o bien un auténtico pelmazo. No procedía de una gran familia, pero se había dedicado a hacer de picapleitos y, en el año 20, había logrado ser adoptado por Cayo Salustio Crispo, un hombre increíblemente rico pero sin hijos. Así, heredó una fortuna, un nombre antiguo y famoso y todos los clientes y conexiones de su padre adoptivo. Luego, pasó los reinados de Tiberio, Cayo y Claudio estando siempre muy próximo a cada uno de ellos pero sobreviviendo sin problemas a cada cambio de emperador. Sus principales talentos eran hacer comentarios agudos y divertidos, decir a todos cuán agudos y divertidos eran sus comentarios, participar en bromas grotescas y parecer siempre muy poco amenazador. Era el amigote de todo el mundo. Pasieno era famoso por tres cosas: haberse casado con Agripina, un par de ocurrencias y estar enamorado de un árbol. La primera ocurrencia fue un comentario sobre Cayo, antes de que fuera emperador pero cuando estaba ya claro que sería el siguiente; Pasieno recalcó que el mundo ¡no conocería nunca un mejor esclavo ni un peor amo! La segunda ocurrencia fue cuando Cayo ya era emperador y, al parecer, le había perdonado la ocurrencia anterior. Estaban ambos pasando un día fuera y Cayo preguntó a Pasieno si había tenido nunca relaciones sexuales con su propia hermana, pues él ya había probado todas estas cosas. Según parece, Pasieno fue rápido de reflejos y se las apañó para salir del entuerto sin tener que decir que no (y, en consecuencia, desaprobar las actividades del emperador) ni que sí (y entonces mentir y decir algo terrible sobre su hermana); su respuesta fue «¡Aún no!». Si consigues sacar algo en claro de este libro, que sea que los romanos no conseguían encontrar nunca el tono por lo que respecta a la comedia. Plinio el Viejo,

contemporáneo de Pasieno, nos aporta más datos que nos confirman las historias sobre él. En un capítulo de su Historia natural titulado «Árboles célebres por algún suceso» nos cuenta que Pasieno se aficionó a un árbol especialmente bonito de una cueva especialmente bonita consagrada a la diosa Diana, y tanto se aficionó que pasaba ratos besándolo y abrazándolo con pasión y vertiendo vino sobre sus raíces.[9] Un historiador ha descrito esto como una manifestación del «alegre sentido del humor» de Pasieno,[10] aunque a mí me parece tan divertido como caer en un charco de barro… quizá a otros romanos sí que les hacía gracia tal cosa. Sea como fuere, su dendrofilia fue suficiente para que el árbol se hiciera famoso, porque Pasieno ya era famoso.

Hasta ese momento, Pasieno había sido un compañero leal y un aliado de confianza de cada uno de los emperadores con los que había trabajado. Parece que su objetivo en la vida era hacerse lo bastante rico y famoso como para disfrutar de una vida cómoda, relacionarse con el poder y hacer que se erigieran estatuas con su rostro, pero sin parecer que pudiese desear ningún tipo de alto cargo. Sin duda pasaba mucho tiempo diciendo a la gente lo divertido e ingenioso que era, pero nunca buscó la fama política, sino solo la aceptación social. Pasieno debió de estar encantado con su nueva, atractiva e imperial esposa; para él representaba subir de categoría, pues Agripina era una julio-claudia y, por tanto, mucho mejor que su anterior mujer no imperial. Su matrimonio coincidió con un par de interesantes nombramientos que indicaban que estaba entrando en el círculo íntimo de Claudio. Años después, tuvo un funeral público, lo que significa que Claudio realmente lo apreciaba. Sin embargo, para Agripina, esto era un descenso de categoría y no me la imagino de otro modo que furiosa por tal decisión. Está claro que Agripina era una mujer, una mercancía valiosa, y quién fuera su esposo no era algo de su incumbencia. Tal como ya vimos con su madre, por ejemplo, los miembros de la familia imperial no podían casarse caprichosamente con quien les viniera en gusto y cuando les viniera en gana. No se casaban, se les casaba. A Agripina se la casó con un abogado inocuo y cargante sin conexiones imperiales y de una familia comparativamente mediocre; se la ofreció como regalo a un amigo del emperador; se la estaba apartando. El matrimonio con Pasieno no era algo insultante, pero tampoco algo de lo que enorgullecerse; era el tipo de

matrimonio que podía esperar una mujer que no fuera hija de Germánico. Como Agripina y su hermana habían regresado a Roma como un torbellino y habían empezado a causar cierto revuelo, no voy a criticar a Claudio por querer apartarla mediante este matrimonio, sobre todo porque, en cuanto se casó con Agripina, Pasieno fue enviado a Asia como procónsul, junto con su nueva mujer.

Del 42 al 43, Pasieno fue procónsul de Asia, es decir, estuvo a cargo de la administración de la provincia. Asia era un lugar adecuado para el nuevo esposo de la sobrina del emperador. En el año 27 a. C., como parte de su consolidación definitiva del poder, Augusto había dividido las provincias existentes en provincias controladas por el Senado y provincias controladas por el propio emperador. A grandes rasgos, el emperador se quedó con el control de todas las provincias con fronteras delicadas, de las que tenían acantonadas una buena cantidad de legiones y de las que disponían de recursos especialmente valiosos. La gestión de estas provincias imperiales se asignaba a los amigos más cercanos del emperador. Las provincias senatoriales, en cambio, eran aquellas consideradas seguras y pacíficas, que correspondían, sobre todo, a las provincias costeras del Mediterráneo.

Asia era una provincia senatorial y, a pesar de tener el mismo nombre que el continente, en realidad era bastante pequeña. Comprendía el tercio suroeste de la actual Turquía y las islas mediterráneas correspondientes, como Cos y Rodas (¿no es fantástico imaginarse a Agripina en Faliraki?). No tenía fronteras peligrosas, no tenía ciudades muy destacadas y, sobre todo, no tenía tropas. Aburrido. Sin embargo, Asia era una provincia muy urbanizada, rica y culturalmente inquieta, a diferencia de muchas otras. Tenía unas cuantas ciudades medianamente grandes y pobladas, como Éfeso, Pérgamo, Mileto, Sardes o Ezani. Como lugar para vivir fuera de Roma, tenía todo lo que uno desearía: teatros, termas y buena comida. Esta cultura urbana la convertía en la segunda mejor de las provincias senatoriales, solo superada por África, porque en África el procónsul disponía de una legión y dominaba Cartago.[11] Como premio de consolación, pues, Asia resultaba perfecta. Nadie se había hecho famoso como procónsul de Asia, pero era una posición sólida y una indicación de que el

Senado te apreciaba y de que el emperador no pensaba que fueses un cretino. La prueba de que Agripina (y suponemos que Nerón) acompañó a Pasieno y pasó ese año fuera de Roma procede principalmente de una estatua erigida en un templo de la isla de Cos. La estatua reconoce a Pasieno como procónsul y honora a Agripina como su mujer. Para Claudio, seguramente era lo mejor tener a Agripina fuera de Roma, donde no podría causar muchos problemas. Y no los causó. Estuvo tan modosa y tranquila que, de no ser por esa inscripción, ni tan solo sabríamos que había estado allí.

Como esposa del gobernador de Asia, el papel de Agripina era básicamente decorativo y suponemos que lo asumió. Tampoco es que pudiera hacer gran cosa para causar problemas. Se había acusado antes a otras mujeres de supervisar tropas o de implicarse en tareas militares que se consideraban, con cierta aversión, muy inapropiadas para una mujer, pero Agripina no tenía tropas ante las cuales desfilar o a las cuales dar órdenes. Tácito nos presenta un debate que se produjo en el Senado bajo el reinado de Tiberio en que un hombre particularmente pretencioso llamado Cécina intentó aprobar una ley para prohibir a los gobernadores llevarse a sus esposas a las provincias, afirmando que «[no] solo se trataba de un sexo débil, incapaz de soportar las fatigas; si se le dejaba actuar, era cruel, intrigante, ávido de poder».[12] En un discurso que me recuerda el sketch de Brass Eye******** sobre los homosexuales en la marina, Cécina afirmó que las mujeres en las provincias atraían a las malas personas, hacían malos negocios, se involucraban en maquinaciones malintencionadas y, en general, daban una mala imagen de los romanos. Su opinión no era mayoritaria, pues estaba pidiendo a los senadores que se prohibieran ellos mismos asumir cargos en las provincias acompañados de sus familias, pero en cualquier caso es una pequeña muestra de lo que pensaban los romanos más conservadores acerca del papel de las mujeres en las provincias: juntarse con gente poco adecuada, conspirar y corromper a los esposos. Agripina, a pesar de toda la porquería que se lanzaba contra ella, pasó por Asia sin que fuera acusada de nada, por lo que podemos suponer que cumplió con el papel que se le esperaba de esposa de Pasieno y de representante de la familia imperial en el este; es más, podemos también suponer que en general, fue apreciada por su proceder, pues incluso se le reconoció

con una inscripción. Es imposible saber si fue un buen año para Agripina, ni si echaba de menos Roma. En mi caso, estaría contenta de poder alejarme de la capital, donde aún se estaba dirimiendo la transición al gobierno de Claudio y la gente se estaba recuperando de la impresión del asesinato imperial.

De hecho, fue una suerte para Agripina estar alejada de Roma, porque en el año 42 se produjo un intento de derrocar a Claudio. Uno de los asesinos de Cayo, que consiguió sobrevivir, se unió al general destinado en Dalmacia y reunió a su alrededor un importante grupo de apoyo de senadores y ecuestres para intentar asaltar el trono. La revuelta duró cinco días, acabó muriendo por ella misma y luego, todo aquel que estaba en Roma y parecía sospechoso, fue ejecutado. Todos sabemos que matar a todos tus enemigos es la mejor manera de no tener enemigos y, sin duda, te convierte en un líder muy popular. Si Agripina hubiese estado en Roma, siendo un miembro destacado de la familia imperial, es posible que hubiera caído bajo ese escrutinio sangriento que todos querían evitar; pero por suerte, estaba a salvo en Éfeso, observando los toros desde la barrera.

En algún momento del año 43, Agripina volvió a Roma. No tenemos forma de saber qué hizo durante ese año. La ley obligaba a Pasieno a abandonar su provincia antes de 30 días después de la llegada de su sucesor; por tanto, si suponemos que esto sucedió a principios del 43, nos falta aproximadamente un año en la biografía de Agripina. Por extrapolación, podemos suponer que ambos volvieron a Roma, a partir de dos hechos. En primer lugar, en enero del año 44 Pasieno recibió su segundo consulado, un honor considerable que sugiere que en ese momento volvía a estar en Roma con Claudio. En segundo lugar, durante el 43 Pasieno nombró a Agripina heredera principal de su fortuna, un proceso que requería que estuviese en Roma. La razón por la que he fechado este testamento de Pasieno antes del 44 es que murió poco después. La fecha exacta de su muerte nos es poco clara (situación que ya estarás cansado de oír); los historiadores la sitúan entre el 43 y el 49, pero yo la coloco a principios del 44 a causa de la forma algo peculiar en que se registra su nombre en los fasti consulares de ese

año. Los fasti eran las listas de cónsules anuales, que se utilizaban para fechar los acontecimientos en el sistema romano. Nosotros indicamos los años como x años después del nacimiento de Jesucristo, pero los romanos los indicaban como «en el consulado de tal y cual»; así, en los fasti se registraba oficialmente quién era cónsul en cada momento. Ahora bien, si uno de los cónsules de un año ya había sido cónsul antes en otro año, se colocaba su nombre en primer lugar como reconocimiento a tal honor (sería el «tal» en el «tal y cual»). Como el consulado de Pasieno del 44 era su segundo consulado, esperaríamos que ese año estuviera registrado como «el año del consulado de C. (Salustio) Pasieno Crispo y T. Estatilio Tauro»; sin embargo, y de forma excepcional, en los fasti del 44 Pasieno aparece en segundo lugar. Una segunda inscripción de mayo del 44 presenta a los cónsules como T. Estatilio Tauro y P. Pomponio Segundo. La mejor explicación para estos hechos es que Pasieno muriera muy a principios del año 44.

Esto nos deja a Agripina viuda otra vez, solo tres años después de la muerte de su primer marido. Con 28 años ya había enviudado dos veces, lo que tampoco era muy inusual en una mujer julio-claudia. El problema es que esta vez se sospechó de ella por el posible asesinato de su esposo. Con la ventaja de la perspectiva histórica, es cierto que parece un poco sospechoso que Pasieno nombrara a Agripina heredera de su enorme fortuna y luego, de golpe, muriera. En cualquier caso, tampoco parece que nadie sospechara demasiado; solo una fuente dice explícitamente que «Pasieno fue asesinado por la traicionera Agripina», y se trata de una confusa nota al margen en un manuscrito muy posterior de la cuarta sátira de Juvenal. Esta sátira menciona a Quinto Crispo y, en algún momento del siglo iv o v, un erudito intentó añadir una nota aclaratoria en el margen del manuscrito, explicando quién era Quinto Crispo. Por desgracia, el erudito se embrolló un poco con sus Crispos y acabó escribiendo una minibiografía de 115 palabras sobre Pasieno Crispo. Si bien no es de ayuda para los que quieran escribir acerca de Quinto Crispo, esta pequeña nota es la única fuente que menciona cómo murió Pasieno. Cabe remarcar que la nota fue escrita varios siglos después de la vida de Agripina y que, por tanto, el autor veía su segundo matrimonio a través de la lente del tercero. Aun así, la sospecha persiste.

En el momento de su muerte, a Pasieno se le ofreció un recargado funeral público, un acto que Claudio tuvo que haber autorizado y que nos da una idea de la alta posición que tenía Pasieno en la sociedad romana. En un funeral público, Agripina volvía a estar a la vista de todo el mundo como esposa en luto. Caminó por las calles de Roma, con Nerón, detrás del cuerpo de su esposo, desde su hogar hasta el foro. Su cabello estaba sin cubrir y sin recoger, mientras que la cabeza de Nerón iba cubierta. Frente al cuerpo de Pasieno desfilaban actores con máscaras de cera con los rostros de los antepasados de Pasieno, seguramente los de su familia adoptiva; detrás de la familia seguían los esclavos y libertos de Pasieno. En el foro, alguien debió de subir a los rostra y pronunció un panegírico por el fallecido. No sabemos quién lo hizo, pero seguramente no hizo ninguna mención al rollo ese con los árboles; en cambio, es muy posible que sí nombrara a Agripina, pues era lo más glorioso que le había acaecido. Tras el panegírico, el séquito fúnebre llevó el cuerpo fuera de las murallas de la ciudad, siguiendo la vía Apia hasta el lugar donde ya se había construido la tumba de Pasieno. Allí fue incinerado en una pira.

Resulta frustrante no tener modo de saber cómo pudo haber reaccionado Agripina ante la muerte de Pasieno, cómo pudo haberse sentido al ver alzarse las llamas que consumían el cuerpo de su marido. Tampoco sabemos si su matrimonio fue feliz, si amaba a Pasieno (o si, al menos, le gustaba) ni si lloró su muerte. No sabemos si le resultaba indiferente o si no lo soportaba y estaba feliz de verlo desaparecer. Quizá ese anónimo erudito posterior estaba en lo cierto y ella se las amañó para convencer a Pasieno de nombrarla heredera, luego lo asesinó y, mientras se alzaba el humo de la pira funeraria, sonreía con satisfacción ante el éxito de su plan, digno de una novela de Agatha Christie. Sea como fuere, las consecuencias económicas fueron fantásticas para Agripina; además, el funeral fue público, de modo que no tuvo que pagar ni un solo sestercio. Como Pasieno no tenía hijos, aparte de lo que legara a amigos y clientes, Agripina heredó toda su enorme fortuna y varias bonitas propiedades, entre las cuales una a orillas del Tíber. Como ahora todo este dinero era suyo, podía gastarlo como quisiera, a diferencia del dinero que Nerón heredó de Domicio, que ella controlaba pero con el cual no podía hacer nada legalmente, porque tenía que mantenerlo intacto hasta la mayoría de edad de su hijo

(esto significaba que podía vivir en las casas de Domicio pero no podía gastar ni un sestercio en bonitos vestidos o en sobornos). En cambio, el dinero de Pasieno podía dedicarlo enteramente a vestidos, joyas, perdices disecadas y vino con miel, si quisiera. Pero Agripina nunca fue muy dada a la extravagancia. Acaso por haberse criado como parte de una familia real, su prestigio y posición no procedía del dinero, sino de la sangre de Augusto y su nombre. Para Agripina el dinero significaba poder. Por supuesto, todo esto no deja de ser especulativo, porque en cuanto Pasieno muere y Agripina no está asociada a un hombre, desaparece de las fuentes por completo… durante cinco años.

LA SOBRINA DEL EMPERADOR

Durante estos cinco años Claudio hizo algunas cosas interesantes. Su primer acto, y el más relevante de su reinado (al menos para los que somos británicos), fue invadir y conquistar Britania, o por lo menos la parte que ahora conocemos como Inglaterra. La invasión se produjo en el año 43 y fue la acción militar más significativa desde que Augusto había cerrado las puertas del templo de Jano en el 29 a. C. y anunciado que se iniciaba la pax romana. Se trata de una invasión que Suetonio despacha, con un estupendo menosprecio, como «una expedición […] de escasa importancia»,[13] a la vez que sugiere que la razón principal por la que ningún líder militar se había preocupado de Britania desde Julio César no eran las guerras civiles ni la posterior prohibición de Augusto de ampliar las fronteras del Imperio, sino porque la isla era un estercolero. Esta es una opinión sobre Britania que los romanos repetirán no una, sino varias veces. A su regreso a Roma en el 44, Claudio estaba extasiado de su éxito y se concedió a sí mismo un triunfo para celebrar su brillantez militar y su gloriosa conquista. Sabemos que Claudio iba sentado en su cuadriga triunfal y que Mesalina lo seguía en un carro, seguramente con Octavia y Antonia y también Británico, a punto de recibir este nombre. Agripina debe de haber estado presente como parte de la familia imperial, sentada en algún lugar de honor para presenciar el desfile y tal vez poniendo los ojos en blanco ante el espectáculo. El triunfo se celebró en los primeros meses del 44 y es posible que Pasieno ya hubiera muerto, de modo que Agripina llevaría ropa oscura y un chal oscuro cubriéndole la cabeza. Quizá se sentó al lado de Vitelio, el senador que se convertiría en su aliado más fiel, y con Nerón entre ellos, con su túnica infantil.

¿No sería fantástico poder saber qué pensaba en ese momento, viuda por segunda vez, observando a su peculiar tío Claudio homenajeado como héroe militar? No sabemos si la ridiculez de ver cómo se concedía el más alto honor militar del Imperio a un

hombre famoso por su tartamudeo y su cojera le provocó hilaridad o repulsión. Al igual que su madre, Agripina tenía un fuerte sentido del poder de la sangre que corría por sus venas y me pregunto si esta sangre palpitó con un poco más de fuerza mientras Claudio subía de rodillas las gradas del Capitolio, en una muestra de tradicionalismo extremo que también ayudaba a ocultar su cojera. La cuestión era que el emperador iba acompañado por sus yernos, Cneo Pompeyo Magno y Cayo Silano; el primero era el biznieto de Pompeyo el Grande, el segundo compartía con Nerón el honor de ser el tataranieto de Augusto. A Agripina no debió de haberle sentado muy bien el honor que ambos recibieron como futuros esposos de las hijas de Claudio (ambas aún niñas) y como parte integrante y visible del triunfo del emperador, mientras Nerón se quedaba a un lado, apartado. Todo gesto visible era un mensaje, y con este en concreto se anunciaba al público romano cuál sería la siguiente generación de emperadores si Claudio se salía con la suya. Agripina no formaba parte de ella.

Si en estos momentos Agripina conspiró para buscar un modo de arrancar el trono de esos hombres cuyos dedos ya lo estaban rozando, lo debió de hacer de una manera muy discreta. Durante cinco años no hizo ningún paso. Su desaparición total de las fuentes en todo este tiempo tal vez nos ofrece una pista acerca de lo que estaba haciendo, porque en esa época la esposa del emperador era Mesalina y Mesalina suele presentarse esforzándose, durante los primeros años del reinado de Claudio, en combatir a cualquier otra mujer y niño que pudiera llegar a ser una amenaza para ella y para su hijo, por mínima que fuera. En este sentido, Agripina era, de lejos, su mayor rival. Agripina tenía mayor derecho al trono que Mesalina o Claudio gracias a su relación con Augusto y tenía a su favor la enorme popularidad que le daba el hecho de ser hija de Germánico. Su hijo Nerón tenía más derecho al trono que cualquier otra persona, quizá excepto Cayo Silano, comprometido con la hija de Mesalina. Así pues, ¿por qué Mesalina no atacó a Agripina, como hizo con casi todas las demás? Y más teniendo en cuenta que, según Tácito, Mesalina nunca dejó de odiar y temer a Agripina. La mejor respuesta que podemos dar a esta cuestión es que Agripina no estaba en Roma; disponía de varias fincas y casas en Italia, donde podía vivir tranquila y segura. De las cosas que sucedían fuera de Roma pocas veces quedaba constancia, a no ser que se tratara de

una batalla o de las grutas eróticas de Tiberio. ¿Y por qué estaría Agripina viviendo en Padua o en Tusculum, ofreciendo un perfil muy bajo? Por Mesalina.

En el devenir de las emperatrices romanas, Mesalina sentó buena parte de los cimientos sobre los que luego pasaría Agripina y se la recuerda como una tremenda transgresora de las normas sociales y culturales. Durante el reinado de Domiciano, a finales del siglo i, Juvenal, en el horroroso festival de misoginia que es su sexta sátira, presentó a Mesalina como una auténtica prostituta que trabajaba secretamente en un burdel y solo regresaba a palacio cuando se le exigía hacerlo: «ardiendo aún con la calentura de su clítoris rígido, y se retiró agotada de tíos pero aún no saciada».[14] Fascinante. Mesalina es una presencia formidable durante los primeros años del gobierno de Claudio y el modo en que cayó fue lo que allanó el camino para que Agripina volviera a entrar en escena y tomara las riendas de la situación. En consecuencia, haré un pequeño paréntesis y hablaré un poco sobre Mesalina.

Valeria Mesalina era la tercera esposa de Claudio (las dos anteriores ya han aparecido antes en el libro) y, como es habitual, era miembro de la familia. Su madre era Lépida, la hermana pequeña de Domicio Enobarbo y, por consiguiente, cuñada de Agripina. Su abuela materna era Antonia la Mayor, su bisabuela materna era la hermana de Augusto, Octavia I. El padre de Mesalina era Marco Valerio Mesala Barbato, cuya abuela era también Octavia I. Octavia I tuvo dos esposos. El primero fue Marcelo, con quien tuvo tres hijos; la hija menor de Octavia I y Marcelo era la madre de Mesala. El segundo esposo fue Marco Antonio, con quien tuvo dos hijas, Antonia la Mayor y Antonia la Menor; Antonia la Mayor era la madre de Lépida. Así, Mesalina tenía la misma bisabuela por el lado paterno y por el lado materno, Octavia I, pero diferentes bisabuelos. Antonia la Menor era la madre de Claudio y la tía-abuela de Mesalina, de modo que marido y mujer eran tío y sobrina segundos. Esto ya nos revela algo sobre la diferencia de edad entre ellos. ¿Confuso? Lo siento, son una familia terrible. Al principio del libro los he llamado un follón del copón y he aquí la razón. Te ruego que eches un vistazo al árbol genealógico, porque ayuda un poco a

visualizarlo todo. Para Agripina, Mesalina era su sobrina por matrimonio, y Nerón era primo de Mesalina. La verdad es que me sorprende que no hubiera más defectos congénitos en estos niños; el patrimonio génico de la familia era muy limitado.

No sabemos el año de nacimiento de Mesalina; tal vez fuera entre el 17 y el 20, lo que implica que cuando se casó con Claudio en el 39 o 40 tendría entre 18 y 21 años; en ese momento Claudio estaba al inicio de la cincuentena y justo había finalizado su primer período como cónsul. Casarse con Mesalina era una buena cosa para Claudio, cuyas esposas anteriores habían sido mujeres decentes pero sin relación con la familia; no eran nadie de quien avergonzarse, pero no se trataba de matrimonios que presagiaran grandes cosas. El matrimonio de Claudio y Mesalina debió de ser autorizado, si no preparado, por Cayo y fue una prueba de que Claudio estaba en ascenso y tenía la estimación imperial, porque quedaba así asociado con más firmeza a la rama julia de la familia. Es muy posible que Claudio se divorciara de la pobre Elia Patina porque se le ofreció una esposa mejor. Mesalina aportaba mucho más prestigio que Elia Patina porque no había ninguna familia con un estatus superior a la familia de Claudio, de modo que casarse con una sobrina segunda era el mejor arreglo matrimonial posible para Claudio y Mesalina; todo quedaba dentro del círculo más íntimo de la familia. Es muy probable que fuera el primer matrimonio de Mesalina, ya que (a diferencia de la creencia popular) el final de la adolescencia era una edad habitual de matrimonio para las mujeres.[15] Me pregunto cómo se debe haber sentido el día de la boda ante su tío cojo y cincuentón, pero supongo que al menos en parte se sentía agradecida por tener una pareja de una posición adecuada. Claudio no perdió el tiempo con su joven y sensual esposa, pues Mesalina quedó preñada a los pocos meses. Su hija nació justo un año después del matrimonio y recibió el nombre de Octavia II, en un bonito y para nada sutil homenaje a la herencia julia de Mesalina y a su relación de sangre con Augusto (una relación de la que carecía el propio Claudio, y cuya falta a menudo le representaba un problema). Un año más tarde, tuvieron un hijo y siendo un hombre y, por tanto, más importante, recibió un nombre plenamente claudio: Tiberio Claudio César Germánico. Nadie recuerda este nombre, porque dos años después Claudio conquistó Britania y renombró a su hijo como Británico. Una de las pocas ventajas de ser

mujer en la familia imperial era que no te cambiaban el nombre cada diez minutos como si fuera un eslogan publicitario; no es gran cosa, pero a veces las mujeres tenemos que aprovechar lo poco que tenemos.

Británico nació tres semanas después de que Claudio fuera proclamado emperador, cuando Mesalina tenía entre 21 y 23 años. Mesalina fue la esposa de Claudio durante toda su vida, hasta que fue ejecutada en el año 48, cuando tenía entre 28 y 31 años. Fue increíblemente joven durante todo el reinado de Claudio, y esto es algo que vale la pena recordar. Hasta Mesalina no había habido ninguna esposa de emperador digna de tal nombre desde que la muerte de Augusto en el año 14 había dejado a Livia como reina madre. Livia siempre había actuado como una verdadera dama romana durante sus años como esposa del emperador y como madre. Siempre que pudo permaneció en la sombra y mantuvo su influencia a través de obras de caridad, el mecenazgo de determinadas personas y los consejos discretos y sensatos que daba a su esposo. Livia fue siempre una mujer que estaba detrás del emperador, nunca a su lado. Pero Livia vivió en una época diferente a la de Mesalina; había pasado toda una generación desde Augusto y Livia, el principado había cambiado, se había afianzado y había elaborado sus propias normas. En todos estos años no había habido ninguna mujer imperial que se hiciera un lugar en estos tiempos cambiantes: Tiberio no había tenido ninguna esposa durante todo su reinado; Cayo cambiaba de esposa como cambiaba de sandalias; Cesonia pudo haber sido la primera, pero su horrible asesinato lo impidió. Así pues, Mesalina, de golpe y casi sin darse cuenta, fue elevada a un papel que no existía con anterioridad y para el cual no había normas. Tenemos que tener esto bien presente cuando analizamos la vida de Mesalina, aunque casi ningún autor ha tenido la más mínima empatía con esta pobre chica que en apenas 24 horas pasó de ser una adolescente despreocupada a ser madre de dos hijos y la mujer más poderosa del mundo.

En el relato popular de Claudio y Mesalina, el emperador se representa como un bobo inepto, distraído en tareas sin sentido, como la inútil invasión de Britania o la inútil adición de letras al

alfabeto, mientras que Mesalina se muestra como un torbellino de sexo y violencia, como la negación de la feminidad bien entendida, que cada dos por tres asesinaba a gente por la simple razón de no querer follar con ella o porque tenían algo que ella codiciaba, como unos jardines. Mientras Mesalina usaba el poder del Estado para librarse a sus pasiones de sexo y violencia y Claudio perdía el tiempo en bibliotecas y en islas lluviosas y lúgubres, el Imperio quedaba bajo la dirección de antiguos esclavos; y lo que era aún peor, de antiguos esclavos griegos. En concreto, se trataba de los tres mejores compañeros de Claudio, que eran de su propiedad: los libertos Palas, Narciso y Calisto. Estos hombres se encargaban, respectivamente, del tesoro imperial, de la correspondencia del emperador y del sistema judicial y se presentan siempre como el verdadero poder en la sombra. Algo así como Sir Humphrey de la serie Sí, ministro, pero con el puesto asegurado.

En cualquier caso, es Mesalina quien protagoniza el relato de Tácito de los primeros años de Claudio como emperador. O, por lo menos, podemos suponerlo, porque los primeros seis años no se han conservado. Recuperamos la narración de Tácito en el 47, justo en medio de una historia sobre Mesalina persiguiendo a un tipo porque este se había acostado con una mujer que estaba intentando seducir a un actor que Mesalina quería para ella. Así, Mesalina acusó al hombre y a la mujer de adulterio, se los quitó de en medio y tuvo el camino libre hacia el actor, sin ninguna oposición. Este extravagante asunto personal convertido en espectáculo público sirve como calentamiento para el embrollo que llevó a la ejecución de Mesalina, en el cual, supuestamente, se casó con su novio Cayo Silio y se divorció de Claudio a sus espaldas. Se interpretó que esto era un intento de Mesalina y Silio para derrocar a Claudio, de modo que ambos fueron condenados a muerte sin juicio previo. El relato de Tácito de toda esta historia resulta muy teatral y poco plausible, pero es una lectura fascinante, en la que va alternando entre la descripción de Mesalina divirtiéndose en su ilegal celebración de boda y la de Claudio enterándose del matrimonio y luego escondiéndose en el campamento de la guardia pretoriana.

Los actores principales en este drama son los tres libertos, uno de los cuales tomó la decisión oficial de ejecutar a Mesalina, mientras que Mesalina y Claudio se nos presentan como estúpidos, patéticos

y pasivos. La única reacción de Claudio al enterarse del matrimonio de su esposa con otro tipo fue rogar que sus libertos le aseguraran que aún era emperador. Mesalina, por su parte, es descrita como la típica mujer débil; en cuanto sus amigotes se enteraron de que Claudio sabía lo del matrimonio, la dejaron abandonada en unos jardines, sola con su madre e intentando suicidarse, sin conseguirlo. Se la presenta tan débil moralmente que no es capaz ni de apuñalarse a sí misma tal como haría una buena romana. Al final, fue un soldado quien la asesinó, siguiendo órdenes de uno de los libertos. Esta historia que nos relata Tácito no es una descripción verídica de los hechos, sino una lección moral sobre la debilidad y el patetismo de Claudio, incapaz de controlar a su familia, de modo que mucho menos podría controlar el Estado y el Imperio. En esta narración, Mesalina es una baja colateral, representada como una adolescente ninfómana para perjudicar aún más la imagen de Claudio.

Todo esto nos devuelve a lo que comentábamos al principio de este libro: que las mujeres no existen en los relatos políticos a no ser que nos permitan decir algo sobre los hombres a los que representan. Mesalina ya no existe más por propio derecho, como tú o como yo, solo existe como parte de Claudio, como una representación de algunos aspectos de su masculinidad y liderazgo. Del mismo modo, los libertos no existen como individuos de pleno derecho: no eran ciudadanos romanos, solían ser propiedad de la casa imperial y continuaron bajo una dependencia total de Claudio durante toda su vida. Al igual que Mesalina, en las fuentes no son más que una extensión de Claudio y una manifestación de sus fallos y sus debilidades.

Como emperador, Claudio era el líder de la familia julio-claudia, su paterfamilias. La tarea de un paterfamilias era ser responsable del comportamiento de todos aquellos que estaban bajo su poder. En esto, Claudio era un inútil. En consecuencia, lo que obtenemos de nuestras fuentes son todas estas historias increíbles (e increíbles en sentido literal, a no ser que seas tremendamente crédulo) relativas a los años de Mesalina en el poder. Historias como la del relato de Juvenal en que la emperatriz trabaja de prostituta. O su otra historia sobre Mesalina en la que afirma que amenazó con matar a Cayo Silio si no se casaba con él. O las historias de Tácito sobre

Mesalina asesinando a Apio Silano a partir de un sueño que se inventó[16] o envenenando a Marco Vinicio porque no quería irse a la cama con ella. O el comentario de pasada de Plinio el Viejo en su Historia natural cuando habla de la diferencia entre el comportamiento sexual humano y el de los animales y hace referencia a que Mesalina organizó una competición con una prostituta para ver cuál de ellas se podía tirar a más tíos antes de quedar agotada; Mesalina ganó con 25 (Plinio no recoge la puntuación de la prostituta).[17] Plinio es nuestra otra única fuente que admite haber leído las memorias de Agripina, y por ello a una pequeña parte de mí le gusta imaginar que esta historia procede de Agripina; me encanta imaginar a Agripina escribiendo pequeñas estampas mezquinas y vengativas sobre su rival haciendo de prostituta, a pesar de que sé lo poco probables que deben de ser. Mi historia personal favorita sobre Mesalina procede de Dion Casio, que escribe 150 años después de su muerte. Dion nos cuenta que Mesalina intentó seducir al actor Mnéster (el mismo por el que, según Tácito, hizo asesinar a una mujer) pero él la rechazó; Mesalina, pues, se quejó a Claudio de que Mnéster no le hacía caso y de que tuviera una pequeña charla con el actor. Claudio hizo lo que Mesalina le había sugerido, ignorando la verdadera naturaleza de la orden que Mnéster había rechazado, y convocó al actor. Claudio le ordenó que obedeciera a Mesalina y así fue como Claudio fue engañado por su esposa para que ordenara a otro hombre que yaciera con ella.

En los textos actuales (que no sean pornografía barata ni novelas históricas de usar y tirar), Mesalina suele presentarse como una mujer implacable, determinada a asegurar el trono para su hijo, después de Claudio. La mayoría de las biografías del emperador asumen este punto de vista y nos muestran a Mesalina como una mujer dispuesta a usar el sexo para facilitar el ascenso al poder de su hijo. Este argumento implica que no tienes por qué ignorar todas esas fascinantes historias y así puedes fetichizar la conducta sexual femenina y sostener un dominio patriarcal de esta, afirmando que Mesalina no lo hacía porque le gustara, sino porque todo lo que ella tenía de valor era un agujero donde los hombres podían meterla. Es la misma historia, exacta, que se explica sobre Agripina y sobre todas las demás mujeres que han rascado algo de poder, desde los romanos a los Tudor, porque mantiene el relato de que las mujeres

son desvalidas en todo, incluido el sexo. Y así fue como Mesalina murió en la ignominia y las personas que tenían que conservar su legado fueron las mismas que la mataron, mientras que sus hijos nunca estuvieron en posición de poder salvar su reputación (y, en cualquier caso, solo la hubieran presentado como una virgen). Ser una mujer cercana al poder casi siempre es una posición perdedora.

Tanto si fue una ninfómana sedienta de sangre, una madre firme que protegía el futuro de su hijo o una mujer aterrorizada de poder ser asesinada en su casa como Cesonia, Mesalina enrareció sobremanera la atmósfera de Roma para los miembros de la familia imperial. Una posible indicación de lo anormal e incómoda que era la situación en Roma durante los primeros años de Claudio la vemos en la biografía que nos presenta Suetonio de Vitelio, que fue emperador durante ocho meses en el 69, antes de ser derrocado por Vespasiano. Suetonio nos cuenta que el padre de Vitelio, Lucio, para ganarse el favor de la familia imperial, suplicó a Mesalina que le diera uno de sus zapatos, que luego llevaba oculto bajo la toga y lo besaba de vez en cuando. Tampoco Claudio se libraba de Lucio, pues este se cubría y se postraba en el suelo cuando se encontraba con el emperador, como si este fuera un dios viviente. A diferencia de Tiberio o de Cayo, a quienes les asqueaban tales comportamientos, parece que a Claudio le gustaban. El hecho de que haya quedado constancia de estos hechos tal vez nos señale que eran inusuales en extremo, pero no parece que nadie haya intentado parar a Lucio en su podofilia y, de hecho, acabó siendo un íntimo amigo de Claudio.

Así pues, es probable que Agripina mostrara un perfil bajo, se mantuviera alejada de la capital y así se protegiera, a ella y a Nerón. Desde su isla, vio cómo asesinaban a su hermano; desde Asia, vio cómo se deshacía la revuelta dálmata; vio las purgas que se producían, el acecho y los juicios, los cónsules postrados ante su impredecible tío y su aterrorizada esposa, y se dio cuenta de que Roma no era un lugar seguro para la hija de Germánico. Si simplificamos y suponemos que Agripina y Mesalina eran dos mujeres con el mismo plan para sus hijos, podemos entender por qué una de ellas tenía que morir. En la pequeña corte romana, eran básicamente como Harry Potter y Voldemort.

MESALINA Y AGRIPINA

Los manuscritos conservados de Tácito recuperan el relato en el año 47, que coincide con el retorno de Agripina a Roma. La ocasión para su regreso fue la celebración de los Juegos Seculares, y su aparición en público, junto con su hijo Nerón, provocó una conmoción casi tan grande como los propios juegos. En principio, los Juegos Seculares tenían que celebrarse una vez cada saeculum como conmemoración de la fundación de Roma. Un saeculum era un intervalo de tiempo igual a lo que se consideraba como la vida máxima de una persona, que eran 100 o 110 años, según a quién se lo preguntaras. El propósito de los Juegos Seculares era celebrar la pervivencia de Roma al superar una generación humana y extenderse hacia la siguiente; por su propia definición, eran unos juegos que solo se podían presenciar una vez en la vida. Ahora bien, el cálculo de un saeculum quedaba abierto a interpretaciones y, para muchos emperadores, la idea de asociarse con la fundación de Roma era demasiado atractiva como para dejarla pasar, de modo que los juegos acabaron celebrándose un poco al azar, siempre que un emperador se sentía algo inseguro. Augusto los había celebrado en el 17 a. C. y Domiciano los volvió a celebrar en el 88, lo que nos da unos intervalos de 64 años y 41 años antes y después de los celebrados por Claudio, respectivamente. Tanto Claudio como Domiciano tuvieron que forzar bastante las fechas para encontrar una buena razón para celebrar los juegos. No deja de ser divertido que Tácito admita que él fue personalmente responsable de calcular las fechas para justificar la celebración de los juegos de Domiciano en el año 88, de modo que su desdén por los elaborados cálculos de Claudio resulta bastante cómico. Por lo menos, Claudio se peleó con las fechas de manera que, al final, tenían cierto sentido (usó como fecha de la fundación de Roma el 753 a. C., pero mientras que Augusto había utilizado saeculi de 110 años, Claudio usó saeculi de 100 años, con lo que pudo afirmar que el año 47 marcaba el 800 aniversario de la fundación de la ciudad). Tácito ayudó a Domiciano volviendo a los saeculi de 110 años y luego declarando

que era correcto celebrar los juegos seis años antes de lo que correspondería incluso con este cálculo. Es confuso y ridículo, pero dejémoslo aquí.

Lo que es relevante es que, a pesar de todo el cachondeo de cálculos de fechas, los Juegos Seculares eran un gran acontecimiento. Tenían una gran importancia simbólica para los romanos y, por tanto, Agripina asistió a ellos. Es probable que regresara a Roma porque Nerón había sido invitado a participar en la gran ceremonia de inauguración, en la cual los hijos de las familias más venerables, más grandes y más prestigiosas de la ciudad participaban en una recreación de la batalla de Troya. Nerón, con diez años, y Británico, con seis, tenían que ser las estrellas del espectáculo. El problema es que Nerón robó el protagonismo a Británico y Agripina conquistó los corazones del público de Roma en detrimento de Mesalina. Su aparición encantó al pueblo, que vitoreó y saludó y dejó bien clara su adoración por la única hija y el único nieto de Germánico. La multitud enloqueció con Nerón y expresó su simpatía por la difícil vida de Agripina: toda su familia muerta, sus dos esposos muertos, su retiro de la vida imperial a causa de los ataques de Mesalina; era la princesa trágica de Roma, y Nerón, adorable y huérfano, añadía aún más patetismo a la escena. A toda Roma se le partía el corazón por ambos. Suetonio afirma que Mesalina se puso tan celosa de la popularidad de Nerón que intentó matarlo mientras dormía. Sin embargo, cuando los asesinos se acercaban a la cama de Nerón, apareció una serpiente de debajo de la almohada del niño y los espantó. Agripina quedó tan maravillada de esta prueba de la protección divina de su hijo que hizo poner la piel de la serpiente en una pulsera de oro que Nerón llevaría permanentemente como recordatorio de su destino. Tras el fracaso de este intento evidente de asesinar a Nerón, Mesalina preparó a sus aliados para que inundaran a Agripina con interminables y enojosos juicios, pensados para agotarla y atemorizarla hasta que uno de ellos consiguiera hacer que la desterraran o la ejecutaran. No obstante, Agripina no estaba ni agotada ni arruinada. Aguantó los golpes con estoicismo y aceptó el odio de Mesalina; había sobrevivido a Tiberio y a Cayo y todavía no tenía demasiado miedo a Mesalina. Agripina se mantenía a la expectativa.

Agripina consiguió quitarse de encima todas las acusaciones (que

Tácito considera una persecución), en parte gracias a su enorme popularidad entre el pueblo, el ejército y el Senado de Roma, consecuencia, a su vez, de la reputación de su padre, lo que implicaba que ninguna acusación era tomada muy en serio. También superó esta crisis, en parte, porque Mesalina lo echó todo a perder justo en el mismo momento en que tendría que haber estado atacando con más fuerza a Agripina. En una acción sorprendente y de lo más desconcertante, Mesalina esperó a que Claudio saliera de la ciudad una noche y aprovechó para casarse con su novio Cayo Silio. Este pseudomatrimonio de Mesalina y Silio es la crisis más inaudita de la vida de Agripina. Ni tan solo Tácito consigue explicárselo; no logra entender cómo la pareja pudo celebrar un matrimonio, un evento público con procesión incluida, en una ciudad tan abigarrada como Roma, «una ciudad que todo lo sabía y nada se callaba». Le parece tan desconcertante, como también debía de parecerlo a sus lectores, que se siente obligado a buscar una explicación. Tácito señala que sabe que puede parecer ridículo, que sabe que puede parecer increíble que alguien pensara que en Roma podía mantener secreto un matrimonio, pero que así fue; y tranquiliza a sus lectores: «[n]ada he inventado para causar fascinación».[18] La propuesta de Tácito es que Mesalina había perdido la cabeza porque estaba aburrida de cometer vulgares adulterios y decidió practicar un poco de deporte marital de riesgo. Juvenal nos sugiere que la motivación de Mesalina era la lujuria, mientras que Silio no era más que una víctima de su extrema belleza, forzado a un matrimonio que no quería. Los estudiosos modernos son extrañamente reacios a aceptar que tal vez Mesalina y Silio se querían, sin más (y yo creo que muchos son reacios a aceptarlo porque no creen que la familia imperial pudiera tener sentimientos); en cambio, han hecho todos los equilibrios posibles para mirar de descubrir cuál debía de ser el gran plan de Mesalina. El consenso general es que la pareja planeaba matar a Claudio, hacer que Silio adoptara a Británico y asumir el trono sin más complicaciones. Por qué Mesalina podía pensar que esto le otorgaría más poder que el que ya tenía no queda nada claro. Lo cierto es que el incidente es desconcertante, sin duda alguna, y mi mejor conclusión es que quizá Mesalina no era muy avispada, pero no en el mal sentido, sino simplemente incapaz de planificar a medio y largo plazo. Nunca tuvo un plan que fuese más largo o más poderoso que «identificar amenaza, eliminar amenaza» y, sea lo que

fuera lo que pensaba cuando se casó con Silio, parece claro que no disponía de ningún plan de contingencia.

Es evidente que Claudio se enteró de que su esposa se había casado con otro a las pocas horas del suceso y se apresuró a regresar a Roma, donde se dirigió directamente al campamento pretoriano para ocultarse tras su ejército privado. En una crisis política, Claudio era tan útil como un ladrillo y sus prefectos del pretorio estaban tan preocupados que ambos salieron por patas e hicieron ver que no habían recibido ninguna información. Los libertos de Claudio lo vieron claro y aprovecharon la oportunidad para deshacerse de una mujer que se había convertido en un verdadero lastre. Fue Narciso, en concreto, quien se ocupó del asunto, asumió el control de la guardia pretoriana, amonestó a un cónsul por defender a Mesalina y dio la orden de asesinarla antes de que Claudio se acordase de que le gustaba mucho y la perdonara. En el ajetreado campamento pretoriano, mientras Claudio gemía y se estremecía en un rincón, el liberto griego se encargó de todo con eficiencia, acallando cualquier intento de cuestionar el gobierno de Claudio y manteniendo el status quo. Mesalina murió de rodillas, llorando mientras su madre Lépida la sostenía; como con muchos otros de su familia, fue la punta de una espada pretoriana lo que acabó con su vida. Y la verdad es que Claudio la olvidó casi de inmediato, o por lo menos no mostró signos externos de pena, incluso frente a sus desconsolados hijos; una reacción que hubiera sido alabada como de un gran estoicismo en cualquiera menos en Claudio. No lloró pero sí se enfureció, dejando ir su miedo y su vergüenza: hizo ejecutar a unos cuantos ecuestres, pretorianos, senadores y también al pobre Mnéster; cualquiera que hubiera asistido al matrimonio o que tuviera información sobre este fue apartado de la circulación. Claudio se volvió aún más paranoico con su miedo a las conspiraciones.

Aunque Mesalina se había estado tirando a Silio durante meses, la implosión de su poder y su muerte se produjo en menos de un día y creó un vacío en la vida de Claudio, vacío que Agripina se encargó de llenar. No tenemos ninguna idea de lo que Agripina hizo durante el pseudomatrimonio de Mesalina y los momentos de crisis, aunque me gusta imaginármela descansando en su cómoda casa con sus amigos (tal vez incluso con la primera esposa de Silio, Julia Silana,

que era prima suya) mientras entraban y salían mensajeros trayendo las últimas novedades. Debió de ser un día particularmente preocupante y tenso para Agripina, un día que podía llevar a consecuencias muy graves si las cosas se torcían. Si, de algún modo, Mesalina y Silio conseguían asesinar a Claudio y asumir el control de la guardia pretoriana y del Senado, Agripina y Nerón serían los primeros en la lista de purgas. En tal caso, no habría acusaciones ni ataques discretos, solo un soldado con una espada llamando a la puerta. Los libertos Narciso, Palas y Calisto sabían que recibirían el mismo trato y uno de ellos, como mínimo, ya formaba parte del círculo de Agripina; se trata de Palas, que se convertiría en un gran aliado de Agripina y es posible que en estos momentos se encargara de informarla de lo que estaba pasando. En resumen, el día debió de estar lleno de angustia. Por el contrario, si Mesalina fracasaba, si Claudio y Narciso vencían, casi todas las amenazas contra la vida y la felicidad de Agripina desaparecerían de golpe; sin Mesalina, nadie podría hacerle sombra en la familia imperial. En consecuencia, Agripina era un jugador más en la apuesta a todo o nada que había iniciado Mesalina; o lo perdía todo o lo ganaba todo. A veces me pregunto si en realidad estaba preocupada. En sus 32 años de vida, esta era la tercera vez en que una crisis ponía en riesgo su vida, en la que tendría que esperar unas cuantas horas para ver si sobrevivía a esa noche o no, para ver si su hijo llegaba al día de mañana. ¿Se aferraba más a la vida, ahora? ¿Abrazó a Nerón con fuerza y rezó a algún dios y a sus antepasados para que les protegieran? ¿O era ahora más arrogante? Quizá observó con desdén el ridículo intento de golpe de estado de Mesalina, quizá rio, bebió y comió unos cuantos dulces mientras contemplaba la caída de la mujer que la odiaba. En cualquier caso, apuesto a que, cuando acabó todo, escribió a Lépida una carta de condolencia en absoluto reconfortante.

LAS CONSECUENCIAS

Las consecuencias inmediatas de ese día fueron terribles y caóticas. Se ejecutó, sin juicio, a Mesalina y a ocho hombres y el Senado decretó una damnatio memoriae, la eliminación oficial de su recuerdo. Es lo mismo que había pasado antes con Agripina la Mayor e implicaba que el nombre y la imagen de Mesalina tenían que eliminarse de estatuas, inscripciones e incluso monedas; se borró de los relatos oficiales del reinado de Claudio como si nunca hubiera existido y sus hijos, en consecuencia, surgían de la nada. Tácito nos recita todo esto con su típica melancolía y nos dice que la reacción fue justa, pero que las consecuencias fueron nefastas.

Estas consecuencias a las que se refiere Tácito son Agripina y Nerón. Desde este punto, para Tácito, el reinado de Nerón y su posterior colapso eran inevitables, con Agripina en el centro de la escena. Para nosotros, son buenas noticias, porque desde este momento y hasta su muerte, habrá pocas cosas que no sepamos de las andanzas de Agripina. El problema, claro está, es que la Agripina de los textos no es una mujer real, sino una representación del declive moral que permite que las mujeres se conviertan en figuras públicas. Pero no hay más remedio que aprovechar lo que tenemos e intentar extraer todo lo que podamos de ello.

El primer paso en esta historia es el matrimonio de Agripina con Claudio. La desesperación de Claudio por casarse de nuevo hace que el matrimonio de Agripina tras su destierro sea especialmente indolente: Claudio se las apañó para modificar la ley y así poderse casar con su sobrina a los tres meses de la muerte de Mesalina. Se plantean varias razones para este paso. Tácito, con una agradable ingenuidad, nos sugiere que Claudio era incapaz de soportar la soltería, como si no se hubiera pasado todo el capítulo anterior repitiendo los nombres de las concubinas favoritas de Claudio.[19] Claudio era el emperador de todo el mundo occidental; tenía

muchos problemas, pero tener un agujero donde meterla no era uno de ellos. La otra sugerencia de Tácito es que no podía vivir sin estar bajo el control de una esposa, lo que es un comentario algo extraño. Estoy bastante segura de que cualquier mujer podía dominarlo si es lo que él quería; sus libertos bien que lo hacían. Los cultivadísimos eruditos que han dado vueltas al tema han asumido un enfoque post hoc ergo propter hoc en todo este asunto y han llegado a la conclusión de que, como Claudio acabó casándose con Agripina, debía de estar buscando una esposa con las dotes de Agripina. Este enfoque asume que tales características eran las únicas lógicas: es parte de la familia julia, es de buena estirpe, ayuda a legitimar su reinado y le permite una asociación aún más estrecha con la popularidad de Germánico. Es un enfoque que resulta convincente y hace que todo el mundo asienta con severidad y piense en lo pragmático y sensato que era Claudio. El problema es que Claudio consideró la posibilidad de casarse con otras dos mujeres: la riquísima y bellísima Lolia Paulina, que había estado casada con Cayo durante un par de semanas, y su propia segunda esposa, Elia Patina. Ninguna de estas dos mujeres ofrece nada útil en términos de popularidad, legitimidad ni estirpe; estaban buenas y ya está.

Como siempre, Tácito es el culpable de todo esto, pues incluye una larga escena en que cada uno de los libertos de Claudio escoge a una mujer para presentarla como candidata a matrimonio, con la esperanza de que la futura emperatriz estuviera en deuda con el liberto. Todos se reunieron con Claudio para discutir la cuestión y cada uno intentó convencerle de que escogiera la suya. Narciso presentó a Elia Patina, afirmando que era muy posible que no odiara a los hijos de Mesalina (no está claro por qué) y que todo el mundo sabía a qué atenerse con una mujer con quien Claudio ya había estado casado. A pesar de lo brillante que era Narciso, en este caso su argumentación era bastante floja y si hubiera planteado tales razones en una discusión, Claudio lo hubiera despedido de inmediato por ser un despiadado manipulador palaciego. Calisto se inclinó por Lolia Paulina, considerada una de las mujeres más bellas de Roma, además de ser inmensamente rica. También parece ser que era una tía insufrible. Una historia estupenda dice que apareció en una fiesta cubierta de joyas; Plinio el Viejo, que estaba en esa fiesta, dice que iba «cubierta de perlas y esmeraldas que refulgían entrelazadas por toda su cabeza, en los cabellos, en las orejas, en el

cuello y también en sus dedos».[20] Ahora bien, el efecto quedó arruinado porque no paraba de comentar que todo eso costaba 40.000 sestercios y, al parecer, preocupada de que la gente no se lo creyera, iba con la factura de todo lo que llevaba puesto para mostrársela a todos.[21] En ocasiones, me despierto por las noches con una pesadilla en la que estoy en una fiesta con ella y sus facturas, Galba mostrando su árbol genealógico y Lucio Vitelio lamiendo el zapato de Mesalina; demasiado terrible para soportarlo. En cualquier caso, era lo bastante rica y atractiva como para que su repelente personalidad fuera solo una molestia secundaria para ser la mujer de un emperador por segunda vez. El argumento pragmático de Calisto a favor de Lolia es que era estéril, de modo que no amenazaría a Británico ni a Octavia, ni sería amenazada por ellos. Finalmente, Palas propuso a Agripina y, en resumen, dijo que se lo merecía porque era la hija de Germánico y tenía un útero de eficacia demostrada, con lo que podía aportar aún más hijos a Claudio. En una imagen bien desagradable puedo imaginármelo guiñando un ojo al emperador mientras lo decía.

Tácito nos cuenta todo esto como si la gente tuviera cada dos por tres discusiones sesudas al estilo de los debates filosóficos. Tal vez Claudio era tan aburrido que sus compañeros discutían los asuntos de la vida palaciega como si fueran conceptos abstractos, pero teniendo en cuenta la cantidad de cadáveres amontonados por el palacio en ese momento, me parece poco probable. Es remarcable que la versión de Tácito también pretenda hacernos creer que Claudio no tenía apenas voz ni voto acerca de si se casaba ni con quién, lo que me parece absurdo. Por suerte, Suetonio es un poco más amable con el emperador. Solo un poco, pero al menos concede a Claudio la dignidad de estar algo más implicado en la elección de su nueva esposa. En este momento todas las fuentes respetan a Agripina, y con respetan quiero decir que se echan atrás, presas de un horror misógino en lo referente a sus supuestas acciones. Todos están de acuerdo en que Agripina vio en la soltería de Claudio una oportunidad para su propio ascenso y que se las apañó para identificar y utilizar sus puntos fuertes: el acceso familiar a Claudio que otras mujeres no tenían y su atractivo sexual. Así, disponemos de muchas historias procaces y excitantes en que se nos presenta a Agripina como una jovencita, a pesar de ser ya una mujer de 32 años, que merodea a Claudio una y otra vez, seduciéndolo con

besitos de buenos días que quizá duraban un poco más de lo debido y con pestañeos incitantes, hasta que el emperador quedó absolutamente cautivado por ella y se olvidó de las otras mujeres. Los historiadores han intentado ensamblar todos estos relatos confusos en una narración coherente, en la que Palas y Agripina conspiran para persuadir a Claudio de que se case con ella para sus propios y perversos objetivos, mientras que Claudio escoge a Agripina por razones dinásticas insuperables y totalmente lógicas.

Tengo la leve sospecha de que los historiadores están ansiosos por agarrarse a la idea de Claudio decidiendo su matrimonio por razones sensatas porque, inconscientemente, les repugna la idea de un tipo baboso de 59 años excitándose con su sobrina biológica, con la hija mayor de su propio hermano. Una sobrina, además, a quien muchas veces había considerado como su propia hija y que sostuvo en brazos cuando era niña. A mí este punto de vista no me resulta antipático, porque toda la idea parece grotesca. Resulta mucho más agradable y digerible creer que para ambos fue un matrimonio de conveniencia, sin pasión y sin intercambio de líquidos corporales. Los autores antiguos, por su parte, no tienen remilgos en hacer recaer todos estos cuadros horribles en Agripina. Y para nosotros también es más fácil creer que fue la mujer quien dio todos los pasos y llevó la iniciativa, ¿no es cierto? Una mujer joven tomando las riendas de su propia sexualidad y utilizándola para obtener poder encaja con el tema de «mujer sexy y fuerte» de las películas de la década de los 90. Es más fácil asumir esto que no un tío acercándose a su sobrina y metiéndole mano por debajo de la túnica. O simplemente diciéndole que se casaba con ella porque no tenía derechos legales como individuo y que, en realidad, no podía decir que no.

Es por todo ello que hay un cierto consenso en aceptar que Agripina fue una participante activa en su propio matrimonio. Parte del razonamiento tras este consenso es que, en las fuentes, Agripina no aparece como alguien que dejara que los hombres le dieran órdenes. Pero este razonamiento olvida que Agripina solo aparece en esas mismas fuentes cuando está haciendo algo que los hombres creen que no debería hacer. ¿Qué hay de esos cinco años en que estuvo tranquila y modosa? Silencio. ¿Qué hay de su primer y segundo matrimonios? Silencio. En poco tiempo veremos cómo vuelve a

desaparecer. Solo cuando traspasa las fronteras invisibles de la conducta femenina recibe algo de atención. Así, nuestras fuentes nos dan una interpretación de una única faceta de Agripina como ser humano vivo y real; las otras infinitas facetas de su personalidad se han perdido para siempre. Sin duda, cualquier forma de vulnerabilidad queda inmersa y oculta en la narrativa que nos la presenta como mujer fría e implacable con una indestructible determinación de gobernar el mundo. No niego que sea una buena historia, pero solo es eso, una historia. Nadie es una historia y nada más. La verdad, si tal verdad puede llegar a descubrirse, es confusa, compleja y contradictoria. Creo que podemos estar de acuerdo en que es todo un reto imaginarnos a una mujer de unos treinta años excitada con la perspectiva de besuquearse con el hermano mayor de su padre. Pero solo porque yo, también una mujer de unos treinta, esté dispuesta a cortarme la lengua antes que meterla en la boca de mi tío, no significa que Agripina sintiera lo mismo. Acaso fue un precio bastante pequeño a pagar para garantizar su vida y la de Nerón; un precio bastante pequeño en comparación con todo el poder que ganaría, un poder que se creía con todo el derecho a ostentar. Tal vez hizo lo único que creía que podía hacer.

Este momento de la vida de Agripina siempre está teñido por el recuerdo del furioso enfrentamiento de su madre con Tiberio, cuando Agripina la Mayor le dijo que era por ella y no por las estatuas por donde corría la sangre del divino Augusto. La respuesta de Tiberio fue que no ser emperatriz no era ninguna deshonra. No puedo evitar pensar que algo de la arrogancia y creencia en el derecho divino al trono de su madre pasó a Agripina. Ambas pensaban que no ser emperatriz era, en efecto, una deshonra; toda su identidad estaba construida alrededor del postulado fundamental que ella era la descendiente de Augusto y la hija de Germánico. Cuando Palas presentaba a Claudio sus argumentos a favor de Agripina, afirmó que traía consigo «a un nieto de Germánico, digno de ser admitido en la familia imperial».[22] Así, puede ser que Agripina viera este matrimonio con su tío como su vía más rápida y práctica para que su familia recuperara el trono al cual tenía derecho; y un poco de postureo, cogiéndose de las manos, también iría bien a largo plazo.

Si bien, en general, estoy abierta al relato de que Agripina vio el matrimonio como una oportunidad y de que incluso lo planeó con Palas y Claudio, confieso que soy totalmente escéptica por lo que respecta a las historias de Agripina cuchicheando a la oreja de Claudio y seduciéndolo sexualmente. Más adelante, Tácito nos dice que Claudio y Agripina tenían relaciones incestuosas prematrimoniales y que todo el mundo lo sabía, lo que nos revela que pasaban tiempo juntos. Es muy posible que pasaran tiempo juntos porque planeaban formas de romper el compromiso de la hija de Claudio con Lucio Silano, de manera que así Octavia quedaría libre para comprometerse con Nerón, pues esto sucedió justo al mismo tiempo en que aparecieron los primeros rumores de sus planes de matrimonio. Silano había sido prometido a Octavia cuando ella aún era una niña porque él era el tataranieto de Augusto.[23] En el momento del compromiso, era la mejor manera de unir la rama claudia de la familia con la rama julia y absorber así posibles amenazas. Sin embargo, pocos minutos después de la muerte de Mesalina, el censor Vitelio expulsó a Silano del Senado y de su cargo de pretor, a causa de una acusación según la cual Silano había estado teniendo relaciones incestuosas con su hermana Junia Calvina.[24]

Aunque el censo de senadores ya hacía un año que estaba en marcha, el momento de la expulsión de Silano, la naturaleza ya pesadamente familiar de la acusación de incesto (tanto que casi parece más sorprendente no haber sido nunca acusado de ello) y lo absurdo que resulta que un hombre a punto de casarse con su propia sobrina acuse a otro de incesto, se conjuran para que el destino de Silano parezca muy sospechoso. Nuestras tres fuentes conservadas dan una versión diferente de quién tuvo la culpa de este suceso; cuál creer dependerá de cómo te gustaría que continuara la historia de Agripina. Tácito afirma que el censor Lucio Vitelio (quien seguramente ya debía de haber lanzado al Tíber el zapato de Mesalina) se montó esta acusación para adular a Agripina y regalarle una novia a su hijo. Suetonio, que no cree en perversas dobles intenciones, dice directamente que lo hizo Claudio y que el principal problema fue que Silano no se sometió a ningún juicio, aunque, para ser honestos, Suetonio no es muy de fiar si te gustan las maquinaciones políticas complejas. Finalmente, Dion dice de forma sibilina que Claudio lo hizo a instancias de Agripina. Así

pues, ¿quién era Agripina en este momento? ¿Una mujer en ascenso que, de golpe, hace que los hombres se maten unos a otros para obtener su favor? ¿Una inocente? ¿Una madre conspiradora que manipulaba a su marido? En general, el consenso entre los historiadores ha sido que Agripina lo planeó todo, pero de nuevo, esto forma parte de un relato que considera a Agripina una conspiradora incansable más que un ser humano complejo.

Mi teoría sobre la postura de Agripina en las últimas semanas del año 48 es la siguiente. Después de que su retorno a Roma hubiese provocado tanta conmoción, había sido amenazada y se hallaba en una posición peligrosa. Este peligro solo desapareció porque Mesalina fue estúpida y logró que la asesinaran por un plan tan absurdo que casi parece un abarrocado suicidio. La mayor amenaza para la vida de Agripina, la que ella y Nerón habían estado evitando durante cinco años, había dejado de existir y Roma se estaba tambaleando. Agripina tomó la iniciativa de acercarse a Claudio y a su círculo, comprendiendo que cualquier otra esposa vería en ella una amenaza aún mayor que la que veía Mesalina, puesto que ni tan solo tendrían sangre julia como esta última. Teniendo en cuenta que un matrimonio entre tío y sobrina era ilegal y repugnante, no puedo creer que el matrimonio fuese su primer plan; sería un salto demasiado grande. Creo que el plan inicial, quizá elaborado con Vitelio, era lograr un compromiso matrimonial entre Octavia y Nerón, lo que les aportaría seguridad y protección. Acaso lo dejó caer en una de las agradables charlas que mantenía con Claudio: «¿qué te parecería que Octavia se casara con mi hijo? Sería bueno para ti… qué lástima para Silano…». La idea era buena para ambos. Nerón estaría seguro y Claudio recibiría parte de la popularidad heredada de Nerón. Era una decisión difícil (a Claudio le gustaba Silano), pero para gobernar un imperio hay que tomar decisiones difíciles; Claudio no quería que desterraran ni ejecutaran a Silano, bastaba con que cayera un poco en desgracia. Vitelio lo entendió, y Vitelio también se había dado cuenta de que Silano y su hermana a veces se dejaban ir un poco en sus muestras públicas de cariño familiar; no tanto como para merecer una ejecución, pero sí lo suficiente como para inhabilitarlo como yerno del emperador. Así, Vitelio lanzó la acusación, Silano fue expulsado a bombo y platillos

y se rompió su compromiso con Octavia. El problema es que todo el mundo detestó lo que había pasado y el Senado aborreció a Claudio aún más, casi tanto como lo que le temían. Nadie se sentía seguro. Además, Claudio había asesinado o desgraciado a tres miembros de la rama julia de la familia en solo un par de meses (incluida la hermana de Silano, Junia Calvina); esto empezaba a parecer un golpe de estado claudio y los claudios no eran la parte divina de la familia. Claudio necesitaba anunciar un par de buenas noticias (una para contrarrestar las malas y otra para inclinar la balanza hacia las buenas nuevas). Justo entonces aparecen sus libertos con su sabio consejo, sugiriéndole que encontrara una nueva esposa lo más pronto posible; y Palas le plantea la mejor idea: ¿qué mejor que una boda, una boda con una mujer julia, por supuesto? Así, el plan de Agripina de comprometer a Nerón con Octavia acabó con ella misma comprometida.

No tengo la menor idea de cómo se llegó exactamente al acuerdo para que Claudio modificara la ley y así se pudiera casar con Agripina; no tengo suficiente imaginación. Pero lo cierto es que se llegó a tal acuerdo. Vitelio, por su parte, había demostrado ser leal a Agripina, ahora ya congraciada con él, y había disipado cualquier sospecha de que pudiera haber sido fiel a Mesalina y a sus hijos. Ahora se tenía que convencer al Senado para que Claudio pudiera modificar la ley. Este es uno de los momentos que ilustra con claridad la gran red de fingimiento hipócrita en la que se basaba el principado. Desde su cama, Claudio podía asesinar, destruir, torturar y desterrar sin consecuencia alguna a cualquiera, por cualquier razón y bajo la más nimia apariencia de legalidad; podía aprobar y reintroducir leyes o sus propias letras del alfabeto sin problema alguno. Pero casarse con su sobrina era tan extravagante y probablemente repulsivo para el pueblo de Roma, que tenía que hacer ver que convencía a los senadores y que estos estaban de acuerdo con él, de modo que todo pareciese legítimo y así la gente no se rebelase y acabara matándolo como hizo con su sobrino. Pero está claro que los senadores tenían que aceptar lo que Claudio proponía, no fuera a asesinarlos, destruirlos, torturarlos y desterrarlos por algún imaginario cargo de maiestas o incesto. Era un delicado equilibrio de sandeces, una especie de «destrucción mutua asegurada». Este delicado equilibrio llevaba a situaciones absurdas como la que presenciamos ahora, en la que Claudio no

podía pedir directamente al Senado que le dejara casarse con su sobrina porque eso lo revelaría como un baboso que suplicaba que le dejasen hacer algo tremendamente repulsivo que nadie había hecho antes.

Así pues, encargó a Vitelio que tanteara al Senado, y Vitelio lo presentó de un modo tan cuidadoso que Agripina parecía un regalo que el Senado y el pueblo de Roma hacían, como encantadora sorpresa por ser tan gran emperador, a un reticente Claudio. El discurso de Vitelio en el Senado planteó que fueran los senadores los que forzaran a Claudio a tomar a Agripina por esposa, aunque protestara, porque era una idea brillantísima. Esos pobres niños, seguía Vitelio, se habían quedado sin madre y solo merecían a la madre más noble, pura y amorosa. Describió a Claudio como un hombre sin consuelos conyugales, sin nadie que cuidara de él tras un duro día de ocuparse de los problemas del Imperio y de trabajar sin descanso. El emperador había enviudado en las circunstancias más terribles y Vitelio sabía (me lo imagino mirando inquisitorialmente a su alrededor) que otros senadores eran bien conscientes de lo que significaba que su mujer desapareciera en circunstancias violentas por los caprichos crueles de un emperador. ¿Acaso Claudio no merecía una esposa?, preguntaba Vitelio, ¿acaso no merecía la más honorable y distinguida esposa? ¿Y qué familia había más distinguida que la de Claudio?

En este punto podemos suponer que más de dos y de tres senadores debían de estar totalmente asqueados, porque Vitelio empezó a explicar que los matrimonios incestuosos eran normales en otros países. Aquí mi madre me preguntaría que si en otros países fuera costumbre lanzarse por un precipicio, ¿yo también lo haría? Pero por eso mi madre hubiera sido una lamentable senadora (eso y su par de cromosomas X, claro). Los senadores que habían logrado mantener la compostura durante todo el discurso eran los que habían captado lo que se les estaba pidiendo; todos se levantaron y salieron de la curia para ir a encontrar a Claudio, quien estaba paseando despreocupadamente por el foro, justo a la salida de la curia, sin razón aparente, tal como hacen los emperadores, y le suplicaron en ese momento que se casara con Agripina. Seguro que puedes imaginar la cara de sorpresa, totalmente convincente, mientras acompañaba a los senadores otra vez hacia la curia y

permitía que legalizaran los matrimonios entre tíos y sobrinas antes de que tuvieran tiempo de pensárselo demasiado. Todo fue una gran obra de teatro magníficamente interpretada por todas las partes. Todo el mundo sabía lo que estaba pasando, pero todos se ciñeron al guion sin saltarse ni una línea. Así fue como Agripina acabó prometida oficialmente con su tío y en solo tres meses pasó de temer por su vida a estar a un paso del trono.

El matrimonio se celebró el día de año nuevo del 49. Agripina sería llevada nuevamente desde su casa hasta el palacio imperial de Claudio en el Palatino, cubierta con el velo por tercera vez. Mientras ungía el portal con aceite y entraba con cuidado en el palacio, accedía finalmente al centro neurálgico del poder. Al pasar el umbral, se convirtió en la mujer más poderosa del mundo occidental. Si imagino un momento en que Agripina se vuelve dura y resuelta, imagino precisamente este momento. Cuando dio su paso ritual, sostenida por ambos lados, para cruzar el umbral y entrar en el atrio, imagino que sintió que, por fin, estaba en el lugar que le correspondía. Quizá no se había permitido sentirse segura hasta dar este paso. Tal vez recordó esos días oscuros y solitarios en Pontia, o el momento en que Cayo se enfrentó a ella y a Livila en la villa de Mevania, o la soledad y fragilidad que sintió cuando le informaron del asesinato de Livila, o todos esos momentos en que parecía que su vida llegaba a su fin, o quizá solo los largos años de una vida tranquila, aburrida y mediocre que parecían alargarse para siempre. Tal vez se le acumularon todos estos recuerdos al cruzar el umbral que le llevaba a una nueva vida. Y quizá en este momento decidió que ni ella ni Nerón dejarían que se escapase: lograrían todo lo que se merecían.

******** Brass Eye es una miniserie británica de 1997, emitida por Channel Four, en la que se parodia la forma en que los programas informativos presentan y manipulan la realidad. (N. del t.)

ESPOSA

UNA TIRANÍA MASCULINA

A raíz de esto cambió la Ciudad;

todo obedecía a una mujer.

[1]

Agripina y Claudio se casaron el día de año nuevo del 49 y Tácito nos presenta este día como si un terremoto hubiera sacudido toda la ciudad; describe a Agripina como lo más espantoso que se pueda imaginar en una mujer: ser masculina. En esencia, los romanos creían que las mujeres eran incapaces de controlar su comportamiento. Desde el punto de vista médico se las consideraba hombres fallidos, y una parte de esta deficiencia era que estaban sometidas por completo a sus emociones, pasiones y deseos. Es por esto por lo que no se les permitía gestionar sus asuntos ni tomar sus propias decisiones: no eran lo bastante lógicas ni tenían el autocontrol suficiente para que no gastasen accidentalmente todo el dinero comprando zapatos, por decir algo. Eran incapaces de controlarse y, por tanto, tenían que ser controladas; por su propio bien y por el bien de todos los demás. Mesalina es acaso la imagen definitiva de lo que los hombres romanos pensaban que sucedía cuando se liberaba a las mujeres de todo control: se quitaban las bragas, se soltaban el pelo y se volvían violentas. En los retratos de Mesalina que nos ofrecen las fuentes antiguas, no hay ningún propósito más que este, porque es un constructo de feminidad romana pura (todo intento de considerar sus acciones bajo un punto de visto lógico es una especulación moderna). No planeaba, no conspiraba; solo quería echar unos cuantos polvos y hacerse rica. Agripina, en cambio, se sitúa en el polo opuesto de esta imagen, y las palabras de Tácito están meditadas para estremecer a cualquier romano. En el momento de su matrimonio, Tácito nos dice que Agripina era austera, severa y masculina, y para que su mensaje quede claro, nos dice que se mostraba impasible ante el sexo y el dinero: solo follaba y ahorraba para llegar al poder. La Agripina de

Tácito no era en absoluto femenina, no estaba sometida a sus propios deseos; tenía un plan y dominaría a quien fuese para llevarlo a cabo.

Tácito sitúa cuatro sucesos que se dieron al mismo tiempo que el matrimonio y que demuestran tres hechos relevantes del resto del reinado de Claudio. En primer lugar, Silano se suicidó el mismo día de la boda. Sin duda lo hizo para llamar la atención y para asegurarse de que ese día, por lo demás feliz, se tiñera de sangre. Estar tan enojado con alguien y llegar al extremo de suicidarte para demostrarlo es una manera extraordinariamente romana de hacer las cosas y, como acto de desafío, casi me impresiona. El segundo suceso fue que Agripina pidió de inmediato que Séneca regresara de su destierro y fuera nombrado tutor de Nerón. Esta era la segunda vez que Agripina salvaba a Séneca y podemos suponer que ella esperaba que lo recordara.

El tercer suceso fue el destierro de Lolia Paulina. Este destierro, y el posterior suicido asistido, pasó en algún momento del año 49, a los pocos meses del matrimonio de Agripina con Claudio. Si recuerdas, Lolia era una de las candidatas a esposa imperial, y parece que ella lo sabía. Los cargos oficiales que se presentaron contra ella eran confabular con magos y pedir a un oráculo una predicción sobre el futuro del matrimonio de Claudio y Agripina. Bastante inocente, desde nuestro punto de vista, pero la perspectiva romana era mucho más severa. Preguntar a un oráculo sobre un emperador se consideraba traición, ya que se suponía que aquel que preguntaba quería que le pasase algo malo al emperador. A los ojos de los romanos, desear algo malo al emperador estaba a un paso de atacarle directamente con una espada. Especular acerca del posible fin del matrimonio imperial y confabular con magos no es diferente de que Lolia planeara algo perverso contra Agripina con el objetivo de convertirse en la quinta señora de Claudio. Tal vez su breve tiempo como esposa de Cayo le había abierto el apetito de las bodas imperiales. En cualquier caso, fue arrestada, juzgada públicamente (aunque no se le permitió hablar) y luego desterrada por Claudio. Pero no es así como nuestras fuentes nos lo cuentan.

Su postura sobre el destierro de Lolia es que Agripina, impulsada

por unos celos terribles de la mujer que creía que era su rival en el cariño de Claudio, acusó y persiguió personalmente a Lolia. Dion, como es habitual en él, lleva la historia mucho más lejos y añade algunos detalles escabrosos, afirmando que Agripina envió soldados al lugar de destierro de Lolia con instrucciones de que le trajeran su cabeza. Cuando los soldados volvieron con la cabeza, seguramente repugnante, en una bolsa, Agripina no pudo reconocer su rostro (¿por la descomposición, quizá? ¡Quién sabe!), de modo que le abrió la boca y examinó los dientes para asegurarse de que era ella. Esta historia tiene todo lo que debe tener una clásica anécdota de «mujer romana en el poder»: movida por la celosía y la rabia femeninas, perseguía a otras mujeres por cuestiones personales y era innecesariamente violenta y cruel en su insensible profanación de los muertos. Su semblanza con Fulvia, la tercera mujer de Marco Antonio, uno de paralelos literarios más cercanos de Agripina, es algo más que casual. Más adelante nos volveremos a encontrar con Fulvia; por ahora solo necesitamos saber que menospreciaba a Cicerón porque este había pronunciado varios discursos execrables contra Marco Antonio, y Fulvia adoraba a Marco Antonio. Cicerón fue asesinado por Augusto, Antonio y su aliado Lépido como parte de las purgas del segundo triunvirato. Una historia ya clásica cuenta que Fulvia hizo cortar la cabeza y las manos de Cicerón y luego atravesó la lengua que tanto había hablado contra su esposo con una de sus horquillas para el pelo y clavó en las puertas de la curia las manos que habían escrito esos difamatorios discursos.

Estas historias de mujeres tremendas que expresan sus emociones, incontroladas e incontrolables, mediante una crueldad extrema son habituales en la literatura romana y su objetivo es demostrar a los lectores masculinos por qué no se podía dejar que las mujeres ostentasen ningún tipo de poder. La historia de Agripina trasteando en la boca semidescompuesta de su antigua cuñada es absurda, sin duda. Aun así, he visto a por lo menos un historiador, sugerir que es plausible porque Agripina tenía unos caninos dobles y quizá tenía «un interés especial en los dientes de los demás», lo que me parece una sugerencia tan absurda y tan desagradable como la original.[2] El hecho de que Lolia fuera sometida a un juicio público y de que existiera un crimen real y evidente, por muy ridículo que nos parezca, nos muestra cuán diferente era esta persecución de las que se dieron en los años anteriores a Agripina. En los primeros años de

su reinado (de hecho, solo unos pocos meses antes de todo esto), Claudio celebraba pseudojuicios secretos de destacados senadores por crímenes sexuales ridículos, en su dormitorio y en presencia de su esposa, basándose en un sueño de Mesalina. La persecución de Lolia, en cambio, era un asunto público ordinario al cual se le dio un envoltorio perverso, pero inventado, para expresar un punto de vista político sobre las mujeres en general. No me dirás que la historia romana no es divertida…

El último suceso en el relato de Tácito del año 49 era la promesa formal de matrimonio entre Nerón y Octavia. Si lo recuerdas, este compromiso fue mencionado antes de la boda de Agripina y Claudio, pero no se hizo oficial hasta después del matrimonio. La pareja imperial no podía proponer tal cosa, de modo que algún voluntario bien dispuesto se levantó y propuso que Nerón sería la mejor opción posible (la única, de hecho) de esposo para la hija del emperador. Las princesas de diez años necesitan maridos que sean iguales a ellas en rango y honor, y la única persona viva que encajaba con esta descripción era Nerón. La propuesta fue aprobada con mucho entusiasmo por parte de los senadores y con votos para realizar plegarias. Así, Nerón se convirtió en el futuro yerno de Claudio pocos meses después de haberse convertido en su hijastro. El paso era significativo. En la cultura romana, los hijastros no tenían ninguna relevancia; a grandes rasgos, seguían perteneciendo a la familia de su padre biológico y sus padrastros no tenían ningún tipo de obligación con ellos. Un yerno, en cambio, entraba simbólicamente en el círculo familiar de su mujer, además del suyo. Es por ello por lo que la hermana y la hija de Augusto se casaron repetidamente con los amigos y amienemigos del emperador. Los yernos eran casi hijos.

En resumen, con todo este cúmulo de sucesos, Agripina y su hijo se acercaban todavía más al trono y al poder real. Su hijo se casaría con la hija de Claudio y tendría como tutor a Séneca, un filósofo respetado y un amigo que ahora quedaba ligado en exclusiva a ella, por gratitud y por obligación. Sus únicos posibles rivales habían sido eliminados. En cuestión de meses, todo se había ido colocando de la mejor manera posible para Agripina.

Sin embargo, la cercanía cada vez más estrecha entre Nerón y

Claudio no era del agrado de todo el mundo. En concreto, las fuentes escritas después del reinado de Nerón veían esto como el primer paso de los planes cuidadosamente preparados por Agripina para desheredar a Británico con el objetivo egoísta de ascender a Nerón por la fuerza. No es del todo improbable; ante una decisión extrema, Agripina sin duda hubiera puesto antes a Nerón en el trono, y no a Británico. Pero Agripina no era la única que hubiera tomado tal decisión; había por lo menos un motivo muy evidente por el que muchos otros preferirían a Nerón antes que a Británico e intentarían situarlo en una posición favorable para heredar el trono, y era un motivo egoísta por completo: los libertos y el Senado querían evitar la posibilidad de que Británico vengara a su madre. Dejando de lado los crímenes, reales o imaginarios, de Mesalina, su muerte fue deshonorable y la damnatio memoriae que le siguió, un insulto intencionado. Puede que en el año 49 Británico no fuera más que un crío, pero era poco probable que fuera a olvidar las circunstancias en que fue arrancado de su madre; que pudiera albergar resentimiento y rencor era una posibilidad muy real, lo que llevaría a algunas muertes bastante desagradables cuando Claudio muriera. Incluso Tácito deja caer que muchos temían la futura venganza de Británico. Este miedo era un muy buen motivo para que diversas facciones del Senado utilizaran a Nerón para protegerse, sin que Agripina entrara para nada en ninguna de sus consideraciones. Dejando de lado el severo catastrofismo de Tácito (y la afición romana por las prácticas adivinatorias), nadie puede ver el futuro y en ese momento nadie podía saber qué parte del poder de Claudio acabaría ostentando Agripina. El ascenso de Nerón de hijastro a yerno puede haber sido una combinación auténtica de adulación, egoísmo juliano y autoprotección senatorial.

Esta coincidencia de intereses permitió a Agripina entablar una relación aún más estrecha con los hombres que serían sus mejores aliados y representantes públicos: el liberto Palas y el cónsul, censor y servil esnifador de zapatos Lucio Vitelio. Ambos fueron decisivos en la muerte y posterior destrucción de Mesalina y ambos serían de los primeros de la lista de candidatos a caer sobre una espada si Británico llegase al poder. Ambos también eran unos aduladores astutos, capaces de ver que el poder y la influencia de Agripina no se iban a limitar a la esfera privada de envidias femeninas y actores guapísimos. Por lo que respecta a Agripina, necesitaba hombres que

hicieran por ella las tareas públicas necesarias; su sexo siempre sería una barrera física y legal. No podía entrar en el Senado ni hablar en público; solo los hombres podían hacer tales cosas. No podía implicarse de forma activa con el aparato del Estado ni dar órdenes a la guardia pretoriana ni firmar documentos con su nombre. Lo único que podía hacer era negociar con hombres que tenían poder, oficial u oficioso, para que se encargaran de hacer todas esas tareas para ella; a cambio podía ofrecerles los privilegios, el acceso y la influencia que tenía como esposa del emperador. Por ejemplo, cuando Vitelio fue acusado de traición por un rival anónimo, Agripina intercedió y se aseguró de que las acusaciones acabaran en nada y de que el acusador fuera desterrado. La relación era beneficiosa para todos.

En realidad, la relación era beneficiosa para todos excepto, en última instancia, para la propia Agripina, porque Agripina era una mujer y, en consecuencia, estas relaciones acaban caracterizadas en todas nuestras fuentes como líos sexuales. En lugar de ser recordada como una política sagaz, Agripina es recordada como una mujer que usó sus tetas para salir adelante y su coño para controlar a hombres débiles. Antes de convertirse en emperatriz, Agripina había sido acusada de tener relaciones sexuales con Lépido, con su propio hermano, con su tío (antes del matrimonio) y con un tipo llamado Tigelino en el primer año del gobierno de Cayo. A los pocos minutos de convertirse en emperatriz ya se la acusó de estar tirándose a todo el mundo. La idea de que estaba implicada en una aventura duradera con Palas era muy común, pues Palas era su mejor aliado y defensor en palacio y parece ser que los hombres romanos eran incapaces de imaginar una situación en que un hombre y una mujer tengan objetivos similares y una relación platónica. Las acusaciones de que Agripina y Palas se echaban unos polvos aparecen en seguida, en cuanto Agripina se metió de lleno en la lucha de poder permanente que era la corte imperial y se enemistó con Narciso. A Narciso le gustaba explicar a todo el mundo que Agripina se había prostituido a un liberto para llegar al trono, «reputando su honra, su pudor, su cuerpo, en fin, todo, de menos valor que el reinar».[3] Narciso tenía un talento especial para el drama. Tácito pronuncia la misma acusación en un fragmento muy posterior situado durante el reinado de Nerón, en que evoca la prostitución de Agripina a Palas como un indicador de lo inmoral y

envilecida que era desde el inicio. Dion, para ser un poco diferente, da la vuelta a la inmoralidad: en lugar de envilecerse Agripina por su adulterio con un liberto, Dion afirma que fue Palas quien se envileció por su «asociación» con Agripina.[4] A medida que pase el tiempo veremos cómo se acusa a Agripina de tirarse a Séneca, al biznieto de Tiberio, Rubelio Plauto, a un par de tíos al azar, llamados Fenio Rufo y Aulo Plaucio, y a su propio hijo. En el momento de su muerte, había sido acusada de tener relaciones sexuales con su hermano, con su tío, con su hijo y con dos primos; la única razón por la que no se la acusó también de haberse tirado a su padre es que murió cuando ella aún era demasiado joven. Si los romanos no hubieran practicado la incineración, estoy segura de que alguien habría afirmado que desenterró el cuerpo de su padre para follárselo por vete a saber qué razón. Pero es que todo esto es irrelevante. No nos incumbe saber a quién se tiraba ni por qué se lo tiraba, como tampoco le incumbía a Tácito. Nadie se preocupó nunca de a cuántas mujeres se follaban Claudio, Nerón o Augusto, porque no es importante. No es nada más que misoginia con la que no estoy dispuesta a condescender, porque Agripina estaba a punto de mostrar al mundo de qué estaba hecha; estaba a punto de acaparar parte de la luz que ilumina la escena.

AGRIPINA AUGUSTA

En el 49, Agripina consiguió zanjar diversos asuntos y consolidó su puesto. Pero las cosas que consiguió eran, en general, pequeños actos privados, cosas relacionadas con la familia y los amigos. Ninguna se situaba fuera de las expectativas de una mujer imperial. Sin embargo, hay pruebas de que se aplicaba a fondo entre bambalinas y, a pesar de su reputación como la mujer más malvada de la historia, parece que fue una extraordinaria diplomática y negociadora. Uno de los mejores modos de verlo es comparar los años pre-Agripina con los años post-Agripina del reinado de Claudio. Los segundos son, con diferencia, los más estables, prósperos y agradables para Roma. Podemos fijarnos en las ejecuciones, por ejemplo. Sabemos que durante los trece años del reinado de Claudio, este ejecutó a 35 senadores y a entre 200 y 300 ecuestres, pero solo cuatro de estas ejecuciones pueden fecharse en los años post-Agripina, a partir del 49. Y esto a pesar de que nuestra mejor y más detallada fuente tiene una gran laguna en los años pre-Agripina, de modo que si se recuperasen los fragmentos que faltan aún aumentarían más las ejecuciones conocidas en los años previos. Otra medida son las revueltas. En los primeros años de Claudio, el Senado empezó intentando evitar su acceso al poder y más adelante, diversas facciones llevaron a cabo dos intentos a gran escala para derrocarlo. En comparación, los años de Agripina se caracterizan por una absoluta falta de agitación política, ningún intento de golpe de estado y una relación fluida, intensa y productiva de Claudio con el Senado. Lo único que había cambiado era Agripina. A mi parecer, durante el primer año de su matrimonio con Claudio, Agripina se dedicó a construir los puentes y relaciones que harían de Claudio un gobernante estable y de Roma un imperio firme. Ello significa que el poder y la estabilidad de Claudio descansaban sobre la capacidad diplomática de Agripina. Y esto es poder, tal cual. Así, Agripina asumió el poder tal como le llegó y luego, en buena parte, lo usó para garantizar que Roma fuera un estado estable con un emperador fuerte y un imperio tranquilo y

que todo el mundo estuviera más o menos feliz.

Llegado el año 50, Agripina, por lo que respecta a su persona pública, había pasado el año anterior detrás de Claudio, como una buena esposa y asegurándose una base de apoyos. Ahora ya se sentía con confianza para salir de las sombras y mostrarse al lado del emperador como su compañera; asumió el papel de su colega en sus tareas y empezó a destrozar expectativas.

El primer acto relevante fue la adopción de Nerón por parte de Claudio. Este fue el momento en que Nerón recibió realmente el nombre de Nerón y perdió, casi para siempre, su original Lucio Domicio Enobarbo. La adopción de un hijo que no tenía un padre biológico vivo no era un proceso fácil, a pesar de lo habitual que era con los emperadores. Al igual que Tiberio, Claudio tenía un hijo biológico y aún no había llegado a una edad en que se considerase que ya no podría tener más, de modo que su adopción de un hijastro era bastante irregular. De hecho, Suetonio lo califica de reprobable; claro que también dice que Británico es adulto cuando en realidad no llega a diez años, o sea que no parece que tenga las cosas muy claras; en cualquier caso, su valoración es transparente. Todas las fuentes creen que la adopción fue un acto forzado por Agripina para lograr un beneficio personal y que luego Claudio se arrepintió de ello. Sea como fuere, en ese momento la adopción se aprobó sin problemas, con tanta tranquilidad como el plan de adopciones y matrimonios a gran escala de Augusto, pero sin que Claudio tuviera el encanto ni la destreza política de aquel, y no mucho después de un par de graves intentos de atentar contra la vida del emperador. O bien Claudio aprendió una importante lección de estos intentos de golpe de estado y recibió unas clases de encanto y diplomacia, o bien Agripina se puso manos a la obra. Pudo ser un poco de todo, sin duda. Me gusta imaginarme a Agripina dando una patada a Claudio por debajo de la mesa durante la cena, mientras este hacía algún comentario desagradable sobre pedos… pero, claro, las élites romanas no usaban mesas para las comidas. La facilidad con que el Senado y las asambleas decidieron autorizar la adopción de Nerón es quizá una prueba de la popularidad de Agripina y Nerón y de la benevolencia general con que se los trataba. Recuerda que el derecho de Nerón a una posición imperial fue planteado por nuestro cónsul y podófilo habitual

Vitelio como una de las razones por las que se debía permitir que Claudio se casara con Agripina. Dada la sangre julia, augusta, semidivina de Nerón, es posible que mucha gente pensara que merecía ser el heredero de Claudio, pasando por encima de Británico, el pequeño que, al fin y al cabo, no era más que un claudio.

La adopción de Nerón aportó un beneficio muy evidente para Claudio: neutralizaba a un enemigo con un derecho más sólido al trono prometiéndole ese trono en el futuro. También neutralizaba a cualquiera que aún estuviera preocupado por la posible venganza de Británico al asumir el poder por la muerte de su madre. Claudio no necesitaba senadores preocupados. El problema es que alteraba las tradiciones. El objetivo de que el pueblo, el Senado y los sacerdotes se involucraran en una adopción y de que esta fuera un proceso largo, complicado y de alto nivel era proteger a los hijos biológicos, como Británico, y evitar que perdieran su herencia legítima. La prohibición de adoptar incluso protegía a posibles hijos futuros de hombres que aún se consideraban lo bastante jóvenes como para darse un revolcón. Que el pobre Británico quedara impedido de heredar nada bueno incomodaba un poco a la gente; pero también resultaba incómoda la idea de una mujer yéndose a la cama con el maduro hermano de su padre y nada impidió que se autorizara ese matrimonio. Claudio también introdujo tres letras nuevas en el alfabeto romano, unas letras bastante interesantes, de modo que a pesar de su aparente formalidad académica, en realidad estaba bastante abierto a las innovaciones, tanto en el mundo de la escritura como en el de las relaciones familiares.[5] Ciertamente, su reinado fue un periodo de creatividad considerable en los temas que eran de su agrado. En consecuencia, Claudio no se detuvo y Agripina negoció; además, Claudio era el sumo sacerdote de Roma y la propuesta salió adelante. Nerón fue adoptado formalmente. A Claudio le gustaba remarcar que Nerón era la primera persona adoptada en la familia claudia en los 700 años de su historia. Esta afirmación no es del todo cierta, pero está claro que Claudio estaba desesperado por subrayar la importancia, antigüedad y estatus de su estirpe en comparación con la dinastía julia. También podía ser una sutil pulla a la rama julia de la familia por la enorme cantidad de adopciones que habían tenido que acordar para que la línea familiar pudiese continuar adecuadamente; podemos imaginar, con un cierto

aire de superioridad, una frase así: «Bueno, claro que nosotros nunca hemos tenido que adoptar a nadie; tener hijos varones nunca ha sido un problema para los claudios…».

La adopción tuvo lugar el 25 de febrero del 49, y ello implicaba que ahora Agripina no solo era la esposa del emperador sino que, muy probablemente, iba a ser la madre del siguiente emperador. Por la misma época, Agripina recibió un honor extraordinario, uno que sin duda acalló las conversaciones de taberna cuando se supo: se le concedió el título de Augusta. Era la tercera mujer en la historia en recibir tal título y la primera esposa viva de un emperador en recibirlo. A Livia siempre se le negó mientras Augusto estaba vivo, por miedo a que diluyera el potentísimo simbolismo de la propia designación de Augusto (en cuanto das un mismo título a una segunda persona, pierde un poco de su empaque). Tras la muerte de Augusto y la transformación del término en casi un sinónimo simbólico de emperador, Tiberio permitió que Livia asumiera el título y los honores que lleva asociados. Como era su madre, ya mayor, no representaba ninguna amenaza a su poder; además, tener a una madre Augusta y a un dios como padre (adoptivo) daba aún más esplendor a su propia majestad. Tras la muerte de Livia, Cayo concedió el título de Augusta a Antonia, su abuela, que en ese momento tenía 73 años y moriría ese mismo año. Este acto fue una de las primeras celebraciones familiares de Cayo, junto con el enaltecimiento de sus hermanas y, del mismo modo que con Livia, era un bonito acto simbólico que no tenía consecuencias prácticas. Conceder el título de Augusta a Agripina, en cambio, era muy diferente. Agripina tenía 35 años, era una persona enérgica llena de sangre semidivina y la esposa de un emperador vivo. Hacerla Augusta le daba un estatus, si no un papel oficial, en el Estado romano y la convertía en la mujer más poderosa que hubiera visto el mundo occidental.

Es imposible exagerar la enorme importancia que tenía para Agripina, y para la propia institución del principado, la concesión del título de Augusta. Bajo Augusto, la ficción que todo el mundo estuvo de acuerdo en asumir era que él no era más que el «primer ciudadano» del Senado, pero que casualmente merecía ostentar una gran cantidad de cargos diferentes y disponer de un ejército privado que aplastaba a cualquier posible rival. Así, recibió el título de

Augusto para señalar su excepcionalidad. En cambio, cuando llegamos a la época de Claudio, había arraigado una idea del principado como una dictadura pseudohereditaria y cuasimilitar. La forma en que Claudio había subido al poder, arrebatándoselo al Senado mientras se escondía en el campamento pretoriano, acabó por afianzar esta idea. Cuando a Claudio se le concedió el título de Augusto era como si un príncipe se convirtiera en rey; en cambio, la concesión de ese título a Agripina representaba un cambio considerable. Decía a todos que el rey tenía una reina que estaba a su mismo nivel. Nosotros también lo hacemos con nuestras familias reales; aceptamos que el o la consorte real tiene que ir saludando a la plebe, cortar las cintas de inauguraciones y asentir educadamente cuando la gente le explica sus historias. Pero hasta Agripina, los romanos no tenían nada de esto; el emperador no era más que un hombre haciendo su trabajo, un trabajo que había heredado de un pariente, pero un trabajo, al fin y al cabo, como ser cónsul o ser el edil encargado del alcantarillado. Podía dar a sus parientes varones otros cargos públicos, lo que era casi lo mismo que cualquier relación de obligación entre cliente y patrón o entre padre e hijo. Los parientes femeninos eran ciudadanos privados, que se quedaban en casa y extendían su influencia mediante charlas de alcoba y donativos de caridad. Hasta el momento en que Agripina recibió el título de Augusta, el Principado no era más que una versión exacerbada de lo que ya se hacía en la política y la cultura romanas. Que Agripina se convirtiera en Agripina Augusta mientras su esposo todavía estaba vivo, mientras era la madre del hijo del emperador, implicaba que se le concedía un honor público; surgía de entre las sombras de la vida privada, la única vida considerada apropiada para una mujer en toda la historia de Roma, y se colocaba al lado de su esposo, haciendo un enorme corte de mangas al Senado.

Sus primeras acciones como personaje público fueron empezar a recibir clientes, desempeñando una función pública. Algunos historiadores creen que se incorporó a la salutatio diaria de Claudio, el ritual matutino en el que cada cliente visitaba a su patrón y le deseaba buenos días. La salutatio era una parte fundamental del funcionamiento de la sociedad romana y era la manera de vivir de muchos. También era una de las formas en que se reforzaba continuamente la estructura jerárquica de la ciudad y en que la gente sabía en qué nivel de esta jerarquía estaba cada uno. A

primera hora de la mañana los clientes aparecían en las puertas de las casas de sus patrones y esperaban en los alrededores hasta que se los invitaba a entrar en el atrio, para saludar y tal vez recibir un obsequio monetario o de comida. Si estabas en un nivel muy bajo de la jerarquía, quizá tendrías que esperar siglos, o entrarías a saludar como parte de un grupo o, aún peor, se te saludaría brevemente desde el atrio sin tan siquiera ser invitado a entrar. Si tu nivel era más alto, tu patrón te podía invitar a pasar todo el día con él, formando parte de su séquito, mientras paseaba por el foro o visitaba a algunos amigos. En Roma las cosas se hacían mediante estos rituales cotidianos y todo el mundo sabía dónde se situaba cada uno diariamente. La cuestión es que todo esto eran asuntos públicos y, por tanto, quedaban dentro del dominio masculino. En cambio, ahora, los clientes de Claudio (muchos, sin duda) se encontraban a Agripina sentada al lado de su esposo en el atrio, recibiendo los mismos respetos en un entorno masculino. Cada mañana, los hombres que se ocupaban de toda la administración del estado llegaban y ofrecían su lealtad, amistad y compromiso a una mujer al mismo nivel que el emperador. No era una cuestión exclusivamente simbólica; si Agripina estaba ahí es que se la presentaba ante la sociedad romana no como esposa, sino como emperatriz, como una mujer activa que podía hacer cosas.

La intensidad con la que Agripina se sumergió en la vida pública del Imperio nos la muestra lo que tal vez sea su mayor logro en el año 50, cuando fundó su propia ciudad en su lugar de nacimiento. La ciudad, situada a orillas del Rin, fue nombrada originalmente como Colonia Claudia Ara Agrippinensium, pero pronto se la conoció simplemente como Colonia Agrippinensis, la «colonia de los agripinenses». Se fundó como colonia militar, lo que significaba que los veteranos del ejército que ya habían completado su servicio se instalaban en la nueva colonia como premio a sus décadas de duro trabajo en las legiones. Parece un poco forzado y desagradable, pero en general era una buena cosa. En resumen, el Senado prometía a los soldados, como parte de su contrato, un lote de tierra para instalarse como pago por una vida de servicio militar. En origen, este lote era en tierra italiana, pero para esta época había muchos más soldados que tierras italianas libres, y asimismo muchos soldados tampoco eran italianos, de modo que los asentamientos en nuevos territorios eran beneficiosos para todos. Además, a estos

veteranos no se les dejaba caer en medio de la nada; Colonia Agrippinensis se construyó encima de una ciudad ya existente que era la sede de la tribu germánica de los ubios, aliados de Roma y muchos de los cuales servían en las legiones. Desde un punto de vista romano, era un lugar apenas habitable, sin las comodidades típicas romanas, sin cultura, sin togas, pero era una ciudad lo bastante relevante como para albergar un altar local al culto imperial. Así, siempre que se consideraba necesario o útil rogar por el emperador, toda la gente de la zona se congregaría en lo que se denominaba Ara Ubiorum (el altar de los ubios) para presenciar los sacrificios y lo que hiciera falta. Convertirse en colonia era una mejora muy importante para los ubios; de ser unos bárbaros aliados pasaban a ser ciudadanos romanos que vivían en una ciudad bajo el patrocinio de la emperatriz, ni más ni menos. Colonia Agrippinensis fue la única colonia de esta época que se originó como el proyecto personal de un miembro de la casa imperial, y el único lugar que se fundó en el lugar de nacimiento de una emperatriz (o de un emperador, de hecho). Todo ello era una gran cantidad de prestigio, que se añadía a una cantidad ya nada desdeñable.

El objetivo de una colonia era ser el punto de referencia de la cultura romana en una región, ser la ciudad escaparate para que todo el mundo que viviera en la zona se diera cuenta de lo magnífico que era ser romano. Y ser romano, en comparación con ser cualquier otra cosa en occidente, era genial. Así, en Colonia Agrippinensis se erigió un templo a los dioses conocidos como la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva) y un altar para el culto imperial. La nueva colonia tendría a Agripina como patrona, lo que significaba que la emperatriz en persona abogaría para que recibiera cosas interesantes, como dinero, nuevos edificios, exenciones fiscales y cosas por el estilo. Y también tendría un estilo de vida romano: termas donde socializar y masajearse con aceite y foros donde hacer negocios. También se aplicaría la ley romana, que era bastante más coherente y ofrecía más protección que las normas consuetudinarias no escritas, mucho más azarosas. Estoy a un tris de recitar ese famoso discurso de La vida de Brian, de Monty Python, porque en el fondo es bastante exacto. Si no lo has visto, deberías hacerlo ya mismo, pero para resumir, en La vida de Brian, Reg recita (a regañadientes) las cosas buenas que los romanos han traído a Judea: higiene gracias al alcantarillado, educación, vino,

orden público, irrigación, medicina, un sistema de distribución de agua potable y salud pública. Si vivías en una colonia romana, disponías de todas estas cosas, pues los proyectos de ingeniería civil eran uno de los puntos fuertes de los romanos. Pero hay dos cosas que destacan por encima de todas las demás del discurso de Reg, porque modificaban el paisaje y la naturaleza de una zona: las carreteras y la paz.

Cuando hablamos de carreteras queremos decir vías rectas y transitables bajo cualquier condición meteorológica (es decir, que no eran un lodazal durante cuatro meses al año). La paz llevaba consigo la eliminación de la mayoría de las amenazas durante los viajes o durante los negocios cotidianos, así como el acuartelamiento de un ejército permanente para protegerte de amenazas externas como una banda de germanos enojados. Estos dos elementos significaban, en resumen, que todo el mundo podía hacer más cosas. Los hombres no tenían que ir a la guerra regularmente a matar a otros germanos, la gente podía viajar de una ciudad a otra sin miedo a caer en un pozo, a quedarse encallada o a ser asesinada por unos bandidos. A efectos prácticos, implicaban más industria y más comercio. En concreto, en Colonia Agrippinensis, la población en seguida encontró su lugar en la economía imperial haciendo y exportando vidrio en grandes cantidades, tanto artesanal como de consumo masivo. Durante siglos, incluso después de ser capturada por los francos en el siglo iv, Colonia Agrippinensis fue uno de los grandes centros de la manufactura y el arte del vidrio en occidente; fue un centro comercial, artístico y cultural desde el principio. Y todo en nombre de Agripina.

Los habitantes de la nueva colonia, tanto los colonos como los ubios que ya vivían allí, estaban excitados por su nueva posición y por su patrona. En seguida se refirieron a ellos mismos (y durante mucho tiempo después) como agrippinenses, 'agripinenses'. En cambio, la ciudad se fue conociendo simplemente como la colonia (no muy diferente de Constantinopla, que durante siglos se conoció como la ciudad),[6] de modo que Colonia Agrippinensis se convirtió en Colonia, que acabó siendo su nombre definitivo hasta la actualidad (y, en alemán, Köln). En el año 50 Agripina no podía saber que 1950 años después su ciudad aún existiría y sería importante. Solo

había un puñado de colonos que se estaban instalando y empezaban a construir templos, murallas y un teatro (que los arqueólogos aún no han hallado). Aún no se llamaban a ellos mismo agrippinenses. En ese momento, para Agripina, la fundación de la colonia era su demostración ante el Senado y el pueblo de Roma y ante la corte imperial de que tenía poder de verdad.

A diferencia de cualquier otra mujer romana antes que ella, Agripina ostentaba poder verdadero, no solo influencia. Tácito nos lo explica en su tremebunda introducción a los años de su reinado y usa una palabra que nunca se utiliza para una mujer: nos dice que tenía potestas. La potestas se contrapone a la influencia, que es lo que las mujeres solían tener. Influencia implica que una mujer tenía que persuadir a un hombre para que llevara a cabo sus deseos o alentarlo a seguir un determinado camino; la influencia era transitoria y, en el fondo, poco útil. La primera cita que anoté cuando empecé a preparar este libro fue una de Tácito, que dice: «es ley del destino que [la influencia] rara vez sea duradera».[7] Se basa en que sea otro quien ejecute lo que se quiere. Es por ello por lo que Agripina quería potestas. La potestas era la capacidad de actuar, el poder de hacer cosas en público. En latín tiene una cierta connotación de dominio sobre los súbditos. Por ejemplo, en la ley romana, el padre tenía el derecho legal llamado patria potestas (la patria potestad, es decir, el poder del padre) que le confería el derecho a controlar a todos los que estaban bajo su poder; esclavos, esposas e hijos vivían todos bajo la patria potestas del cabeza de familia. Esta potestas incluía la capacidad de matar a cualquiera que estuviera sometido a ella, si se tenía una buena razón, sin repercusiones legales ni sociales. Está claro que, en la práctica, esto era complicadísimo, pero en cualquier caso era esta la implicación del término potestas. No se trataba de una influencia pasiva, sino de un poder activo. Y Agripina era la primera mujer en la historia de Roma en ostentar tal poder. Más o menos.

Como pasa con todo lo demás, tanto Tácito como Agripina tergiversan un poco las cosas. Dentro de las estructuras legales y políticas de Roma, Agripina no podía ostentar una verdadera potestas; no podía aparecer en la curia y ordenar al Senado que

cumplieran su voluntad; no podía asistir a un juicio y decidir el destino de sus súbditos; no podía reclutar ni dirigir un ejército, aunque no tengo duda alguna de que soñó con poder hacer tales cosas en sus momentos de asueto. La cumbre de su poder, en cambio, era esa desdibujada zona de transición entre lo público y lo privado, entre el poder y la influencia, entre la masculinidad activa y la feminidad pasiva. En tanto que Augusta, la emperatriz, sentada al lado de su marido y fundadora de ciudades, estaba penetrando en espacios que nunca antes habían estado abiertos a una mujer, pero la puerta permanecía solo entreabierta. Agripina solo podía gritar sus instrucciones a través de una rendija en la puerta de la curia y esperar que los hombres que ostentaban la verdadera potestas hicieran lo que ella decía. Por suerte para ella, parece que, en su mayor parte, ellos hicieron justo lo que les ordenaba, y con satisfacción. A diferencia de los primeros años del gobierno de Claudio, no hay pruebas de ningún intento serio de rebelión ni de agitación política. En parte, parece que fue así porque a la gente le gustaba Agripina y le gustaba las cosas que hacía. La fundación de una ciudad con su propio nombre se antoja un poco la fantasía de un líder a quien se le ha subido el poder a la cabeza; es un acto que se asocia a dictadores tiránicos (cosa que los emperadores romanos eran, sin duda), pero en realidad la fundación de colonias era bastante popular. Representaba la propagación de la buena cultura romana a los pobres bárbaros que aún no habían adoptado la libertad y el lujo de una buena toga y de un buen masaje con aceite de oliva. Era una demostración del poder y el dominio de Roma en los límites del Imperio y los rudimentos de la ocupación definitiva de lo que posteriormente sería la provincia de Germania Inferior.

A los ojos de las clases altas romanas, se trataba de una muestra normalísima de civilización romana, en línea con los esfuerzos previos de Claudio en este campo, pero mucho mejor y de una forma que honoraba a la emperatriz. A ello ayudó que Claudio había arruinado su más reciente esfuerzo colonizador en Britania fundando una colonia donde ya vivían pueblos hostiles, apropiándose de la tierra de los habitantes originales sin darles nada a cambio y matando a un montón de gente en el proceso. Así, en comparación con los esfuerzos solitarios de Claudio en el proyecto civilizador imperial, la contribución de Agripina fue pacífica, conectada con el glorioso pasado de Agripa y Germánico y

gloriosa en sí misma. Agripina tenía un talento natural para encontrar las cosas que la beneficiaban y que también beneficiaban a todo el mundo, y esta fue la clave de sus años de gloria.

El triunfo final de Agripina, la guinda en el pastel del año 50, fue su representación en las monedas como igual a Claudio, monedas que circulaban por todo el Imperio. Quizá recuerdes que, durante su breve época como amada hermana del emperador, Agripina había tenido el honor de ser la primera mujer con vida que aparecía en una moneda, junto con sus hermanas. Desde entonces, algunas otras mujeres también habían aparecido en monedas (incluso la pobre Mesalina), pero Agripina había llegado para reclamar su corona como la mujer más relevante de la época en todos los campos, incluida la numismática. El formato tradicional de las acuñaciones romanas solía ser bastante similar al nuestro (aunque no siempre). Tal como una moneda española suele mostrar al rey en el anverso y algún diseño o imagen en el reverso, las monedas imperiales romanas tenían el rostro del emperador en un lado y una imagen en el otro, imagen que solía ser algo que se quería conmemorar o una virtud con la que el emperador quería asociarse. En la primera moneda pionera de Agripina, las tres hermanas habían aparecido como tres diosas que representaban la armonía, la seguridad y la fortuna en el reverso de una moneda que mostraba a Cayo en el anverso. En esa moneda Cayo aún era la figura principal. La innovación de Agripina fue aparecer junto a su marido en el anverso de la moneda, como su igual. Ya no era una imagen genérica que representaba virtudes divinas o que se usaba para reflejar las buenas cualidades de un hombre; ahora era una mujer real, de carne y hueso, una emperatriz. Además, se conservan grandes cantidades de monedas de este tipo, muchas en muy buen estado, lo que sugiere que en su momento se acuñaron muchísimas; suficientes para que nadie se quedara sin por la zona... y digo en la zona porque estas monedas no se acuñaron en Roma, lo que hubiera provocado ataques al corazón en los senadores, no muy diferentes de la rabia que se adueñó de unos cuantos machotes cuando descubrieron que en la siguiente película de Los Cazafantasmas estos serían mujeres. Las monedas se acuñaron en grandes cantidades en Éfeso, que recordarás que es la ciudad en la que Agripina pasó un año con Pasieno al inicio del reinado de Claudio y donde parece que era una persona muy querida.

Pero Agripina todavía no había acabado con sus muestras de poder y de posición excepcional. También se acuñaron monedas y se esculpieron estatuas en las que llevaba una corona; de hecho una diadema, para ser más precisos, a medio camino entre una típica gran corona de oro y una pequeña tiara. Igual que con el título de Augusta, en la historia romana no se había representado nunca a ninguna mujer llevando una diadema y estando aún con vida; igual que con el título, la diadema confiere un aire de realeza y divinidad. Es precisamente en esta época en que encontramos por toda Europa estatuas de Agripina tocada con una diadema, la mayoría de las cuales parecen originarias de la ciudad de Roma. De la misma época, podemos admirar una estatua en Afrodisias, esculpida en el costado del templo de Augusto, que nos muestra a Claudio (desnudo y con un aspecto sospechosamente joven y atlético) siendo coronado por un hombre cuya cabeza ha desaparecido (y por tanto no podemos identificar) y dándose la mano derecha con Agripina. La imagen de darse las manos es muy habitual en el arte romano y representa igualdad y alianza; en Afrodisias, Claudio lleva la corona, pero Agripina es su compañera a la hora de gobernar.

EMPERATRIZ DE ROMA

Al empezar el año 51, Agripina estaba en la cresta de la ola y, a pesar de ser ya la reina del mundo occidental, su situación continuaba mejorando. Entre el 51 y el 54, Agripina gobernó el Imperio junto a Claudio, sin recato y sin intentar ocultar su papel. Ahora repasaré estos años conjuntamente, pues casi nada amenazó su poder ni el reinado de Claudio. Agripina trabajó con esmero y con cautela para garantizar que el Imperio funcionara sin tropiezos, para que no hubiera ninguna perturbación y para asegurar que Nerón sería el siguiente en la línea sucesoria.

Ese año empezó con el quinto consulado de Claudio, para celebrar los diez años del asesinato de Cayo y de la sumisión del Senado a Claudio y a su ejército. Él solía referirse a esto como su acceso al trono, pero claro, todo está abierto a interpretaciones. Justo al empezar el año, se celebraron varios actos públicos significativos que situaron a Agripina y a Nerón en el centro de la familia imperial. Según Tácito, el primer acto de Claudio fue conceder a Nerón su toga viril. Era lo más temprano que Nerón podía recibir su toga y ser elegible para los derechos y las obligaciones de la ciudadanía. Este momento no era cualquier cosa; era un acto muy importante tanto para Nerón como para el Estado romano y para Agripina.

Con Cayo ya nos habíamos topado con el rito de la toga viril. Nerón la recibió en una edad normal y con un gran espectáculo. La ceremonia empezaba retirando la bulla y consagrándola a los dioses del hogar; pero aquí estamos en un hogar imperial, que también tenía divinidades propias, de modo que es probable que Nerón no solo consagrara su bulla a los lares habituales, sino también a su divino bisabuelo Augusto y a su divino tatarabuelo Julio. Estos actos eran la parte privada e íntima del paso a la edad adulta. Dejar la bulla, algo que había sido parte del chico desde su nacimiento, y la comunión personal con los dioses familiares, serían momentos

muy significativos. Dejar atrás la dependencia y la protección de la niñez y entrar oficialmente en el mundo adulto era un gran paso adelante, uno sobre el cual no se tenía ningún control. Al igual que cualquier gran ocasión ceremonial (puedes pensar en tu boda, en tu primera comunión, en el día que perdiste la virginidad, en tu bar mitzvá o bat mitzvá, en cualquier momento que para ti represente haber entrado en el mundo adulto), estaba cargada de emoción, excitación y miedo.

El siguiente paso era el cambio de ropa. Los niños varones llevaban una pequeña toga con una banda de color púrpura (para evitar que alguien no se fijara en el gran collar que llevaban y lo confundiera con un adulto), mientras que los adultos vestían una toga blanca sin más. Nerón se despojó de sus ropajes de niño y asumió la personalidad totalmente nueva que implicaba la nueva vestimenta. Al salir de casa, que era el siguiente paso de la ceremonia, ya era percibido de un modo completamente diferente; ahora quedaba identificado con claridad como un adulto, tal como antes quedaba identificado como un niño. Una vez vestido, es muy posible que todos los miembros de la casa lo arrullaran en su nueva toga de mayor, tal como hoy las familias arrullan a los niños el primer día de escuela, por ejemplo. Me gusta imaginarme a Agripina en el atrio del palacio, esperando a que apareciese su mequetrefe de 13 años, apenas entrado en la pubertad; me la imagino llena de orgullo, y tal vez aliviada, mientras Nerón aparece hecho ya un hombre. Tras los años separada de él durante el destierro, más los años que pasó fuera de Roma, temerosa de las ambiciones de Mesalina con Británico; tras el momento de terror que debió de sentir cuando el pueblo aclamó a Nerón mucho más que a Británico en los juegos seculares, y supo que Mesalina no lo aceptaría; tras las siguientes semanas de tensión; tras todo lo que había vivido como hermana de Cayo e hija de Germánico; tras todo ello, había garantizado la seguridad para ella y para Nerón. Y luego se había convertido en emperatriz y su hijo sería el heredero al trono, porque el mensaje público que daba la ceremonia de la toga viril era proclamar con claridad la línea familiar, era decir «este es mi hijo y seguirá mis pasos». En el caso de cualquier donnadie (pongamos Publio Fulano de Capua), una afirmación así llegaba a bien poca gente, pero en el caso del emperador, llegaba a todo el mundo, así como sus implicaciones: el siguiente emperador ya estaba decidido.

Para que el mensaje quedara claro, Nerón y Claudio, tras una gran cantidad de lictores y es posible que seguidos por un pequeño ejército de clientes y lacayos, salieron de palacio y caminaron hasta el foro de Augusto, donde celebraron una ceremonia formal, rodeados por las imágenes de la gloria de Roma y del deber filial diseñadas por Augusto. El foro de Augusto, completado en el año 2 a. C. era un monumento excepcional a la habilidad de Augusto como propagandista. En un extremo se situaba el templo de Marte Vengador, consagrado después de que Augusto derrotara a Bruto y Casio en Filipos y así se cobrara la venganza por la muerte de Julio César. Al pie de la escalinata del templo se alzaban arcos dedicados al hijo de Tiberio, Druso, y al abuelo de Nerón, Germánico. Rodeando el foro se levantaban estatuas de Eneas y de Rómulo, los dos fundadores de la ciudad (y el primero, otro ancestro divino de la familia julia), y de muchos otros héroes famosos de la dinastía julia, incluido el propio Augusto como Padre de Roma. Para cualquier chaval, su primera entrada en un espacio tan grande y monumental tenía que ser abrumadora. Para Nerón, debía de ser una celebración gloriosa y quizá aterradora de su familia y de sus obligaciones de proseguir con los extraordinarios logros de sus antepasados. En la escalinata del templo de Marte Vengador se celebró una ceremonia oficial de transición, solemne y en presencia del Senado y el pueblo de Roma. Después de esto, Nerón ya era oficialmente adulto y ciudadano y, extraoficialmente, el heredero del Imperio romano.

Una vez concluida la ceremonia, como sucede tras un matrimonio, hubo una fiesta, a la cual se invitó a todo el Senado, clientes, amigos y familiares. Claudio tenía cierta fama de celebrar buenas veladas, y se dice que en este caso hubo hasta 600 invitados, más todo el boato de un buen guateque romano. Debió de ser todo un fiestón; como una especie de puesta de largo, fiesta de quince años, baile de graduación y bar mitzvá todo en uno. Fue una gran celebración de la entrada de Nerón a la edad adulta, del final de su niñez protegida y dependiente y del inicio de su vida de verdad. Y presidiéndolo todo tenemos a Agripina, al lado de Nerón, para que no hubiera ni la más mínima duda de quién era su madre y de a quién debía esta fiesta espectacular y su futuro. En las representaciones artísticas del momento, Agripina y Nerón eran inseparables. Cuando se esculpía una estatua del joven Nerón, antes

de convertirse en emperador, se hacía hincapié en su linaje julio más que su adopción en la dinastía claudia, y se hacía referencia a su madre o a su abuelo materno; en Asia se llegó a representar a Nerón en una estatua como hijo natural del divino Agripa, sin referencia alguna a su padre adoptivo y emperador de Roma.[8] Esto también se daba en Roma. En algún momento durante el año siguiente, Nerón cayó enfermo pero se recuperó y en el Senado se expresó oficialmente el agradecimiento por su recuperación; esto lo sabemos porque el agradecimiento quedó registrado en los archivos de los hermanos arvales y en ellos Nerón se describe como el descendiente de Agripina e hijo de Claudio. Incluso en los archivos oficiales, Agripina queda ligada a Nerón, con precedencia sobre su marido, lo que es algo asombroso en un mundo que consideraba a las mujeres como poco más que úteros andantes y poco fiables y teniendo en cuenta que su esposo era el emperador. A través de Nerón, Agripina pudo sobrepasar incluso su posición como compañera del emperador y, en algunos aspectos, convertirse en su superior.

Durante los días siguientes, el trío imperial de Nerón, Agripina y Claudio se aseguró de que no quedara nadie en el Imperio que no conociese el nombre de Nerón. Este hizo regalos al pueblo de Roma y entregó dinero a los soldados, lo mejor que se podía hacer, sin duda, para que la gente te recordara y te apreciara. Luego dirigió a la guardia pretoriana en unos ejercicios, guiándolos en sus maniobras, que en realidad solo era un poco de instrucción en el Campo de Marte con toda la panoplia. El hecho de que Nerón estuviera presente, llevando un escudo y con la armadura completa, dirigiendo a su poderoso ejército privado, era una imagen impactante, difícil de olvidar. Sin duda, los fornidos pretorianos iban apenas trotando a medio paso tras este chiquillo regordete, esforzándose por parecer que lo estaban haciendo en serio y, sobre todo, procurando no adelantar a su futuro emperador; seguro que para ellos fue una mañana deprimente. Pero recibieron dinero en lugar de unas cuantas heridas y la imagen resultó muy convincente.

En estos tres años, Nerón fue expuesto progresivamente a la luz de los focos, pero no estaba solo; estaba al lado de su madre. El siguiente gran momento para Agripina se produjo cuando Carataco llegó a Roma. Carataco era un destacado rebelde britano que había

dirigido la resistencia britana contra la colonización romana; era hijo del rey de los catuvellaunos, una de las tribus más importantes del sur de Britania, que incluía partes de los actuales condados de Hertfordshire, Bedfordshire, Cambridgeshire, Buckinghamshire y Northamptonshire. Si bien los catuvellaunos parece que no tuvieron grandes problemas con los romanos (la actual ciudad de St. Albans, o Verulamium, fue creada entonces y se convirtió en una ciudad destacable), Carataco se lo tomó personalmente y se alió con los icenos y unas cuantas tribus más para provocar problemas a los romanos y hacer que su asentamiento en Britania fuera aún más terrible de lo que ya era. Tras unos cuantos años de escaramuzas, Carataco fue derrotado en un brutal enfrentamiento en Gales y se refugió en las tierras de los brigantes (en el actual Yorkshire) bajo el mando de la reina Cartimandua. Pero Cartimandua estaba encantada con la presencia romana, de modo que no tardó en entregar a Carataco al gobernador que, complacido, lo envió en seguida a Roma como prisionero de guerra, para que desfilara ante el pueblo y fuera humillado ante Claudio.

A Tácito le encanta Carataco, porque le encanta el estereotipo del buen salvaje. Otro de los libros de Tácito es la Germania y es la versión romana de esos libros tremendamente racistas sobre africanos escritos por los británicos mientras pisoteaban el continente. Es un punto de vista racista y condescendiente porque considera que los germanos son apenas un dechado de virtudes humanas afectadas, demasiado estúpidos y desgraciados para ser otra cosa; estamos inmersos en la imagen del noble salvaje. En el relato de Tácito, Carataco, nuestro noble salvaje, es llevado a Roma, donde su reputación era tremenda como resultado de una década de tocar las narices al ejército romano; así pues, Claudio decidió celebrar una especie de triunfo en miniatura para celebrar su captura y que toda Roma pudiera verlo. Carataco, su mujer y sus hijos, junto con sus aliados y todo el botín enviado desde Britania, desfilaron por la ciudad, ante una multitud de romanos boquiabiertos, desesperados por ver a un bárbaro britano en carne y hueso. El desfile finalizó ante Claudio, sentado en un trono que se alzaba sobre una tarima, por encima de sus súbditos, y con la guardia pretoriana mostrando sus estandartes detrás de él. A su lado, en una tarima separada y frente a las insignias, también estaba sentada Agripina. Citando a Tácito, «[d]e igual modo, ella quería

ser partícipe del Imperio conquistado por sus mayores».[9] Como espectáculo, era único. Ninguna mujer se había sentado nunca en un palco para recibir a un extranjero, con responsabilidades oficiales, ni ninguna otra volvería a hacerlo en mucho tiempo. Ninguna mujer se había atrevido. Era una afirmación del poder que tenía Agripina en ese momento: había hecho preparar y construir una tarima y un trono al lado del de su marido y luego salió de casa junto a Claudio, se acercó a la tarima, subió y se sentó en el trono ante el pueblo, el Senado y el ejército. Sin duda, todos los ojos de la ciudad estaban puestos sobre ella en ese momento, y ella era bien consciente de cada uno de sus movimientos. Aunque no tengo ninguna duda de que todo el mundo se quedó embobado y cuchicheaba y de que los senadores se estremecieron de espanto, nadie se atrevió a impedirlo. Su tarima y su trono estaban preparados; subió y se sentó al lado del emperador. Luego, Carataco hizo algo extraordinario, que subrayó el poder de Agripina y su igualdad con el emperador. El caudillo británico pronunció un discurso, que Tácito nos transcribe como un texto de extraordinaria nobleza y que maravilló a Claudio de tal modo que perdonó a Carataco y a su familia y los liberó. Los britanos agradecieron el perdón y seguramente adularon un poco a Claudio, como era tradicional, pero luego se dirigieron a Agripina y repitieron sus agradecimientos y adulaciones como compañera de Claudio que era. Parece lógico que así lo hicieran, pues estaba sentada a su lado, regia, majestuosa y adusta. La primera auténtica emperatriz de Roma.

MADRE Y MADRASTRA

> [P]odría así el pueblo contemplar a este con la pompa imperial y a aquél con el vestido de la infancia y, consecuentemente, comprendería el destino que le esperaba a uno y a otro.[10]

Ser emperatriz del mundo romano no se limitaba a sentarse en tronos y ser llevada en literas arriba y abajo; esto quizá era un 25%, el resto era trabajo duro. El puesto de emperador (y emperatriz) no era un cargo meramente ceremonial, como ser la reina Victoria, emperatriz de la India. Era un trabajo a tiempo completo que implicaba ocuparse de un montón de aspectos administrativos, escuchar a varias personas hablar sobre mil y una cosas y leer y dictar cartas. Tenemos alguna idea de lo que era este trabajo gracias a los diez volúmenes de cartas de Plinio el Joven, uno de los cuales está formado exclusivamente por cartas a su emperador, Trajano, enviadas mientras Plinio era procónsul de Bitinia (en la actual Turquía).[11] Estas cartas son insoportables; aburridas y aduladoras. Cuando éramos estudiantes, mi amiga Helen y yo las llamábamos «cartas "Posdata: Trajano, ¡te amo!"». Cierto es que Plinio fue enviado a ocuparse de una provincia problemática, pero el grado de detalle de sus preguntas muestra lo implicado que podía estar el emperador en las vidas cotidianas de la gente a lo largo y ancho del Imperio. Todas tratan de cosas tediosas, como de si una comunidad local puede organizar un cuerpo de bomberos (no), si debe cubrir una alcantarilla apestosa (sí), si debe matar a unos cristianos (sí) y a unos cristianos apóstatas (no), si su esposa puede usar un correo imperial (sí), y un largo etcétera. No había casi nada que Trajano no supiera sobre lo que pasaba en Bitinia y Trajano pasó todo su reinado conquistando pueblos; Claudio solo pasó una semana conquistando Britania y luego trece años respondiendo cartas. La cantidad de información que llegaba cada día de funcionarios, ejércitos e individuos de todo el Imperio era abrumadora, y era

trabajo del emperador ocuparse de todo ello. No es sorprendente que dejara que Agripina se implicara; es posible que rompiera un poco el tedio.

Antes de Agripina, estaban los libertos. Los recordarás por esos grandes momentos como el asesinato de Mesalina o el debate poco convincente sobre las esposas de Claudio. Esta es la razón por la que los tres libertos tenían tanto poder: controlaban el flujo de información que llegaba al emperador y la puesta en práctica de las demandas de este. En el caso de Claudio, era Narciso quien controlaba la correspondencia; la recibía, la leía al emperador, anotaba la respuesta y daba las órdenes necesarias. Y utilizaba su cargo para congraciarse tan bien con el emperador como amigo y como (debo subrayar esto) antigua propiedad extremadamente fiel, que en el año 43 Claudio lo envió a sofocar una revuelta entre las tropas. Además, recordemos que fue fundamental a la hora de encauzar todo el asunto de Mesalina mientras Claudio se escondía, lloraba y comía. Durante toda una vida en el cargo, Narciso logró amasar una fortuna de 400 millones de sestercios, lo que es suficiente para alimentar a un romano durante 57.154.857 días o, lo que es lo mismo, 156.555 años. Demasiado, si hemos de ser honestos, pero es representativo de las cantidades que se manejaban entre la clase alta romana. No se trata de romanos medios, son los Amancio Ortega y los reyezuelos saudíes de la época; el 1 por ciento del 1 por ciento. A Narciso también se le concedieron los privilegios de los cuestores, que era la magistratura más baja para un senador, pero una posición muchísimo más alta que ser un liberto, que no era más que un antiguo esclavo que tenía prohibido legalmente participar en actos públicos, como las mujeres. Esta situación indignaba a la gente.

Pero después de la muerte de Mesalina y con la entrada de Agripina en la casa imperial, Narciso no era nada en comparación con Palas. Este estaba a cargo de las finanzas imperiales, con lo que decidía cuánto dinero iba a cada parte del Imperio, y consiguió hacerse inmensamente rico. Tan rico que logró que otros romanos ricos se sintieran incómodos. Más rico que Narciso, también lo superaba en su vestimenta a la moda y en su ascenso social, pues se le concedieron los privilegios de los pretorianos: un honor militar incluso superior al de un pretor. El Senado le agradeció su excelente

propuesta sobre el estatus de las mujeres libres que se casan con esclavos, un agradecimiento que se ha conservado gracias a Plinio el Joven, que rechazaba con fuerza la idea de que un liberto tuviera acceso al Senado. Plinio escribió dos largas cartas en que reproduce el discurso de agradecimiento y el texto del monumento que se erigió en honor a Palas en la vía Apia; casi podemos oír a Plinio vomitar mientras escribe esas líneas. Su repulsión es genuina y palpable. También nos dice que a Palas se le concedió el derecho de llevar un anillo de oro. Esto parece una tontería; yo misma llevo un anillo dorado mientras escribo esto. Pero en Roma el anillo de oro era un derecho llamado ius annulorum o ius annuli aurei, y solo se concedía a senadores y magistrados. El resto se tenía que conformar con anillos de hierro. Un liberto con un anillo de oro era como una mujer con toga o un burro parlante: hilarante por su imposibilidad. Pero Palas lo hizo y Agripina hizo que el Senado le concediera tal derecho. Nunca podría ser senador, votar o dirigir un ejército, pero para un espectador fortuito sería imposible diferenciarlo de los hombres que sí podían.

Agripina se implicó de inmediato en la tarea de dirigir el Imperio, lo que significa que tenía que trabajar con Palas y con Narciso. Trabajar con Palas era fácil; eran buenos amigos y se protegían mutuamente. Agripina se aseguró de que a Palas le llovieran honores y dinero y se preocupó por su familia, mientras que Palas, a cambio, se aseguró de que Agripina consiguiera lo que precisaba y el dinero necesario para llevarlo a cabo. Narciso, en cambio, parece que era un colega más complicado. Estaba molesto porque su terrible sugerencia (pero, al menos, no incestuosa) en el debate sobre la futura esposa de Claudio en el 49 no había sido tenida en cuenta. También se había convertido en el rostro público del desastre de Mesalina, pues fue él quien se encargó de ordenar su ejecución, una ejecución sumaria que había resultado muy impopular; a la gente no le gustaba la idea de mujeres imperiales asesinadas por libertos en jardines, y Narciso se había llevado la mayor parte de las miradas de resentimiento. Esto no parece haber molestado a Claudio, pero sí a Narciso. Cuando Agripina subió a bordo como emperatriz con Palas a sus espaldas, la mejora del estatus de Palas parecía clara, algo que a Narciso no le gustaba nada, por razones evidentes. El hecho de que Agripina eclipsara rápidamente a cualquiera de las esposas anteriores de Claudio y

pasara a ser una colega pública casi legítima del emperador, enfureció a Narciso. Bajo las tres mujeres anteriores de Claudio, Narciso había sido lo más cercano a un buen compañero que había tenido el emperador, en lo privado y en lo público. Narciso solucionaba los problemas, arreglaba los desastres de Claudio y tomaba decisiones cuando Claudio no podía. Pero ahora aparece esta mujer joven y hermosa, antes deshonrada, y le roba todos sus poderes especiales; y, claro, que fuera una mujer (¡una mujer!) era aún más irritante. Recordemos que Narciso había sido esclavo de Antonia, la madre de Claudio, y Antonia era una mujer de lo más tradicional. La reputación de Antonia es tan tremenda que se rumoreaba que había dejado morir de hambre a su hija como castigo por cometer adulterio: la había encerrado en una habitación de su casa y la había estado oyendo suplicar comida durante días. No importa si sucedió así o no; ella era lo bastante siniestra como para que la gente lo creyera. Antonia se hubiera arrancado los ojos antes que actuar como personaje público y habría degollado a Claudio con sus propias manos si hubiera llegado a saber que su hijo permitía algo así a Agripina. Con respecto a Antonia, Agripina era como eran las chicas de los sesenta, con minifalda y pidiendo aborto libre y gratuito, con respecto a sus abuelas victorianas. Agripina se pasaba por la entrepierna los papeles femeninos tradicionales y Narciso no lo soportaba; a veces me lo imagino llorando con un retrato de Antonia agarrado entre sus manos.

El relato principal de Tácito y, en consecuencia, el de casi todos los historiadores modernos, es que Agripina estaba obsesionada por garantizar que Nerón sucediera a Claudio, algo a lo que se dedicó con ahínco durante todos sus años como esposa de Claudio, y esto era la clave de su mala relación con Narciso. En la versión de Tácito y de Dion de estos sucesos, Narciso era un ferviente partidario del hijo biológico de Claudio, y quería que fuese emperador. Como resultado, los historiadores articulan un conflicto entre Agripina y Narciso que convierte a Agripina en poco más que una furcia sedienta de poder que usa a su propio hijo para sus ambiciones personales, a la vez que arruina a un pobre niño inocente y sus derechos. Narciso no aparece exactamente como un héroe, porque es un liberto griego y, en consecuencia, es casi igual a una mujer por lo que respecta a la aversión que provocaba en un senador romano, pero sí que se sitúa en el bando de la justicia inmutable;

defendía el derecho natural de Británico a ser emperador (tal vez pienses que resulta algo sorprendente que Tácito apoye tal cosa, pero solo tienes que recordar lo mucho que odia a Agripina) y era el único en darse cuenta del malvadísimo plan de Agripina para marginar al pobre Británico y sustituirlo por Nerón.

Este relato es claramente ridículo. Para empezar, fue Narciso quien dio la orden de asesinar a la madre de Británico. Si había alguien a quien Británico no iba a querer tener en su equipo, seguramente sería Narciso; si había alguna persona que se iba a cortar por accidente su propio pescuezo mientras se peinaba cuando Británico se convirtiera en gobernante supremo, era Narciso. La idea de que Británico, un niño que tenía ocho años cuando su padre se casó con Agripina y nueve cuando adoptó a Nerón, fuera un candidato viable para gobernar resulta risible. Y la idea de que Narciso iba a luchar por los derechos de un chaval de nueve años, solo por la bondad de su corazón y por su deseo de justicia biológica es aún más chistosa. Desde el día en que Nerón recibió su toga viril (una ceremonia en la que, recordemos, Claudio participó con entusiasmo) estaba claro como el agua que Nerón ya era un hombre y un ciudadano mientras que Británico era solo un niño; Nerón iba vestido con la toga totalmente blanca de un adulto mientras que Británico vestía una túnica o una toga pretexta, con su enorme bulla. Se da mucha importancia a esta distinción, como si el hecho de que Nerón fuera un adolescente que estaba pasando los típicos estirones de la pubertad mientras que Británico era todavía un niño pequeño no fuera un factor a tener en cuenta. En cualquier caso, en términos de «buena óptica», de imagen pública, era bastante efectivo. El problema es que bastante efectivo nunca es suficiente cuando se trata del peliagudo asunto de la sucesión, de modo que Nerón también fue nombrado cónsul designado, lo que significaba que llevaba la indumentaria consular. No era solo un adolescente de 13 años al lado de un crío de nueve, ni un hombre al lado de un niño, era un magistrado al lado de un niño; un chaval de nueve años al lado del vicepresidente. Y por si esto no era suficiente, se organizaron unos juegos y la familia imperial desfiló ante la multitud para que los vitoreara, como era tradicional. Británico iba con la versión romana de los pantalones cortos y Nerón iba vestido como si estuviera recibiendo un triunfo militar. Tácito dice que el objetivo era que «podría así el pueblo contemplar a éste con la

pompa imperial y a aquél con el vestido de la infancia y, consecuentemente, comprendería el destino que le esperaba a uno y a otro»,[12] y Tácito sabe mucho de imagen pública. No podemos negar que Tácito tiene razón: se estaba mostrando a Nerón como el sucesor de Claudio.

Para subrayar todo esto aún más, a Nerón se le concedió otro título, el de princeps iuventutis, que podemos traducir como 'príncipe de la juventud'. Se trata de un título creado por Augusto para sus nietos (y tíos de Agripina), Cayo y Lucio César, del mismo modo que se sacó de la manga los títulos de Augusto y Príncipe para él mismo. Antes de Tiberio (mucho antes), Cayo y Lucio quedaron señalados como la opción preferida de Augusto como sucesores suyos. Eran sus nietos biológicos, hijos de Julia y de su gran amigo Agripa, y estaba tan encantado con ellos que los adoptó en el 17 a. C., cuando Lucio solo tenía meses y Cayo tres años. Cuando recibieron sus togas viriles, en el año 2 a. C., también se les concedió el título de princeps iuventutis. Era una forma de reconocer que eran demasiado jóvenes como para tener poder real u ostentar cargos pero que en cualquier caso eran especiales, mejores que cualquier otra persona, y de que si alguien los tocaba habría problemas. Todo el montaje de los príncipes de la juventud era una gran astucia de Augusto para asegurarse de que no era un monarca aislado, sino que el sistema de gobierno que había pasado décadas construyendo continuara sin contratiempos y no se volviera al horror de las guerras civiles. Por desgracia para Augusto, Lucio murió de unas fiebres el año 2 y, luego, 18 meses más tarde, también murió Cayo, de una enfermedad diferente. Augusto tuvo que adoptar a Tiberio a regañadientes y el resto ya es historia. Esta fue la última vez que se había usado el título de príncipe de la juventud;[13] ahora, que Claudio se lo otorgara a Nerón era una copia clara de Augusto concediéndoselo a Lucio y a Cayo, y todo el mundo era consciente de ello. No se trataba solo de que Claudio concediese un gran honor a Nerón y a Agripina y de que se representara a sí mismo con un nuevo Augusto, sino también de que él estaba pensando en el futuro.

Claudio también copió a Augusto al nombrar a Nerón cónsul designado, algo que Augusto también hizo con Cayo y Lucio. Se trataba de una promesa para el futuro, según la cual, cuando Nerón

llegara a los 19 años, sería cónsul. La medida concedía a Nerón un estatus superior al de los otros jóvenes de su edad y superior al de otros senadores que no estaban en la lista; además, concedió a Nerón poder proconsular fuera de Roma, lo que significaba que podía llevar una escolta de lictores fuera de la ciudad y dar órdenes. Parece mucha responsabilidad para un chaval de 13 años, y sin duda lo era (lo que fue una mala idea, tal como se desarrollaron las cosas), pero era importante para demostrar con claridad meridiana que Nerón era un hombre con poder y autoridad y que seguiría gestionando el Estado con eficacia cuando Claudio muriera.

En cuestión de dos años, cuando tenía 15 según nuestros cálculos, Nerón empezó a asumir cargos oficiales en la gestión del Estado. En el año 53 se le permitió presidir los juicios y emitir veredictos, lo que se antoja bastante estresante. Me cuesta imaginar lo humillante y exasperante que debía ser para un ciudadano presentar ante la justicia sus problemas, sus disputas contractuales y los crímenes que afectaban a su familia y, tras esperar y esperar, encontrarse con que la sentencia final la emitiría un chaval de 15 años. La verdad es que no hubieran estado mucho mejor si les tocaba a Claudio, porque de vez en cuando se aburría en medio de las vistas y solo prestaba atención a una de las partes o, según una divertida sátira llamada Apocolocyntosis (la 'transformación en calabaza') de Claudio, no se molestaba en escuchar a ninguna de las partes y al final daba su sentencia según su imaginación. Pero al menos era un adulto. Era igual de improbable que a un adolescente le interesase escuchar a la gente quejarse de problemas durante todo el día y tener que tomar decisiones y controlar un jurado. Hace tiempo que sospecho que esta experiencia es una de las razones por las que se aburrió tanto siendo emperador cuando tenía veinte años. Pero ya llegaremos a ese momento.

Como si todo esto no fuera suficiente, Nerón también fue nombrado prefecto de la ciudad de Roma. No se trataba de un cargo con muchas responsabilidades, pero tenía prestigio y recordaba al pueblo lo importante que era Nerón. El prefecto solo tenía una tarea: ser responsable del cuidado de la ciudad cuando los cónsules estaban fuera durante las Ferias Latinas, una tarea básicamente ceremonial. Suetonio nos dice que era tradicional que los abogados más famosos compitieran entre ellos presentando al prefecto sus

casos más absurdos, lo que supongo que resultaba divertido para los romanos. Con Nerón, en cambio, los abogados intentaban presentar sus casos más importantes, aunque Suetonio no nos explica cómo deberíamos interpretarlo, lo que es muy típico de él. Nerón también tuvo que defender casos, casi de inmediato, ante su nuevo padre; presentó los casos de Bononia (Bolonia), Rodas e Ilium, lo que significa que intentó que quedaran exentas de algún tipo de impuesto. Ilium es una ciudad en la actual Turquía, actualmente llamada Hisarlik, pero que había sido conocida como Troya. Y Troya es la ciudad de la que huyó Eneas cuando los griegos la asaltaron, empezando así sus años de aventuras que culminaron con la fundación de la ciudad que luego sería Roma. Si quieres saber más de las andanzas de Eneas, puedes leer la Eneida de Virgilio, aunque no te lo recomiendo. Que Nerón hiciera un discurso ante el Senado defendiendo a Ilium era un claro recordatorio de que Nerón descendía de dioses y héroes antiguos y modernos y de que tenía un derecho casi divino a ser emperador. Además, era una descendencia que procedía en exclusiva a través de Agripina y, en consecuencia, era un recordatorio nada sutil de que Agripina tenía sangre divina y un derecho de nacimiento. Es en este punto de la biografía de Nerón que Suetonio nos explica la historia sobre la serpiente que protegió a Nerón recién nacido, historia con connotaciones divinas: alude al mito de Hércules que mató a dos serpientes que fueron enviadas a matarlo cuando era niño.

Así es como Augusto y luego Claudio y Agripina construyeron la sucesión imperial romana. No se trataba de una corona que se podía entregar de golpe o legar de forma legítima en testamento; se trataba de acumular capas y capas de prestigio, honor y poderes legales obtenidas aquí y allí, y de lograr imágenes impactantes. Era necesario que la idea del sucesor escogido se viera como inevitable, de modo que nadie pudiera pensar que podía ser de otro modo; y eran necesarias muchas capas de inevitabilidad legal e imaginaria. Pero el reinado de Claudio no había sido estable del todo: ahora ya existía el precedente de asesinato de un emperador para colocar a otro tipo en el trono; Británico siempre estaría por ahí como una amenaza, de manera que lo que se había hecho hasta el momento no era suficiente. Nerón aún no era inevitable. Durante los siguientes dos años, entre el 51 y el 53, era necesario que Nerón se

convirtiera en inevitable y que Británico quedara como un segundón. La legitimidad del plan sucesorio de Claudio descansaba en su totalidad en el hecho de que Agripina era su esposa. Agripina era la clave para el éxito de la dinastía julio-claudia.

El proceso de hacer de Nerón el siguiente emperador ineludible resulta problemático, porque en retrospectiva nos parece muy fácil ver este periodo como una época en que Agripina persiguió incansablemente este objetivo por su propio beneficio, no por el bien de la familia y del Imperio, lo que nos deja con una versión extraña y monodimensional de Agripina. Es por ello por lo que tenemos historias como la que nos cuenta Dion, según la cual Agripina provocó una revuelta por los precios del pan en el año 53, de modo que Claudio pudiera sofocarla y luego escribir una carta al Senado y hacer una proclama afirmando que Nerón también sería capaz de encargarse de estos problemas. Parece que en el tiempo de Dion, casi 200 años después de la muerte de Agripina, la reputación de esta era tan lamentable que la cree capaz de hacer aumentar los precios del pan en Roma para su beneficio personal o bien de coordinarse con la plebe de Roma para que se sublevaran. Pero Nerón nunca se hubiera encargado del problema, porque no era emperador, de modo que hizo que Claudio anunciara a todo el mundo que Nerón sin duda podía haberse encargado del trance si hubiera sido necesario. Está claro que es una historia falsa y, además, desconcertante, que parece estar ahí solo para demonizar a Agripina, sin tener en cuenta la lógica, el sentido común ni la propia narrativa. Sin embargo, ello no ha sido óbice para que los historiadores la hayan dado por buena y hayan afirmado que la carta de Claudio al Senado demuestra que Agripina estaba intranquila cuando Claudio enfermó de alguna dolencia que no sabemos y que le pidió que hiciera la proclama por si moría, convirtiendo así esta proclama imaginaria en un anuncio oficial de la sucesión de Nerón al trono. Una proclamación de este tipo, por parte de Claudio, sería un cambio drástico respecto a su cuidada emulación del plan de sucesión de Augusto, que consiste en hacer ver que no existe ningún plan de sucesión; además, si Claudio cree que Nerón debe recibir más oportunidades para demostrar su liderazgo, no tiene sentido que destape sus planes de sucesión en un documento público. Supongo que algo así podría haber pasado si Agripina realmente creyese que Claudio estaba a punto de morir y

le hubiese dado un ataque de pánico, pero lo dudo mucho; sobre todo porque la mejor forma en que los historiadores han conseguido que esta teoría de la carta y la proclama encaje es separándola de los disturbios a que hace referencia Dion al inicio del fragmento («tras instigar unos disturbios por la venta del pan»), datando estos dos años antes y desplazando la proclama a un momento diferente. Y esto es una especie de juego de prestidigitación con las fuentes en el que no tengo ganas de entrar; una explicación mejor es que no sucedió nada de todo esto.

Lo que sí está bien documentado en las fuentes es la enfermedad de Claudio del año 53, o por lo menos, lo bastante bien documentada para que sepamos que Claudio estaba enfermo y que la dolencia duró lo suficiente para que Nerón y Agripina pudieran organizar unos juegos por la salud de Claudio. Suetonio nos dice que en los juegos hubo peleas de animales, mientras que Dion nos cuenta que hubo carreras; escoge lo que te guste más. En cualquier caso, esto implicaba cierta preparación y era una bonita forma de que Agripina y Nerón apareciesen en público sin Claudio a su lado. Dion afirma que en esta época Agripina aparecía en público con regularidad, sentada en una tarima separada pero igual a la del emperador, mientras recibía embajadores o visitantes o tramitaba las tediosas tareas cotidianas del Imperio, de modo que ya debía de estar acostumbrada a ser tratada como su igual, pero solo cuando estaba al lado de Claudio. Ahora tenía una oportunidad de mostrarse sin su esposo y presenciar unos juegos por ella misma; además, era un recordatorio de que el Imperio resistía y todo continuaba igual cuando Claudio no estaba presente… por si alguien estaba preocupado.

Hacia la misma época, en el 53, culminó el proceso de hacer de Nerón el sucesor al trono imperial al contraer matrimonio con la hija biológica de Claudio, su hermana adoptiva Octavia, que ya era lo bastante mayor como para casarse legalmente. Tal vez recuerdes que el primer prometido de Octavia había sido acusado de incesto con su hermana y había sido apartado del compromiso matrimonial, antes de suicidarse el mismo día de la boda de Agripina y Claudio, de modo que Octavia había sido prometida a Nerón hacía solo dos años. Antes de poder celebrar el matrimonio, no obstante, se tenía que superar un último obstáculo: según la ley romana, casarse con

un hermano adoptivo se consideraba incesto. Ahora bien, contraer matrimonio con un familiar cercano no había sido problema para Agripina y Claudio, de manera que sin duda no iban a dejar que algo tan ridículo como la ley se interpusiera en su brillante plan. No obstante, su matrimonio claramente incestuoso había hecho fruncir el ceño a más personas de lo que sería ideal, de modo que tenían que ocuparse de este problema con delicadeza. Su solución fue que Octavia fuera adoptada por alguien externo a la familia, por lo que así la muchacha, técnicamente, ya no sería hija de Claudio y podría casarse sin problemas. Era un plan complicado y largo y una farsa monumental, pero funcionó. Dos años después del compromiso, Nerón era el hijo de Claudio, su yerno, príncipe de la juventud, cónsul designado y podía actuar como magistrado; ostentaba imperium (poder militar) dentro y fuera de las murallas de Roma y podía pasearse con el atuendo consular siempre que quisiera y con el atuendo del triunfo en ocasiones especiales. La obra se había completado. Según Dion, los dioses avisaron a los romanos del terror que se avecinaba: nos explica que, el día de la boda, el cielo pareció arder en llamas.

No obstante, el relato de Agripina como madre agresiva y prepotente no es el único que nos llega de esos años; también nos la presentan como la clásica madrastra malvada, un cuento tan viejo como la humanidad y uno de los preferidos de los romanos. En esta historia, Agripina es la pérfida madrastra que maltrata al pobre Británico, que sería nuestra Cenicienta, adorable e inocente. No hay duda de que Británico estaba siendo apartado en la familia imperial. Por el hecho de ser el niño más pequeño, era el más inútil, pero también, en potencia, el más peligroso, como hijo de Mesalina que era y como rival para el trono. Por suerte, todavía era muy pequeño y, por tanto, no podía involucrarse en la vida pública a no ser que Claudio le concediera la toga viril a una edad inusitadamente joven. Aunque la idea de un senador de nueve años puede parecer divertida y adorable, no es precisamente diversión lo que querían Claudio y Agripina. De todos modos, en el 51 se produjo un incidente, poco después de que Claudio adoptara a Nerón y le diera su nuevo nombre, cuando Británico le llamó por su antiguo nombre, Domicio (recuerda que Británico solo tenía nueve años, por lo que es probable que no fuera más que un accidente). La historia dice que Agripina se enteró de esto, porque en el palacio no había

secretos, y se enfureció; explicó a su marido lo que había pasado y acusó a Británico de usar adrede el antiguo nombre de Nerón porque no respetaba la adopción, de deshonrar a Nerón, de deshonrar a su padre y de deshonrar al pueblo y al Senado de Roma. Puedes imaginártela solemne e indignada, con ese aire furioso de «quiero hablar con el director». Según Tácito, fue lo bastante considerada como para no culpar al niño, sino a sus tutores y maestros, que le inculcaban hostilidad hacia Nerón; indignada, exigió a Claudio que se deshiciera de las malas influencias y reemplazara a los tutores por unos mejores, no fuera caso que la situación se descontrolara y estallaran disturbios. Este argumento funcionaría con Claudio, que todavía tenía un comprensible terror a posibles disturbios. Todas las fuentes nos presentan a Agripina como una manipuladora que aprovechaba un simple comentario casual para su beneficio propio, pero no resulta descabellado pensar que hubiera elementos traicioneros que se agruparían en torno a Británico, identificándolo como una posible vía hacia el poder.

Si aceptamos la posibilidad de que hubiera elementos indeseables merodeando al pequeño Británico y tramando sus pequeños planes para obtener para ellos un poco del poder imperial (porque, a ver, ¿quién no querría ser regente de un niño emperador?), también deberíamos aceptar que, en tal caso, el palacio no era un lugar demasiado apacible. La adopción de Nerón en el 50 fue un movimiento muy claro de Agripina en el ajedrez tridimensional que era la política de la corte. Cualquiera que hubiera estado acechando a Británico, esperando que fuera el futuro emperador, tendría que replegarse a una posición más defensiva. Tanto si estos elementos hicieron algún movimiento como si no (¿convenciendo a un niño de que tocara las narices a su hermano mayor adoptivo? Quién sabe…), Agripina no era estúpida y no iba a dejar que ciertas personas pasaran demasiado tiempo con el chaval y crearan así excesivos vínculos de amistad y lealtad y le provocaran pensamientos hostiles; era mucho más sensato evitar que se formaran alianzas alrededor del niño. Así pues, asumamos que Agripina aprovechó todo esto para hacer un poco de limpieza doméstica, no necesariamente ninguneando a Británico, sino eliminando posibles amenazas para Claudio, para ella y para su hijo. Puede que no parezca muy diferente, pero convierte a Británico en un daño colateral, no en el objetivo principal de las

acciones de Agripina. Lo mismo puede decirse de la acusación que hace Tácito de que Agripina eliminó a oficiales de la guardia pretoriana que pensaba que eran favorables a la idea de Británico como heredero del trono. En un giro típico de Tácito, afirma que Agripina lo hizo ascendiéndoles al siguiente rango en el escalafón. ¡Madre mía! ¡Habrase visto tamaña crueldad! En otro libro, Tácito se queja de lo mal que el emperador Domiciano trataba al queridísimo suegro de Tácito, Agrícola, y su prueba más contundente del daño es que el emperador nombró a Agrícola gobernador de Britania, le permitió dirigir una serie de campañas militares y le concedió las insignias del triunfo. Su retiro tranquilo y lujoso tras una distinguida carrera debió de ser tan horroroso como las carreras militares llenas de promociones de los oficiales pretorianos que fueron nombrados centuriones. En serio, a veces Tácito se nos muestra como un paranoide fantasioso, pero seguimos a su lado porque es lo que debemos hacer.

Dejando de lado unas promociones perfectamente razonables, Agripina y Claudio sustituyeron a los dos prefectos del pretorio (que eran los jefes de la guardia pretoriana). Tenían un poder inmenso y un acceso directo al emperador; recordarás que fue el prefecto del pretorio, Querea, quien asesinó a Cayo. Los prefectos actuales eran Lucio Geta y Rufrio Crispino, nombrados en el 47, cuando Mesalina aún vivía. Durante la crisis en que esta fue asesinada, Crispino se había largado y nadie pudo encontrarlo para que hiciese su trabajo; Geta, por su parte, iba dando vueltas por ahí, diciendo que sí a todo el mundo pero sin llegar a emprender ninguna acción. Daban una impresión de absolutos cobardes y, en mis fantasías, Agripina los odia por ello. Sin duda, no se podía confiar en ninguno de los dos para proteger al emperador en una situación de crisis. En el 51 ambos fueron asignados a otras tareas en las que podían resultar menos dañinos y fueron sustituidos por un solo hombre, Sexto Afranio Burro, un militar de las Galias, con una mano lesionada, sin escrúpulos, cortando por lo sano y con una lealtad inquebrantable a la hija de Germánico.

Como siempre, todos afirman que Agripina fue la única responsable de este nombramiento. Dion nos dice que Geta y Crispino fueron reemplazados porque no obedecerían a Agripina. Tácito nos cuenta que ella sospechaba que eran leales a Mesalina y prefería, por tanto,

a alguien cuya lealtad estuviera con ella y con su hijo. Son buenos argumentos; no sería muy cómodo para la emperatriz que los jefes de la guardia pretoriana se insubordinaran y no fueran dignos de confianza. Puede que estuvieran resentidos con el hecho de que ella fuese emperatriz, o bien porque era una mujer que estaba ejerciendo un nuevo poder para darles órdenes o bien porque no era Mesalina; pero da igual. Ni los emperadores ni las emperatrices se pueden permitir el lujo de mantener a su lado a personas que estén resentidos con ellos o que les pongan trabas. Los dos prefectos obtuvieron un buen puesto de procurador en algún sitio y nadie salió herido. Esta sustitución de prefectos hostiles y eliminación de posibles problemas dentro de la guardia pretoriana, por medios pacíficos y de un modo en que todo el mundo obtiene algo bueno fue un plan excepcionalmente brillante (si es que era parte de un plan, en realidad). La otra opción era haberlos acusado de maiestas, de incesto o de alguna otra cosa y luego desterrarlos o asesinarlos, pero ya hemos visto el fruto de tanta matanza en los primeros años de Claudio y en los reinados de Tiberio y Cayo. Con el método de Agripina no había resentimientos, no había viudas afligidas ni padres o hijos buscando venganza, no quedaban miedos enconados y no había farsas de juicios; solo un guardia leal que ahora debía su puesto a Agripina y unos posibles enemigos que habían sido apartados pero no irritados para que intentaran algo. Como parece que a Claudio no le desagradaba el tema de asesinar a las personas que le asustaban antes de la llegada de Agripina, no creo que atribuir a ella este enfoque pacífico y conciliador sea algo descabellado. Y lo cierto es que era una estrategia muy cuidadosa, diplomática y astuta para mantener el poder. Nos sugiere que Agripina había pasado sus años bajo su tío abuelo, su hermano y ahora su esposo observando y aprendiendo, notando las consecuencias que tenían las acciones tiránicas y descubriendo qué era mejor no hacer. También nos sugiere que tenía el encanto, la diplomacia y el poder firme para lograr acuerdos de este tipo sin que nadie se sintiera molesto.

La sutileza y la diplomacia de estos pequeños tratos con el Senado, con los libertos y con Claudio socavan las acusaciones de Tácito y Dion de que Agripina no era más que una madrastra despiadada y cruel con Británico. Una conducta así sería demasiado teatral y atraería demasiada atención, aunque esto no parece que sea un

problema para las fuentes. Dion también nos dice que Agripina mantuvo a Británico confinado en su casa y que le impedía aparecer en público y ver a su padre. Tácito aún va más allá y afirma que Agripina ni tan solo le dejaba tener esclavos. ¿Cómo iba a vivir un príncipe sin esclavos? Estas acusaciones de crueldad son más graves y bastante imposibles de demostrar o refutar. Las implicaciones de tales acusaciones son dobles: la primera es que dejar que Claudio viera a Británico haría surgir el cariño paternal de Claudio por su hijo y se daría cuenta de lo malo que estaba siendo por no hacerlo heredero al trono y, en consecuencia, el plan de Agripina se iría al traste; la segunda es que Agripina tenía el poder suficiente dentro de la casa imperial para impedir que el emperador viera a su hijo. En esta historia, Claudio ni existe; no se trata de él. Puedes imaginar qué se supone que tenía que hacer mientras se le impedía acceder a su único hijo biológico durante tres años: ¿llorar como una magdalena por su amado hijo? ¿Intentar recordar si alguna vez tuvo un hijo? ¿Pasar de todo? Imposible saberlo. Está claro que, en realidad, no importa si esto llegó a suceder, ni tan solo si es mínimamente plausible; lo que importa es que la historia subraya el hecho de que Agripina era una madrastra malvada que quitaba a Británico su derecho natural a heredar el trono, con el objetivo de que el lector sienta pena por el pequeño Británico. Esta pena hace que Agripina parezca más infame, como tienen que ser todas las madrastras malvadas. Y no hay duda de que a Agripina se la hace encajar con calzador dentro de este lugar común.

Se la fuerza tanto a amoldarse al papel de madrastra malvada que es fácil olvidarse de que también tenía dos hijastras: Antonia y Octavia. Antonia tenía 20 años cuando se produjo la adopción de Nerón y estaba casada con su segundo esposo, Fausto Cornelio Sila Félix, de modo que es muy probable que no viviera en la casa y pasara su tiempo siendo una buena mujer romana. Está claro que no hizo nada que una buena esposa romana no debiera hacer; de lo contrario, lo sabríamos. Octavia era más joven, de unos diez años cuando Nerón fue adoptado, y se crió en el palacio imperial. Tenía 14 años cuando se casó con el joven Nerón, de 16 años, y él la odiaba tanto como ella a él; al final, acabó asesinándola. Como fue emperatriz durante poco tiempo mientras era esposa de Nerón y, al igual que su tocaya, era considerada una mujer ideal y profundamente trágica, fue la protagonista de una tragedia escrita

por un dramaturgo anónimo, que explica la historia de su vida.[14] En esta obra, Agripina es un fantasma, lo que resulta divertido, y el argumento se centra por completo en la cruel persecución de Británico y luego en el terrible trato de Octavia a manos de Nerón. Agripina aparece para hablar sobre Nerón y su segunda esposa, Popea, pero no sobre Octavia. La relación entre Agripina y su hijastra, que luego sería su nuera, nos es totalmente oscura. Las hijastras no son una amenaza para las madrastras, de modo que no son importantes. Además, las hijastras también son completamente irrelevantes para la gran historia que nos cuentan Tácito y Dion, a saber, que el poder de Agripina señaló un periodo de extrema alteración del Estado romano. Es poco más que un símbolo de trastorno y destrucción de todo tipo.

EL GOBIERNO DEL IMPERIO

Las fuentes de que disponemos para los tres años que Agripina pasó siendo la Augusta del Augusto Claudio se centran mucho en lo que se supone que estaba haciendo en su vida privada, pero permanecen muy silenciosas cuando se trata de su actividad cotidiana como emperatriz. Se supone que las actividades cotidianas de Claudio eran obvias para el lector, que se espera que sea un senador romano, pero solo se recogen unas pocas de las actividades más extraordinarias de Agripina.

Por ejemplo, sabemos que hacia el año 51 hubo ciertos tejemanejes en el Senado contra ella, cuando un tipo llamado Junio Lupo acusó al mejor amigo de Agripina en el Senado y destacado aficionado a los zapatos, Vitelio, de aspirar al trono imperial. La acusación es algo extraña: Vitelio ya era muy viejo y las cosas le iban perfectamente bien; estaba muy próximo a Claudio y a Agripina y había obtenido mucho de esta proximidad (sobre todo siendo un adulador insoportable). La idea de que esto fuera algún tipo de ardid tejido durante años y años para que, ya siendo anciano, pudiera ascender y llegar al trono resulta bastante ridícula. Es más probable que fuera un intento de atacar a Agripina derrocando a su aliado público más fiel usando una de las pocas maneras posibles, como respuesta al enorme poder de Agripina y la clara posición de Nerón como sucesor. Era una acción sin ninguna posibilidad de éxito, y seguro que Junio Lupo lo sabía, de modo que la valentía de llevarla a cabo es remarcable. Se levantó en el Senado y planteó una inútil argumentación de lo que él veía como una tiranía. Hay que reconocer que su idea de tiranía estaba moldeada por su misoginia y su repulsión a ser gobernado por una mujer, pues su acción contra Vitelio llegó en un momento en que Agripina estaba poniendo en práctica sus cambios más evidentes en la estructura de la guardia pretoriana y la familia imperial, con el encumbramiento de Nerón y de Burro. Como resultado, Junio Lupo fue desterrado. Tácito dice que Claudio le hubiera creído y que, si Agripina no hubiese

intervenido, habría apartado a Vitelio, pero esto se me antoja improbable, pues Vitelio era tan próximo a Claudio como a Agripina y la acusación era un ataque contra ambos, no solo contra ella. Todo esto tampoco fue óbice para que surgieran teorías conspiratorias según las cuales Claudio maquinó la acusación y usó a Lupo como intermediario, para recortar el poder de Agripina y advertirle de que sus amigos y representantes no eran intocables. El objetivo de esta teoría conspiratoria es evidente: sustentar el argumento de que Agripina actuaba sola en contra de Claudio para obtener poder individual, y que Claudio era demasiado débil y lastimoso para detener sus planes. Sin embargo, para que esta teoría conspiratoria tenga sentido, Vitelio tenía que ser enemigo de Claudio, cosa que no es cierta. Si las acusaciones contra Vitelio eran un aviso de alguien, lo eran de un grupo de senadores, con Agripina y Claudio como objetivos.

La acusación contra Vitelio se refutó con facilidad, aunque parece que para él la tensión fue algo excesiva y poco después murió de un ictus. Esto dejó a Claudio y Agripina sin su principal campeón senatorial, lo que era un poco problemático, pues el procedimiento ordinario para aprobar leyes como «erijamos una estatua de oro del emperador» o «los hombres pueden contraer matrimonio con sus sobrinas» necesitaban de un senador para proponerlas y luego hacer ver que el emperador se veía forzado a aceptarlas. Por muy largo, tedioso y poco convincente que pudiera ser este procedimiento, era lo que se esperaba, y cualquier desviación podía acabar con el emperador apuñalado, tal como mostró Cayo. Los emperadores más populares eran siempre aquellos que dejaban que los senadores hicieran ver que ellos mismos habían ideado, propuesto y aprobado decisiones y habían arrastrado al emperador a aceptarlas. Claudio solo tenía tres amigos, y solo uno era senador, de modo que quedaba un poco raro que fuera siempre el mismo senador quien proponía cosas magníficas para el emperador. Si Vitelio hubiese muerto cuando Mesalina aún estaba viva, podía haber surgido algún problema entre el Senado y el palacio, pues Claudio hubiera tenido que forjar nuevas amistades próximas. Por suerte para Agripina, esta muerte ocurrió bajo su atenta mirada y, así, no tuvo demasiados problemas para mantener abiertos los canales entre el Senado y el palacio imperial.

Un par de años más tarde, en el 53, hubo en Roma un par acusaciones inquietantes. La primera fue contra Tito Estatilio Tauro, que había sido cónsul junto con el desgraciado Pasieno en el 44; la otra fue contra la tía paterna de Nerón, Lépida, sobre la que hablaremos más adelante. Tauro era uno de esos hombres que, en su tiempo, se hicieron famosísimos, influentes y riquísimos (y era famoso por ser rico, lo que en Roma significaba que era desorbitadamente rico), pero luego, tras su muerte, quedó relegado al olvido; se hundió en el pozo de oscuridad que es la mayor parte de la historia, excepto por este preciso momento. Después de su periodo de procónsul en África (la mejor provincia para serlo), un subordinado lo acusó de corrupción y de ser un fanático de la magia y las supersticiones. En qué consistían tales supersticiones no se especifica, pues el mismo concepto de superstición era muy nebuloso: el cristianismo era una superstición en esta época, consultar a los astrólogos era una superstición que fue prohibida por Claudio, las personas demasiado religiosas eran supersticiosas; en resumen, no hay forma de saber de qué se le acusaba. Un historiador cree que Tauro consultaba a astrólogos, otro cree que era una acusación falsa hecha por un subalterno empobrecido. Pero todo son suposiciones, porque lo único que nos dice Tácito es que fue acusado de «prácticas mágicas», de modo que puedes pensar lo que quieras;[15] no te cortes, crea tu propia versión. Tácito dice que la acusación fue, en cierto modo, culpa de Agripina, porque de alguna manera obligó al subordinado a acusar a su superior, pues ella quería su dinero y sus jardines. Tal vez esto te parezca extrañamente familiar, dado que es la misma acusación que Tácito hace contra Mesalina en su momento. Algunos han planteado que Agripina realmente hizo esto, que acusó falsamente de superstición a un hombre famoso y rico para quedarse con sus cosas, pero que ya estaba bien, porque con el dinero obtenido podría financiar varios importantes proyectos de edificios públicos, con lo que todo se reduce a una buena gestión económica. Si somos honestos, es exactamente el mismo tipo de gestión económica que hizo Augusto durante las guerras civiles. Cuando empezó el segundo triunvirato con Lépido y Marco Antonio en el 43 a. C., los triunviros hicieron asesinar a casi 2000 personas y requisaron sus bienes para pagar los gastos de la guerra (Cicerón fue una de estas víctimas). Pero se trataba de economía de guerra, no de algo que un jefe de estado considere válido en tiempos de paz. Ni tan siquiera Augusto lo hizo

tras ganar la guerra. Además, iniciar de golpe una nueva argucia económica que implica asesinar a personas sería un cambio de estrategia bastante radical para Agripina, que hasta este momento había sido bastante comedida y políticamente astuta. De hecho, Tácito la califica de austera y subraya que no se libraba a los lujos como la mayoría de las mujeres; en cambio, ahorraba dinero para crear una base de poder, consciente de que el dinero era la forma más potente de poder en tiempos de paz. Asesinar a alguien por un jardín parece un poco fuera de lugar, por muy bonito que fuera el jardín.

Al final, la cosa no salió bien para nadie. Tauro se suicidó y el acusador fue expulsado del Senado. Parece que la eliminación del acusador, Tarquitio, molestó a Agripina, que intentó evitarla, pero el Senado se salió con la suya. Para mí, esta es la parte más interesante de la historia. Aquí tenemos una de las pocas ocasiones en que podemos entrever a Agripina intentando dirigir las acciones del Senado y este rechazándolo. Esto era el día a día del gobierno del Imperio: una negociación perpetua entre el Senado y el palacio. El Senado era un enorme y complejo laberinto de compromisos, vínculos, alianzas y envidias; estaba formado por individuos y todos ellos tenían sus propios nombres familiares a proteger o promocionar, sus propias redes clientelares, sus propios patrones y obligaciones, sus conflictos y resentimientos de décadas y sus propias ambiciones. Todo el mundo quería formar parte del equipo de Claudio (lo que significaba formar parte del equipo de Agripina) porque todo el mundo quería ser cónsul algún día y obtener un buen cargo proconsular, de modo que sus hijos pudieran ser conocidos como hijos de un cónsul y sus nietas pudieran casarse con cónsules gracias a la posición de su abuelo. Todos querían igualar los logros de sus padres, o de sus bisabuelos, o ser el primero de la familia en escalar a lo más alto del escalafón de la política romana. Hermanas, hermanos, hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, primos, primas, tíos y tías, todos estaban casados con todos, lo que creaba bloques de hombres unidos por vínculos familiares y que se debían lealtad entre ellos.

Cuando las cosas iban bien, el sistema funcionaba de la manera siguiente. Imaginemos que Agripina tenía un cliente senatorial cuya carrera había apoyado, y a quien explicaba lo que quería del

Senado. Su cliente estaba casado con la hermana de un excónsul y tenía un pretor como cliente suyo, de modo que les pasaba el mensaje y así ellos también estaban obligados a participar. Estos lo pasaban a aquellos que estaban en deuda con ellos; quizá el excónsul tenía un par de yernos y tres novi homines******** como clientes, que a su vez tenían vínculos a través de sus padres, de sus esposas, etc. Los vínculos de obligación se extendían hasta que todo el mundo sabía qué es lo que quería Agripina; a cambio, esta haría un pequeño favor a su cliente, que a su vez haría un favor a su cuñado, que ayudaría a otro a encontrar una esposa adecuada, y así sucesivamente… Funcionaba de modo similar al guanxi chino, en el sentido de que lo que se une mediante vínculos son las familias, no los individuos, y de que lo que hay son obligaciones, no elecciones. Pero por cada obligación, había otro individuo con una contraobligación, trabajando de acuerdo a los intereses de una familia que odiaba a Agripina o que, más probable en este caso concreto, daba apoyo a la familia de Tauro. Así pues, Agripina explicó su voluntad de que Tarquitio permaneciera en el Senado y de que no fuera castigado por su papel en el suicidio de Tauro por las razones que fueran, pero la familia de Tauro, u otras partes interesadas, también dejaron claro entre sus partidarios que querían que Tarquitio fuera castigado por lo que había hecho. Debió de haber muchas conversaciones en los salones durante las salutationes, en el foro donde los hombres paseaban para ver y ser vistos, durante las cenas que se celebraban cada noche, y las personas iban pasando de un grupo a otro, negociaban, debatían y llegaban a pequeños acuerdos. Finalmente, hubo más grupos que resolvieron que Tarquitio no merecía su puesto en el Senado y decidieron desafiar a Agripina cuando llegara el momento de plantear el tema en la curia. Al día siguiente, las negociaciones continuarían, pero sobre algún otro tema; así era la vida política y lo que Agripina no tendría que estar haciendo. La única diferencia entre Agripina y cualquier otra figura poderosa de Roma en este momento es que ella no podía alzarse en el Senado ese día y hacer su propuesta final; todos los demás eran hombres. En consecuencia, resulta impresionante que pudiera cimentar una red de apoyos tan fuerte y que esta red fuese tan potente que el hecho de que su voluntad se viese contrariada fuera algo digno de ser mencionado. Esto nos sugiere que, tal como ya habíamos visto, era lo bastante carismática y diplomática para crear y mantener vínculos con

amigos y clientes, y lo bastante poderosa para tener algo tangible que ofrecer a sus conexiones; pero también nos sugiere que no era tan temida como para que nadie se atreviera a contrariarla.

Otro momento en que vemos cómo funcionaba, en la práctica, el poder de Agripina, fue cuando surgieron problemas en Jerusalén en el año 52. Jerusalén estaba situada en el territorio romano de Judea, dentro de la provincia de Siria. Judea había sido incorporada al Imperio por Augusto que, en cierto modo, la había dejado ocuparse de sus propios asuntos bajo el rey usurpador Herodes (el famoso), hasta el año 6, cuando Augusto se hartó del cretino de Herodes y la puso bajo control romano, aunque dejó que Herodes y sus hijos continuaran gobernando. Por lo que respecta a los romanos, en Judea había dos problemas importantes. En primer lugar, había varios grupos étnicos y religiosos que compartían el territorio y todos odiaban a todos los demás. En segundo lugar, la población judía de Judea rechazaba por completo vivir bajo un gobierno no judío, y eso incluía a Herodes, que no era muy practicante; además, odiaban la desapasionada indiferencia del gobierno romano, resultado de que estos consideraban Judea un lugar insignificante y problemático. Los romanos hacían notar su presencia en Judea cuando se dedicaban a castigar y oprimir con violencia. En resumen, los judíos veían a los romanos como colonizadores y opresores, mientras que los romanos veían a aquellos como unos fanáticos religiosos que gustaban de crear problemas. Los romanos nunca pudieron entender por qué los judíos no podían aceptar sin más que ellos les gobernaran y les cobraran impuestos, mientras que los judíos no podían comprender por qué los romanos eran incapaces de entender su religión y cultura únicas y por qué estaban dando la lata con el templo cada dos por tres. La falta de confianza entre las dos partes era absoluta.

En el 41, Claudio había colocado como gobernador de Judea a Herodes Agripa I, nieto del Herodes famoso, como premio por su papel en el acceso al trono del emperador. Los herodianos eran una familia de judíos de Babilonia, pero en su vida cotidiana no seguían con mucho rigor las obligaciones de la religión judía. Por ejemplo, el primer acto de Herodes Agripa antes de abandonar Roma para asumir el cargo de gobernador de Judea fue celebrar un sacrificio en el templo de Júpiter Capitolino, algo que a los judíos

practicantes no les gustó en absoluto. En Judea, hizo lo que pudo para mediar entre los judíos, que en teoría eran su pueblo, y los romanos, a quienes se lo debía todo; en concreto, destinó una gran cantidad de dinero al Segundo Templo, pero dejó que los romanos instalaran una enorme águila sobre la puerta, lo que enojó a los judíos mucho más de lo que les habían complacido las tareas de renovación.

Los incidentes del 52 formaban parte de la escalada de tensiones y violencia que culminaría en la gran revuelta judía del 66, que acabó cuatro años más tarde cuando Tito saqueó Jerusalén y destruyó el Segundo Templo, del cual solo dejó el muro occidental (ahora conocido como Muro de las Lamentaciones). Las tensiones empezaron durante la Pascua Judía del 51, cuando miles de judíos estaban de celebración en el templo, vigilados por tropas romanas que insistían en mantener una vigilancia armada sobre cualquier reunión de más de seis personas. Esta vez, un soldado bastante estúpido, impulsado por cualquier imbecilidad que lleva a hacer estas cosas, se alzó la túnica, se bajó los calzones, enseñó el culo a todos los judíos ahí congregados y luego se tiró un pedo. Los disturbios subsiguientes provocaron cientos de muertos y fueron sofocados con contundencia. Todo esto sucedió poco después de que una pequeña disputa acerca de un robo a un mensajero imperial se convirtiera en un problemón porque un soldado romano, como represalia, quemó una copia de la Torá. Pocos meses después, unos samaritanos atacaron y azotaron a un peregrino judío y el procurador romano parecía que se ponía de lado de los samaritanos, de modo que los judíos se tomaron la justicia por su cuenta;[16] reclutaron algo parecido a una milicia, se dirigieron al norte y empezaron a saquear ciudades samaritanas. La situación pronto se descontroló. Los samaritanos recurrieron al procurador Ventidio Cumano, que avisó al gobernador de Siria para pedir ayuda; este procuró arreglar la situación ejecutando a gente de ambos bandos y, luego, intentó calmar a los samaritanos decapitando a 18 judíos más. Cuando esto no funcionó (sí, a mí también me sorprende), recurrió a la artillería pesada: el emperador, y envió a Roma a Cumano y a representantes de ambas partes.

En Roma, el problema ya no tenía ninguna relación con la vida y el sustento de la gente, porque en Roma a nadie le importaba un

pimiento ni los judíos ni los samaritanos. En Roma, el problema se transformó en política palaciega. Un bando estaba formado por un grupo que Dion llama «los libertos», lo que suponemos que significa Narciso; el otro estaba formado por Agripina. Esta daba apoyo a la causa judía y estaba aliada con Herodes Agripa, que hacía lo que podía para proteger a la población de Judea. Narciso, en cambio, apoyaba a los samaritanos. En cualquier caso, Claudio tenía la última palabra sobre el tema, de modo que ambos bandos se lo trabajaron en privado y con independencia de las delegaciones de judíos y samaritanos. Flavio Josefo afirma que Claudio ni tan solo se hubiera molestado en escuchar al lado judío de no ser por la insistencia de Agripina. Me divierte imaginármela regañando a Claudio como a un perrito cuando supo su intención de no escuchar a los judíos («Claudio travieso, Claudio malo…»), pero seguramente la discusión fue algo más racional. Al final, Agripina se salió con la suya: Claudio escuchó a ambas partes, Herodes Agripa habló en representación de los judíos, Claudio decidió que los samaritanos tenían la culpa de la situación y ejecutó a unos cuantos para que quedara bien claro. Cumano fue despedido de su cargo y algún soldado al azar, quizá el que se tiró un pedo en el templo o el que quemó la Torá, fue torturado y decapitado públicamente en Jerusalén, en un intento de restaurar las buenas relaciones. La humillación y ejecución de un soldado romano como acto de conciliación era algo fuera de lo normal. Como cualquier otra prepotente potencia colonial, los romanos tendían a pensar que todos los problemas eran culpa de otros. Me pregunto si esta acción fue idea de Agripina. En un movimiento sorpresa, el sustituto de Cumano fue el hermano de Palas, Félix, también liberto. Teniendo en cuenta la estrecha relación laboral entre Palas y Agripina, podemos suponer que Agripina tuvo algo que decir en este nombramiento. Además, el primer acto de Félix en Judea fue empezar a acuñar moneda con el rostro de Agripina. El hecho de que Agripina tuviera ideas acerca de cómo apaciguar la situación en Judea, y de que Félix le haría caso, no parece descabellado. Gracias a Plinio el Joven sabemos que no era inusual el carteo entre el palacio y los funcionarios provinciales incluso acerca de los problemas más triviales. Félix estuvo en el cargo hasta el año 60 y fiscalizó muchísimas controversias sin que pasara nada desastroso; además, se casó primero con la hija de Marco Antonio y Cleopatra y luego con la de Herodes Agripa. Finalmente, fue cesado por ciertas

fechorías no especificadas, en las que se implicó solo meses después de la muerte de Agripina. Podría argumentar que Agripina le aconsejaba acerca de sus tareas de gobierno en Judea y que su muerte obligó a Félix a espabilarse solo y empezó a fastidiarlo todo; no podría demostrarlo más allá de algunas pruebas circunstanciales, pero es una posibilidad.

Así era como se gobernaba el Imperio y este era el día a día de Agripina: se premiaba a los amigos de Agripina y Claudio por ser buenos amigos, con cargos de procónsul, de procurador y de gobernador en las provincias imperiales, y cuando las cosas se ponían en verdad feas, se les expulsaba del círculo hasta que se convertían en otro problema en la agotadora política cortesana en que todo el mundo escogía un bando en todas y cada una de las posibles discusiones, con el objetivo de escalar algunos puestos. Los inacabables embrollos de las intrigas cortesanas y las luchas de poder se muestran con claridad en el desastre del proyecto del lago Fucino, en el año 52. Este proyecto se inició casi inmediatamente tras el acceso de Claudio al trono y consistía en drenar por completo el lago Fucino, en Italia central, que siempre provocaba la inundación de las tierras circundantes. El drenaje detendría estas inundaciones y liberaría tierras arables, siempre escasas. En una muestra de empecinada ambición, el proyecto no solo implicaba drenar un enorme lago, sino también excavar un túnel de cinco kilómetros a través de una montaña… a mano. El proyecto fue supervisado por Narciso desde su inicio, duró más de una década y se emplearon más de 30.000 hombres. En el año 52, Narciso declaró que el proyecto había finalizado: el túnel ya estaba excavado, se habían instalado compuertas y el Estado romano podía por fin controlar el nivel del lago y drenarlo según deseara.

Se planeó una espectacular celebración para festejar la finalización del proyecto. Más espectacular de lo que puedas imaginar. Narciso organizó una gigante recreación de una batalla naval (algo que encantaba a los romanos) en el lago, con casi 20.000 esclavos y gladiadores luchando en barcos de verdad. Las colinas que rodean el lago se llenaron de miles de romanos ansiosos por ver el espectáculo de sus vidas. En el centro se hallaban unos rutilantes Claudio, Agripina y Nerón. Claudio y Nerón vestían sus mejores uniformes militares, rojos, dorados y broncíneos, relucientes bajo el

sol. Agripina los superaba. Llevaba una capa de hilo dorado que centelleaba, brillaba y deslumbraba. Plinio el Viejo se desplazó desde Roma para ver el espectáculo y comentó la capa de Agripina, que era del tipo denominado clámide. Se trata de una capa corta griega; puedes imaginarla si tomas una sábana y te la pasas por los hombros de modo que los dos extremos no se unan por delante, sobre tu pecho, sino sobre tu hombro derecho; así, tu brazo derecho queda libre mientras que todo tu costado izquierdo queda cubierto. La clámide caía hasta la rodilla o algo más abajo y, sobre todo, se trataba de una capa masculina. Una capa masculina griega, hecha de oro. Representaba poder militar y estatus real, dos ámbitos a los que Agripina no tenía acceso pero cuyo poder ejercía de todos modos.

¿Qué tal si imaginamos el aspecto que debía de ofrecer Agripina? Erguida, con su clámide cayendo elegantemente por los hombros. ¿Puedes oír los susurros y las conversaciones en voz baja, que se convierten en un zumbido cuando hay miles de personas? Todos los ojos clavados en Agripina. ¿Crees que sonreía y saludaba y dijo hola a sus compañeros en los asientos de honor? ¿O quizá tuvo una actitud más regia y solemne, sobria y radiando un aura de majestad? Yo creo que adoptó más bien la segunda actitud, sentándose con un aspecto formal y sin sonreír, desprendiendo majestuosidad por cada poro de su piel. Regia, imperial, solemne. Como la reina Jadis en El sobrino del mago, no dejó que nadie dudara ni un segundo de su posición en el trono.

La capa de Agripina ya era, por sí misma, un intento de robar el protagonismo a Narciso en su día de gloria. A pesar de ser uno de los hombres más ricos de occidente, aún no llevaba resplandecientes capas doradas. Pero es que, además, el día fue de mal en peor para él. Se suponía que el espectáculo tenía que acabar con la apertura de las compuertas, que drenaría el agua y dejaría un lago vacío ante la atónita mirada del pueblo. Pero al abrir las compuertas, el lago se quedó tal como estaba. El incómodo silencio que se formó cuando todos se dieron cuenta de que el nivel de agua no estaba bajando debió de ser humillante para todos, pero sobre todo para Narciso. Imagínate el terror y la vergüenza que debió de asaltar al liberto; había fracasado de forma estrepitosa ante medio país. Insoportable. Todo el mundo se volvió para sus casas, cuchicheando sobre el

tremendo fiasco que acababan de presenciar y mientras el lago seguía lleno de agua. Una investigación pronto determinó que el túnel no tenía, ni por asomo, la profundidad necesaria para poder drenar el agua. Así, se decidió arreglar el desaguisado y, tras un tiempo que no sabemos, se organizó una nueva y fastuosa celebración. Estaba claro que no podían volver a montar el mismo espectáculo, de modo que esta vez se prepararon combates de gladiadores sobre pontones; en lugar de galeras embistiéndose y el público maravillándose ante la pericia de los remeros, ahora había pequeños grupos de infantería en combates cuerpo a cuerpo mientras intentaban no caer al agua. Parece un episodio particularmente mortífero del programa Humor amarillo, pero claro, ya habían gastado sus mejores ideas con la primera celebración.

Aun así, asistieron miles de personas, porque la verdad es que tampoco había mucho más que hacer. Además, esta vez Claudio y Agripina prepararon un banquete al lado de la entrada del túnel, de modo que pudieran cenar y disfrutar de una vista del túnel en primera fila (parece que la ingeniería civil resultaba fascinante). El plan era que el espectáculo finalizase del mismo modo: se abren las compuertas, el lago se vacía y todo el mundo aplaude. En esta segunda ocasión, las cosas salieron solo un poco mejor: el agua empezó a salir, ante los vítores del público, pero tales vítores pronto se convirtieron en gritos de pánico cuando resultó evidente que el túnel era ahora demasiado profundo e incapaz de asumir el enorme caudal de agua. La corriente de agua desbordó el túnel y arrasó con todo lo que se encontró por delante, lo que incluía a Claudio, Agripina y los demás comensales, que casi se ahogaron. Esta vez la cosa no acabó en un incómodo silencio, pero el regreso a palacio con Narciso debió de ser, una vez más, embarazoso.

Agripina vio en todo este calamitoso desastre una oportunidad para socavar a su rival. Acusó abiertamente a Narciso de una mala gestión deliberada del proyecto, desviando dinero para él y contratando a contratistas incompetentes. Narciso replicó con los argumentos inevitables de un hombre a la defensiva, calificando a Agripina de puta y arpía. Nuevamente, los asuntos del Imperio se entremezclaban con las rencillas de la corte.

En cualquier caso, esto es lo que las fuentes nos querrían hacer creer, porque las fuentes quieren, y de hecho esperan, que el lector se sienta tan horrorizado como ellas ante el hecho de que una mujer y un hombre que había sido propiedad de otro se atrevan a fisgonear en un proyecto de tal calibre, y ya no digamos dirigirlo. Consideran razonable que Narciso llame a Agripina puta y arpía, porque creen que Agripina es en verdad una mujer lujuriosa y arrogante y que esto es mucho peor que arruinar un gran proyecto de ingeniería. Otra lectura de la situación es que Agripina estaba realmente preocupada por el enorme derroche de recursos y de vidas y por la magnitud del bochorno que significaba para su régimen y para su reputación. A Claudio ya se le tenía por torpe e incompetente, y el desastre del Fucino no le ayudó; en cambio, es testimonio de la estima en que Claudio tenía a Narciso que todo lo que le sucedió fuera, al fin y al cabo, una ligera mancha en su reputación y que Agripina dejara pasar el asunto. Por muchísimo menos, otros habían acabado muertos.

Esta imagen de Agripina como una manipuladora enojada y escandalosa más que como una mujer con una preocupación legítima sobre un proyecto convertido en chapuza es justo lo que Tácito pretende. Quizá recuerdes que Tácito asevera que el primer acto de Agripina fue hacer asesinar a Lolia Paulina por ser demasiado hermosa. Esta historia llega justo después de páginas y más páginas de detalladas descripciones de una compleja disputa en Armenia con el Imperio parto y de varias batallas en Mesopotamia. El contraste que resulta de colocar una cosa justo después de la otra sirve para hacer que las acciones de Agripina parezcan los berrinches mezquinos y lastimosos de una mujer ridícula. Mientras que las acciones de los hombres que aparecen en las páginas anteriores consiguen propagar el poder de Roma y derrotar a sus enemigos, las acciones de Agripina solo sirven para humillar a otras mujeres por cuestiones absurdas. Casi podemos sentir el desdén de Tácito mientras nos describe todo esto.

Pero cuando nos fijamos de verdad en el papel que tuvo Agripina en la gestión del Imperio e intentamos eludir la repugnante misoginia de la que se nutren nuestras fuentes, vemos a una mujer competente que consigue sacar adelante los problemas. A veces triunfa, a veces sale derrotada, pero siempre sigue adelante. La vemos hacer cosas

tales como unirse a Claudio junto al pueblo de Roma durante un incendio, ayudando como ninguna otra mujer imperial había hecho antes o haría después. La vemos en audiencias públicas, interesándose por casos judiciales, recibiendo delegaciones y apañándoselas con tediosos asuntos políticos, cuando podría estar pasando los días con tranquilidad, acicalándose, comiendo y sin ser el blanco de tantas iras. La vemos preocupada por asuntos de política exterior en provincias menores e involucrándose en la administración del Imperio.

Al leer con tranquilidad los textos de Tácito o Dion, o incluso de Plinio el Viejo, y fijarse en lo que realmente hizo en público, la impresión que uno recibe es que Agripina fue una emperatriz que trabajó de modo incansable. Estuvo implicada en todos y cada uno de los asuntos del Imperio, tanto domésticos como exteriores, surgiendo por todos lados solo para ser vista con malos ojos. Se la presenta como una persona dedicada en cuerpo y alma a garantizar que Nerón tuviera preferencia sobre Británico en el acceso al trono imperial, pero a decir verdad no parece que fuera muy difícil convencer a Claudio de esta idea, ya que Nerón era una opción mucho mejor que Británico. Se supone que era una malvada madrastra, pero resulta que nunca intentó perjudicar a Británico ni asesinarlo, tal como a Livia se la acusa de hacer lo propio con los antepasados espirituales de Nerón, Cayo y Lucio César, de modo que no parece que Agripina estuviera muy por la labor. Acabar con Británico habría solventado en un abrir y cerrar de ojos todos los aparentes problemas que tenía para persuadir al pueblo de que aceptara a Nerón, pero lo cierto es que ni siquiera lo intentó. En lugar de ello, pasaba el tiempo preocupándose acerca de quién sería el siguiente cuestor. Tampoco parecía muy interesada en los problemas familiares, más allá de asegurar la sucesión legítima de Nerón y de que no hubiera luchas ni vacilaciones cuando llegara el momento. Teniendo en cuenta que Claudio ya tenía más de cincuenta años y había padecido una grave enfermedad durante su matrimonio, y que Británico tenía unos trece años cuando murió Claudio, no parece que esta preocupación estuviera fuera de lugar. Al contrario, me parece de lo más sensata y pragmática; y especialmente si recordamos que tanto Claudio como Agripina, así como todos sus consejeros, habían pasado por los sangrientos y vacilantes accesos al trono de Cayo y de Claudio. Ninguna de esas

dos transiciones fue tranquila ni su resultado final estaba claro; ambas llegaron acompañadas de numerosas muertes, algo que era preferible evitar la próxima vez.

Agripina también nos da la impresión de que disfruta enormemente de su posición como emperatriz y de que actúa como si en verdad creyese que era especial, especial en un sentido sacrosanto, y que merecía ser tratada como tal. Se desplazaba en su carpentum, tras sus lictores, llevaba capas de hombre recubiertas de oro, se sentaba al lado del emperador y era tratada alegremente como una persona que sin duda era mejor que todas las demás. Podemos hacer dos lecturas de este tipo de comportamiento público. La primera es que Agripina había internalizado por completo la aserción de su madre de que la familia julia era superior a cualquier otra, que su relación de sangre con Augusto, con Julio César y, en última instancia, con Eneas y con Venus implicaba que se hallaban en un entorno que ellos merecían gobernar y en el cual debían ser tratados como semidioses.

En consecuencia, cuando los esclavos de Agripina le abrochaban la clámide en el hombro o la ayudaban a subir al carpentum, cuando las multitudes se apartaban a su paso y la vitoreaban y se inclinaban ante su presencia, ella creía que era su derecho. Igual que Luis XIV, el Rey Sol, creía que era su derecho divino gobernar a las demás familias, y este derecho divino era también de su hijo. Esto implicaba que exigía todas estas cosas para cumplir con las expectativas de su ego acerca de qué era lo correcto y lo que ella merecía. Si duda es esto lo que Tácito sugiere cuando dice que se obsesionó con la mejora de su propia posición y con provocar el asombro y la veneración del pueblo romano. No obstante, Tácito admite que, incluso en la propia época del historiador, Agripina ya suscitaba admiración, pues «hija de un imperator, hermana, esposa y madre de dueños del mundo, representaba hasta este día un ejemplo único».[17] Me gusta bastante esta imagen de Agripina, llena de arrogancia e indignación y de esa inquebrantable confianza en sí misma que surge de su propia imagen de portadora de sangre divina; una indignación enérgica y apasionada que surge cuando exige todo aquello que considera que se le debe: no se trata de joyas, ni banquetes, ni lujos, sino reverencia y respeto.

Sin duda, hay otra forma de leer la supuesta obsesión de Agripina por su posición y por la veneración del pueblo: verla según la perspectiva de la campaña de relaciones públicas de Augusto, con la que este se convertía en el objeto reverencia religiosa. Cambiar su nombre por el de Augusto fue la guinda del pastel; es un término que viene a significar 'el más religioso' o 'el más espiritual'. La genialidad de Augusto fue renunciar a buena parte de sus poderes legítimos como magistrado, cónsul o lo que fuera a cambio de cimentar su autoridad personal, de modo que todo el mundo, con más o menos aquiescencia, aceptó que podía hacer lo que le viniera en gusto porque era una persona brillantísima. La dificultad apareció a la hora de traspasar esta autoridad a sus sucesores, pero esta cuestión sería el tema de otro libro. Augusto pasó décadas erigiendo un sistema de gobierno cada vez más restringido hasta que llegó a ser el gobernante único de todo el Imperio y nadie era capaz de recordar muy bien cómo es que todos habían aceptado este orden de cosas, pero en cualquier caso, creían que lo merecía.

Según esta segunda posible lectura, Agripina estaba intentando lo mismo, pero por unos motivos algo diferentes y con muchísimo menos tiempo. Se trataba de una campaña de propaganda y su objetivo era legitimar la idea de la esposa del emperador como una presencia pública y política y minimizar las reacciones en su contra. Se presentaba en público con un aspecto y una actitud masculina y arrogante, de modo que los hombres no dispusieran de munición para atacar su feminidad. Fue muy cuidadosa con su imagen como miembro y principal representante de la familia más distinguida, más sagrada y más respetada, y siempre señalaba a todo el mundo que, en consecuencia, estaba imbuida de una cierta particularidad sobrenatural, de manera que la gente tuviera problemas para formular críticas a su persona sin caer en la traición o la blasfemia. Agripina, deliberadamente pero con cierta imprudencia, se construyó una imagen pública de persona intocable, de modo que pudiera salirse con la suya y tener una vida pública y política con el poder real que tanto anhelaba, no una mera influencia. Igual que Margaret Thatcher, que rechazó presentarse a sí misma como una primera ministra femenina, Agripina intentó minimizar su feminidad tanto como pudo, para así poder ser una mujer sin los supuestos defectos de las mujeres. Al mismo tiempo, usó la historia y la reputación de su familia como una muralla frente al mundo,

que estaba horrorizado por el hecho de que fuera una mujer. Usó su maternidad como un arma para forzar su aparición en el espacio público. La arrogancia y la austeridad, la autodisciplina y la determinación eran protecciones frente a los hombres, que no querían que entrase en las esferas tradicionalmente masculinas; así creó un nuevo cargo totalmente nuevo para las mujeres imperiales: Augusta.

En mi opinión, Agripina era así y esto es lo que deseaba. Quería estar en pie de igualdad con su esposo y, luego, con su hijo. Quería ser una política y disponer de poder verdadero y genuino. No quería ser una mera esposa decorativa y pasiva; quería aparecer en los libros de historia y representar a su familia. En consecuencia, hizo todo lo necesario para que así fuera. Consiguió ser el socio de su esposo, no su consorte. Tuvo un efecto tangible en el mundo romano, en su política y en su paisaje, y estos efectos fueron positivos. Hizo que Claudio fuera más popular, más eficiente y menos propenso a ser asesinado por algún rival. Sin matar a un solo hijastro, desbrozó un buen camino para que la sucesión imperial se produjera sin luchas de poder. Como gobernante del Imperio su influencia fue condenadamente buena; pero no lo suficiente.

LA ASESINA

El problema es que lo que la gente recuerda al pensar en Agripina nunca son estas cosas buenas. La idea que viene a la mente es asesinato. En el año 54, Agripina fue acusada de asesinar a dos personas: a su anterior cuñada Lépida y a su marido Claudio.

El asesinato de Lépida fue el primero y se trata de un asesinato en verdad confuso. Para empezar, no está del todo claro quién fue la víctima, porque Domicio tenía dos hermanas y ambas se llamaban Domicia Lépida.******** A veces, esa maldita costumbre romana de poner el mismo nombre una y otra vez resulta cruel. Y como las dos hermanas tenían el mismo nombre, Tácito se hace un buen lío. Afirma que Domicia Lépida y Agripina eran casi de la misma edad, mientras que en el 54 Agripina tenía 39 años y Domicia era unos 20 años mayor. Pero luego afirma que ambas discutieron acerca quién tenía más influencia sobre Nerón, pues Domicia Lépida se lo ganaba con halagos y regalos, mientras que Agripina se mostraba «cruel y amenazadora», con lo que podemos sospechar una clara confusión entre Lépida y Domicia, la hermana mayor, quien se cuidó del pequeño Nerón cuando este quedó semihuérfano.[18] Tácito insiste en que estaba destinada a morir a manos de Agripina porque era demasiado parecida a esta, pues «una y otra, impúdicas, infames y violentas, rivalizaban en vicios no menos que en los dones que les había concedido la fortuna». Los cargos de que se acusaba a Lépida son algo curiosos: se le acusó de practicar la magia e intentar echar maldiciones sobre Agripina y de permitir que hordas de sus esclavos devastasen Calabria y causaran disturbios. Una de estas acusaciones se podía demostrar y, si se trataba de una venganza personal, parece raro que Agripina presentara una acusación tan tangible, en lugar de limitarse a cargos fáciles, como los de magia o adulterio. Los historiadores actuales tienen tendencia a hacer hincapié en el hecho de que Lépida era la abuela de Británico y ella misma era descendiente de Octavia y proponen que Agripina asesinó, con buen juicio, a alguien que podía traer problemas cuando Nerón subiese al

trono, pero lo cierto es que los cargos presentados me rechinan un poco. Creo que es posible (no probable, pero sí posible) que no es que Lépida no consiguiera poner disciplina entre algunos esclavos pendencieros, sino que tal vez estaba reclutando un ejército de esclavos para provocar alborotos. En esta hipótesis, los conjuros mágicos contra Agripina (que recordemos que todo el mundo creía que eran reales y efectivos) son un añadido extra. Parece que, tal como hizo Lolia Paulina, Lépida intentaba debilitar a Agripina. El hecho de que toda la historia resulte tan extraña y turbia no hace más que subrayar lo poco que sabemos de las élites romanas en cuanto nos alejamos del Senado. Lépida fue llevada a juicio, durante el cual Nerón testificó en su contra, y luego, ejecutada.

Todos los relatos nos dicen que fue este asesinato de Lépida lo que puso a Claudio sobre aviso de que Agripina estaba tramando algo. Así, hemos de creer que durante los cinco años anteriores no se había dado cuenta de que su esposa iba haciendo cosas en público y se sentaba a su lado, o que se había olvidado de que había adoptado a Nerón, de que lo había elevado al rango consular, de que había dado en adopción a su propia hija para así poderla casar con su hijo adoptivo y de que lo presentaba una y otra vez en público como su sucesor. Todo lo que había sucedido se había borrado de su mente y este asunto le abrió los ojos de tal modo que, de repente, recordó que tenía un hijo biológico que podría ser su heredero. Y, por cierto, ¿dónde se había metido ese hijo biológico? Tácito nos ofrece una brillante descripción de Narciso con ese mismo momento de súbita iluminación, tras el cual se siente realmente mal. Su Narciso pasa los días abrazando a Británico mientras implora a los dioses y pronuncia discursos algo extraños en los que explica toda la trama mientras se lamenta de haber matado a Mesalina, porque por lo menos, con una emperatriz prostituta, un antiguo esclavo sabía qué lugar tenía que ocupar. El Narciso que nos presenta Tácito no pierde la oportunidad de recordar a Británico que su madrastra también es una furcia. Es posible que el pobre Británico, que había tenido una infancia bien amparada, aguantara esta súbita efusión de emociones griegas en las que Narciso le suplicaba que «se vengase también de los asesinos de la madre», es decir, del propio Narciso. Todo esto es lo que hubiera soportado Británico si algo de ello hubiera sucedido realmente.[19]

Suetonio y Dion prefieren un relato en el que es Claudio quien se dedica a los abrazos sensibleros con Británico. En Suetonio, empieza aferrándose a Británico y rogándole que crezca, como si fuera algo bajo el control del chaval, mientras masculla epigramas griegos. También insiste en que Británico es el único césar verdadero, algo que entra en contradicción con todas y cada una de sus acciones y declaraciones de los años anteriores. Tanto Dion como Suetonio dicen que Claudio se dio cuenta de golpe de que su mujer era malvada y que entonces decidió conceder a Británico la toga viril y hacer algo sin concretar con respecto a Agripina para que Británico fuera el futuro emperador, en lugar de Nerón. De acuerdo con las fuentes, en ese mismo momento empiezan a surgir informadores; quizá habían oído voces de que la estrella de Agripina iba a apagarse y querían aprovechar la situación. El caso es que estos informadores la van acusando de todo tipo de crímenes. Agripina oyó rumores de los planes de Claudio y decidió hacer la jugada definitiva y cortar por lo sano antes de que el emperador pudiera socavar su terrible plan de privar a Británico de su legítima herencia. En este momento los relatos convergen en un amasijo de inconsistencias sorprendentemente coherente. La historia es más o menos como sigue.

Narciso se hallaba fuera de Roma, bien porque estaba tan agobiado por miedo a Agripina que fue a visitar unas fuentes medicinales bien porque Agripina había insistido en que Narciso fuera a tratarse su gota y casi le obligó a subirse a su carruaje como en una mala comedia televisiva. Con Narciso lejos de la ciudad, Agripina hizo que la famosa envenenadora Locusta (quien parece que, desde la época de Tiberio, estuvo implicada en todos los envenenamientos en las altas esferas) le preparase una ponzoña de acción lenta pero efectiva. Locusta le entregó unos polvos, que la misma Agripina o el probador oficial de Claudio, Haloto, esparcieron sobre unas setas especialmente apetitosas. A continuación, y en función de las fuentes, Claudio o bien no sintió nada o bien sintió un dolor inmediato, luego hizo una cagada espectacular o vomitó o no hizo nada de nada; finalmente, quizá murió con rapidez o tal vez se le tuvo que administrar una segunda dosis mientras se retorcía de dolor; esta segunda dosis (si se le dio) la administró un médico que, de un modo u otro entra en la trama, ya sea con una jeringa, con la punta de una pluma que se le introdujo en la garganta para inducir

el vómito o con una especie de gachas que se le dieron tras vomitar.

En cada escena de todos los relatos sobre la muerte de Claudio hay flagrantes contradicciones y, al final, llegar a una conclusión es un poco como jugar a una historia de «escoge tu propio regicidio». ¿Qué prefieres? ¿Una versión en que Agripina administra ella misma el veneno pero Claudio vomita antes de que haga suficiente efecto y, por tanto, tiene que darle el veneno en unas pochas? ¿O acaso una en la que Haloto aplica el veneno y Claudio, de inmediato, empieza a retorcerse de dolor, incapaz de articular palabra, pero se le da una segunda dosis con una jeringa? De hecho puedes escoger cualquier combinación de los posibles sucesos. Una también se pregunta por qué Locusta no se limitó a darle una seta venenosa en lugar de tontear con dosis. Tal vez no vale la pena hacerse tales preguntas cuando las diversas fuentes ni tan solo son capaces de coincidir en los augurios de la muerte de Claudio, todos ellos bastante divertidos. Los augurios que nos explica Tácito son un enjambre de abejas que se posa en el Capitolio, unos fuegos celestes que danzan alrededor de las tiendas de algunos soldados y el nacimiento de un hermafrodita y de un cerdo con garras de halcón, lo cual resulta bastante horripilante. Suetonio, por su parte, nos habla de un nuevo cometa en el cielo, de un rayo que cae sobre la tumba del padre de Claudio y de las muertes de varios magistrados durante el año 54. Casio Dion, finalmente, dice que hubo una lluvia de sangre, que las puertas del templo de Júpiter Victorioso se abrieron por sí solas y que los estandartes de la guardia pretoriana resultaron alcanzados por un rayo, además de las abejas de Tácito, pero que Dion sitúa en el campamento pretoriano. ¡Quién sabe de dónde sacaron todas estas cosas! (bueno, de hecho sí que lo sabemos: fuentes contemporáneas recopilando anécdotas al azar).

Lo único que podemos afirmar con seguridad es que Claudio murió el 13 de octubre del año 54. Es imposible saber si Agripina lo asesinó; tenía 63 años y su salud no era muy buena. Por un lado, Claudio había estado muy enfermo el año anterior, lo bastante como para que Nerón hiciera promesas en público sobre su bienestar; además, ese año 54 rondaba alguna enfermedad por la ciudad, que había provocado la muerte de bastantes senadores, incluidos uno de cada una de las cuatro magistraturas. Una sátira publicada anónimamente durante el reinado de Nerón imaginaba

cómo los dioses, en el cielo, se reían de Claudio y afirmaba que había muerto de unas fiebres. Sin duda, el envenenamiento es un lugar común algo sospechoso; es de lo que se acusó a Livia, es de lo que se acusó a Tiberio y, en la literatura romana de ficción, se asocia especialmente a las madrastras. La idea de una emperatriz asesinando a un emperador se antoja un poco demasiado forzada como para ser real. Pero, por otro lado, todas las fuentes escritas que no son anónimas son bien claras y coherentes en un aspecto concreto: Agripina asesinó a Claudio con una seta. Los detalles pueden variar, los presagios pueden ser diferentes, pero la idea de que fue ella la asesina se mantiene invariable. Incluso nuestra única fuente contemporánea, Plinio el Viejo, dice dos veces que Claudio fue liquidado con una seta envenenada.[20] Los historiadores de la Antigüedad no solemos disponer de varias fuentes que digan exactamente lo mismo y no acostumbramos a sospechar de los hechos cuando muchas fuentes nos recuentan lo mismo. Sin embargo, hay un fuerte recelo a creer que Agripina realmente asesinó a su esposo y tío, y lo entiendo; al igual que muchos otros, no quiero que Agripina sea una mujer que asesinó a su marido. Los historiadores han elaborado toda clase de causas para la muerte de Claudio que no implican veneno alguno: gastroenteritis, malaria e insuficiencia cardiaca provocada por la tensión de discutir con Agripina acerca de Británico, pero todas parecen un poco cogidas por los pelos. Una posibilidad algo más convincente, aunque no mucho, es que pudo haber ingerido por error una amanita. En cualquier caso, todas estas hipótesis son poco más que agarrarse a un clavo ardiendo porque nos resulta demasiado tremendo y ridículo que la emperatriz asesinara al emperador. Estas cosas pasan en los cuentos de hadas, no en la vida real, aunque esto no es un argumento de peso; en mi mesa tengo una tarjeta elaborada para una obra de la artista Isabella Streffen que dice «La verdad está estructurada como una ficción»,[21] tarjeta que conservo para momentos como este. Los cuentos de hadas proceden de algún lado, y ese lado es la realidad.

Otra prueba contra Agripina es lo que sucedió a continuación: actuó de inmediato. Cerró el palacio y estableció en seguida dónde estaba todo el mundo y los mantuvo ahí. Británico quedó confinado en su habitación mientras el Senado se reunía en secreto. Hizo un anuncio oficial según el cual Claudio se estaba recuperando, bastante

después de que hubiera muerto, para calmar las sospechas mientras conseguía llegar a acuerdos para que Nerón se convirtiera en emperador y no hubiera problema alguno. Todo esto parece muy pragmático y sensato. Es lo que yo esperaría de Agripina incluso si Claudio hubiese muerto de forma natural: suavizar las cosas, negociar en privado tranquilamente, ayudar a que todo el mundo mantuviera la calma y revelar a Nerón como un hecho consumado. Está claro que esta es la forma en que Agripina reaccionaba ante todo; nunca titubeaba, siempre era decidida, eficiente y firme. Pero en este caso hay un hecho adicional que mosquea un poco: hizo desaparecer el testamento de Claudio, que nunca se leyó oficialmente y del cual nunca más se supo. Es un comportamiento muy sospechoso que arroja dudas sobre toda la situación. Da mucho más peso a la hipótesis de que Claudio y Agripina habían tenido algún tipo de desacuerdo y de que quizá él había planeado hacer de Británico su heredero o coheredero. Según Suetonio, una de las últimas cosas que Claudio hizo en público antes de su muerte fue que todos los magistrados sellaran su testamento y que este se archivara, lo que, junto con su posterior desaparición, es un dato que no favorece mucho a Agripina.

En este tipo de situaciones, solo queda tirar de tus propios sentimientos y presentimientos y aceptarlo como tal. Las fuentes están demasiado sesgadas contra Agripina como mujer, demasiado traumadas por la experiencia de Nerón y son demasiado romanas como para ser fiables; y de todos modos, en historia no existe una verdad definitiva, objetiva y científica. Pero también es cierto que todas esas fuentes están de acuerdo, algo muy poco común. Quizá en realidad todo el mundo creía que Agripina planeó y ejecutó la muerte de su esposo para proteger a su hijo; ningún escritor creyó que fuera inocente, ni cuando todavía estaba viva ni después. Por mi parte, no sé qué decir; titubeo continuamente y en estos momentos creo que sí, que ella mató a Claudio. El testamento desaparecido la condena. No lo puedo demostrar y nunca podré asegurar que esto fuera lo que sucedió en realidad, pero tampoco puedo asegurarlo para ningún otro episodio de la historia de Roma; lo máximo que puedo hacer es explicar lo que yo creo a partir de lo que sé gracias a las fuentes. Así, yo creo que ella lo asesinó, aunque no creo que el asesinato fuera su plan inicial; más bien creo que esperaba que su relación se iba a mantener cordial hasta que él

muriese de muerte natural en unos diez años, más o menos, y que en ese momento ella habría asegurado la sucesión de Nerón y no habría problemas durante la transición. Pero apareció un problema: Británico iba creciendo.

Cuando Británico no era más que un niño y Nerón un adolescente, a Claudio le resultaba fácil racionalizar la idea de hacer de Nerón su único heredero al trono. Pero Británico ahora ya tenía trece años; quizá había hecho un estirón y le empezaba a salir un suave bigotillo. Para su padre, ya empezaba a parecer un hombre, y creo que empezó a plantearse algunas dudas sobre lo que Agripina pensaba que era su acuerdo, empezó a valorar abiertamente la posibilidad de que Británico fuera coemperador, comenzó a dar vueltas a cosas que podrían provocar disputas, conflictos e incluso una guerra si seguía vivo hasta que tanto Británico como Nerón hubieran superado la veintena. Ahora podría plantear una justificación sentimentaloide según la cual Agripina estaba sacrificando a su esposo por el bien del Imperio, para mantener la paz, como una especie de Bruto realizando un acto honorable, pero seamos sinceros, sería ridículo. Entiendo que Agripina pensó que ya no podía confiar en Claudio para que este hiciera lo que ella creía que debía hacerse, lo que su hijo merecía. En mi opinión, era reacia en extremo a ceder ni un ápice de su posición o de su poder a Británico y sabía que un segundo heredero adulto debilitaría su fuerza. Creo que no quería causar daño al pequeño, de modo que decidió asesinar a Claudio, que planeó su muerte con Locusta, que esperó al momento oportuno, cuando Narciso estaba fuera en unas pequeñas vacaciones de salud, y que añadió el veneno a la seta y que, luego, cuando él dijo que tenía un gusto curioso, ella también le dio un pequeño mordisco y rió. Creo que lo hizo todo a sangre fría, pero quizá con un cierto remordimiento.

Fuera lo que fuese lo que sucedió después, pienso que Agripina estaba presente cuando Claudio dio su último suspiro y se quedó quieta y en silencio durante un minuto, porque, durante unos momentos, era la persona más poderosa de todo el mundo occidental. Hasta que hizo el anuncio oficial, era la emperatriz y ya no había emperador. Me pregunto si, por un segundo, consideró la opción de asumir ella el título imperial. Solo por un segundo, porque era demasiado pragmática, sensata y consciente de la

realidad del mundo que la rodeaba como para intentarlo; pero solo durante ese segundo, ¿crees que estuvo tentada? Su marido yacía muerto en la cama; su hijo solo tenía diecisiete años; ella tenía 39 años y acababa de enviudar por tercera vez. Había sido hermana del emperador, adorada por él, y había sido desterrada. Había temido por su vida incontables veces y se había sentido aterrorizada de que su hijo no llegara a la edad adulta. Había sido venerada en Asia y vitoreada en Roma. Era la hija de Germánico y la biznieta de Augusto, de quien llevaba sangre divina. Había gobernado el Imperio como ninguna otra mujer. Era Agripina Augusta, la primera y la última. Pero solo fue un segundo. Quizá dos. Luego se puso manos a la obra: «¡Cerrad las puertas! ¿Dónde está Británico? ¡Convocad el Senado!», y con más sigilo: «¡Traedme a Séneca y a Burro!». Las cosas se ponían en marcha.

Unas horas más tarde (Tácito nos dice que a mediodía), la guardia pretoriana formó ante el palacio. Se avecinaba algo. Se abrieron las puertas del palacio. Una multitud ya estaba congregada en el exterior, ansiosa por saber acerca de la salud de su emperador. Claudio no era muy popular, pero aun así era el emperador y su salud era importante. Se abrieron las puertas y apareció Nerón, flanqueado por Burro. Burro hizo un gesto y los pretorianos aclamaron a Nerón, ese chaval de 17 años con una suave barba incipiente y que parpadeaba bajo el sol. Lo aclamaron como emperador. La muchedumbre dudó por un momento: ¿dónde estaba Claudio? ¿Dónde estaba Británico? Pero los romanos entendieron rápidamente la situación y vitorearon al adolescente emperador mientras subía a su litera para ser transportado. El Senado emitió un decreto en el que anunciaba de manera formal el acceso de Nerón al trono y, cuando las noticias se propagaron, no se opuso ninguna provincia ni legión. Era el 13 de octubre del año 54: Claudio había muerto y Nerón era el nuevo emperador. Agripina ya no era la esposa del emperador, había subido un escalón: ahora era la madre del emperador.

******** Un homo novus, ‘hombre nuevo’, era el primer miembro de una familia que lograba acceder a un puesto de senador. (N. del t.)

******** Recordemos que a la hermana mayor se la suele conocer simplemente como Domicia o bien como Domicia Lépida la Mayor, mientras que a la pequeña, como Domicia Lépida o simplemente como Lépida, o también Domicia Lépida la Menor. (N. del t.)

MADRE

LA EMPERATRIZ REGENTE

> Agripina […] pretendía el Imperio para su hijo, pero no podía tolerar que lo ejerciera.[1]

Si Agripina asesinó a Claudio y su intención era aumentar o mantener su poder, la victoria fue efímera. El cambio de emperador en el mundo romano implicaba que, en palacio, todo se modificara; las estructuras de poder mutaban casi sin que nadie se diera cuenta, pero los cambios se notaban casi de inmediato y Agripina en seguida perdió la apuesta que había realizado muchos años antes.

Pero antes de que las cosas empezaran a ir de mal en peor para ella, Agripina pudo disfrutar la apoteosis de sus ambiciones, al menos a los ojos del público. En el primer día de Nerón como emperador, este hizo lo que se le dijo y, sin duda bajo la dirección de Agripina, gestionó con habilidad el equilibrio de poderes entre la guardia pretoriana y el Senado. Quizá recuerdes que, cuando Claudio subió al trono, el cambio de régimen no se diferenció mucho de un golpe de estado militar: pagó a los pretorianos y estos amenazaron al Senado durante dos días hasta que los senadores claudicaron. Esta fue una de las razones por las que el Senado se pasó medio reinado de Claudio conspirando contra él y el otro medio siendo irrespetuoso a sus espaldas, hasta que Agripina se puso de por medio. Ahora, Agripina se aseguró de que Nerón ofrecía sus respetos a la guardia pretoriana y al Senado y de que ambos sintieran que tenían igual influencia en el acceso al trono de Nerón. En primer lugar, Nerón apareció en el campamento pretoriano y les prometió una paga extra de agradecimiento, igual a la que les ofreció Claudio: 15.000 sestercios a cada uno. Luego se marchó a toda prisa al Senado, donde pronunció otro discurso de agradecimiento; como reconocimiento, el Senado se pasó toda la tarde votando la concesión de honores varios al nuevo emperador. Nerón rechazó el título de «padre de la patria» porque aún era un adolescente, pero aceptó todos los demás. La lista completa de

honores y títulos que se forjaron durante el principado es larga y tediosa; a Augusto le llevó una década acumularlos, pero a partir de Cayo, el Senado (que poca voz tenía en el asunto) solía otorgarlos como un pack. Es revelador del estado de negación en que vivían los romanos, respecto al hecho de tener un monarca, que mantuvieran la ficción de que todos estos honores y poderes eran independientes y que podían separarse o negarse individualmente si así lo deseaban… algo que no sucedió nunca. Cuando finalizaron las votaciones y la concesión de honores, Nerón regresó al palacio que ahora era suyo y estableció una contraseña para ese día con sus guardias; su primera contraseña fue optimam matrem: la mejor madre.

Agripina, la mejor madre, había pasado el día dando vueltas por el palacio con Británico y Octavia y, por supuesto, con Palas, Séneca y Burro. En apariencia, se dedicaba a consolar a sus hijastros, pero en realidad debía de estar trabajando. Había que organizar un funeral imperial y era esencial conseguir la imagen pública adecuada. Séneca tenía que escribir un discurso fúnebre para que Nerón lo leyera, y tenía que ser perfecto. Lo ideal sería que Claudio fuera divinizado, lo que implicaba una cierta negociación con el Senado. Además, para Agripina había unos asuntos imperiales de los que encargarse; hasta ese momento había sido como un socio menor de Claudio en el gobierno del Imperio y, por lo que a ella respectaba, ahora había pasado a ser el socio principal del nuevo emperador. Según Tácito, en este aspecto tomó una rápida e inquietante decisión con el objetivo de proteger a Nerón y, sin que este supiera nada, ordenó ejecutar a Julio Silano. En ese momento, Silano era el procónsul de Asia y parece que fue envenenado por un ecuestre y un liberto a sueldo de Agripina. Silano fue eliminado porque era un posible rival de Nerón; era hermano del primer prometido de Octavia, el que se suicidó tras ser acusado de incesto, y tenía sus mismas credenciales para reclamar el trono: ser nieto de Julia la Menor y tataranieto de Augusto; además, era mayor que el joven adolescente Nerón y contaba con bastante más experiencia en un mundo en que la juventud masculina se consideraba un infortunio que había que superar, más o menos como el acné juvenil. Así pues, fue apartado de la circulación lo más discretamente posible. A continuación le tocó a Narciso, en una acción tan rápida que una se pregunta cuánto tiempo hacía que Agripina estaba esperando el

momento para quitárselo de encima. Narciso podía haberse mantenido al margen y así vivir un retiro feliz y tranquilo con sus millones, de ilícitos orígenes; pero en un arrebato de mal calculada lealtad a un cadáver, regresó a Roma. El premio fue ser arrestado de inmediato y, pocos meses después, o bien fue asesinado o bien se suicidó.

La muerte de Narciso fue la primera evidencia de que las estructuras de poder de la corte de Claudio se estaban desmoronando. Hasta ese momento, Narciso había sido intocable; había hundido a casi toda la familia imperial y se había escapado sin más que una mirada de reprobación. Pero sin Claudio, no quedaba nada que lo protegiera. Sin duda, tendría que haberse quedado en el balneario y encontrar un buen compañero. La segunda evidencia se manifestó durante el funeral de Claudio, que también fue el escenario de una de las más dramáticas e impresionantes apariciones públicas de Agripina. Se trataba del primer funeral imperial formal desde el de Tiberio en el año 37, si bien este último había tenido ciertos tintes cómicos, arruinado cuando la gente empezó a gritar «¡lanzad a Tiberio al Tíber!» y la muchedumbre se volvió histérica por lo mucho que amaban a Cayo. Luego, en el caso de Cayo, nunca hubo un funeral oficial, teniendo en cuenta cómo fue asesinado. Así pues, Agripina decidió que sería apropiado y entretenido que el funeral de Claudio calcara al de Augusto, del año 14. Cierto es que Claudio era el emperador más popular y exitoso desde Augusto, medio siglo antes, pero eso nos dice más sobre lo malos que fueron Tiberio y Cayo que sobre lo grande que fue Claudio. El funeral se inició con cinco días de capilla ardiente, aunque no estoy segura de si la gente podía pasar a ver al fallecido, como ahora podemos visitar el cuerpo de Lenin o los propios romanos solían visitar el cuerpo de Alejandro Magno en Egipto (y, por cierto, como anécdota, el joven Augusto visitó la tumba de Alejandro y le rompió la nariz por accidente). Tras esos cinco días, el 18 de octubre del 54, se celebró el funeral propiamente dicho, con la misma parafernalia que ya vimos en el caso de Pasieno pero elevada a la fatuísima potencia.

El cuerpo de Claudio abría la procesión, que iba desde el Palatino hasta el Campo de Marte y ahí lo recorría un par de veces. El cuerpo estaba en un féretro, situado en lo alto de un catafalco de

oro y marfil, una estructura que debió ser insoportablemente espléndida e insoportablemente pesada. Tras el cuerpo venían los cónsules, pretores y demás magistrados con una figura de Claudio en cera a tamaño real y ataviado con los ropajes del triunfo. Después, el resto del Senado, con otra figura de Claudio pero esta vez de oro. A continuación, un carro triunfal con otra figura más de cera del fallecido emperador. Cuando yo muera, no os cortéis y hacedme algo parecido, porque, visto con los ojos de nuestra época, todo esto de ir con efigies del muerto resulta espeluznante… ¡y me gusta! La siguiente parte del cortejo era aún más aterradora: un grupo de actores con máscaras mortuorias en cera de los antepasados de Claudio. Es muy probable que se tratara de los miembros de la familia claudia, a saber: el padre de Claudio, Druso I, sus abuelos, Tiberio Claudio Nerón y Marco Antonio, y así sucesivamente, remontándonos en el árbol genealógico tan atrás como puedas imaginar. Los claudios eran una familia antigua y venerable, de modo que la procesión debió de ser larga y concurrida, con docenas de máscaras mortuorias de miembros de la familia claudia que nadie pensaba que alguna vez pudieran caer en el olvido, pero ninguno de ellos era un emperador. A medio camino del Campo de Marte, en los rostra del foro, Nerón debió de pronunciar el panegírico de Claudio, escrito por Séneca, tal como las fuentes remarcan con vehemencia. Que alguna otra persona escribiera tus discursos se consideraba inadecuado y un signo de poca capacidad intelectual; tal como Tácito señala con desdén y arqueando las cejas, incluso Cayo escribió su propio panegírico de Tiberio. El discurso de Séneca no se desvió de la idea tradicional de que nunca se habla de las cosas malas del fallecido; homenajeó la herencia y los logros literarios de Claudio, su colonización de Britania y su sabiduría y habilidad política. Esta última parte provocó algunas risas embarazosas entre la multitud. Tras el panegírico, la procesión dio un par de vueltas al Campo de Marte mientras, en el centro, los centuriones encendían la pira funeraria.

En el funeral de Julio César, los asistentes se sintieron tan atormentados que se despojaron de sus ropajes y de los ornamentos triunfales que habían recibido del gran general y los lanzaron a la pira como ofrendas al fallecido, mientras que las mujeres y los niños

lanzaban sus joyas y sus vestidos. La muerte de Augusto provocó una respuesta parecida. Estas reacciones no son muy diferentes a la del público que inundó de flores el coche fúnebre que transportaba el cuerpo de la princesa Diana de Gales durante su funeral y que dejó un aparentemente caótico montón de ofrendas en el palacio de Kensington; se trata de actos que vistos individualmente parecen inútiles pero que, en conjunto, son una potente muestra de dolor colectivo. En cambio, no tenemos ninguna evidencia de que la muerte de Claudio provocara una reacción parecida; su funeral pasó sin pena ni gloria, sin ningún impacto emocional en los asistentes, lo que no deja de resultar un poco triste. Su funeral se basó más en lo que Nerón y Agripina podían obtener de él que en ninguna muestra de duelo. Tal como era tradicional, una vez el cuerpo del difunto ya se había consumido y el fuego se había apagado, se dejaba la pira en su sitio durante cinco días. Cuando murió Augusto, Livia, como muestra de devoción, permaneció a su lado los cinco días junto con algunos destacados ecuestres y luego recogió ella misma las cenizas del emperador y las enterró en el Mausoleo de Augusto. Parece que Claudio no inspiró una devoción igual en Agripina.

Quien sí recibió una atenta mirada de Agripina fue Nerón, y este fue el momento en que el joven emperador se situó por fin bajo los focos. Mientras las llamas de la pira aún se estaban apagando, los senadores y Nerón se retiraron a la curia, donde Nerón pronunció otro discurso escrito por Séneca, esta vez centrado en su persona y en el que planteaba sus políticas para la nueva administración. El discurso contenía detalles que harían las delicias de Agripina pero también fragmentos que, si los hubiera escuchado directamente, le habrían provocado escalofríos. La parte agradable para Agripina era la divinización de Claudio. Todas las fuentes despachan este aspecto en una sola línea, como si convertir a alguien en un dios fuera un acto sin más trascendencia, y lo cierto es que cuando se redactaron estas fuentes, entre 50 y 200 años después de los hechos, sin duda no tenía mucha trascendencia. Incluso Tácito vivió la divinización de Vespasiano. El tema fue aprobado sin tan siquiera votarlo, lo que es un magnífico testimonio del excelente trabajo que había hecho Agripina entre sus aliados senatoriales. Antes de que Agripina entrara en la vida pública en el año 50, había más posibilidades de que Claudio, tras su muerte, se transformara espontáneamente en

una calabaza que de que fuera deificado. Medio Senado había intentado acelerar esa muerte durante buena parte de la década y, como mucho, Claudio se enfrentaba a una situación al estilo de la de Tiberio, cuando Cayo planteó el tema de la deificación solo para ser recibido con una clara falta de entusiasmo y luego olvidado rápidamente. Una situación así no sería buena para Agripina, cuya principal afirmación de poder, más que de prestigio, se basaba en ser la esposa de Claudio. Sin duda, le ayudaba el hecho de ser la biznieta de Augusto y la hija de Germánico, pero esto no eran más que bonificaciones; era su matrimonio lo que le abría las puertas a la esfera política, sin tener que quedar confinada en un mundo de vestidos a la moda y personas aduladoras. Ser la mujer de un dios no era baladí. Así, Agripina preparó el terreno y Claudio fue proclamado dios oficialmente. Debió de encontrar a alguien dispuesto a afirmar que había presenciado algún signo indicativo de que Claudio era aceptado en el cielo, pero para mi consternación, ninguna fuente lo registra. Cuando Julio César fue deificado, alguien dijo que había visto un cometa y que ese cometa era el alma de César llegando al cielo (está claro que los romanos no eran muy sutiles). Cuando le llegó el turno a Augusto, un antiguo pretor afirmó que tras la cremación había visto al fantasma de Augusto dirigiéndose a los cielos; incluso con Drusila y su brevísima deificación, un senador aseveró que la había visto dirigiéndose a los demás dioses. Con todo esto, una esperaría que Agripina habría encontrado a alguien dispuesto a decir algo parecido sobre Claudio, pero quizá todo el mundo estuvo de acuerdo en la deificación sin dar más vueltas al asunto y sin preocuparse de menudencias como la aprobación de los dioses. Inmediatamente, Agripina fue nombrada suma sacerdotisa del culto de su esposo; se le dio un cargo público como parte del culto estatal, con deberes públicos oficiales.

Para Agripina, este era el punto álgido del discurso de Nerón. El bajón llegó un poco después, cuando el nuevo emperador empezó a detallar los planes para su reinado y empezó a subrayar que separaría el palacio y el estado, que «no habría nada venal ni posibilidad de intriga».[2] Era un claro aviso a los libertos y a Agripina; su poder iba a ser restringido.

Todo ello eran las palabras y los sentimientos de Séneca; el choque

entre Séneca, aliado con Burro, y Agripina iba a caracterizar los primeros años del reinado de Nerón. Por el momento, no obstante, Agripina aún iba a disponer de unos cuantos días de gloria como madre del emperador, un papel que ella, al parecer, consideraba como una especie de regencia. Todas las fuentes afirman que asumió la gestión del Imperio, las tareas administrativas cotidianas y la parte más tediosa del cargo imperial. En general, Nerón y Agripina aparecían juntos en público, y no por separado, lo que ya era una innovación respecto a los años de Claudio. A veces madre e hijo eran vistos con ella transportada en la litera y Nerón caminando a su lado, una muestra bastante espectacular de devoción filial del joven emperador y una señal inequívoca para el pueblo de que Agripina continuaba teniendo el poder en sus manos. Además, cuando Agripina salía sola en público ahora iba acompañada por dos lictores, no por uno solo; estos, con sus fasces, apartando a todo el mundo para dejar paso a Agripina, transmitían un clarísimo mensaje de que Agripina formaba parte del Estado romano. Nerón no estaba hecho para el trabajo de emperador, ni tan siquiera parece que tuviera ganas de serlo durante buenas temporadas de su reinado, y con diecisiete años era cautivo de personajes más poderosos, de los cuales el más potente era su madre. Tácito y Dion nos presentan la cima del poder de Agripina en su deseo de participar (casi) en los debates senatoriales, escuchándolos directamente en lugar de confiar en los relatos de segunda mano que le hacían llegar. Animó al Senado a reunirse en palacio o en la biblioteca de Apolo, que estaba al lado, en lugar de en la curia, un lugar donde ella no podía entrar por ley. Esto tampoco era extraordinario, aunque si solo tuviéramos el relato de Tácito pensaríamos que había propuesto algo totalmente descabellado. El Senado se reunía en diversos lugares y de vez en cuando lo hacía en el palacio, para que el emperador no tuviera que estirar sus reales patas bajando una colina. La innovación de Agripina era escuchar los debates; para ello debía de estar oculta tras una cortina en alguna sala, donde es posible que se sentara y tomara notas mentales acerca de a quién premiar y a quién castigar. Su presencia debía de ser conocida por los senadores y me la imagino tosiendo de vez en cuando para avisar a sus colegas que abordaran algún tema o para que Nerón se ciñera a lo que se le había dicho.

Estos primeros días del reinado de Nerón también ofrecieron a Agripina la oportunidad de establecer aún más récords como mujer primiceria en el campo de la numismática; sin duda era toda una pionera en este ámbito. En sus monedas con Claudio, aparecía en el mismo lado que su marido, pero el rostro de este cubre parcialmente el de ella, o al revés (lo que se denomina bustos adosados) y son monedas que parece ser que solo se acuñaron en el este. Ahora que era la madre del emperador tuvo sus primeras monedas acuñadas en Roma en las cuales compartía cara con el emperador; esta vez, Nerón y Agripina se representan encarados y la leyenda dice «Agripina Augusta, esposa del divino Claudio Nerón César, madre de Nerón Claudio…» a lo que siguen todos los títulos de Nerón (Augusto Germánico imperator con potestad tribunicia). Esta quizá sea la mejor prueba de que Agripina se veía a ella misma como cogobernante durante esos primeros meses y que a Nerón no le parecía mal. Es mostrada con claridad como igual al emperador en monedas de oro y plata que pasarían por las manos de todos los habitantes de Roma, desde los cónsules hasta los chaperos y rameras. Ninguna mujer antes que ella había aparecido en una moneda acuñada en Roma compartiendo espacio con el emperador reinante, de modo que nadie, al tener esas monedas en la mano, podría negar su privilegiada posición. Agripina también empezó a aparecer en las inscripciones de su hijo, porque no le bastaba con romper todas las tradiciones numismáticas, también lo hacía con las epigráficas. Nerón fue el primer emperador que empezó a incluir su linaje materno en las inscripciones; se describía como hijo del divino Claudio y como descendiente de los familiares de su madre: Germánico, Tiberio y Augusto. Al igual que pasaba con las monedas, era un detalle que ningún romano, acostumbrado a la tediosa formalidad de las listas de antepasados paternos, podría pasar por alto. De esta manera, Agripina volvía a exigir respeto para ella como persona, por derecho propio, una vez más.

Para encontrar la prueba más espectacular del poder de Agripina debemos regresar nuevamente a Afrodisias, donde ya habían instalado un relieve de Agripina con una diadema y eran unos fans incondicionales de Agripina Augusta. Da la impresión de que estaban a punto para el acceso de Nerón al trono, con un enorme bloque de piedra y un cincel, listos para esculpir un nuevo relieve y esperar que ella lo pudiera ver. En este caso, volvieron a romper

moldes y llegaron más lejos que nadie. El relieve muestra a un joven y lampiño Nerón, sin trazas de su barba ni de su posterior obesidad, y a Agripina a su lado. Esta va ataviada como la diosa Deméter, con una amplia y sedosa tela que deja el vientre y las caderas al descubierto, toda ella fecunda y atractiva. Lleva una diadema y a un lado carga con una enorme cornucopia rebosante de uvas, para subrayar su fertilidad. Hasta aquí todo es más o menos normal (al menos para los estándares de Afrodisias); lo relevante es que con su mano derecha está haciendo algo extraordinario: está coronando a Nerón, haciéndolo emperador. En cualquier otro relieve y representación parecida de cualquier otro emperador, este es coronado por una personificación del pueblo y el Senado de Roma en la forma de la diosa Roma. El acuerdo tácito era que el emperador gobierna porque el Senado romano le deja y toda la imaginería de la ascensión al trono sigue esta idea. Excepto en este caso. En Afrodisias de Anatolia, Agripina detenta el poder de conceder el trono y lo comparte con su hijo.

Estos días fueron los más gloriosos de Agripina como emperatriz. Fueron unos días en que parecía estar a la misma altura que su hijo. La única limitación era su imposibilidad de ejercer el voto, un impedimento que no parece que le afectara mucho, aunque sin duda la debía de enojar. Desplazándose en su litera por las calles de Roma, con su hijo el emperador caminando a su lado, es muy posible que sintiera que había llegado su momento. En la obra Octavia, escrita tras la muerte de Nerón por un autor anónimo que llamamos Pseudo-Séneca, tal como ya habíamos comentado, Agripina describe «el Imperio que, en mi ingenuo amor, le concedí»[3] y sin duda así debía de sentirse, al menos en parte: había trabajado incansablemente para sacar a Nerón y a ella misma del prudente anonimato que les daba el destierro en que se había retirado tras la ejecución de su hermana; había arrastrado a ambos de nuevo al lugar al que, como julios, pertenecían; había honrado la memoria de su madre y de su padre, a los cuales se les había negado el justo derecho de gobernar el Imperio, y había mantenido el buen nombre de la familia. Era la madre del emperador y estaba eclipsando incluso a Livia.

Livia era la madre del emperador por antonomasia. Era la tercera esposa de Augusto y la mejor de ellas. Se casaron cuando Augusto estaba en la veintena y ella tenía 19 años; siguieron juntos hasta que él murió con 75 años. Tiberio era el hijo mayor de Livia, de su primer matrimonio, y Augusto lo adoptó como una especie de último recurso, puesto que todo aquel que Augusto señalaba como heredero acababa muerto. Como los tíos de Agripina, Lucio y Cayo. La improbabilidad de Tiberio como heredero de Augusto, con su falta de encanto y de carisma y sus poquísimas ganas de relacionarse con los senadores, llevaron a repetidas sospechas de que Livia había envenenado a todos los demás herederos para que su hijo fuera el único vivo. Y luego envenenó también a Augusto por si acaso. Luego Livia se convirtió en un grano en el culo de Tiberio, regañándole, leyéndole cartas que Augusto había escrito a Livia en las que comentaba lo cretino que era Tiberio, salvando a sus amigos de cargos de asesinato y siendo, en general, una verdadera molestia. También era más rica y popular que su hijo, tenía más experiencia y mejores conexiones personales y, sobre todo, había sido adoptada póstumamente por su marido, lo que la convertía en la hija de su propio marido y, también, en miembro de la familia julia (se diría que para Augusto las relaciones en el seno de esta familia aún no eran lo bastante enrevesadas y desquiciadas). En resumen, creía que sería una especie de copiloto del principado.

En todos estos aspectos Livia fue una proto-Agripina. Sin embargo, en general, solía ser mejor en esconder lo que estaba haciendo, porque procuraba esconderlo tras una apariencia de feminidad republicana tradicional. Para empezar, no intentaba pasearse por el Senado oculta tras unas cortinas. También tenía un hijo que era bastante mayor que Nerón, y mucho menos paciente. Tiberio cultivaba una imagen de sí mismo a medio camino entre la del soldado veterano y curtido y la del sabio distraído y, en ambos papeles, era de lo más conservador. Una de las quejas más claras de su reinado es que exigió que se mantuviera la pantomima de la democracia en el Senado, a la vez que no aceptaba la más mínima desviación respecto a su voluntad; así, no decía a nadie qué es lo que quería pero luego castigaba a todo aquél que votaba de modo inadecuado. Era muy estresante. Su conservadurismo era aún más marcado en lo que respecta al papel público de su madre, al cual puso freno de inmediato. A Livia se le había concedido el derecho

de disponer de un lictor; Tiberio limitó las ocasiones en que podía hacer uso de él.[4] El emperador atacaba a cualquiera que pensara que el título de Augusta que ostentaba Livia implicaba privilegios concretos; trataba el nuevo título de su madre como uno podría considerar un doctorado honoris causa de alguna celebridad. Hizo todo lo que le permitía su considerable poder para acabar con cualquier intento de ensalzar a Livia por parte de senadores aduladores, que, con buena lógica, pensaban que a él le gustaría que la gente ofreciera presentes a su madre. Cuando intentaron renombrar el mes de octubre como livio, a Tiberio casi le da un infarto. El emperador tenía unas ideas muy claras acerca del papel de su madre, ideas muy tradicionales, y no dudaba en absoluto en asegurarse de que ella se ciñera exactamente al ámbito en que se suponía que debía permanecer: el ámbito privado y doméstico, siempre bajo su sombra.

Ese era el lugar tradicional de las madres romanas. Se esperaba que, cuando sus hijos crecían, ellas daban un paso atrás y se limitaban a un papel de consejeras. Era una convención social tácita que cuando los hombres llegaban a la edad adulta serían ellos los que tomaban las decisiones activas y que las madres se limitaban a dar algunos consejos y sugerencias o bien ofrecían sus recursos para ayudar a que los hijos sacasen adelante sus planes. Solo se les permitía influir en sus hijos si estos se lanzaban a hacer algo realmente malo, como intentar llevar un ejército hacia Roma. Por ejemplo, la madre de Coriolano consiguió convencer a su hijo de que no atacara Roma, lo que se consideraba un perfecto caso de buena influencia maternal. Pero tras Julio César, casi todo el mundo había intentado marchar sobre Roma con un ejército, de modo que ya no importaba demasiado y ya no había nada relevante que una madre pudiera hacer por su hijo una vez adulto. Se esperaba, en cambio, que se quedara en casa, tejiendo o charlando con otras damas; lo máximo que podía sugerir a su hijo eran vaguedades como «¡qué interesante, hijo!» o «¿estás seguro, cariño?»; cualquier otra cosa era pasarse de la raya. Este fue el papel al que Tiberio redujo a Livia, una situación que sin duda enfurecía a la madre, pero no tenía ningún poder para evitarla.

En comparación, parece que Agripina no se sentía en absoluto impotente. Nerón era demasiado joven y débil para tener opiniones

propias sobre cuál debía ser el papel de una madre y, además, aunque las hubiera tenido, tampoco hubiese podido imponerlas. Y es así por lo que Agripina iba en la litera mientras Nerón caminaba a su lado y era Agripina quien vislumbraba muchos años de gobierno compartido sobre el Imperio más glorioso de la tierra e incluso pensaba que quizá podría relajarse. Pero había un problema, un único problema, del que es posible que Agripina solo se diera cuenta a medias y que pensara que podría controlarlo. Este problema eran los hombres que había empleado como tutores de Nerón: Séneca y Burro. Agripina creía que se lo debían todo; le debían sus cargos y, en el caso de Séneca, también la vida. Agripina creía que esto haría que le fuesen leales; apostó a favor de su confianza con su hijo y ahora estaba a punto de perder esta apuesta.

LA PRIMERA CRISIS

Recapitulemos un poco: Séneca era un amigo de toda la vida de Agripina, desde los días del reinado de Cayo. Era un filósofo estoico y dramaturgo, además de escritor de ensayos moralizantes para mujeres sobre lo magnífico que era, y Claudio lo había desterrado por haberse tirado a la hermana de Agripina, Livila. La primera acción de Agripina como mujer de Claudio había sido rescatar a Séneca de su destierro (y tal vez hacer que dejase de escribir cartas) y colocarlo como tutor de Nerón. Burro era un militar al que, en apariencia, todo el mundo respetaba por sus grandes cualidades militares, si bien nunca había conseguido nada de relevancia; es posible que siempre se limitara a estar en el lugar adecuado en el momento correcto. Agripina le tenía en mucha estima, hasta tal punto que lo ascendió a prefecto del pretorio, casi de la nada, y luego lo vinculó a Nerón como tutor y maestro. A efectos prácticos, Agripina era el patrón de ambos y en consecuencia, confiaba que hicieran lo que se espera de los buenos clientes, es decir, lo que ella les dijera. Agripina había planteado una buena estrategia; había permitido que varias personas tuvieran libre acceso a su hijo y a su educación, pero eran personas que le debían todo y que trabajarían codo a codo con ella. Por desgracia, Agripina había subestimado el menosprecio que Séneca sentía por Claudio, por su reinado y por todo lo que el emperador representaba. Y, a ojos de Séneca, Agripina era un ejemplo visible de todo lo que Claudio había hecho mal.

Una obra que se atribuye a Séneca (y que me gustaría que fuera en verdad suya, porque es muy cruel y también muy divertida) es la Apocolocyntosis de Claudio, que se puede traducir como ‘conversión en calabaza’ o ‘calabacificación’, como juego de palabras con el término apoteosis, y es una parodia de la llegada de Claudio al cielo y de las reacciones de los otros dioses ante este personaje. Es una de las obras más peculiares y crueles de la literatura romana. Empieza con la muerte de Claudio y sus últimas

palabras, que son «¡Pobre de mí! Creo que me he cagado», a lo que el autor replica «Si lo hizo, no lo sé; lo cierto es que la cagó en todo».[5] Luego aparece en el cielo y de inmediato recibe burlas por su cojera y sus dificultades de habla y le llaman monstruo porque asusta a todos los dioses. Todo el mundo se cachondea de Claudio hasta que aparece Cayo, afirma que Claudio es su esclavo y luego lo delata. Todo el texto es absurdo e hilarante, lleno de curiosas e incomprensibles expresiones romanas, como «la rodilla está más cerca que la canilla», «has llegado aquí, donde las ratas roen el hierro» o «en Roma […] las ratas lamen las ruedas de molino». Quien escribió este texto sin duda tenía una relación estrecha con Claudio y está claro que en ese momento Nerón ya era emperador, porque hay un curioso fragmento en que al dios Apolo se le humedecen los ojos al ver el hermoso rostro y el maravilloso cabello de Nerón, ante los cuales todo el mundo queda embelesado, lo que no deja de ser hilarante por sí mismo. Así, hay una evidente posibilidad de que Séneca lo escribiera para desahogar su odio por Claudio, su antiguo archienemigo y con el cual se había visto obligado a relacionarse durante años pero que ahora, por fin, había muerto. Una de las acusaciones más sutiles que aparecen en la obra es la de que Claudio era incapaz de controlar a sus esposas y a sus libertos, así como el papel político que tenían. En esta acusación fue cauto, porque Agripina y Palas todavía tenían poder, de modo que solo hizo referencia al difunto Narciso; sin embargo, sus sentimientos en este aspecto son indudables: Claudio era un hombre patético y débil que permitía que le pisoteara gente que en teoría tenía que controlar, a la vez que se dedicaba a asesinar a sus buenos amigos. Es por eso por lo que Séneca también redactó un tratado, dirigido a Nerón, acerca de la importancia que tenía para un emperador ser buena persona y no ir matando a la gente, sobre todo si se trataba de buenos amigos y consejeros. Dejando esto de lado, Séneca tenía ideas muy claras de lo que tenía que hacer un buen emperador, y los buenos emperadores no dejaban que las mujeres y las personas que alguna vez habían sido una mera posesión de otra persona pudieran tomar las decisiones.

Antes he comentado que los primeros indicios de que el reinado de Agripina no sería fácil llegaron con el discurso de Nerón el día

después del funeral de Claudio, discurso escrito por Séneca. Cuando Nerón dijo que su gobierno separaría el palacio del Estado, estaba refiriéndose explícitamente al papel que habían ejercido la familia y los amigos privados de Claudio en el gobierno del Imperio durante su reinado y al impacto directo que habían tenido sus esposas y libertos en la política estatal, fundando ciudades, estableciendo leyes y dirigiendo proyectos públicos. Se estaba refiriendo a los dos únicos de todos ellos que aún quedaban: Agripina y Palas. Esas palabras de Nerón eran una pequeña y deliberada cuchillada a Agripina y a su mejor amigo, una indicación que un nuevo gobierno implicaba nuevas reglas. Solo podemos suponer lo que Agripina debió de haber sentido cuando se enteró de lo que Nerón había dicho. No sabemos si se burló del descaro de Séneca, si se ofendió ante su insinuación de que no era más que una esposa entrometida (no muy diferente a Mesalina) y no un verdadero socio en el gobierno de Claudio o si se enfureció por sus palabras; en cualquier caso, seguro que entendió muy bien lo que Séneca estaba expresando. Pero Agripina no se inmutó; es posible que pensara que las palabras de Séneca (emitidas a través de Nerón) no eran más que la palabrería habitual que usaban los emperadores con los senadores. En realidad, era el mismo tipo de discurso que los tres emperadores anteriores habían hecho al principio de su reinado y luego todos ellos se lo pasaron por el forro. Agripina iniciaba este nuevo reinado tras cuatro años de tranquilidad y no esperaba que ahora hubiese muchos problemas. El único contratiempo, de momento, fueron los armenios, que en este momento volvían a incordiar, y esto provocó el primer golpe importante contra el poder de Agripina.

Los armenios habían ido apareciendo de vez en cuando durante la vida de Agripina, porque Armenia era un lugar problemático, encajonado entre el Imperio romano y el Imperio parto. Ambas potencias querían controlar Armenia para así usarla como estado colchón frente a los posibles ataques de la otra. En consecuencia, en Armenia pocas veces reinaba la estabilidad y cada dos por tres era invadida por un imperio o por el otro, con el consiguiente cambio de rey y los dolores de cabeza que ello conllevaba. En estos momentos, el rey de Armenia era Radamisto; los partos habían invadido el territorio y, ante los primeros problemas, Radamisto se había refugiado en las montañas. Los armenios, ahora sin rey,

enviaron una delegación a Roma para pedir ayuda contra los partos. Cuando los romanos supieron quién venía, se pusieron un poco nerviosos; Tácito nos cuenta que, de golpe, empezaron a preguntarse si un chaval de 17 años sin experiencia militar ni diplomática estaría a la altura para gestionar una negociación compleja con los armenios y los partos o para dirigir las batallas y los asedios que implicaría una intervención romana. También empezaron a temer que las decisiones no las tomara Nerón, sino que Agripina decidiera por él. La idea de una mujer implicada en todo esto provocaba escalofríos en los romanos (y por romanos, Tácito se refiere a los senadores romanos, claro). «¿Qué ayuda proporcionaría un joven gobernado por una mujer?»,[6] se pregunta Tácito, preso del miedo. Y este miedo quedó bien patente en un tremendo incidente público frente a la delegación armenia. La reunión empezó como siempre; todo el mundo entró en la sala y se sentó. Nerón estaba acompañado por Séneca y por Burro, que lo flanquearon hasta su trono, alzado sobre un estrado.

Sin embargo, antes de que empezara la cumbre, Agripina entró en la sala. No era algo inusual; con Claudio, ella acostumbraba a reunirse con funcionarios y delegados. Quizá sorprendió a algunos armenios, pero ninguno de los romanos presentes debió de sorprenderse. Pero acaso sí que se sorprendieron porque no había entrado junto a Nerón; ¿quizá no había sido invitada? Entonces Agripina hizo algo nuevo. Con Claudio, siempre se había sentado en un estrado separado; mantenía una especie de imagen de «separados pero iguales», lo que nunca significa igualdad de verdad para el que queda separado. Así, todo el mundo se sentía un poco incómodo pero se podía dejar pasar, pues no estaban obligados a mirar en su dirección si no les apetecía. Ese día, en cambio, Agripina subió al estrado de su hijo; ese día estaba reclamando una igualdad completa con su hijo y los delegados armenios iban a mirarla directamente a los ojos. Tomaría su puesto como el legítimo socio del emperador en el Imperio, a la misma altura que su hijo. O esa era su intención, pues Séneca intervino de inmediato.

Todos los asistentes quedaron paralizados, horrorizados con lo que Agripina estaba haciendo. Estaba violando todas las reglas tácitas de su cargo y también todas las leyes escritas sobre lo que las mujeres podían hacer. En su momento Agripina había hecho cosas

sorprendentes, pero ahora estaba afirmando su poder de un modo intolerable; al menos Séneca no podía tolerarlo. Así, el filósofo saltó raudo como el rayo, se acercó a Nerón y le susurró que detuviera a su madre. Nerón, como siempre, obedeció; hizo la mejor actuación de su vida, saludando a su madre y guiándola con cuidado hacia el exterior del estrado. No sabemos si Agripina intentó quedarse o si fue escoltada fuera de la sala. Se había evitado el escándalo. Es probable que la reunión prosiguiera, aunque no creo que el ambiente fuera propicio para unas buenas negociaciones.[7] Tácito considera este incidente como una prueba de que Agripina estaba pasándose de la raya; Dion, en cambio, lo trata con más profundidad y cree que Séneca y Burro conspiraron para provocar esta situación y así poner un freno, de forma pública e inmediata, a la implicación de Agripina en los asuntos del Estado. Si todo esto fue una puesta en escena para dañar a Agripina y limitar su poder es imposible de saber; si así fuera, en cualquier caso ella no captó el mensaje. Pero de una manera u otra, funcionó: Agripina no volvió a recibir nunca más delegaciones imperiales junto a Nerón. Este fue el primer golpe.

En las fuentes, este incidente es uno de tantos, pero para Agripina tuvo que haber sido devastador y humillante. Si no hubiera sido incinerada, ahora estaría revolviéndose en su tumba, sabiendo que hay personas leyendo y recordando ese momento. En lo que respecta al derrumbe público de sus planes, fue una situación casi tan horrenda como el juicio del año 39 en que se la acusó de adulterio y traición. Era una clarísima afirmación por parte de Nerón y sus consejeros de que el estatus de Agripina había cambiado de manera definitiva. Y el hecho de que hubieran podido hacer tal afirmación contra la mujer que en esos momentos actuaba como una regente subrayaba algo que Agripina pensaba que era cosa del pasado: su poder dependía por completo de la eventual colaboración del emperador. Más que poder, era simple influencia, más de lo que había creído.

Agripina había empezado a actuar como si pudiera trascender los límites legales y sociales que su sexo le imponía en la sociedad romana (y quizá se lo creía de verdad). Había hecho todo lo posible para no aparecer demasiado «femenina» en público; había asumido papeles que eran poco sexuados; había rechazado encasillarse en las

esferas cómodas de la esposa y la madre y había interpretado el papel de Augusta y lo había convertido en algo único. Pero nada de todo esto tenía importancia, porque, ante los ojos masculinos que la observaban, nunca podría escapar de su sexo. Nunca podría ser respetada ni aceptada. Solo podría ser despreciada y temida por haber rechazado ser una mujer normal y mantenerse detrás de sus hombres. Este momento, en que solo hubo un susurro y un par de pasos al frente de su hijo, la hirió más que un bofetón; su corazón debía de estar a punto de explotar, de rabia o de miedo. Me sorprende que, a medida que iba reflexionando sobre las implicaciones de lo que estaba sucediendo, ella siguió la corriente y no montó ningún espectáculo ni hizo matar a Séneca al instante. Es un testimonio de su autocontrol, de su comprensión de la imagen pública y de su deseo de no lanzarlo todo por la borda. En mi opinión, el hecho de que no emprendiera ninguna acción para reafirmar su poder y su figura después del incidente es bastante revelador. Demuestra que era una persona inteligente. Una persona más impulsiva (como yo misma, por ejemplo) hubiera empezado a cortar las cabezas de los consejeros de su hijo, por atreverse a meterse con ella. En estos lances, Agripina era mejor que yo, de modo que puso buena cara y siguió adelante.

Esta fue la primera prueba tangible de lo que Tácito considera que era Nerón cumpliendo sus promesas y de lo que otros han apreciado que era una lucha interna de poder entre Agripina, como madre del emperador, y Séneca y Burro, como sus amigos. En los relatos modernos, siempre se explica como si Nerón fuese un jugador pasivo en esta partida entre unos hombres buenos y sensatos y una mujer violenta y ambiciosa, y se presenta como si se hubieran invertido las luchas de los días de Claudio. Por un lado, junto al emperador estaban Séneca y Burro, que habían llegado a la misma posición que antes, con Claudio, ocupaban los tres libertos (Palas, Calisto y Narciso). Eran los amigos de Nerón, sus consejeros y sus tutores. Confiaba en ellos para que le cuidaran y para que le guiaran en la buena dirección (y buena dirección significa siguiendo una línea conservadora). Estaban listos para aconsejar a Nerón sobre cómo seguir los valores tradicionales romanos y estar a la altura de los ideales conservadores de lo que debe ser un líder de Roma, herencia de la República. En el otro bando tenemos a Agripina, su madre, una mujer con un poder sin precedentes que

gustaba de presentarse como una emperatriz y cubrirse de oro, de la cual se decía que había asesinado a su marido para su propio beneficio y que insistía en actuar como un hombre, para repugnancia de los hombres. En medio estaba Nerón, zarandeado hacia un lado u otro. Ahora bien, lo cierto es que ninguno de los dos bandos podía obtener nada a no ser que Nerón lo decidiera. Se trataba de una monarquía y el poder supremo estaba en las manos adolescentes de Nerón. Y lo que más escalofríos dio a Agripina, lo que más la hirió cuando Nerón se avanzó a saludarla y así evitar que ocupara un lugar a su lado en el estrado, fue que su hijo lo había decidido así; porque habría podido ignorar a Séneca e invitar a su madre a su lado y aceptar su posición, y Séneca y Burro no podrían haber hecho nada en absoluto. Pero Nerón decidió lo contrario; escogió el otro bando. En ese breve instante no solo los supuestos aliados de Agripina mostraron oposición a su poder público, sino que su hijo se unió a ellos.

Mientras avanzaba el año 55 y Nerón empezaba a asentarse en su papel de emperador y a tantear los límites de su poder e independencia, podemos tal vez atisbar por qué Nerón decidió alinearse con Séneca y Burro y enfrentarse a su madre. Nerón empezó una relación con una liberta llamada Claudia Actea. En general, esto no tendría por qué ser un problema; era muy normal que los hombres romanos tuvieran amantes y concubinas que no eran ciudadanas romanas. El problema, en este caso, es que Nerón solo tenía una; si hubiera tenido catorce amantes, no representaría problema alguno, pero el hecho de tener solo una sugería que quizá le gustaba de verdad y que podía empezar a influirle tal como podría hacerlo una esposa. Es decir, tal como podría hacerlo su mujer real, Octavia, si no pasara casi todo el tiempo lo más alejada posible de su marido. Todos los hombres que rodeaban a Nerón fruncieron un poco el ceño ante la situación, pero decidieron que, al fin y al cabo, la cosa no era muy perjudicial. De hecho, era relajante ver que Nerón no iba a robar alguna mujer de buena posición y provocar escándalos por la reputación de algunas familias respetables. Nadie quería volver a los años de Cayo. Parece que Séneca y Burro consentían con gusto la pasión de Nerón; llevaban mensajes entre los amantes y ayudaban al adolescente emperador a esconder a la chica de los ojos de Agripina. Esto es lo que Séneca y Burro escondían a Agripina y así es como la traicionaban:

consintiendo a Nerón. Eran como abuelas permisivas que le dan al nieto caramelos a escondidas, sabiendo que su madre no le permite comer dulces; permitían al joven emperador aprender música y practicar la danza y le ayudaban a escabullirse para darse un buen revolcón con una mujer poco adecuada. Le alborotaban el pelo y le escribían largos poemas satíricos sobre su desagradable padre adoptivo con inopinadas digresiones sobre lo hermoso que era. Agripina no hacía nada de esto. Ella prefería ceñirse al papel de madre severa y disciplinada. Tácito nos dice que era desagradable y amenazante con Nerón. No tenía tiempo para ocuparse de sus bobadas de adolescente ni por sus amoríos con esa liberta extranjera. Y así se lo decía.

Tácito, fiel a su estilo, nos dice que Agripina no reaccionó bien a esta aventura, porque se sentía celosa y ofendida. Dice que todo era una «típica reacción femenina», porque no hay nada peor que calificar algo como femenino. Este es un punto de inflexión en el relato de Tácito sobre Agripina. Hasta este momento, nos la ha presentado como alguien extremadamente sereno e impávido y nos lo ha explicado todo en tercera persona, que es una útil técnica de distanciamiento: Agripina hizo esto, Agripina hizo aquello… Ahora, en cambio, la Agripina de Tácito se vuelve extremadamente emocional y así se mantiene durante todo el relato. Para remarcar su estado emocional, Tácito empieza a presentarnos los discursos de Agripina en primera persona. La cosa resulta divertida, porque los discursos siempre están llenos de enojo e indignación, pero también hay que cogerlos con pinzas. Tácito reescribió discursos públicos que nos han llegado por otras fuentes, para que encajaran en sus fines narrativos, de modo que sabemos que nos está explicando una historia a su gusto y que no tenía reparos en manipular sus fuentes para que se adaptaran a su relato. Esto es lo que escribió; son las palabras de una mujer que solo se pronunciaron en un ambiente privado, escritas 50 años después de su muerte por un hombre que la odiaba y que la veía como símbolo de todo aquello que iba mal en Roma. Incluso si estas palabras hubieran sido escritas justo en el año 55, tampoco confiaríamos en que fueran una descripción fidedigna. Tenemos que tratarlas como lo que son: la representación de una mujer que cedía a sus deseos femeninos naturales en cuanto se avecinaba cualquier problema. Sea como fuere, sí que hay un acuerdo general en que a Agripina no le gustaba la chica que su hijo

había escogido, y quería que pasase más tiempo con su verdadera mujer, a ser posible haciendo niños. Era desagradable y severa y cuanto más enojada estaba por el rechazo de Nerón a dejar de verse con Actea, más insistía este en que amaba a la chica. Se trata de un episodio de rebelión adolescente tan típico que se vuelve difícil recordar que era una discusión entre dos de las personas más poderosas de todo el mundo occidental. Casi podemos oír a Nerón gritar «¡Te odio!» y dando un portazo. Nerón incluso dijo a su madre que dejaría de ser emperador y se retiraría a Rodas, trabajando como actor, lo que era a la vez una buena provocación y seguramente lo que a Nerón más le hubiera gustado hacer. Luego, en el relato de Tácito (y Dion sin duda copia su versión de esta), Agripina hizo algo impropio de ella: intentó halagar a Nerón y disculparse con él. Esto se me antoja muy raro. O bien se dio cuenta de que lo había echado todo a perder y quería arreglar las cosas o bien se estaba comportando de un modo muy extraño. En cualquier caso, parece que Nerón decidió aceptar la reconciliación y regaló a su madre un hermoso vestido y unas cuantas joyas que habían pertenecido a otras mujeres imperiales (yo voto por Livia). Diría que Nerón pensaba que estaba haciendo algo bueno para su madre, pero Agripina se lo tomó como un descarado insulto.

Al llegar a este episodio todas las fuentes describen a Agripina como una desagradecida, pero yo la entiendo. Este regalo le estaba diciendo que era igual que cualquier otra mujer imperial anterior; le estaba diciendo que era decorativa, que era atractiva, pero nada más. Agripina era una mujer que nunca se había preocupado por las joyas y los vestidos a la manera «femenina» tradicional. Era reconocida por su austeridad y por su rechazo a gastar dinero en lujos innecesarios. Cuando Nerón le ofreció este regalo, ella estaba gastando todo su dinero en un enorme templo de Claudio. Que le ofrecieran vestidos y collares era un insulto; era un regalo para indicarle cuál era su lugar y Agripina tenía toda la razón en tomárselo como tal. Horrorizada, espetó a su hijo que este regalo no era más que una prueba de que le estaba arrebatando el Imperio; según Dion, le dijo «Yo te di el Imperio», cosa que es cierta.[8] Agripina le dio el Imperio y, a cambio, recibía baratijas. Dion nos cuenta algo relevante en su relato del incidente, pues dice que Agripina no se había percatado de que el poder que se concede no es algo que pueda recuperarse. Agripina pensaba que había dado un

regalo a su hijo y que luego este lo compartiría con ella, con amor filial y libremente; en cambio, Agripina había entregado un arma a su hijo, que ahora podía usar sin impedimentos contra ella.

LA SEGUNDA CRISIS

Nerón se sentía cada vez más a gusto empleando su poder como arma contra su madre. Los dos incidentes que acabo de explicar habían sido pequeños en términos puramente físicos, pero tuvieron un impacto psicológico y político enorme. Así funciona la política de la corte, con pequeños incidentes que afectan a todo; Agripina no había encontrado la manera de reafirmar su posición. Agripina se desesperaba porque estaba descubriendo que, con Nerón, solo tenía influencia, no poder, y tal como nos dijo Tácito, la influencia no solía durar. Nerón también lo estaba descubriendo y se sintió lo bastante audaz como para dar un paso político tangible contra ella: despidió a Palas.

Palas había conservado su antiguo puesto tras el ascenso de Nerón gracias a su relación con Agripina. Calisto había muerto hacía años mientras que Narciso había sido asesinado de inmediato por ser demasiado fan de Claudio. Palas, por su parte era fan total de Agripina y Nerón, o eso pensaba él. El problema es que a inicios del 55 ya no existía un equipo Agripina y Nerón; había un equipo Agripina y un equipo Nerón, separados, de modo que Palas tenía que irse. Por supuesto había un motivo perfectamente racional para que Nerón despidiera a Palas, a saber, su promesa de evitar que el personal doméstico controlara las instituciones del Estado. Tal vez recuerdes que Palas había estado a cargo de las finanzas imperiales durante años y había recibido un montón de honores públicos (que, más adelante, horrorizaron a Plinio el Viejo) mientras técnicamente era una antigua propiedad de Claudio, además de su cliente y amigo. Así pues, su lealtad siempre estaba con Claudio y la familia claudia antes que con el Estado romano; era un problema que Séneca y Nerón querían quitarse de en medio. Sin embargo, no había manera de despedir a Palas sin que representara una crisis para Agripina. Era algo que quedaba fuera de su control; la naturaleza del gobierno de Claudio había implicado que Agripina se viera forzada a aliarse con personas que no podrían mantener sus

puestos tras el ascenso de Nerón al trono, a no ser que este gobernara exactamente como Claudio, algo que Nerón no tenía ninguna intención de hacer. ¿Por qué tendría que hacerlo? Claudio no fue un gobernante popular y padre e hijo (adoptivos) no tenían nada en común. En definitiva, Nerón apartó a Palas con todo el cuidado; si se hubiera tratado de una verdadera acción contra Agripina o de un intento de derribarla, Nerón podría haber procesado a Palas o, al menos, exigir una inspección completa de los gastos de los años previos. Teniendo en cuenta que la casa imperial y, de hecho, todo el aparato estatal del Imperio, era abrumadoramente corrupto y egoísta, pocas dudas caben de que Palas estaba desviando fondos de un modo u otro. Sin embargo, Nerón fue magnánimo y permitió que Palas se retirara sin investigar sus cuentas y con la promesa de que no serían investigadas en el futuro.

Según el relato de Tácito, Agripina se tomó esta acción como un ataque personal y no reaccionó muy bien, con un berrinche en toda regla. Era el tipo de berrinche que se supone que tenían Claudio y Cayo en momentos de crisis, saltando bruscamente entre el terror, la rabia y la desesperación. La imagen de Agripina en medio de una pataleta, gritando, llorando y aterrada, después de que durante los últimos cuarenta años hubiera soportado con estoicismo y frialdad todo lo que le había caído, se me antoja bastante improbable. Esta Agripina amenazó con atacar a Nerón y luego, llena de furia, declaró que se aliaría con Británico, que pronto recibiría su toga viril y que de este modo pondría las cosas muy difíciles para el reinado de Nerón. Agripina era popular fuera del palacio y de la curia, aún tenía muchísimos amigos en el Senado y el palacio y su popularidad era extraordinaria entre las tropas gracias a su padre; todo ello implicaba que la amenaza de Agripina no era vacía, y ella lo sabía. La Agripina de Tácito, en un grandilocuente fragmento, afirma que llevaría a Británico al campamento pretoriano para «que se oyera por un lado a la hija de Germánico, por otro a Burro, un tullido, y a Séneca, un exiliado».[9] Espectacular. Si se decidía a unirse al equipo de Británico sin duda podía causar muchos problemas a Nerón y su equipo. Pero tomar tal decisión hubiese sido muy raro. Tal como ella misma había afirmado, su principal reivindicación de poder procedía de su herencia, de su sangre julia como biznieta de Augusto e hija de Germánico. Nerón tenía su

misma sangre julia; Nerón era su hijo. Ella lo había parido y lo había criado. Más adelante, en otra crisis, declaró que «las madres no cambian de hijos como hace una mujer impúdica con sus amantes».[10] Abogar por Británico hubiera implicado repudiar todo aquello por lo que había luchado, todo aquello por lo que su madre había luchado. Además, Agripina volviéndose contra Nerón tras una diatriba parece fuera de lugar. Toda la situación resulta ridícula y es un claro intento de mostrarla como la mujer patética, débil y emocional que era «en realidad». La idea de que pudiera emprender algún tipo de golpe de estado es risible y está presentada con toda la intención para que los lectores romanos pensaran en una destacada mujer de la República llamada Fulvia.

Quizá recuerdes que mencioné a Fulvia hace unas cuantas páginas, como la tercera esposa, y gran defensora, de Marco Antonio. Cuando su relación con Augusto se resquebrajó, Fulvia reclutó un ejército e inició una guerra contra él, una guerra en suelo italiano. Finalmente fue derrotada y, luego, Augusto escribió un poema bastante mezquino sobre Fulvia, en que afirmaba que ella había empezado la guerra porque quería tirárselo, pero Augusto pensó que como perdería su verga si la metía dentro de su vagina, decidió enfrentarse a ella. Está claro que el joven Augusto era también un buen misógino.[11] Así pues, esta no es la primera vez que Tácito agita el fantasma de Fulvia como elemento de comparación con Agripina o fuerza Agripina a amoldarse a un estereotipo existente de mala feminidad; y no será la última.

En cualquier caso, algo sucedió con Británico porque parece que Nerón decidió que ya estaba cansado de tener cerca a alguien con un derecho válido al trono. Así, en los primeros meses del año 55, Británico murió en extrañas circunstancias. Todas las fuentes están de acuerdo en que Nerón asesinó a Británico con un veneno que, una vez más, fue facilitado por Locusta. Tácito nos da una imagen de Nerón como extremadamente cruel con Británico, que entonces tenía casi catorce años y recibía los abusos de un emperador de dieciocho. En las saturnalias del 54 (que se celebran en diciembre), Nerón había obligado al pobre chaval a cantar una canción frente a un grupo de amigotes bravucones y borrachos, para descubrir de

este modo que en realidad a Británico no se le daba nada mal y que todo el mundo pensó que era adorable. Es posible que fuese más bien esto y no nada relacionado con Agripina lo que jodió a Nerón, teniendo en cuenta lo orgulloso que estaba de sus dotes para el canto. Es por estas razones por las que no se da a los adolescentes el poder de decidir sobre la vida y la muerte de todo un continente; son muy impulsivos.

Y no solo impulsivos, también muy melodramáticos, de modo que la muerte de Británico se produjo como una magnífica escena teatral. Puedes imaginártela en una película. Sucedió durante una cena, en la que Tácito nos dice que los niños se sentaban con su familia, pero en una mesa separada para ellos, como en la cena de Nochebuena en casa de la abuela. Todos tenían un catador, por supuesto, pero Nerón había descubierto una forma de evitarlo sin levantar las sospechas de Británico. El catador sorbió una bebida y declaró que era inocua, pero se aseguró de que estuviera demasiado caliente para el pequeño Británico. Cuando este se quemó la lengua, el catador se disculpó y añadió un poco de agua fría, agua mezclada con el veneno de Locusta. Así, a la vista de toda la familia y los invitados, Británico empezó a quedarse sin respiración y a dar manotazos antes de caer de rodillas. Nerón, lleno de indiferencia y arrogancia adolescente, declaró que Británico estaba teniendo otro de sus ataques epilépticos y pidió que lo retiraran de la sala hasta que se sintiera mejor. Todos los asistentes estaban atónitos. Se ve que Tácito tenía la capacidad de leer la mente de la gente del pasado, lo que es muy portentoso para un historiador y es una habilidad que me gustaría tener. Nos dice que Agripina controló sus emociones y mantuvo una expresión impasible, o quizá más bien una expresión de «oh, pobre Británico…», mientras lo sacaban de la sala, pero que bajo esa capa de autocontrol estaba aterrorizada por la idea de que ella sería la siguiente. A Tácito le gusta provocarnos con pequeñas pistas de lo que pasará en el futuro, pero qué quieres que te diga, cualquiera que hubiera sido obligado a presenciar la muerte de un muchacho haciendo ver que no pasaba nada y luego a continuar cenando como si nada, estaría asustado y preocupado. Era algo terrible. Era la versión romana del episodio de La dimensión desconocida en que los niños obligan a toda la ciudad a estar siempre contenta y atacan a cualquiera que tiene malos pensamientos.[12] Ese momento de incómodo silencio quedó roto

cuando alguien dijo algo ocurrente y así regresó el jolgorio con sonrisas forzadas y ojos desorbitados. Para Agripina, el momento tuvo que haber sido más duro que para los demás, excepto quizá Octavia, que acababa de presenciar cómo su esposo había asesinado a su hermano pequeño; pero Agripina había visto cómo su hijo, la luz y el centro de su vida, había hecho una cosa monstruosa.

En cualquier asesinato imperial siempre se plantea la misma pregunta: ¿fue realmente un asesinato? Algunos han argumentado que Británico murió en verdad de epilepsia (porque su cuerpo se volvió oscuro tras la muerte, que es un signo de muerte por los espasmos provocados por la toxina del tétanos), y más teniendo en cuenta que la epilepsia no era rara en la familia julio-claudia. Sin embargo, estos argumentos tienden a pasar por alto el hecho de que esta toxina se usa como modelo para inducir convulsiones en ratas, y no se trata de una forma real de epilepsia. Tácito nos ofrece otra teoría, que Nerón asesinó a Británico para ocultar que lo había violado la noche anterior. Esta historia se elaboró mucho después, cuando Nerón se había convertido ya en un aventurero sexual, pero su inclusión en una obra tan seria como la de Tácito significa que debía circular por todas partes. En cualquier caso, igual que con Agripina y Claudio, al final no importa si Nerón fue en verdad responsable de la muerte del pobre Británico; lo que importa es que todas las fuentes y todo el mundo dicen que sí lo fue. Incluso Séneca dice que el culpable fue Nerón. Y lo cierto es que fue una muerte bastante conveniente, pocos meses antes de que el pueblo empezara a esperar que Británico vistiera ya la toga viril y asumiera un papel público, momento en el cual podía empezar a despertar simpatías. Sin duda, la sensación de duelo por su muerte fue bien real.

En la obra Octavia, todos los personajes lamentan la muerte de Británico y maldicen a Nerón por ello. Incluso el fantasma de Agripina, que aparece para soltar un monólogo y luego desaparece, llora por el niño. Tal como vimos, durante el reinado de Claudio a Agripina se la consideraba como la malvada madrastra de Británico, pero parece que su muerte ha barrido cualquier resto de resentimiento. El funeral se celebró muy poco después de la muerte y sin ningún tipo de boato imperial. Fue incinerado en el Campo de Marte bajo una lluvia torrencial y me pregunto si Agripina, una vez

más ante una pira funeraria despidiendo a otro miembro de la familia, recordaba a Británico y a Nerón jugando de pequeños. En la Historia natural de Plinio el Viejo hay una escena doméstica encantadora referente a la pasión de Agripina por los pájaros. Tenía varios como mascotas y regaló a Británico y a Nerón un estornino y varios ruiseñores para que intentaran enseñarles a hablar en latín y en griego, quizá inspirada por un pájaro que ella tenía que se dice que podía hablar. Plinio nos cuenta que recordaba cómo, a veces, los dos críos se pasaban todo el día con los pájaros, riendo bajo el sol del atardecer. Esta imagen de los dos chavales jugando con sus mascotas, riendo despreocupadamente, es la que me viene a la mente cuando imagino a Nerón, ahora ya emperador, y a su madre bajo la lluvia y viendo arder el cuerpo de Británico. No era lo que Agripina había planeado. Todo estaba saliendo muy mal.

Tras el funeral, Agripina y Octavia se hicieron muy amigas, mientras que Séneca y Burro empezaron a mirar de tomar cierta distancia de Nerón, según Casio Dion. Parece que se estaba mostrando con claridad la verdadera naturaleza del reinado de Nerón, que iba a ser aterrador para cualquier persona cercana al emperador. Una vez más, resultó toda una sorpresa que fuera mala idea dar a un joven un enorme poder y luego esperar que hiciese lo que otros querían que hiciera, incluso para las madres. Agripina estaba furiosa por la muerte de Británico y así lo decía a todo aquel que quería escucharla… que eran mucha gente. Muchos miembros de familias venerables y riquísimas se plantaron ante su puerta, incluyendo magistrados y centuriones. Tácito afirma abiertamente que intentaba formar una facción en Roma que pudiera enfrentarse a Nerón. Quizá pensaba que su hijo aún era lo bastante joven como para sentirse amenazado por una facción política; tal vez pensaba que realmente podía derrocarlo, aunque es una opción que pocos consideraban probable. Sin duda, continuaba teniendo un fuerte apoyo entre la guardia pretoriana y el ejército; la gente adoraba a su padre y la adoraba a ella. En mi opinión, es más probable que estuviera intentando mantener su poder por otros medios. Está claro que la muerte de Británico era un aviso de que Nerón iba a hacer lo que quisiera a quien él quisiera, y ante todo el mundo, y que nada ni nadie podría impedírselo. Apuntalando a sus aliados en la guardia pretoriana y en el Senado, Agripina se aseguraba de que todavía podría tener influencia sobre los tejemanejes del Imperio y

de que podría usar el Senado para esquivar a Nerón. Por descontado, si ella sabía algo sobre su hijo es que tenía poco interés (por no decir nulo) en los aspectos diplomáticos y funcionariales del cargo imperial, algo que aún no había tenido que hacer. Es posible que Agripina estuviera asegurándose de que podría conseguir cosas de una forma discreta mientras Nerón se entusiasmaba y se distraía con los aspectos más golosos de ser emperador. Incluso puede que ella se vistiera con los fastuosos vestidos que su hijo le había regalado, para tenerlo contento.

Sin embargo, Nerón no era tan estúpido ni tan inconsciente como parecía y se dio cuenta de que el constante ir y venir de hombres importantes por palacio no era para verle a él. Así, tomó una decisión que intensificó la crisis entre él y Agripina y la convirtió en algo más tangible: la expulsó del palacio y le retiró los guardias. Obligó a su madre a mudarse a la casa de Antonia en el Palatino. Todo este proceso fue muy rápido; no había pasado ni un año desde que Nerón había subido al trono, solo unos meses desde que Agripina había intentado compartir estrado con su hijo y este la acompañaba en su litera por las calles de Roma. No hubo una degradación lenta y amarga de la relación entre ambos; fue algo rápido y virulento. La expulsión de Agripina del palacio lo cambió todo. Era un signo muy evidente de que no era del agrado del nuevo régimen y de que, en consecuencia, había perdido todo el poder. El espacio que uno ocupaba en el mundo romano era fundamental; dónde te sentabas en la cena, dónde te mostrabas en público, dónde eras visto, dónde te situabas cuando te veía tu patrón, todo esto eran signos tangibles del ascenso o la caída del estatus propio, siempre vacilante. El lugar ocupado por Agripina había permanecido bastante estable durante todos los años que había pasado en palacio, porque vivía y trabajaba en el centro del poder. Su predecesora más cercana, Livia, nunca había tenido tal acceso al poder, forzada a permanecer en su hogar. Cuando Livia intentó invitar a magistrados a su casa para festejar una imagen de Augusto, se montó tal follón que Tiberio hizo que el Senado lo debatiera y luego decidiera que los hombres no podían asistir; luego, como un cretino, él montó su propio festejo la misma noche que el de Livia. El mensaje era claro como el agua: su casa era el lugar en el que se concentraba el poder y no iba a dejar que el hogar de su madre se convirtiera en un lugar al que podían ir

personas poderosas; la casa de Livia tenía que ser un lugar femenino para cosas femeninas. La expulsión de Agripina del palacio de Nerón era un mensaje igual de claro y transmitía lo mismo que los vestidos y las joyas. Nerón estaba diciendo a su madre que se retirara a la esfera femenina y se quedara siempre a la sombra.

El efecto fue fulminante. De golpe, la puerta de Agripina estaba siempre vacía. Solo unas cuantas amigas iban a visitarla; los hombres poderosos e influyentes se mantenían alejados. En Roma, los rumores sobre lo que había pasado volaban, pero cuando la gente veía pasear a Agripina sin escolta, se sorprendían. Durante cinco años, la posición de Agripina había parecido inexpugnable, y en política cinco años es toda una vida. La gente se había acostumbrado a verla en literas o desplazándose en carpentia, siempre acompañada por soldados y, a menudo, con los lictores por delante; se había acostumbrado a apartarse de su camino o a rogar a sus guardias que le concedieran un minuto con ella. Agripina paseando por la calle era un evento como el presidente visitando un pueblo; era algo especial que había que mirar. Pero ahora era una más; solo ella y su séquito de esclavos y libertos, caminando como cualquier otra y alzando las faldas para que no se embarraran. Según Dion, su caída desde las alturas del poder fue tan brutal, y asociarse con ella era tan peligroso, que los hombres casi se metían en las alcantarillas para evitar ser vistos cerca de ella, no fuera que alguien pensara que estaban dando una vuelta juntos. En los años anteriores (en las semanas anteriores, de hecho), le hubiera seguido una multitud deseosa de congraciarse con ella, coquetear con ella, charlar con ella o pedirle algún favor. Ahora, en cambio, las multitudes la rehuían a su paso, como si las estuviera persiguiendo un monstruo. Evitaban su mirada y se escondían detrás de las columnas para que no les dirigiera la palabra. Casi todos sus amigos la abandonaban, incluso Octavia. Tras años de ser una persona incansable, competente, deseada, independiente y responsable, de golpe se veía despojada de todo lo que amaba. Su hijo la había echado y se había convertido en un asesino; sus amigos y aliados estaban muertos, desempleados o la evitaban; su trabajo le había sido arrebatado. Se había quedado como cualquier otra mujer de la familia imperial: sola en una enorme y hermosa casa. Me la imagino un poco como Susan Alexander Kane, la segunda esposa de Ciudadano Kane, abandonada y haciendo rompecabezas en una

mansión vacía y lúgubre.

Las cosas no iban a mejorar. En cuanto se supo de su expulsión de la corte imperial, se volvió tremendamente vulnerable y la gente se aprovechó de ello. Muchos empezaron a ventilar viejas afrentas y a cobrar venganza. De golpe, la emperatriz, que había sido intocable e invulnerable a cualquier ataque, que había podido desterrar a cualquiera que osara meterse con ella, quedaba expuesta y desprotegida. Todo aquel que tiene poder se hace enemigos. No obstante, es revelador que Suetonio afirme que los litigios con los que se fastidió a Agripina eran resultado de sobornos de Nerón para que diversas personas la demandaran y le tocaran las narices, mientras que Tácito solo explica un ataque importante, procedente de una vieja amienemiga: Junia Silana. A lo largo de todos los años del matrimonio de Agripina y de su nuevo papel como emperatriz habían mantenido una estrecha relación, igual que sucedía con la antigua cuñada y tía de Nerón, Domicia. Eran tres mujeres de la familia julio-claudia, de una edad similar y con la misma formación; tenían una serie de cosas en común que la mayoría de las familias no entenderían. Por desgracia, Agripina importunó a Silana, algo que Tácito convierte en la lucha más mezquina y patética que puedas imaginar. Según su versión, Agripina dijo a un joven del agrado de Silana que esta era demasiado vieja y demasiado golfa para él, con lo que hundió los planes matrimoniales de Silana. ¿Puedes imaginarte una razón más estereotipadamente femenina para un enfrentamiento por un joven bobalicón? Puede que, en cierto modo, haya algo de verdad; cuando Agripina era emperatriz tenía la capacidad de obstaculizar matrimonios en la familia imperial; que la rica e influyente Silana se casara con un miembro rico e influyente de alguna venerable familia eran malas noticias para Nerón. Domicia, por su parte, había sido amienemiga desde que Agripina le robó su marido Pasieno y luego heredó todas sus riquezas. Esto ya era bastante irritante, pero es que unos pocos años más tarde Agripina hizo asesinar a su hermana. Y todo ello después de que Domicia hubiera pasado un par de años cuidando de Nerón.

Domicia y Junia Silana vieron una oportunidad en la nueva vulnerabilidad de Agripina, vieron que Nerón la estaba abandonando y que, aparentemente, la odiaba, y decidieron unirse para tramar una venganza contra ella, contra una mujer de la que

habían sido amigas solo porque era emperatriz y, en consecuencia, tenían que serlo. Así, prepararon un plan para destruirla de una vez por todas. El plan era bastante complicado e involucra a muchos otros actores. En primer lugar, Rubelio Plauto, biznieto biológico de Tiberio y sobrino de Claudio, pues era hijo de Julia Livia, hija de Druso II (lo juro, nunca perdonaré a los romanos sus convenciones onomásticas). En el 55 tenía unos 22 años y había pasado su vida sin hacer nada especial, asistiendo a las fiestas familiares, leyendo a filósofos estoicos y confiando en que nunca nadie repararía en él ni querría matarle. Por desgracia, como miembro de la familia, como único pariente vivo de un antiguo emperador y como primo segundo de Nerón, esta tranquilidad no podía durar y así se vio metido en este embrollo. En resumen, Domicia y Silana lo identificaron como una de las pocas amenazas creíbles que quedaban para el trono de Nerón; ser el biznieto de Tiberio no era gran cosa, pero era mejor que lo que podían presentar muchos otros. Así pues, las dos mujeres idearon una historia en la que Agripina y Rubelio tenían una tórrida aventura y planeaban una revuelta. Luego hicieron que dos clientes de Silana presentaran la acusación. Estos, en lugar de hacerlo públicamente, reclutaron dos libertos, uno de los cuales era uno de los actores preferidos de Nerón, y les convencieron para que emborracharan a Nerón y le transmitieran la acusación. Por qué decidieron actuar de esta manera no está claro en absoluto, pero quizá confiaban en que Nerón estaría tan borracho que reaccionaría de forma impulsiva y haría ejecutar a Agripina inmediatamente, ahorrándose así el riesgo de un escándalo en un juicio público.

Esta vez, Tácito cita sus fuentes para la escena que sigue, cosa sorprendente pero agradable: Fabio Rústico, Cluvio Rufo y Plinio el Viejo, todos ellos contemporáneos de Nerón. Fabio es descrito como el más gráfico de los historiadores y siempre que aparece su nombre es en relación con las historias más terribles y procaces de muerte, incesto, borrachera y desenfreno, por lo que es una verdadera lástima que se hayan perdido sus escritos; por lo menos en Tácito nos queda algo de él.[13] Las tres fuentes nos explican que el actor, de nombre Paris, esperó hasta que Nerón estuvo achispado para presentarse en su casa. Parece ser que la costumbre de Paris era llegar a altas horas de la noche, cuando la fiesta ya estaba decayendo, para reanimar el cotarro; Paris era ese amigo que en las

fiestas de la facultad siempre se pone a beber solo para luego aparecer desnudo bailando sobre una mesa. Pero esta vez apareció para hacer la actuación de su vida, simulando una gran angustia por lo que tenía que explicar. Consiguió que Nerón se lo sonsacara fingiendo reticencia; algo así como «Bueno, ¿qué pasa?», «No, nada, nada…», «Oye, pasa algo, no me lo ocultes…», todo muy convincente, hasta que Paris vio que podía dejar caer las acusaciones: Agripina planeaba derrocar a su hijo y colocar a Rubelio Plauto en el trono; además, se acostaba con él e incluso podía ser que tuviera la intención de casarse con él. Paris adornó la historia con todo lujo de detalles hasta que el joven y borracho Nerón quedó hecho un despojo. Al principio parecía que el plan de confiar en la naturaleza impulsiva de Nerón estaba funcionando; empezó a vociferar que los mataría, y que Burro también iba a morir. Es interesante ver que Nerón pensaba que Burro se aliaría con Agripina en caso de conflicto, porque eso es justo lo que sucedió. Burro oyó todo el escándalo, se acercó a ver qué pasaba y encontró a Nerón en un estado de tremenda angustia, exigiendo que alguien matara a su madre de inmediato. Burro intentó calmarlo y le dijo que estaba bebido y cansado, que era tarde y estaba siendo demasiado impulsivo; hizo que se sentara, le dio un poco de agua y le convenció de que respirara hondo, hablara con Agripina y descubriera qué estaba pasando. Si las acusaciones resultaban ser ciertas, le prometió que podrían asesinar a su madre, lo que sin duda es una promesa tremenda.

A la mañana siguiente, Agripina se despertó ignorando todo el caos que se había producido la noche anterior, hasta que aparecieron Burro, Séneca y unos cuantos libertos de Nerón. Igual que una llamada en mitad de la noche o un timbrazo en la puerta de casa por parte de la policía, la aparición de Burro y Séneca nunca auguraba buenas noticias. Le informaron de las acusaciones, con Burro en el papel de poli malo y Séneca en el de poli bueno. La respuesta de Agripina fue furibunda y sin duda socava la idea de que tuvo unos lacrimógenos berrinches con el tema de Actea. Tácito reproduce un largo discurso, seguramente modificado a partir de las fuentes que mencionaba, cuyo tono general es de fría indignación mezclada con una evidente repulsión. Puedes notar cómo sus palabras rezuman desdén, y esta es la imagen que forma el núcleo de la Agripina de mi imaginación; esta mujer furiosa y severa

sorprendida de que alguien se atreviera a atacarla, llena de inquebrantable confianza en sí misma y de un deseo de aplastar a todas esas otras mujeres con su menosprecio. Su réplica empieza con las palabras que ya he citado antes, unas palabras escalofriantes: «No me sorprende que Silana, que nunca ha tenido hijos, desconozca el amor materno, pues las madres no cambian de hijos como hace una mujer impúdica con sus amantes».[14] Con tales palabras me vienen ganas de proferir un delicioso grito de horror. Es despiadado; todo el discurso es despiadado. Luego califica a Silana de vieja y a sus clientes de esclavos patéticos. A Domicia la trata con desdén por dormir con un liberto y por ser demasiado aficionada a los lujos y las cursilerías. Vale la pena citar un buen fragmento de su discurso, porque es agresivo y afilado y me hace venir ganas de levantarme y aplaudir, pero está escrito por Tácito para que los lectores la odien. Para Tácito, es una confesión de todos sus crímenes contra el Estado y una prueba de su debilidad femenina y maternal:

En su finca de Bayas [Domicia] se entretenía adornando sus piscinas, mientras que por mis consejos se preparaba la adopción, el poder proconsular, la designación para el consulado y todo lo que permitía el acceso al Imperio.[15]

Es remarcable que Agripina no negó las acusaciones, simplemente desestimó la posibilidad misma de que fueran creíbles. Se las quitó de encima con arrogante desdén, las esquivó y exigió que Burro y Séneca la llevaran ante su hijo. Los dos hombres, presumiblemente sorprendidos por la réplica, la condujeron al palacio, donde tuvo una charla privada con Nerón. Nadie nos cuenta qué pasó en esa habitación, pero, cuando acabó, los acusadores iban a ser castigados y los amigos que le quedaban a Agripina iban a recibir puestos prominentes en la administración imperial. Sea lo que fuere lo que sucedió entre Nerón y Agripina, fue revulsivo. Parece que ambos llegaron a un acuerdo provisional, por el cual ella cesaría sus apariciones públicas oficiales y él dejaría de intentar humillarla. Vemos como algunos de los aliados de Agripina recibieron buenos puestos, como estar a cargo del suministro de cereales o supervisar

Egipto, puestos ambos que podían provocar hambruna en Roma si no se gestionaban bien; otro amigo de Agripina fue nombrado gobernador de Siria. Agripina, como siempre, fue una brillante consejera y todos estos hombres hicieron bien sus trabajos, dejando una impresión positiva (lo que es una evidencia adicional de la influencia de Agripina en la política oriental). Si bien sería bonito pensar que Agripina y Nerón lloraron entre disculpas y abrazos, lo cierto es que no parece una actitud típica de Agripina. Es más probable que ella le intimidara hasta hacerle admitir que había sido muy desagradable con ella, pero nunca lo sabremos. Tal vez fue un momento emotivo entre madre e hijo. Tienes libertad para imaginar tu propia escena.

Los resultados de esa noche fueron inmediatos. Agripina dejó de incordiar a Nerón y Nerón dejó de incordiar a Agripina. Las cosas se mantuvieron así durante un tiempo, o eso es lo que podemos suponer, porque, de repente, Agripina desaparece de las fuentes.

LA DESAPARICIÓN

Hasta el momento, todos los eventos que han sucedido en este capítulo se producen durante el primer año del reinado de Nerón, entre octubre del 54 y octubre del 55. El día en que Agripina habría celebrado sus 40 años, el 6 de noviembre del 55, las crisis ya habían pasado y Agripina había desaparecido. Tal vez podamos suponer que se retiró a un papel privado y dejó de luchar por uno público. Se convirtió en lo que nunca quiso ser: la madre del emperador. Suetonio nos dice que se retiró al campo, donde Nerón pagaba a personas para que pasaran por delante de su casa y le profirieran insultos por la ventana. Aunque es una imagen divertida, también es una mentira descarada y extraña porque sabemos que Agripina estaba por Roma y asistía con regularidad a eventos especiales. También seguía apareciendo en las monedas, aunque ya no lo hizo nunca más en monedas acuñadas en Roma. Lo único que sabemos con seguridad es que a partir de finales del año 55 hasta inicios del 59, estaba en Roma, pero se movía con discreción.

En las fuentes escritas se muestra solamente una vez, en el año 58, cuando aparece en una acusación contra Séneca, planteada por un tal Sulio Rufo, que incluso a ojos de los romanos era un tipo especialmente corrupto y despreciable. Sulio tenía sus propios problemas cuando, de golpe y sin razón aparente, se descolgó con un conflicto contra Séneca. Entre otras cosas, acusó a este de haberse follado a Agripina la Mayor y a Agripina la Menor, la primera mientras Germánico aún vivía. Eran palabras mayores; una acusación estremecedora. Con esta denuncia, a Séneca ya le habían acusado de tirarse a una madre y a dos de sus hijas, lo que le convertiría en un auténtico donjuán y en un personaje mucho más carismático de lo que se entrevé en sus escritos y en sus estatuas. Dion añade sus propios comentarios e incluye una lista de todas las formas en que la vida de Séneca se apartaba de sus propias enseñanzas, en un relato a la vez cruel y divertido. Dion dice que «consideraba incorrecto tener riquezas mientras él tenía una fortuna

de 300.000.000 de sestercios; y mientras censuraba las extravagancias de otros, él tenía quinientas mesas de ciprés con patas de marfil»;[16] también acusa a Séneca de tener relaciones homosexuales con hombres mayores, una práctica que los romanos consideraban espantosa, y de enseñar a Nerón a hacer lo mismo. Se trata de un ataque sorprendentemente virulento por parte de Dion, lo que es aún mejor. Por desgracia, Sulio era un hombre corrupto, violento y espantoso que no hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar sus corruptelas y brutalidades, de modo que su intento de distracción señalando a Séneca no le salió muy bien; acabó desterrado en Mallorca. Sin embargo, esta historia nos es útil porque parece indicar que Agripina seguía activa hacia el año 58 y continuaba lo bastante cercana a Séneca como para que alguien la acusara de adulterio.

La razón principal por la que Agripina desaparece de las fuentes que nos han llegado es que Tácito decide no hablar más de ella. Tácito desvía el centro de atención narrativo hacia otras cosas y, dado que Dion se basa claramente en Tácito, que Suetonio reduce toda la vida de Agripina a unos tres párrafos y que Plinio solo la menciona cuando está asociada a algún hecho interesante y curioso de historia natural, no aparece en ningún otro lugar. A causa de las fastidiosas decisiones narrativas de Tácito, solo podemos basarnos en las pocas pistas de que disponemos para especular acerca de cómo pasó esos años. Me parece bastante razonable suponer que seguía en Roma y participaba activamente en política durante todo este tiempo, y ello por dos razones. En primer lugar, porque en el año 59 se produjo una crisis de relación con Nerón aún más grave, algo que no hubiera sucedido si Agripina se hubiese retirado al campo. En segundo lugar, porque la ciudad y el Imperio avanzaron muy bien durante estos años y, en cambio, cayeron en el caos más absoluto tras su muerte. Esta segunda razón es controvertida, no lo niego, y no puedo aportar pruebas concretas para ella, más allá de la impresión de que la muerte de Agripina se produce justo antes del inicio de los peores excesos de Nerón. El relato de Tácito de estos años es soporífero, con tediosas explicaciones de debates senatoriales y una nueva escaramuza en Armenia. La aparición de Nerón en todos ellos es sobria, prudente e imparcial. Nerón mantuvo un estilo de gobierno poco intervencionista que Tácito elogia como una «cierta imagen de la República»,[17] porque dejaba

que el Senado arreglara sus propias disputas acerca de quién tenía jurisdicción sobre qué y solo aparecía de vez en cuando para dar su opinión sobre lo que él haría. En el 57, cuando alguien sugirió que podría ser buena idea permitir que los propietarios de esclavos pudieran volver a esclavizar a libertos poco agradecidos de su libertad (una idea sin duda horripilante), Nerón discutió con varios consejeros, entre los cuales sospecho que estaba Agripina, y rechazó la propuesta. Nerón fue cónsul en el 57 y en el 58 sin que pasara nada problemático. Se limitaba a aparecer cuando era necesario y asentir; o, por lo menos, no enfureció a nadie. Sus iras se mantuvieron en el ámbito privado durante este tiempo, donde se ignoraban educadamente.

Por ejemplo, a Nerón le gustaba disfrazarse de esclavo junto con su mejor amigo, Otón, y luego salir de juerga por las calles, las tabernas y los burdeles de Roma, metiéndose en líos. En una especie de despedida de soltero, individual y permanente, iba dando tumbos por las calles con su pendenciero amigote y se dedicaban a robar botellas de vino y pelearse con todo el mundo, solo por diversión. La actitud de las fuentes, sin embargo, es que así al menos no se dedicaba a atacar a senadores o ecuestres, de modo que tampoco pasaba nada; en su vida pública y política, Nerón lo estaba haciendo bien. Y yo creo que si lo estaba haciendo bien es porque Agripina, seguramente con Séneca y Burro, se movía en secreto entre bambalinas, haciendo el trabajo de Nerón de modo extremadamente discreto.

Mi postura en este libro es la que voy a expresar a continuación; otros libros, sin duda, dirán y plantearán otras cosas, y no pretendo que mi opinión sea ningún argumento irrebatible, porque es cierto que solo es especulación. Creo que tras la crisis con Silana y Domicia, Agripina y Nerón llegaron a un acuerdo, y creo que este acuerdo se basaba en que ella saldría de la escena pública de una puñetera vez, aceptaría su lugar como mujer y como madre del emperador y dejaría de decirle lo que tenía que hacer. A cambio, Nerón no se fijaría demasiado en las charlas que ella pudiera tener con los senadores en el foro. Una pequeña prueba de ello es el desliz de Tácito cuando habla de los planes de Nerón para ella; afirma que todo el mundo quería poner fin al poder de la madre y para ello usa el término potestas; tengamos en cuenta que esto es en

el contexto del año 59, tres años después de su aparente desaparición, algo que, en mi opinión, es tremendamente revelador. Sea como fuere, los acontecimientos del 59 sugieren que este acuerdo era incómodo y que ninguno de los dos bandos estaba especialmente contento. Tal vez Agripina se sentía humillada y menospreciada, obligada a actuar como una mujer sin importancia y no podía morderse la lengua, mientras que Nerón parece que no soportaba que ella continuara dándole órdenes. Está claro que Agripina no se convirtió en la madre pasiva que Nerón hubiese deseado.

En estos años también empezaron a aparecer extraños rumores sobre la naturaleza de la relación entre madre e hijo. Ninguno de ellos es coherente en absoluto, excepto por el hecho de que todos coinciden en que había surgido algún tipo de relación sexual entre ellos. En el relato de Dion, Nerón tenía una amante que era casi idéntica a su madre, algo que le gustaba porque se sentía muy atraído por su madre. Le gustaba exhibir a su amante ante sus amigos y les explicaba que follar con ella era lo mismo que follar con su madre. Suetonio también nos explica esta historia, pero dice que los enemigos de Agripina impidieron que Nerón se tirara a su madre, porque creían que ello le daría aún más poder. Dion añade unas acusaciones parecidas según las cuales Agripina intentó seducir a su hijo porque pensaba que este se le estaba escabullendo de nuevo, pero admite que no sabe si eran ciertas. Suetonio no se preocupa tanto por la veracidad y deja caer, no sin una risita, que en los primeros días del reinado de Nerón, cuando él y Agripina paseaban juntos en litera, se podía sospechar que estaban follando porque Nerón salía de la litera con manchas de semen en su toga. Incluso Tácito recoge la historia, aunque admite que sus fuentes no son coincidentes y que podía ser una historia inventada, si bien es algo que Agripina y Nerón podían hacer perfectamente. Tácito afirma que dos de sus fuentes están de acuerdo en que Agripina intentó seducir a Nerón, mientras que otra dice que fue Nerón quien intentó seducir a Agripina. Es interesante ver que Tácito considera igual el incesto que tener relaciones con un liberto, lo que nos da una idea de lo que pensaban los romanos sobre los libertos. Estas historias, como las acusaciones de que Cayo violó a todas sus hermanas, suelen tratarse solo como historias, como el tipo de historias que se han contado de cualquier otro hombre o mujer

poderoso e impopular a lo largo de la historia. Como la historia de que David Cameron se folló a un cerdo. Pero son historias que son útiles para indicarnos que Agripina aún pasaba bastantes ratos a solas con Nerón, seguramente más de lo que a la gente le gustaría, y que, si acaso no tenía poder, sí que aún tenía influencia en Roma.

Tengo otra teoría acerca de esta época de la vida de Agripina. Creo que es la época en la que escribió sus memorias. En el mundo actual, donde parece que todo el mundo tiene un pringado que le escribe su autobiografía a los 24 años, no parece gran cosa, pero en la Antigüedad era algo muy diferente. Una mujer romana que escribiera sus memorias era una mujer que afirmaba que su vida y sus acciones eran algo que valía la pena recordar, y esto era un grandísimo bofetón a las élites romanas. Solo disponemos de unas pocas referencias a las memorias de Agripina en el corpus literario de la Antigüedad, en Tácito y en Plinio. Tácito las describe como un commentarium, que era un género literario muy específico de la literatura romana. Es lo que escribió Julio César sobre sus guerras en las Galias y es también lo que Augusto escribió sobre su vida; Tiberio y Claudio también escribieron commentarii, hoy día perdidos. Ya puedes ver la idea: los commentarii eran un género literario sobre guerra y política y sobre los hechos de hombres excepcionales. Y ahora resulta que Agripina escribe un commentarium; no se trataba de unas memorias del tipo «meditaciones sobre mi vida», era un acto profundamente político. Al redactar y publicar sus memorias, Agripina estaba diciendo al mundo que ella era tan importante como cualquier hombre. La inclusión en ellas de su experiencia durante el parto es uno de esos momentos «¡Que os jodan!» que tanto me gustan, porque es un acto femenino, un acto que nunca se había incluido en ningún commentarium. Es un libro que solo pudo haber sido escrito cuando ya era emperatriz y cuando consideraba que ya había logrado lo suficiente como para plantear una afirmación tan rotunda sobre ella misma, sobre su poder y sobre su posición. Y lo que es mejor: todos los hombres que leyeron sus memorias y las citaron estaban aceptando implícitamente que su vida era algo que valía la pena explicar; aunque esto no significa que ninguno de ellos estuviera dispuesto a darle la razón.

No fue hasta que otra mujer entró en escena, a mediados del año

58, que la vida personal de Nerón empezó a convertirse en un problema para Tácito y, en consecuencia, Agripina reaparece en su relato, y lo hace de la peor manera posible. Esta mujer era Popea Sabina, que tiene una terrible reputación, a pesar de que luego Nerón la mató a golpes mientras estaba embarazada y, sin duda, es una víctima. Popea aparece por primera vez como hermosísima esposa de Otón. Otón la había cortejado alejándola de su primer marido, un ecuestre, aprovechando que era joven, atractivo, rico y amigo del emperador. Otón estaba tan colgado de Popea que siempre alardeaba de ella con Nerón. Su escena más habitual, según Tácito, era levantarse de la cena con un gran y teatral bostezo y anunciar ante todos que tenía que irse a casa con su mujer, que, como todos sabían, estaba buenísima. Nerón acabó encaprichándose de esta mujer y decidió robársela, enviando a Otón a Lusitania sin dejar que Popea lo acompañara. Para Tácito (y, por tanto, también para Dion) este fue el primer desencadenante del fin de los buenos tiempos de Nerón. Como cualquier otra mujer, Popea era una mala influencia a ojos de Tácito, quien considera que le alentaba en sus peores excesos y arrebatos. La llegada de malos tiempos era evidente para Tácito, que nos explica el portento más aterrador que había sucedido hasta la fecha. Frente a la curia había un viejo árbol de 830 años, el árbol que, según se decía, había protegido a Rómulo y a Remo de niños, mientras eran amamantados por la loba; era un símbolo de la fundación de Roma, de sus orígenes divinos y de su antigüedad. Pues bien, al finalizar el año 58, ese árbol se marchitó y murió.[18]

EL ASESINATO

Que la mate, con tal de que reine.[19]

A inicios del 59, cuando Nerón acababa de celebrar su vigesimosegundo aniversario y poco después de que Agripina celebrara sus 43 años, Nerón decidió matar a su madre. Nadie sabe qué es lo que impulsó al emperador a hacer tal cosa, pero todos tienen su teoría. Cada una de nuestras fuentes tiene la suya. Para Suetonio, Nerón tenía miedo de su madre, una mujer violenta propensa a amenazar a su hijo, y esto le impulsó a asesinarla. Dion cree que las razones son más carnales: Nerón tenía una concubina que se parecía mucho a Agripina y esto provocaba celos en Popea, de modo que esta alentó a Nerón a matar a su madre. En este sentido, resulta algo rocambolesco que Dion también acuse a Séneca de querer eliminar las inculpaciones de su adulterio con Agripina y, en consecuencia, de alentar el asesinato; está claro que a Dion no le gustaba Séneca. Tácito nos presenta la descripción más detallada. En su versión, Popea quería casarse con el emperador, pero Nerón tenía demasiado miedo de Agripina como para divorciarse de Octavia. En lugar de tener otro enfrentamiento con su madre (parece que el Nerón de Tácito tuvo suficiente con esa discusión del 55), decidió matarla y así poderse casar libremente con quien quisiera. La idea de que en realidad el asesinato de Agripina fue una propuesta de Popea, o de que Nerón lo hizo para complacerla, es la primera teoría que circuló. En la obra contemporánea Octavia, el personaje principal declara que Nerón perpetró matricidio para satisfacer los «antojos» de esa «furcia insolente».[20] Tal como veremos, el asesinato fue tremendamente complicado y exigió mucho tiempo y dinero, de modo que Nerón tuvo que estar plenamente de acuerdo. Esto no parece una mujer obligando a Nerón a hacer algo a regañadientes; hubo muchos momentos en que el emperador pudo haberse echado atrás, pero en cambio se lanzó a

ello sin titubear, incluso cuando sus planes se estaban viniendo abajo.

La verdadera razón del intenso deseo de Nerón de lograr una muerte violenta de su madre se ha perdido para siempre. Un breve fragmento de Tácito nos podría dar alguna pista: afirma que Nerón decidió no asesinarla de la forma limpia y directa habitual (enviando un asesino para atravesarla con una espada) porque temía que el asesino no llevara a cabo la orden. Justo al final de esta historia, Burro plantea la misma preocupación y rechaza enviar a ningún guardia pretoriano contra ella, porque teme que cualquiera de ellos rechazaría atacar a la hija de Germánico. Durante cuatro años, Tácito nos ha ocultado a Agripina, pero disponemos de suficientes pistas para sospechar que continuaba siendo una fuerza a tener en cuenta en el panorama romano, con un poder enorme sobre el ejército y la guardia. Si en algún momento ella decidía aprovechar este poder, Nerón no podía ganar. También podemos observar este poder en el deseo de Nerón de que el asesinato pareciese un accidente; realmente quería que su madre desapareciera para poder explotar su popularidad y su prestigio sin interferencias.

En cualquier caso, el motivo del asesinato es el único aspecto relevante en que las fuentes discrepan, si bien hay un vago consenso en que Popea estaba implicada. Cuando se trata de los detalles prácticos del asesinato, en cambio, todas las fuentes resultan muy coherentes y la historia completa es realmente novelesca. Según todas, el plan original era un envenenamiento. Como no hacía tanto de la muerte de Británico, resultaría muy arriesgado otra muerte sospechosa en la mesa del emperador, de modo que intentaron infiltrarse entre los empleados de la casa de Agripina. Suetonio nos dice que lo intentaron tres veces y en todas fracasaron; Tácito, por su parte, afirma que Agripina estaba preparada para tales eventualidades y tenía planes preparados para contrarrestarlas. Las tres fuentes aseveran que Agripina tomaba antídotos con regularidad y que se había inmunizado frente a varias toxinas, una planificación previa tan brillante que me enamora. Agripina estaba preparada de sobras para enfrentarse a envenenamientos furtivos; había visto demasiados en su familia, posiblemente ella misma administró uno a un hombre mucho menos preparado que ella y no

confiaba en nadie. Tanto sus empleados como su sistema inmunitario le eran fieles. Dion y Tácito nos explican que la siguiente opción era el clásico apuñalamiento, pero que Nerón tenía miedo de que una acción así pudiera resultar contraproducente. Las posibilidades de que saliera mal eran abrumadoras y, en tal caso, no habría manera de hacer ver que Nerón no estaba implicado y echar a perder la posibilidad de deificar a su madre. Si el asesino se negaba a atacar a Agripina y luego la guardia pretoriana la apoyaba, las consecuencias podrían ser terribles. Luego nos aparece un plan que solo explica Suetonio, tan raro que cuesta creer que pueda ser real. Según dice, Nerón diseñó e instaló una maquinaria en el techo del dormitorio de Agripina, que haría caer sobre la cama varios paneles del techo mientras ella dormía, lo que haría que su muerte pareciese un accidente. El plan se filtró y nunca se llevó a cabo, quizá porque era una estupidez supina. Quién sabe de dónde sacó Suetonio tal historia; incluso como rumor resulta estrafalario. Pero, a decir verdad, solo es un poco más estrafalario que lo que sucedió realmente.

No sabemos muy bien de dónde sacó Nerón la idea de una embarcación amañada; Dion dice que lo vio en el teatro, cuando un barco se abrió para dejar salir a unas bestias y luego se cerró de nuevo, pero Tácito cuenta que un liberto llamado Aniceto, que odiaba a Agripina por alguna razón desconocida, se presentó con esta idea, tras haber oído de ello mientras estaba supervisando la flota. A grandes rasgos, la idea es que una parte de la embarcación pudiera abrirse, separarse o retirarse, haciendo que parte de sus ocupantes cayeran al mar; luego, la parte móvil podía unirse o cerrarse de nuevo, disimuladamente, y el barco podía así abandonar la escena del crimen, afirmando que las víctimas habían caído por la borda y que la muerte había sido un trágico accidente. De este modo, Nerón podría llorar la muerte de su madre y edificar templos en su honor, conservando así el apoyo del pueblo que la adoraba, sin tener que aguantarla. A Nerón le encantó la idea, pero incluso con una somera reflexión acerca del invento parece claro que el diseño no tenía el más mínimo sentido. Tácito intenta describir su funcionamiento y acaba haciendo una explicación aún más ridícula y confusa. Además, ¿cómo se podían asegurar Nerón o la tripulación de que Agripina estaría en el lugar adecuado en el momento preciso? ¿Esperarían hasta que pasara por ahí y entonces

accionarían la palanca? ¿Le dirían algo como «Mira, Augusta, fíjate en esto que hay en la cubierta»? Era un riesgo enorme y estúpido. Sin embargo, todas las descripciones del asesinato de Agripina afirman que el barco-trampa era la clave de todo. La obra Octavia nos da la explicación más convincente: el barco no tenía ningún truco pergeñado con algún mecanismo complicado, sino que no era más que una embarcación poco apta para la navegación, con vías de agua e incapaz de sobrevivir ninguna travesía. Esto es más convincente, pero tampoco mucho; se basa en que los miembros de la tripulación fueran todos unos suicidas o en que no supieran nada del plan, y ambas opciones son igual de arriesgadas. Para ser justos, la obra afirma que el plan acabó en una masacre y que murió mucha gente, pero no es lo que nos dicen las otras fuentes. En lo que sí que están todas de acuerdo es en que algo sucedió en un barco y que Nerón lo había planeado. Pero no funcionó.

La historia completa es como sigue. Nerón tenía que acercarse a Agripina para atraerla hacia su barco-trampa, de modo que la invitó a pasar un festival con él en Bayas. En esos momentos ella estaba en su villa de Baulos, no muy lejos, a unos cuatro kilómetros por tierra, y parece que le encantó la idea de que su hijo le pidiera que le acompañara. Aquí Tácito aprovecha una última vez para atacarla por el hecho de ser mujer, diciendo que las mujeres siempre tienden a creerse las buenas noticias. Era el 19 de marzo del año 59 y el festival estaba consagrado a Minerva. Cuando llegó el momento de salir de su villa y dirigirse a la de su hijo, alguien avisó a Agripina de que Nerón tenía intención de matarla esa misma noche. Ella vaciló; su hijo le había enviado un barco acabado de remodelar para recogerla, en lugar de dejarle usar su trirreme habitual. Ahora, lo que le había parecido un gesto amable de golpe se convertía en un movimiento sospechoso. Así, decidió rechazar el barco y desplazarse a pie hasta la casa de Nerón. Tal vez esperaba que la reconciliación que ofrecía su hijo fuera real y que sus sospechas por el barco fueran infundadas, fruto del resentimiento. Cuando llegó a Bayas, Nerón la recibió afectuosamente, le concedió un puesto de honor, por encima del suyo, y pasó toda la noche charlando con ella. Se besaron, rieron, hablaron de temas serios, comieron y bebieron y honoraron a Minerva en medio de un aparente amor familiar.

¿Sospechó algo Agripina en el comportamiento de su hijo? ¿Se planteó tal vez qué es lo que quería Nerón, qué es lo que estaba haciendo? ¿Adivinó sus intenciones, escondidas tras una cortina de risas hipócritas y de falsas muestras de afecto? ¿O tal vez se lo pasó bien, sin más, con su único hijo en una tranquila noche de marzo mientras brindaban a los dioses? Ya me gustaría a mí tener la capacidad de leer las mentes que tiene Tácito y así saber lo que Agripina sintió y pensó esa noche. Lo que daría por saber cómo se sintió cuando, ya a altas horas de la noche, un entonado Nerón acompañó a una también entonada Agripina hasta la orilla y le ayudó a subir a bordo del barco que él había preparado, el barco del cual ella ahora ya no sospechaba nada. Todas las fuentes cuentan que en el embarcadero Nerón abrazó con fuerza a su madre y le besó los ojos con dulzura; sabía que era la última vez que la iba a ver con vida. La última vez que iba a ver a esa mujer que le había dedicado media vida, que lo había fajado y lo había cuidado, que lo había enseñado y lo había visto entrenando a pájaros para que hablaran, que le había enseñado a actuar y a cantar, que le había dado el nombre de Domicio y luego lo había convertido en Nerón, que le dio todo un imperio. Es imposible pensar en este momento final entre ellos, el que sería su último momento juntos, sabiendo Nerón que efectivamente era el último, y no preguntarse cómo fue capaz de hacerlo. Debía de odiarla profundamente.

Finalmente, Agripina subió a bordo y el barco navegó por la bahía. Tácito dice que la noche era clara y estrellada y que el mar estaba en calma y lamía con suavidad el costado de la embarcación. Nos dibuja una tranquila escena doméstica con Agripina y sus dos amigos Crepereyo Galo y Acerronia Pola recostados por cubierta, charlando sobre la noche, medio embriagados por los vinos caros y la deliciosa comida que acababan de engullir. A continuación, las fuentes discrepan sobre lo que pasó exactamente.

En el relato de Tácito, un dosel cayó sobre los tres amigos, matando a Galo al instante. Sin embargo, el resto del mecanismo no funcionó bien y los miembros de la tripulación que participaban en el complot intentaron volcar el barco desplazándose todos a un costado. La situación explicada por Tácito en seguida se convierte en una astracanada, porque los que no sabían que se trataba de un intento de asesinato, al ver la inclinación de la embarcación, se

precipitaron hacia el otro costado para evitar su vuelco. No obstante, no evitaron que Pola y Agripina cayeran al agua. Pola entró en pánico y empezó a gritar que ella era la madre del emperador, a lo que los asesinos respondieron golpeándola con los remos hasta matarla. En Dion la historia es un poco diferente, porque el mecanismo funcionó bien y lanzó sin problemas a Agripina y a Acerronia Pola al mar. Pola muere de la misma manera que en el relato de Tácito, pero aquí no hay ningún dosel que cae ni momentos de caos en el barco. Suetonio no nos da ningún detalle porque nunca resulta útil a propósito. En la obra Octavia, el barco es embestido por otro, lo que provoca que se parta y se hunda, llevándose consigo a toda la tripulación.

En todas las versiones, sin embargo, Agripina hace lo que sabe hacer mejor: mantener la calma. Se mantuvo a flote, no dijo nada y empezó a nadar. Agripina no iba a desaparecer de este modo y no iba a permitir que nadie hiciera ver que su muerte era un accidente. Agripina Augusta no iba a morir en un accidente. Se quitó la ropa, recordó sus años de destierro y nadó.

Sobre lo que pasa a continuación, las historias divergen un poco más. En Tácito, Agripina fue recogida por unas barcas, que la llevaron a la orilla del lago Lucrino (separado de la bahía de Bayas solo por una estrechísima franja de tierra), mientras que en la Octavia la tripulación del barco se apiadó de ella y la salvó, pero en las otras nadó hasta la orilla y llegó sana y salva a Baulos, sola, herida y agotada. Luego caminó hasta su villa, donde llegó chorreando y provocando una auténtica conmoción. Fue atendida por un montón de esclavos ajetreados, que le vendaron el hombro herido, le secaron el pelo y le ofrecieron vino, hasta que pudo sentarse y pensar por primera vez. Agripina no era una persona histérica; era calmada, sensata y previsora y, hasta el momento, esta actitud casi siempre le había funcionado.

Luego, Agripina hizo dos cosas. La primera fue enviar un mensaje a Nerón avisándole de que estaba viva. La segunda, enviar a alguien a buscar el testamento de Acerronia Pola. Tácito, haciendo uso, una vez más, de sus habilidades de lectura mental, nos transcribe una reflexión de Agripina acerca de todas las razones por las que su accidente no había sido un accidente, centrada en el hecho de que

algo le cayó encima. Dado que esta parte no se halla en ninguna de las demás fuentes y Tácito está leyendo la mente de una mujer muerta hace años, creo que podemos ignorarla sin más problemas. Ahora, no negaré que es un buen recurso teatral por parte de Tácito. Su Agripina comprende de inmediato que no ha sido ningún accidente, sino una trama bien elaborada, pero decide fingir ignorancia y seguir el juego. El mensajero enviado a Nerón le tenía que decir que se había producido un accidente y que Agripina había resultada herida, pero que no fuera a verla. Luego, se sentó y esperó pasivamente a ver qué acontecía. Me cuesta imaginar a esta mujer que acababa de luchar por su vida en el mar y que creía que su propio hijo había intentado asesinarla sentándose a esperar sin más, haciendo bolillos. La única vez que Agripina se había sentado a esperar algo fue cuando estaba confinada en una isla, como exiliada. Sin duda, estaría enviando muchos otros mensajes y elaborando planes, intentando salvar algo de todo ese desastre.

El hecho de que Agripina sobreviviera al barco-trampa era, sin duda, el peor resultado posible para todos: ahora ella sabía que su hijo la odiaba, hasta el punto de llegar a extremos inverosímiles para matarla, pero también estaba en una situación de impotencia, en una villa de asueto en medio de la noche. Esto debía de resultar exasperante en muchos aspectos. La Agripina que me imagino estaba furiosa por el hecho de que alguien se atreviera a pensar que podían matarla. La Agripina de la Octavia se deja ir en una escena trágica, como corresponde a la obra: llora, se rasga la ropa, se arranca el pelo y grita a los dioses (algo que también hace cuando está en el mar). En cualquier caso, fuera los que fuese lo que estaba haciendo, parece claro que no se dedicó a relajarse y a esperar pasivamente. Mientras tanto, se había corrido la voz del incidente y la gente de Baulos empezaba a reaccionar. El accidente tuvo que ser todo un acontecimiento en la zona: la embarcación de la Augusta se había hundido y empezaban a llegar cuerpos a la orilla. Conocemos el nombre de al menos dos personas que murieron; muchas otras personas anónimas también perdieron su vida, cuyos nombres no nos han llegado.

La gente no tardó mucho en reunirse en el exterior de la villa de Agripina, deseosos de saber sobre su estado de salud. Las barcas se apelotonaban y la multitud pronto se volvió tan densa que la gente

se encaramaba al rompeolas y se metía en el agua hasta la cintura, lamentando la desgracia de Agripina y rezando por su salud, ofreciendo votos a los dioses para su recuperación y, en resumen, asustándose un poco. A nosotros nos resulta difícil, en la actualidad, comprender lo que significaba la familia imperial para los romanos, cuán entrelazada estaba su imagen con la estabilidad y el éxito del Estado y cuán aterrador podía llegar a ser la idea de que Agripina estuviera herida. Es difícil, pero no imposible. Recuerda la multitud que se agolpaba en el exterior del hospital de Santa María de Londres esperando con ansiedad noticias sobre Kate Middleton cuando le tocaba dar a luz; recuerda los millones que lloraron con sinceridad cuando murió Diana de Gales. No es lo mismo, pero todavía hay mucha gente que se siente unida a sus jefes de estado, y los romanos estaban muy unidos a Agripina. Los rumores y los cuchicheos iban y venían entre la gente, hasta que llegaron las noticias de que Agripina estaba a salvo y estallaron en felicitaciones y júbilo. En ese mismo momento llegó una columna de soldados, que dio por concluidas las celebraciones y entró en la casa de Agripina. La respuesta de Nerón acababa de llegar.

Mientras Agripina esperaba en su villa, Nerón, a cuatro kilómetros, había pasado la noche esperando nerviosamente las noticias de la muerte de su madre. En cuanto la había despedido en el barco-trampa, el miedo a las consecuencias de que saliera ilesa le había abrumado muchísimo más que cualquier otro sentimiento que hubiera podido tener acerca del asesinato de su madre. Cuando llegó el mensajero de Agripina con las noticias de su accidente y de unas pequeñas heridas, se desplomó preso del terror. Por un lado, creía que ella podía irrumpir en su casa, llena de furia, como una diosa vengadora lista para destruirle con sus propias manos; por otro lado, pensaba que quizá se dirigiría a Roma para convocar al ejército, al Senado y al pueblo de la ciudad y acusarle de intento de matricidio. Nerón sacó de la cama a Séneca y a Burro, quienes parece que hasta este momento ignoraban todo acerca del intento de asesinato de Agripina, y les exigió que arreglaran la situación.

Los dos hombres respondieron con un largo y doloroso silencio. Finalmente fue Séneca quien lo rompió y lo hizo para traicionar a Agripina por completo, preguntando a Burro si se podía dar una orden oficial para matar a la Augusta. Burro mostró la lealtad de las

tropas y su aprecio por Agripina hasta el final y dijo que no se podía. Argumentó que las tropas habían jurado proteger a todos los césares, lo que incluía a Agripina. Y lo que es más importante, Burro no creía que la guardia obedeciera una orden para atacar a la hija de Germánico; el aura de Agripina y el poder de su padre eran tales, aún en esos años, que incluso bajo órdenes del emperador y en el peor momento para ella en medio de la noche, no le harían daño. Así, Nerón se dirigió a Aniceto, el liberto que le había sugerido la idea del barco, para que acabara el trabajo de forma oficiosa, algo que Aniceto aceptó entusiasmado. Trajeron al mensajero de Agripina, como si tuvieran que enviarle una respuesta, pero Nerón (en lo que puede que sea la parte más ridícula de toda esta pantomima de intento de asesinato) lanzó un puñal a los pies del mensajero y empezó a gritar que Agripina había intentado asesinarlo. Podemos imaginar las caras de asombro cuando todos los que le rodeaban empezaron a darse cuenta de lo que estaba pasando. En cualquier caso, mientras Nerón representaba su payasada, nadie se interpuso en el camino de Aniceto, que fue a buscar a sus hombres y se dirigió a la villa de Agripina.

Cuatro kilómetros se pueden recorrer en unos tres cuartos de hora, quizá menos con una buena marcha, de modo que quizá habían transcurrido unas dos o tres horas entre el momento en que el mensajero salió para ir a la casa de Nerón y el momento en que Aniceto y sus hombres llegaron a la villa de Agripina. Durante esas horas, parece ser que Agripina se había retirado a su dormitorio, agotada. Justo empezaba a clarear cuando Aniceto reventó la puerta de la villa y penetró con sus hombres en el atrio; estos agarraron a todos los esclavos y los llevaron al exterior, mientras Aniceto buscaba a la Augusta.

La halló en su habitación, con una única esclava, despierta y ansiosa. Tres hombres entraron en el dormitorio (Aniceto, Herculio, capitán de uno de los trirremes de Aniceto, y Obarito, un centurión), mientras que un cuarto sacaba a la esclava de ahí. Rodearon a Agripina en su cama. Esta despreciaba a Aniceto tanto como este la despreciaba a ella, de modo que nadie tenía la más mínima duda de lo que iba a pasar. Pero ella nunca se había comportado con cobardía y jamás suplicaría por su vida. Ante tres

hombres que se le abalanzaban, no se amedrentó ni perdió la calma. Se sentó y les espetó que «si ha venido a visitarla podía anunciar que ya estaba recuperada, pero que si se disponía a perpetrar un crimen, no iba a sospechar nada de su hijo; él no había ordenado el parricidio».[21]

La respuesta fue el primer golpe. Herculio la golpeó en el cogote con una maza. Aunque ya estaba herida y agotada, Agripina no cayó. Se incorporó, con sangre en el rostro, fijó sus ojos en Obarito mientras este desenvainaba la espada y se desgarró el vestido para mostrar su vientre. Luego pronunció sus últimas palabras, desafiante y combativa; madre de Nerón hasta el final. Señalando su regazo, dijo «Hiéreme aquí»; Obarito obedeció y las otras espadas le siguieron. Julia Agripina Augusta murió por la espada de un centurión al amanecer del 20 de marzo del 59. Tenía 43 años.

LO QUE VINO DESPUÉS

Cuando Nerón supo que su madre había muerto, se quedó sentado, inmóvil y mudo. Solo reaccionó cuando los centuriones le agarraron la mano y le felicitaron por haber sobrevivido al horror de la noche anterior. Cuando quedó claro que la guardia pretoriana no se volvería contra él, rompió a llorar, pero nadie se creyó que estuviese lamentando la muerte de su madre. Tanto Tácito como Suetonio documentan que se apresuró a examinar su cuerpo, desnudándola y tomándose su tiempo para manosearla y comentar sus rasgos. Aunque ambos atribuyen la historia a otra persona, tienen muchas ganas de mostrar a Nerón como un asesino pervertido y hacen hincapié en la falsedad de su dolor. Nerón se marchó de Bayas, incapaz de poner orden en el escenario del crimen, y escribió al Senado que su madre le había enviado un liberto para matarlo y que ella se había suicidado cuando su plan fracasó. En la carta dice que Agripina «había esperado verse asociada al Imperio, que prestaran juramento a una mujer las cohortes pretorianas y que igual deshonor le cupiera al Senado y al pueblo»,[22] lo que, a decir verdad, era bastante correcto. Pero tampoco es una razón de peso para que una mujer se suicide.

Agripina fue incinerada el mismo día en que murió, al atardecer, en los terrenos de su villa. Su cuerpo fue depositado en un diván y este en la pira funeraria. Mientras se alzaban las llamas, uno de sus antiguos esclavos, Mnéster, desenvainó su espada y se la clavó, negándose a seguir viviendo en un mundo sin ella. Nerón le negó un entierro y también una tumba. Solo sus esclavos la lloraron, y la enterraron en la vía entre Miseno y Bayas. Durante años se contaron historias sobre ella. Algunas personas afirmaban que podían oír trompetas cuyo sonido surgía de la sepultura de Agripina; otras, que el fantasma de Agripina, seguido por las furias, persiguió a Nerón en sus sueños durante años. En seguida se informó de diversos portentos; una mujer dio a luz a una serpiente, otra mujer fue alcanzada por un rayo y murió mientras se hallaba en brazos de su

esposo, el Capitolino fue alcanzado también por varios rayos, en 14 lugares. Una historia que muchos creyeron era que Agripina había consultado a unos astrólogos cuando nació Nerón y estos le dijeron que su hijo llegaría a emperador, pero que asesinaría a su madre y ella dijo: «Que la mate, con tal de que reine».[23] La muerte de Agripina conmocionó a Roma y el temblor se sintió en todo el Imperio. La mujer que había sido el centro de la familia imperial durante una década había desaparecido.

Nerón no regresó a Roma hasta meses después, pero el Senado hizo su trabajo obedientemente. Se decretaron acciones de gracias, para agradecer que el emperador hubiera sobrevivido al terrible complot y el natalicio de Agripina, el 6 de noviembre, fue incluido entre los días nefastos. Solo un senador, Publio Clodio Trásea, salió del Senado durante la votación. Durante una de estas acciones de gracia, mientras las élites romanas daban blasfemas gracias a los dioses por haber protegido a un emperador que era un matricida y por haber impedido el éxito de un complot que nunca existió, el sol desapareció de golpe. Fue un eclipse parcial y fue considerado un signo de desaprobación. Para el reinado de Nerón, todo esto fue un punto de inflexión. Quizá fuera el hecho de salir indemne del horror del matricidio y de darse cuenta de que podía hacer lo que le viniera en gana o tal vez fuera que la presencia de Agripina lo había mantenido a raya, pero lo cierto es que tras el año 59, Nerón descarriló por completo. Sus gamberradas vespertinas en las tabernas crecieron hasta convertirse en su estilo de vida habitual. Su reputación como matricida no solo no desapareció, sino que aumentó con el envenenamiento de su tía Domicia ese mismo año.

Cuando Nerón finalmente regresó a Roma, celebró un fastuoso festival final para Agripina, una decisión que resultó embarazosa teniendo en cuenta que el Senado se había pasado muchos días derribando estatuas de su madre y denunciándola, a la expectativa de la esperada damnatio memoriae. En su lugar, mostrando la turbación de sus sentimientos, Nerón decidió recordarla. Según Dion, el festival fue enorme, duró varios días y se celebró en varios lugares. Parece ser que un elefante caminó por una cuerda floja, un espectáculo que no tengo claro si me gustaría que fuese verdad o

no. Dion también nos dice que este festival marcó el inicio de uno de los horrores sociales de la era: senadores actuando en el teatro, luchando como gladiadores y, por lo demás, violando todos los códigos sociales, muchos bajo coacciones. Para Dion, la muerte de Agripina implicó el fin de la capacidad de Nerón de autocontrolarse. Esta fue la última mención de Agripina; a corto plazo, a todo el mundo le interesaba hacer ver que nunca había existido.

El reinado de Nerón todavía duró una década más y las cosas fueron de mal en peor. Acabó envenenando a Burro y obligó a Séneca a suicidarse, con lo que desapareció casi todo el mundo de su infancia. Nerón quería ser actor y cantante y exigía que todo el Imperio consintiera esta ambición. Seguramente, habría sido mucho más feliz si nunca hubiera llegado a emperador. Cuando se incendió una buena parte de Roma, lo aprovechó para construirse un palacio, recubierto de oro, que ocupaba una gran parte de la ciudad. Consiguió que todo saliera mal. Al final, varias legiones se rebelaron simultáneamente y marcharon hacia Roma. Preso del terror, Nerón huyó con unos pocos amigos a una villa, donde acabó por rebanarse el pescuezo. Su antigua novia Actea lo enterró en la tumba de su familia paterna biológica, en lugar del Mausoleo de Augusto, señalando así su expulsión simbólica de la familia julio-claudia. Así acabó la primera y más longeva dinastía de emperadores romanos. Los julio-claudios habían logrado extinguirse a sí mismos. El año de brutal guerra civil que siguió se conoce como «el año de los cuatro emperadores», pero esto ya es una historia para otro libro.

Agripina nació un año después de que muriera su bisabuelo Augusto. Vivió durante los reinados de Tiberio, Cayo, Claudio y Nerón. Como hija de un imperator y hermana, sobrina, esposa y madre de emperadores, nunca fue igualada. Fue pionera de un nuevo papel para las mujeres imperiales, un papel activo y poderoso que rebasaba las fronteras tradicionales del comportamiento femenino aceptable. Durante un brevísimo momento, lo consiguió, gobernando con su hijo y acompañándole como emperatriz de Roma. Como premio por su momentáneo

protagonismo en la historia, fue maltratada, humillada y, finalmente, apuñalada hasta morir. Se mostró como ejemplo y advertencia para las mujeres romanas durante siglos. En la enormidad de la historia, los 43 años de Agripina apenas son un parpadeo. Los historiadores masculinos han argumentado que incluso para los romanos, Agripina no significó nada; pero lo cierto es que ninguna mujer intentó lo mismo que ella durante más de un siglo. Y 40 años después de su muerte, después de las guerras civiles que siguieron a la muerte de su hijo, después de que su casa dorada fuera derribada, sus estatuas destruidas y se construyera el Coliseo donde Nerón había levantado una estatua dorada de él mismo, Trajano erigió una nueva y colosal estatua en su nuevo foro. Era una estatua de Agripina. Volvía a la vida para vigilar a Roma. La primera emperatriz de Roma.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Tácito. Anales, I.1.

2. Los libertos eran esclavos emancipados. Como parte de su manumisión se les solía conceder la ciudadanía romana, pero quedaban vinculados mediante obligaciones y gratitud formal, y a veces también afecto, a su antiguo propietario y sus familias. A inicios de la época imperial formaban una informal clase comercial de «nuevos ricos». Recuerda también que al final del libro hay un glosario que recoge este tipo de términos.

3. Michael Ashcroft e Isabel Oakeshott, Call Me Dave: The Unauthorised Biography of David Cameron. Biteback, Londres, 2015. «Drugs, debauchery and the making of an extraordinary prime minister.» El artículo original era de Michael Ashcroft e Isabel Oakeshott (20 de septiembre de 2015). Daily Mail. Londres.

4. Suetonio. Calígula, 55.

5. Casio Dion. Historia romana, 59.14.7.

1. HIJA

1. En este capítulo nos encontramos con dos Agripinas, lo que puede resultar confuso. Así, nos referiremos a la protagonista de este libro como Agripina la Menor, mientras que a su madre la llamaremos Agripina la Mayor. Puedes consultar la lista de

personajes si olvidas quién es quién. Pero no te preocupes, porque solo una de las dos Agripinas acabará viva este capítulo.

2. Igual que sucede con las Agripinas, hay varias personas llamadas Druso y Livila. Para diferenciarlas he usado números romanos, pero puedes consultar el árbol genealógico y la lista de personajes si empiezas a liarte. No te preocupes, es así de confuso.

3. Tácito. Anales, II.73.

4. Suetonio. Calígula, 4.

5. Tácito. Anales, I.34-35.

6. Tácito. Anales, II.71.

7. Pisón y su esposa fueron acusados formalmente de asesinato tras una presión considerable de senadores partidarios de Germánico y Agripa. Pisón se suicidó antes de que empezara el juicio; su esposa, Placina, se salvó de la acusación gracias a la intervención de Livia, la madre de Tiberio. Desde el punto de vista de Agripina la Mayor, la justicia no se había consumado.

8. Los dioses del hogar se denominan lares y se representaban mediante estatuillas que se guardaban en la casa para proteger a esta y a la familia.

9. Suetonio. Calígula, 5-6.

10. Tácito. Anales, II.82.

11. Tácito. Anales, III.4.

12. Tácito. Anales, II.72.

13. El prefecto del pretorio era el jefe de la guardia personal del emperador, la guardia pretoriana. Este cuerpo fue una relevante fuerza militar, el único cuerpo que podía estar acuartelado en la ciudad de Roma y estaba bajo el control directo del emperador a través del prefecto del pretorio. Este era nombrado por el emperador y era uno de los más poderosos cargos de confianza en la corte.

14. Tácito. Anales, IV.53, citando las memorias de Agripina la Menor.

15. Tácito. Anales, IV.52.

16. Tácito. Anales, V.3-5.

17. Suetonio. Nerón, 5.

18. Tácito. Anales, VI.25.

2. HERMANA

1. Suetonio. Calígula, 15.

2. Como Agripina la Mayor murió en el capítulo anterior, a partir de ahora voy a dejar de usar el epíteto la Menor para nuestra protagonista; Agripina la Menor será simplemente Agripina y si su madre vuelve a aparecer, será específicamente como Agripina la Mayor.

3. Corpus Inscriptionum Latinarum 6.886. Cayo César Augusto Germánico era el nombre completo de Cayo tras acceder al trono imperial.

4. Suetonio. Calígula, 15.

5. Cayo adoptó a Gemelo cuando accedió al trono y luego hizo todo lo posible para desviar cualquier atención que pudiera caer sobre su hijo adoptivo y sus hermanas.

6. Casio Dion. Historia romana, 59.7.4. Dion está un poco obsesionado con la muerte de osos. Diría que le gustaban.

7. Suetonio nos cuenta que Cayo era un gran seguidor del equipo verde, e incluso visitaba sus establos de vez en cuando para ver los caballos.

8. Plinio el Viejo. Historia natural, VII.46.

9. Tácito. Diálogo sobre los oradores, XVIII-XXIX.

10. Se trata de un relieve en el Sebasteión de Afrodisias (en la actual Turquía), lugar donde se hallan varias imágenes poco corrientes relacionadas con Agripina.

11. Cuando él tenía entre 17 y 19 años y Drusila entre 13 y 16, aunque en la mayoría de las versiones modernas de esos hechos, como en Yo, Claudio, se presentan como si tuvieran unos ocho años, lo que dice bastante más acerca de las personas de hoy en día que de los romanos.

12. Una de las primeras acusaciones fue la de Clodio y Clodia, en el siglo i a. C., quienes fueron acusados repetidamente de incesto, sobre todo por Cicerón en su defensa de un joven malcriado llamado Celio. La acusación es también el origen del mejor chiste de Cicerón: «Si no tuviera una disputa con el marido de esa mujer. ¡Perdón! El hermano de esa mujer… Siempre me equivoco».

13. Plinio afirma que tuvo un embarazo de once meses con uno de sus hijos, otro de siete meses y que Cesonia nació a los ocho meses de embarazo. Historia natural, vii.4.

14. Barrett, 1989, pág. 95.

15. Actualmente se sabe que este tipo de hidropesía corresponde a las etapas finales de una insuficiencia renal o una insuficiencia cardíaca, pero en el pasado se pensaba que era debida a una acumulación de bilis negra (porque los romanos seguían a la teoría médica de los cuatro humores, según la cual hay cuatro tipos de líquidos que controlan el cuerpo y su desequilibrio provoca las enfermedades; es encantador) como consecuencia de beber mucha agua, de beber agua en mal estado, de estar resfriado, de tener hemorroides, de tener problemas de hígado o de someterse a demasiadas sangrías. Según los médicos clásicos Galeno y Celso, hay exactamente tres remedios para la hidropesía; uno consiste en sangrar mucho al paciente para eliminar el exceso de líquido; otro se basa en llenar el paciente de diuréticos con la esperanza de que expulse todos los líquidos; el tercero consiste en cubrir al paciente,

de pies a cabeza, con excrementos de buey. No tengo la más mínima idea de cuál es la lógica que hay tras el último de los remedios.

16. Panonia era la zona que corresponde a las actuales Hungría, Croacia, Eslovaquia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina.

17. Los hermanos arvales eran un colegio sacerdotal sitio en una cueva sagrada. Había doce sacerdotes y son conocidos por sus registros detalladísimos acerca de los emperadores y por dedicarse principalmente a orar por la familia imperial.

18. Tácito. Anales, XIV.2. Un historiador (masculino) a principios de la década de 1980 aprovechó esta oportunidad para mostrar cómo veía a Agripina, afirmando que era incapaz de sentir emoción alguna pero que las cuestiones prácticas la persuadieron de tirarse a Lépido, lo que me parece un punto de vista repugnante.

19. Suetonio. Calígula, 24.

3. SOBRINA

1. Suetonio. Calígula, 59.

2. Suetonio. Augusto, 6.

3. Flavio Josefo fue un erudito judío capturado por Vespasiano y Trajano cuando acabaron con el sitio de Jerusalén y destruyeron el Segundo Templo. Su nombre de nacimiento era José ben Matityahu, pero, como todos los buenos colonizadores, los romanos no llevaban muy bien los nombres no latinos, de modo que lo rebautizaron como Tito Flavio Josefo. Josefo vio claro qué bando tenía las de ganar y, cuando fue capturado, consiguió salvar su vida explicándole a Vespasiano que las profecías mesiánicas de la Torá (ya sabes, las que predicen la venida del Mesías, las que forman la base del cristianismo) hablaban del propio Vespasiano que, llegando desde el este (Jerusalén), conquistaría Roma y se convertiría en

emperador. Parece ser que Vespasiano era muy influenciable por los aduladores y se lo creyó, llevándose a Josefo a Roma. Se convirtió en emperador y mantuvo a Josefo cerca durante toda su vida. Por su parte, Josefo se otorgó el papel de divulgador semioficial del judaísmo a los romanos y escribió una serie de libros sobre la historia judía para los lectores cultos de la sociedad romana. Uno de estos eran las Antigüedades judías.

4. Flavio Josefo. Antigüedades judías, XIX.115.

5. Esto representa un total de 67,5 millones de sestercios. No está mal para conseguir el trono. Sin embargo era bastante más que los 1.000 sestercios por soldado que Cayo había entregado en el 37 como agradecimiento por su apoyo.

6. Suetonio. Claudio, 4.

7. Suetonio. Claudio, 30.

8. Ovidio. Arte de amar, III.12.

9. Plinio el Viejo. Historia natural, XVI.91.

10. Barrett, 1996, pág. 84.

11. La provincia de África también era mucho más pequeña de lo que su nombre podría sugerir: comprendía el actual Túnez y la franja costera de Libia.

12. Tácito. Anales, III.33.

13. Suetonio. Claudio, 17.

14. Juvenal. Sátira VI, 129-130.

15. Princesas como Agripina y su madre son una excepción a la norma, a causa de su papel como pacificadoras y por ser una conexión útil para el emperador.

16. Apio Silano era otro de los maridos de Domicia Lépida. Sin duda, parece que no tenía mucha suerte con ellos.

17. Plinio el Viejo. Historia natural, X.83.

18. Tácito. Anales, XI.27.

19. Calpurnia y Cleopatra, por si te interesa.

20. Plinio el Viejo. Historia natural, IX.58.

21. Para poner esta cifra en contexto, el salario medio en Roma era de unos siete sestercios al día.

22. Tácito. Anales, XII.2.

23. Era el hijo de la hija mayor de Julia la Menor, Amelia Lépida, que, en su momento, había sido prometida a Claudio.

24. El censor era un cargo oficial pero esporádico, cuya tarea era examinar los antecedentes de cada senador y cada ecuestre y asegurarse de que cumplían con los requisitos económicos correspondientes a su clase.

4. ESPOSA

1. Tácito. Anales, XII.7.

2. Barrett, 1996, pág. 108.

3. Tácito. Anales, XII.65.

4. Casio Dion. Historia romana, 61.3.

5. Por si te interesa, estas letras son la antisigma, , la digamma inversa, , y el sonus medius, .

6. El nombre Estambul deriva del término griego que significa ‘la ciudad’.

7. Tácito. Anales, III.30.

8. Inscriptiones Graecae ad res Romanas Pertinentes 4.280, 330, 560. El oriente griego del Imperio estaba acostumbrado a equiparar a emperadores con divinidades mucho antes de su muerte o de que fueran formalmente divinizados en Occidente. Que consideraran a Agripina una divinidad es significativo de su estatus como emperatriz.

9. Tácito. Anales, XII.37.

10. Tácito. Anales, XII.41.

11. Plinio el Joven era el sobrino de Plinio el Viejo, y un político de carrera.

12. Tácito. Anales, XII.41.

13. Si queremos ser quisquillosos, también Cayo concedió el título a Tiberio Gemelo, pero luego fue asesinado semanas después, de modo que apenas cuenta.

14. La Octavia se solía atribuir a Séneca, pero su autoría ha quedado desmentida y su anónimo autor se conoce ahora como Pseudo-Séneca.

15. Tácito. Anales, XII.59. Barrett, 1996, pág. 135. Levick, 1990, pág. 211.

16. Los samaritanos eran los habitantes del territorio vecino de Samaria.

17. Tácito. Anales, XII.42.

18. Tácito. Anales, XII.64.

19. Tácito. Anales, XII.65.

20. Plinio el Viejo. Historia natural, XI.73 y XXII.46.

21. Isabella Streffen. Whores, 2001. Las tarjetas estaban escondidas en el interior de varios de los libros favoritos de Streffen y repartidas por librerías de todo el Reino Unido, para que los lectores las encontraran.

5. MADRE

1. Tácito. Anales, XII.64.

2. Tácito. Anales, XIII.4.

3. Pseudo-Séneca. Octavia, 612.

4. Solo se le permitía cuando estaba ejerciendo explícitamente como sacerdotisa del culto de Augusto, porque ahora también era la suma sacerdotisa del culto de su ahora divino esposo-padre.

5. Apocolocyntosis, 3.

6. Tácito. Anales, XIII.6.

7. Según parece, los problemas armenios se solucionaron por sí solos cuando los partos cayeron en una crisis interna de gobierno y se retiraron del país.

8. Casio Dion. Historia romana, 61.7.

9. Tácito. Anales, XIII.14.

10. Tácito. Anales, XIII.21.

11. Marcial. Epigramas, 11.XX: «Tú, envidioso, que lees mohíno palabras latinas, lee seis procaces versos de Augusto César: "Porque Antonio se folló a Gláfira, Fulvia me ha impuesto este castigo: que yo me la folle también a ella. ¿Que yo me folle a Fulvia? ¿Y si Manio me ruega que le dé por culo? ¿Lo haría? Creo que no, si tengo cabeza. —O follas o luchamos—, me dice. ¿Qué hago, si siento más aprecio por mi polla que por mi propia vida? ¡Que den la señal!". Seguramente eres comprensivo con mis picantes libritos, tú, Augusto, que sabes expresarte con franqueza».

12. Se trata del episodio «Es una buena vida», que luego se ha recreado en un episodio de Los Simpson, «La casa-árbol del terror

II».

13. Tácito. Agrícola, X.

14. Tácito. Anales, XIII.21.

15. Tácito. Anales, XIII.21.

16. Casio Dion. Historia romana, 61.10.

17. Tácito. Anales, XIII.28.

18. No te preocupes, más adelante renacerá.

19. Casio Dion. Historia romana, 61.34.1. Tácito. Anales, XIV.9.

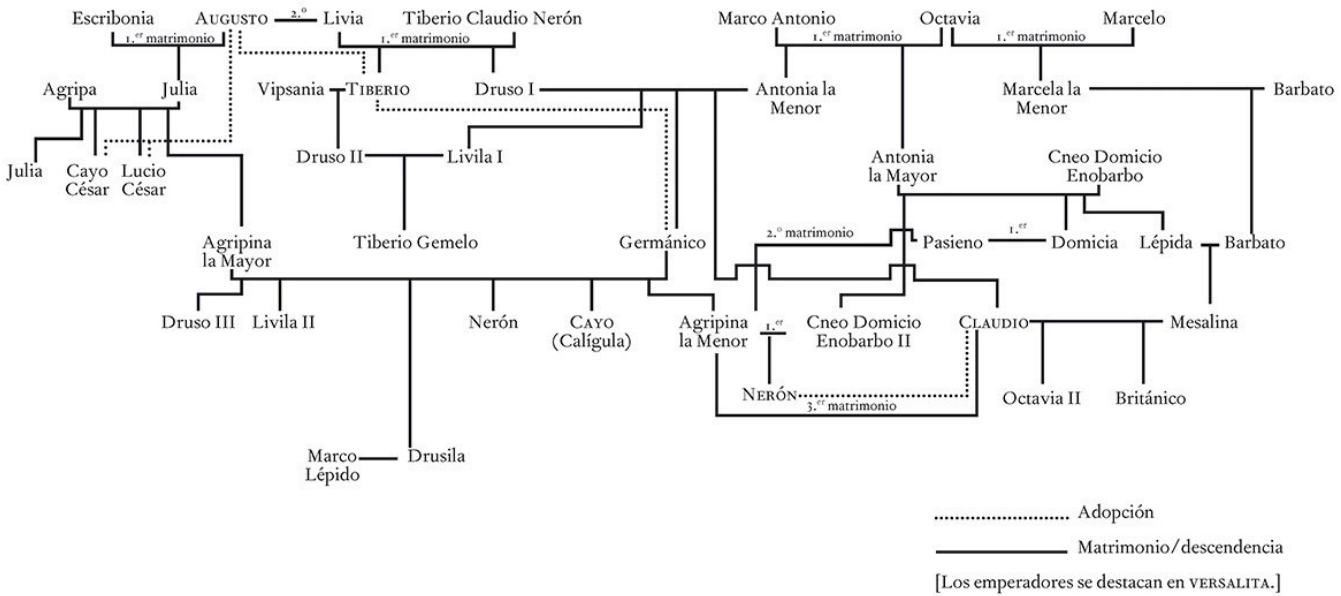
20. Pseudo-Séneca. Octavia, 12-128.

21. Tácito. Anales, XIV.8.

22. Tácito. Anales, XIV.11.

23. Casio Dion. Historia romana, 61.34.1. Tácito. Anales, XIV.9.

Árbol genealógico de la familia julio-claudia
(44 a. C.-69 d. C.)



LOS PROTAGONISTAS

AGRIPA, MARCO VIPSANIO. General romano del ejército de Augusto y gran amigo de este. Esposo de Julia I, padre de Agripina la Mayor y de Julia II. Murió en el 12 a. C.

AGRIPINA LA MAYOR. Nieta de Augusto, esposa de Germánico y madre de Cayo (Calígula) y de Agripina la Menor. Murió en el 33.

AGRIPINA LA MENOR. Biznieta de Augusto, hija de Germánico y de Agripina la Mayor, hermana de Cayo (Calígula), sobrina y esposa de Claudio y madre de Nerón. Murió en el 59.

ANTONIA LA MAYOR. Hija de Marco Antonio y de Octavia I, esposa de Cneo Domicio Enobarbo I, madre de Cneo Domicio Enobarbo II, de Domicia y de Lépida, abuela de Mesalina y primera suegra de Agripina la Menor. Murió en el 32.

ANTONIA LA MENOR. Esposa de Druso I. Madre de Germánico, de Claudio y de Livila I, cuñada de Tiberio, abuela de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula). Murió en el 37.

AUGUSTO. Primer emperador de Roma (31 a. C.-14 d. C.). Hijo adoptivo de Julio César. Esposo de Livia, padre de Julia I, abuelo de Agripina la Mayor, bisabuelo de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula) y padre adoptivo de Tiberio. Murió en el 14.

BRITÁNICO. Hijo de Claudio y de Mesalina, tataranieto de Marco Antonio y de Octavia I, hermano adoptivo de Nerón e hijastro de Agripina la Menor. Murió en el 55.

BURRO, SEXTO AFRANIO. Prefecto del pretorio bajo Claudio y bajo Nerón. Amigo cercano de Agripina la Menor y consejero de Nerón. Murió en el 62.

CLAUDIO. Cuarto emperador de Roma (41-54). Hijo de Antonia la Menor y de Druso I, hermano de Germánico y de Livila I, esposo de

Mesalina y de Agripina la Menor, padre de Octavia II y de Británico y padre adoptivo de Nerón. Murió en el 54.

CAYO (CALÍGULA). Tercer emperador de Roma. Hijo de Germánico y de Agripina la Mayor, hijo adoptivo de Tiberio y biznieto de Augusto. Murió en el 41.

CAYO SILIO. Senador y aristócrata romano. Amante de Mesalina. Murió en el 48.

CNEO DOMICIO ENOBARBO. Hijo de Antonia la Mayor. Primer esposo de Agripina la Menor y padre de Nerón. Murió en el 41.

DOMICIA. Hija de Antonia la Mayor, hermana de Cneo Domicio Enobarbo, esposa de Pasieno, cuñada de Agripina la Menor y tía de Nerón. Murió en el 59.

DRUSILA. Hermana de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula), hija de Agripina la Mayor y de Germánico, biznieta de Augusto, esposa de Marco Lépido y supuesta amante de Cayo (Calígula). Murió en el 38.

DRUSO I (NERÓN CLAUDIO). Hijo de Livia y de su primer esposo Tiberio Claudio Nerón, hermano de Tiberio, padre de Germánico, de Livila I y de Claudio. Murió en el 9 a. C.

DRUSO II. Hijo de Tiberio, hermano adoptivo de Germánico, padre de Tiberio Gemelo y esposo de Livila I. Murió en el 23.

DRUSO III. Hijo de Agripina la Mayor y de Germánico, hermano de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula). Murió en el 33.

GALBA, SERVIO SULPICIO. Sexto emperador de Roma (69-69). General bajo Nerón. Murió en el 69.

GERMÁNICO. Hijo de Antonia la Menor y de Druso I, nieto de Marco Antonio, adoptado por Tiberio, esposo de Agripina la Mayor y padre de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula). Murió en el 19.

LÉPIDA. Hija de Antonia la Mayor, hermana de Cneo Domicio Enobarbo, cuñada de Agripina la Menor, tía de Nerón, madre de Mesalina, suegra de Claudio y abuela de Octavia II y de Británico.

Murió en el 54.

LÉPIDO, MARCO EMILIO. Esposo de Drusila, amigo cercano de Cayo (Calígula), supuesto amante de Agripina la Menor. Murió en el 39.

LIVIA. Esposa de Augusto, madre de Tiberio y de Druso I. Primera mujer en asumir el título de Augusta. Murió en el 29.

LIVILA I. Hija de Antonia la Menor y de Druso I, hermana de Germánico y de Claudio y esposa de Druso II. Murió en el 31.

LIVILA II. Hermana de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula), hija de Agripina la Mayor y de Germánico, biznieta de Augusto y supuesta amante de Séneca. Murió en el 41 o 42.

LUCIO VITELIO. Destacado senador romano bajo Claudio y amigo de este y de Agripina la Menor. Cónsul y censor del Senado. Padre de Vitelio, quien sería octavo emperador de Roma. Murió en el 51.

MESALINA (VALERIA). Hija de Lépida, nieta de Antonia la Mayor, prima paterna de Nerón, esposa de Claudio y madre de Octavia II y de Británico. Murió en el 48.

NARCISO. Antiguo esclavo griego de Antonia la Menor. Liberto de confianza y consejero de Claudio. Responsable oficioso de la correspondencia del emperador y de diversas cuestiones de estado. Uno de los hombres más ricos de Roma. Supuesto enemigo de Agripina la Menor. Murió en el 54.

NERÓN (LUCIO DOMICIO ENOBARBO). Quinto emperador de Roma (54-68). Hijo de Agripina la Menor y de Cneo Domicio Enobarbo. Hijo adoptivo de Claudio, esposo de Octavia II. Tataranieto de Augusto. Murió en el 68.

NERÓN I. Hijo de Agripina la Mayor y de Germánico. Hermano de Agripina la Menor y de Cayo (Calígula). Murió en el 31.

OCTAVIA II. Hija de Claudio y de Mesalina. Hijastra de Agripina la Menor. Hermanastra, hermana adoptiva y esposa de Nerón. Murió en el 62.

OTÓN, MARCO SALVIO. Séptimo emperador de Roma (69-69). Amigo de Nerón. Segundo esposo de Popea Sabina. Murió en el 69.

PALAS. Antiguo esclavo griego de Antonia la Menor. Consejero de confianza de Claudio con responsabilidades oficiosas sobre las finanzas imperiales. Amigo y supuesto amante de Agripina la Menor. Receptor de honores sin precedentes durante su vida. Murió en el 62.

PASIENO, CAYO SALUSTIO CRISPO. Primer esposo de Domicia, segundo esposo de Agripina la Menor. Amigo de Tiberio, de Cayo (Calígula) y de Claudio. Cónsul dos veces y procurador de Asia. Murió en el 44.

PLINIO EL VIEJO. Destacado filósofo natural y naturalista romano. Autor de la Historia natural, una enciclopedia de fenómenos naturales. Murió en el 79.

PLINIO EL JOVEN. Destacado senador romano durante el reinado de Trajano. Autor de diez libros de epístolas. Sobrino e hijo adoptivo de Plinio el Viejo. Murió en el 113.

POPEA SABINA. Primera esposa de Otón y segunda esposa de Nerón. Murió en el 65.

SEJANO, LUCIO ELIO. Prefecto del pretorio bajo Tiberio. Supuesto amante de Livila I, supuesto asesino de Druso II. Rival político de Agripina la Mayor. Murió en el 31.

SÉNECA, LUCIO ANNEO. Destacado senador, escritor y filósofo estoico romano. Consejero de Nerón y amigo de Agripina la Menor. Autor de numerosos ensayos, epístolas y obras teatrales. Murió en el 65.

SILANO, LUCIO JUNIO. Hijo de Emilia Lépida, tataranieto de Augusto. Prometido a Octavia II pero acusado de incesto con su hermana. Murió en el 49.

SILANO, MARCO JUNIO. Hijo de Emilia Lépida, tataranieto de Augusto. Murió en el 54.

TIBERIO. Segundo emperador de Roma (14-37). Hijo adoptivo de

Augusto e hijo de Livia, padre adoptivo de Germánico, padre de Druso II, segundo esposo de Julia I. Murió en el 37.

CRONOLOGÍA

19 de agosto del 14	Muerte de Augusto
6 de noviembre del 15	Nacimiento de Agripina la Menor
26 de mayo del 17	Triunfo de Germánico
Otoño del 17	Germánico abandona Roma
10 de octubre del 19	Muerte de Germánico
Invierno del 19	Agripina la Mayor regresa a Roma
26	Enfrentamiento entre Agripina la Mayor y
	Tiberio abandona Roma
28	Agripina la Menor contrae matrimonio co
29	Muerte de Livia
	Destierro de Agripina la Mayor y Nerón
18 de octubre del 31	Ejecución de Sejano
32	Consulado de Lucio Domicio Enobarbo
18 de octubre del 33	Muerte de Agripina la Mayor
16 de marzo del 37	Muerte de Tiberio. Cayo asciende al trono
15 de diciembre del 37	Agripina la Menor da luz a Nerón
Invierno del 39	Destierro de Agripina la Menor y Livila
Invierno del 40	Muerte de Enobarbo. Agripina la Menor c
Enero del 41	Asesinato de Cayo. Claudio asciende al tr
Mediados del 41	Agripina la Menor y Livila regresan a Ro
	Nacimiento de Británico
Finales del 41	Destierro de Livila y Séneca
	Agripina la Menor contrae matrimonio co
42	Agripina la Menor y Pasieno están en Asi
Principios del 44	Consulado de Pasieno
	Muerte de Pasieno
47	Agripina la Menor y Nerón regresan a Ro
48	Muerte de Mesalina
1 de enero del 49	Agripina la Menor contrae matrimonio co
49	Muerte de Lolia Paulina
	Séneca regresa del destierro
50	Agripina la Menor recibe el título de Aug
	Claudio adopta a Nerón

	Fundación de Colonia
51	Nerón recibe la toga viril
	Destitución de los prefectos del pretorio
	Burro se convierte en prefecto del pretori
	Muerte de Vitelio
	Captura de Carataco
52	Investigación de los hechos en Judea
	Drenaje del lago Fucino
53	Nerón empieza a supervisar juicios
	Nerón se convierte en prefecto de Roma
	Destierro de Tito Estatilio Corvino
	Muerte de Lépida
	Matrimonio de Nerón y Octavia
54	Muerte de Claudio. Nerón asciende al tro
	Deificación de Claudio
	Recepción de los embajadores armenios
55	Nerón y Agripina discuten por Actea
	Destitución de Palas
	Muerte de Británico
	Agripina es expulsada de palacio
	Acusaciones contra Agripina
57	Acusaciones de adulterio entre Séneca y A
19 de marzo del 59	Asesinato de Agripina

GLOSARIO

HERMANOS ARVALES. Colegio sacerdotal del Roma cuya sede estaba situada en una gruta sagrada. Estaba formado por doce miembros y son conocidos sobre todo por los registros sumamente detallados que nos han legado sobre los emperadores y por su dedicación a orar por la familia imperial.

CÓNSUL. Magistrado de rango más alto de Roma. Cada año el emperador escogía a dos cónsules, si bien, durante la República, el cargo se obtenía mediante comicios. Los cónsules tenían imperium, pero, ya en la época de Tiberio, el cargo era básicamente honorífico, una representación del favor del emperador.

DINASTÍA JULIO-CLAUDIA. Familia gobernante de Roma a partir del 14 a. C., cuando Augusto asumió el pleno control del Estado romano, hasta el 68, cuando su tataranieto Nerón fue derrocado. La familia estaba formada por dos linajes unidos por matrimonio: la familia julia de Augusto y la familia claudia de su tercera esposa Livia.

ECUESTRE. Segunda clase censitaria de Roma, también denominada équites, por detrás de la clase senatorial. Formaba el grupo más prestigioso entre los comerciantes y empresarios y la pertenencia a ella estaba fijada en una riqueza de 400.000 sestercios o más. Los ecuestres tenían un capital social considerable, pero un acceso limitado a la vida política.

FAMILIA CLAUDIA. Familia patricia de rancio abolengo. Un gran número de claudios obtuvo éxitos militares y políticos en casi cada época de la historia romana y se consideraban una de las familias más distinguidas e imponentes de Roma.

FAMILIA JULIA. Familia patricia que se adjudicaba una línea de descendencia directa de la diosa Venus y del fundador troyano de Roma, Eneas. Hasta los éxitos de Julio César, la familia no había

destacado especialmente.

FASCES. Haz de varas, de unos 1,5 metros de longitud, de madera de olmo o abedul, atadas rodeando a un hacha común. Este conjunto era transportado por los lictores como símbolo del poder del Estado. Los fasces que se llevaban precediendo a los emperadores y a los magistrados con imperium estaban coronados con laureles.

GUARDIA PRETORIANA. Escolta personal del emperador, con nueve cohortes de 500 soldados (o 1.000). Augusto hizo que tres de estas cohortes quedaran acuarteladas en Roma permanentemente. Debían obediencia solo al emperador y a su familia.

«IMPERIUM». Autoridad o derecho de comandar a otros. Es un concepto derivado del mando militar y se refiere a la capacidad formal de una persona de gobernar a otras. Se representa mediante los fasces.

LIBERTO. Esclavo emancipado, es decir, a quien se le había concedido la manumisión, o libertad. Normalmente, como parte de la manumisión, se le concedía también la ciudadanía romana, pero quedaban ligados por vínculos de obligación y gratitud formal a su antiguo propietario y sus familias. A principios del Imperio, formaban una nueva clase social empresarial de «nuevos ricos».

LICTOR. Asistentes de los representantes del Estado con imperium, responsables de transportar los fasces. Acompañaban a los magistrados durante todo el tiempo, caminando frente a él y abriéndole paso. Su número variaba en función del rango del representante; la cantidad más alta era 12.

PATRICIO. Ciudadano romano perteneciente a la clase social homónima, la más destacada dentro de la clase senatorial. En su inicio, el estatus de patricio solo se podía heredar, nunca otorgar, y se consideraban las familias más antiguas de la ciudad. Durante la República, dominaban los colegios sacerdotales y las magistraturas; sin embargo, se estima que para el tiempo de Augusto, solo quedaban 14 familias patricias, una de las cuales era la familia claudia.

PLEBEYO. Cualquier ciudadano romano que no era miembro de las familias patricias. La diferencia entre patricios y plebeyos era importante durante la República; para el tiempo de Augusto, plebeyo se aplicaba a todos aquellos que no pertenecían a las clases senatorial o ecuestre.

PONTÍFICE. Sacerdote romano, de los cuales había diversos, con responsabilidades religiosas diferentes, aunque relacionadas. Los pontífices eran responsables de la religión estatal y supervisaban el derecho familiar, las adopciones, la mayoría de los festivales y las prácticas expiatorias, así como de la Llama Eterna.

PONTÍFICE MÁXIMO. Después de Augusto, sumo sacerdote de la religión estatal romana. Era el máximo representante de la práctica religiosa y las creencias romanas. Solo el emperador ostentaba este cargo.

«POTESTAS». Poder efectivo para controlar a otra persona. La potestas exige que el otro esté sometido a ella y se usa especialmente en contextos de esclavitud y gobierno político.

PREFECTO DEL PRETORIO. Cargo creado por Augusto, como comandante de la guardia pretoriana. Era un cargo escogido por el emperador y solía ser de rango ecuestre. También formaba parte de los consejeros del emperador, sobre el que tenía una influencia considerable.

PRETOR. Segunda magistratura del Estado romano, por debajo de los dos cónsules. Había 16 pretores en el Senado, con tareas militares y políticas.

«PRINCEPS». Título formal más cercano al concepto de emperador. Significa ‘primer ciudadano’.

PRINCIPADO. Sistema de gobierno instituido por Augusto en el 14 a. C. Se trata de una monarquía informal en la que el poder supremo es ostentado por el emperador.

PROVINCIA. Territorio extranjero bajo control romano permanente.

SENADO. Grupo de 600 personas que cumplían los requisitos

económicos y morales para ser miembros de la clase senatorial y formaban el grupo gobernante del Estado. Los magistrados y los sacerdotes se escogían de entre este grupo. El papel oficial del Senado era debatir propuestas de ley, aconsejar a los magistrados y, posteriormente, al emperador, así como votar decretos.

SENADOR. Primera clase censitaria de Roma. Tras las reformas de Augusto, para poder ser senador, un hombre tenía que tener 17 años o más y disponer de una fortuna de un millón de sestercios o más. Además, también se exigían unos nebulosos requisitos morales, que eran comprobados de vez en cuando por un censor. Hasta Claudio, los senadores tenían que ser itálicos, pero Claudio abrió la clase también a los galos. Los senadores eran responsables de aconsejar al emperador, de las magistraturas del Estado y del gobierno cotidiano del Imperio. Vestían una forma particular de toga y unos zapatos especiales para indicar su rango, pero no se les permitía dedicarse a los negocios.

BIBLIOGRAFÍA Y LECTURAS ADICIONALES

Estos son los principales libros y traducciones que he utilizado para escribir este libro. Me temo que la mayoría son textos académicos, porque así es como trabajo; soy una universitaria, no lo puedo evitar.

FUENTES PRIMARIAS********

He consultado varias traducciones de casi todas las fuentes, porque es útil comprobar la lectura que hace uno mismo de un texto con la que hacen otros. Te sorprenderías de las diferencias que hay entre traducciones.

He usado dos traducciones inglesas de los Anales de Tácito, así como el texto latino. Se trata de la traducción de Michael Grant, de Penguin (2003), y de la traducción en tres volúmenes de la Loeb Classical Library, de John Jackson (1937).

Para las Vidas de los Césares de Suetonio, he usado la traducción inglesa de Michael Grant, de Penguin (1979), la traducción de Robert Graves en edición revisada, de Penguin (2001, revisada por James Rives), la traducción de Catherine Edwards para los Oxford World Classics (2008) y el texto latino y la traducción de la Loeb Classical Library, de J. C. Rolfe (1914). He empleado la traducción John Bostock de la Historia natural de Plinio el Viejo, de 1856, y el texto latino y la traducción de H. Rackham de la Loeb Classical Library (1938). Como no leo griego, para la Historia romana de Dion me he basado en la traducción de Earnest Cary para la Loeb Classical Library (1914).

El sitio web LacusCurtius de Bill Thayer dispone de traducciones de

dominio público de todos estos textos, y es un recurso muy interesante para leer buenas traducciones en inglés de textos clásicos.

FUENTES SECUNDARIAS

Solo hay otra biografía de Agripina en inglés (aunque hay muchas en alemán); se trata de la obra de Anthony Barrett Agrippina: Mother of Nero (1996), reeditada más tarde como Agrippina: Sex, Power and Politics in the Early Empire (1998). Es una gran obra académica y contiene listas exhaustivas de todas las pruebas de que disponemos sobre la vida de Agripina, una información valiosísima. También debo destacar la brillante obra de Judith Ginsburg Representing Agrippina: Constructions of Female Power in the Early Roman Empire (2005).

No te voy a agobiar con una bibliografía completa, solo citaré las obras más útiles que he consultado y citado más:

Barrett, A. A., Agrippina: Mother of Nero, B. T. Batsford, Londres, 1996.

Barrett, A. A. Caligula: The Abuse of Power (2.ª ed.), Routledge, Abingdon, 1989.

Barrett, A. A., «Tacitus, Livia and the Evil Stepmother», Rheinisches Museum für Philologie, 144, 2 (2001), pp. 171-175.

Barrett, A. A., Livia: First Lady of Imperial Rome, Yale University Press, New Haven, 2002.

Carlon, Jacqueline M., Pliny's Women: Constructing Virtue and Creating Identity in the Roman World, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Champlin, E., Nero, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2003 (hay trad. esp.: Nerón, Turner Publicaciones, Madrid, 2006).

Gallivan, P., «The Fasti for the Reign of Claudius», The Classical Quarterly, 28, 2 (1978), pp. 407-426.

Gibson, A. G., The Julio-Claudius Succession: Reality and Perception of the 'Augustan Model', Brill, Leiden, 2013.

Ginsburg, J., Representing Agrippina: Constructions of Female Power in the Early Roman Empire, Oxford University Press, Oxford, 2006.

Griffin, M., Nero: The End of a Dynasty, Routledge, Londres, 1987.

Harlow, M. y Laurence, R., Growing Up and Growing Old in Ancient Rome: A Life Course Approach, Routledge, Londres, 2002.

Hemelrijk, E. A., Matrona Docta: Educated Women in the Roman Elite from Cornelia to Julia Domna, Routledge, Londres, 1999.

Joshel, S. R. y Joshel, S. R., «Female Desire and the Discourse of Empire: Tacitus's Messalina», Signs, 21, 1 (1995), pp. 50-82.

Keen, T., «Claudius, Nero and the Imperial Succession», disponible en: https://www.preteristarchive.com/2005_keen_claudius-neroand-the-imperial-succession/ (2005).

Kersch, K., The Roman Wedding: Ritual and Meaning in Antiquity, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

Levick, B., Claudius (2.ª ed.), Routledge, Londres, 2015.

Levick, B., Tiberius the Politician, Routledge, Londres, 1986.

Laurence, R., Roman Passions: A History of Pleasure in Imperial Rome, Bloomsbury, Londres, 2009.

Rupke, J., On Roman Religion: Lived Religion and the Individual in Ancient Rome, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2016.

Seager, R., Tiberius (2.ª ed.), Blackwell, Oxford, 2005.

Shotter, D. C., Nero (2.ª ed.), Routledge, Abingdon, 2005.

Wilkinson, S., Caligula, Routledge, Londres, 2004.

Wilson, E., The Greatest Empire: A Life of Seneca, Oxford University Press, Oxford, 2014 (hay trad. esp.: Séneca, Rialp, Madrid, 2016).

Winterling, A., Caligula (trad. ing.: D. Lucas Schneider, G. W. Most y Paul Psoinos), University of California Press, Berkeley, 2015 (hay trad. esp.: Calígula, Herder, Barcelona, 2006).

Woodman, A. J., The Cambridge Companion to Tacitus, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

******** En esta edición en español, las citas de las fuentes primarias se han reproducido a partir de las traducciones siguientes:

Casio Dion, Historia romana (ed. Juan Manuel Cortés), Gredos, Madrid, 2011.

Flavio Josefo, Antigüedades judías (ed. Alfonso Ropero), Clie, Viladecavalls, 2013.

Juvenal, Sátiras (ed. Bartolomé Segura), CSIC, Madrid, 1996.

Marcial, Epigramas (ed. Juan Fernández y Antonio Ramírez), Gredos, Madrid, 2001.

Plinio el Viejo, Historia natural (ed. F. Manzanero et al.), Gredos, Madrid, 2010.

Suetonio, Vidas de los Césares (ed. Vicente Picón), Cátedra, Madrid, 1998.

Tácito, Anales (ed. Beatriz Antón Martínez), Akal, Madrid, 2007.

AGRADECIMIENTOS

Las siguientes mujeres son mis puntales y mis cascarrabias del alma y han estado a mi lado en cada momento: Alice Tarbuck, Anna Scott, Eley Williams, Marika Prokosh, Ella Risbridger, Sara Guilick, Isabella Streffen, Sarah Perry, Sarah Phelps, Livvy Potts, Kate Young, Fiona Zublin, Janina Matthewson, Phoebe Bird, Sian Hunter, Hannah Reynolds y Amy Jones. Un agradecimiento especial también a Helen y John por ser los mejores. Y a John Underwood, el mayor de todos nosotros, siempre.

Gracias a Gerard and Margaret Sally que me dejaron su casa de vacaciones unas cuantas veces para poder escribir sin distracciones y donde pude completar una gran parte de este libro.

No pienso dar las gracias a Livia, que ha intentado comerse mis notas, ha dormido sobre mis libros, se ha meado en una copia de Vidas de los Césares, ha intentado borrar mis palabras y se ha sentado una y otra vez sobre el teclado mientras me arañaba la cara. Una adorable distracción, sin duda.

Gracias a Scott, que vio algo en cien palabras escritas casi por capricho, y a todos los de Unbound. Son unas personas magníficas que se merecen ir al cielo. Igual que Oliver Kealey, que elaboró el árbol genealógico y mantuvo la compostura ante los horrores julio-claudios.

Como siempre, Conor Sally ha estado encima de cada palabra, de cada coma y de cada mala cara. Nunca podré agradecerle lo suficiente haberme quitado Internet de en medio, haber creído en mí y haber compartido todas las vacaciones que han sido realmente un retiro para escribir con calma. Ella es todo mi mundo y ocupa todo mi corazón.

Para acabar, un gran agradecimiento también a mamá y a Tony, a papá y a Karen, Katie y Dave, Lucy y Michael y a todos mis sobrinos

y sobrinas, por aguantarme tal como soy y, sin embargo, estar orgullosos de mí.

Quería escribir un libro así desde que era estudiante en la Universidad de Birmingham, donde, en particular, la Dra. Mary Harlow me formó como historiadora. Estoy sumamente agradecida de haber podido aprender de ella y de haber podido presentar Agripina a los lectores. Espero haberle hecho justicia.

El traductor quiere agradecer a Marià Pitarque su ayuda en la revisión de esta obra.

ÍNDICE

Introducción. Historia y ficción

Una brevísima historia de roma

1

HIJA

Julia Agripina la Menor

Regreso a Roma

Agripina la Mayor

El primer esposo

2

HERMANA

Cayo Calígula

Cayo César Augusto y sus hermanas

Agripina «mater»

El incesto

La conspiración

El destierro

3

SOBRINA

El regreso a Roma

La situación en Roma

El segundo matrimonio

La sobrina del emperador

Mesalina y Agripina

Las consecuencias

4

ESPOSA

Una tiranía masculina

Agripina Augusta

Emperatriz de Roma

Madre y madrastra

El gobierno del imperio

La asesina

5

MADRE

La emperatriz regente

La primera crisis

La segunda crisis

La desaparición

El asesinato

Lo que vino después

Notas

Los protagonistas

Cronología

Glosario

Bibliografía y lecturas adicionales

Agradecimientos

Índice

PASADO & PRESENTE

El título original de esta obra de Emma Southon es Agrippina: Empress Exile Hustler Whore.

Su primera edición en lengua inglesa fue publicada por Unbound.

Los derechos de esta obra pertenecen a:

© Emma Southon, 2018

© de la traducción, Marc Figueras, 2018

Los derechos exclusivos de publicación en lengua castellana pertenecen a:

© Ediciones de Pasado y Presente, S.L., 2019

Mallorca, 237 bis, principal 1B, 08008 Barcelona

ediciones@pasadopresente.com

www.pasadopresente.com

Esta edición de Agripina. Primera emperatriz de Roma ha sido compuesta en tipos Fournier por La Letra, S.L., y Gonzalo Pontón ha realizado la corrección de pruebas.

ISBN DIGITAL: 978-84-122888-4-1

ISBN: 978-84-948208-7-8

Depósito legal: B. 30167-2018